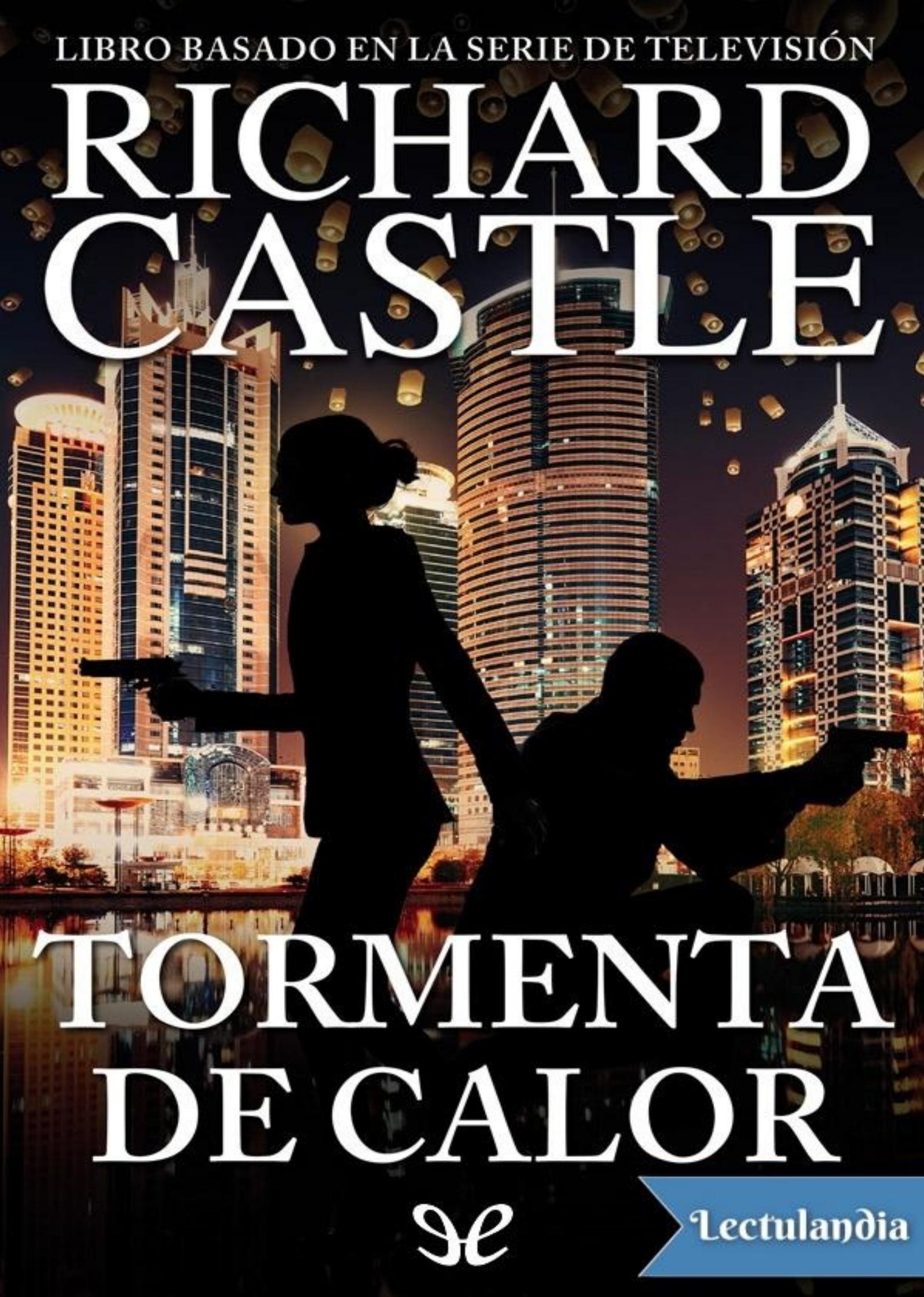


LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

# RICHARD CASTLE



TORMENTA  
DE CALOR

*de*

Lectulandia

Derrick Storm acude en ayuda de la detective Heat en una nueva e imprescindible novela de Castle.

La comisaria de la policía de Nueva York Nikki Heat y el detective Derrick Storm unen fuerzas por primera vez para salvar a la madre de Nikki, Cynthia, que, tras fingir su muerte, lleva escondida más de 17 años. En su camino deberán enfrentarse a un grupo de empresarios chinos sin escrúpulos conocidos como los Siete de Shanghái, que emplearán todos los recursos, y la crueldad, necesarios para detenerlos.

**Lectulandia**

Richard Castle

# **Tormenta de calor**

**Nikki Heat-9**

ePub r1.0

Titivillus 01.12.17

Título original: *Heat Storm*  
Richard Castle, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Todo escritor necesita de una inspiración.  
Y yo encontré la mía.  
Siempre.

## STORM

### OCTUBRE DE 2016

El pecho del extranjero era ancho y fuerte y los brazos que le colgaban a cada lado parecían sólidos y bien acostumbrados a la defensa. Su torso se estrechaba en la esbelta cintura, por debajo de la cual sus muslos volvían a ensancharse. Coronando aquel impresionante ejemplar de macho humano había una cabeza de forma cuadrada, sobre la cual se asentaba un pelo denso, ondulado y oscuro.

En realidad, podría parecer excesivo, demasiado cliché de héroe de acción y aventuras: un imponente físico de mandíbula cuadrada y dientes perfectos, un hombre que parecía haber salido de la cubierta de una novela de Victoria St. Clair.

De no ser, claro está, por sus ojos. Eran unos ojos burlones, danzarines y cálidos aun cuando el resto de la apariencia de aquel extranjero permanecía seria. Eran ojos que habían visto muchas cosas. Eran ojos que apenas pasaban nada por alto.

Sí, era atractivo. Algunos dirían que irresistible.

El extranjero iba vestido con un equipo táctico negro, un chaleco antibalas que se ajustaba a su cuerpo de forma reconfortante. A su lado, de menor estatura y con la mitad de peso, había un hombre que vestía el uniforme verde de hombros cuadrados de la Policía Armada Popular, la mayor división del Ministerio de Seguridad Pública de China. Llevaba la camisa cuidadosamente metida por la cintura, resaltando de tal modo un vientre plano perfecto. Su insignia lo identificaba como coronel. La placa con su nombre estaba escrita con caracteres chinos que normalmente se transcriben al alfabeto latino como «Feng».

Fumaba un cigarrillo sin filtro; su extremo encendido brillaba naranja en medio de la oscuridad que precedía al amanecer. Cuando exhaló el humo, un olor a clavo inundó el aire.

Los hombres estaban de pie uno al lado del otro sobre un pequeño risco. Los prismáticos del extranjero miraban hacia un almacén que había abajo, una estructura de dos plantas y de color acero con tejado plano y sin ventanas. Las únicas salidas eran la puerta principal y una pequeña compuerta en el tejado.

El edificio era visiblemente austero, como si sus propietarios se hubiesen esforzado tanto en que pasara inadvertido que, al final, llamaba la atención. No tenía ningún letrero ni mostraba señal de cuidado alguno en la parcela de malas hierbas que lo rodeaba. En el aparcamiento, cubierto de asfalto deteriorado, había un puñado de vehículos, la mayoría viejos. Estaba iluminado por un único foco anclado en un poste. No había indicios de movimiento en el exterior. La mayor parte de los días pasaban allí muy pocas cosas.

Pero de vez en cuando, sí. Y en esas ocasiones, la actividad de aquel edificio pequeño y sobrio había llamado la atención de las más altas esferas del gobierno de Estados Unidos, al otro lado del planeta.

—Sorprende que pueda prepararse una operación como esta y que, sin embargo, pase por completo inadvertida —dijo el extranjero sin apenas molestarse en ocultar su tono irónico. Habló en un fluido mandarín, uno de los nueve idiomas que dominaba.

—Algunas veces, la mejor manera de ocultar algo es hacerlo a la vista de todos —contestó el coronel Feng con voz áspera. Una sutil sonrisa burlona apareció en sus finos labios antes de que la ocultase.

—Podrían haber supuesto que alguien lo vería y empezaría a hacer preguntas —dijo el forastero.

—Está presumiendo que hay algo que ver —respondió el coronel Feng y, a continuación, habló en inglés—: Hay un dicho americano que se refiere a los que hacen suposiciones.

—Sí. Creo que es: «Mantén cerca a tus amigos y más aún a tus enemigos» —contestó el forastero.

El coronel Feng entrecerró los ojos y dio otra calada a su cigarro. Por detrás del almacén, el río Huangpu fluía en silencio. Más allá —y rodeándolos— estaba la ciudad de Shanghái.

Al extranjero no tenían que explicarle que lo que hoy en día es la segunda mayor economía mundial —algunos dirían que la número dos y subiendo— había despegado en realidad en esta histórica ciudad del centro-este de China. Mucho tiempo atrás había sido el primer puerto chino que se abrió al comercio con Occidente tras la derrota de China en las Guerras del Opio. Más recientemente, fue allí donde el Partido Comunista chino decidió empezar a aflojar las riendas de su economía, permitiendo que las duras restricciones del marxismo desaparecieran y fuesen sustituidas por la implacable eficacia del capitalismo.

El éxito económico estadounidense había tenido mucho que ver en aquella decisión. También el antiguo y arraigado sentido chino de la excepcionalidad.

Lo que a partir de entonces se había desarrollado era una compleja y delicada relación entre las únicas dos superpotencias mundiales. Cada uno de esos dos países es el mayor socio comercial del otro. Cada uno de ellos tiene enormes inversiones en el otro. La economía de cada uno de esos países se hundiría si el otro desapareciera. Y, aun así, cada uno de ellos cree constantemente que el otro está tratando de perjudicarlo.

Había en aquello una simbología: un chino y un estadounidense, el uno junto al otro, unidos de forma indisoluble y, sin embargo, con propósitos opuestos.

—Debe de estar a punto de pasar, ¿no cree? —preguntó el extranjero.

—De lo único que estoy seguro es de que no sé nada —contestó el coronel Feng—. Permita que le recuerde que estoy aquí como mero supervisor y que esta

excepcional... colaboración, si se le puede llamar así..., está teniendo lugar únicamente debido a la continua insistencia de su gobierno en conocer la naturaleza de esta operación. Pero mi gobierno niega de forma categórica tener conocimiento alguno de lo que ustedes alegan que está sucediendo aquí.

—Sí, por supuesto —dijo el extranjero. Su gesto era impasible, pero sus expresivos ojos se habían iluminado—. Y por eso es por lo que ha venido usted completamente solo, sin refuerzo alguno. Para supervisar.

—Parece que nos vamos entendiendo a la perfección —repuso el coronel Feng.

El cigarrillo volvió a resplandecer. Por un breve momento, ninguno de los dos habló.

Lo que estaba a punto de ocurrir había sido puesto en marcha dos semanas atrás, con una simple llamada de teléfono entre dos personas poderosas.

Para el extranjero, era un misterio quién había iniciado aquella llamada. El receptor era un hombre llamado Jedediah Jones. Trabajaba para el Servicio Secreto Nacional de la CIA, donde ocupaba el cargo de jefe de la división interna. A veces, se refería a su cargo como «jefe oculto». Humor de espías.

Tan complicada como la relación entre Estados Unidos y China resultaba la del extranjero y Jones. El extranjero trabajaba para Jones con carácter temporal, en ocasiones especiales y de forma absolutamente extraoficial. Teniendo en cuenta solamente algunas pequeñas muestras de las interacciones de aquellos dos hombres, se podría llegar a la conclusión de que Jones consideraba al extranjero como una taza de café desechable, mientras que este último confiaba en Jones lo mismo que un consumidor sensato confía en los publinreportajes que se emiten de madrugada.

Pero lo cierto era que se necesitaban el uno al otro tanto como su nación necesitaba de sus servicios. Y ambos habían llegado a depender del otro por sus singulares destrezas, cualidades y recursos, a muchos de los cuales habían acudido para organizar aquella redada.

Con el cigarro ya apagado, el coronel Feng tosió un par de veces. Fue una tos fuerte y espasmódica y el extranjero se preguntó por un momento si se trataría de algún tipo de señal.

—Me resulta muy extraño, ¿sabe? —dijo Feng una vez aclarada su voz—. Se parece usted mucho a un agente secreto estadounidense llamado Derrick Storm, un hombre que trabaja de forma independiente para un sector de la CIA que supuestamente no existe.

—Debe de tratarse de un hombre muy atractivo —respondió el extranjero.

—Tenemos una buena colección de fotografías tuyas, muchas de ellas bastante explícitas, debido a su relación amorosa con una agente nuestra hace unos años. Quizá quiera usted acompañarme a la comisaría para echarles un vistazo.

—¿A quién no le gusta mirar las fotos explícitas de otras personas? —repuso el extranjero—. Desde luego que lo haré. En cuanto hayamos terminado aquí.

—Por supuesto, sería ilegal que él estuviese en este país sin haberlo notificado

debidamente a las autoridades —puntualizó Feng—. Pasaría mucho tiempo en prisión si lo detuvieran.

—Y por esa misma razón estoy seguro de que no está aquí —contestó el extranjero—. Estoy convencido de que un hombre tan atractivo e inteligente no se arriesgaría a...

El resto de la conversación quedó interrumpida cuando se oyó, procedente del interior del edificio, un pequeño estrépito. Se oyó en el aire tanto como se notó en el suelo, que ahora temblaba suavemente.

—Disculpe. Es mi señal —dijo el extranjero. Apretó a continuación un botón para activar un canal abierto de su sistema de comunicación y pronunció una palabra sobre el micrófono que estaba unido a su auricular.

—Adelante.

La primera bala salió de un arma que tenía un silenciador Alpha Dog 9 colocado en su extremo para amortiguar la potencia de sonido de más de cincuenta decibelios. Lo que debería haber sido un fuerte estallido quedó reducido a un ruido sordo.

El objetivo —la bombilla de aquel único foco— no planteaba ningún problema. Era imposible que ninguno de los hombres del interior pudiese oír su rotura por encima del rugido de las máquinas.

Con el aparcamiento sumido ahora en la oscuridad, el extranjero se puso en marcha, corriendo a toda velocidad por el risco y bajando después por un sendero que habían trazado en el lateral. Se acercó desde el flanco sur.

Otros dos hombres, entre los que se encontraba el que había dejado sin funcionamiento el foco, se acercaban desde el este. Otros dos llegaban desde el norte, donde habían estado ocultos junto al río.

Aquellos cuatro hombres eran también extranjeros, que se encontraban en China con visados de turista, oficialmente de forma extraoficial. Era ilegal que portaran armas de fuego. Probablemente, todo lo que estaban a punto de hacer era ilegal.

Si algo salía mal, cualquier funcionario de la embajada estadounidense podría declarar su ignorancia del suceso sin incurrir en falsedad alguna. El mismo embajador lo desconocía también. Llegado ese caso, sin protección diplomática, aquellos hombres tendrían que arreglárselas por su cuenta ante el sistema legal chino.

Y por eso mismo, nada podía salir mal.

Y nada saldría mal. La información del extranjero era fiable. No había indicio alguno de que el edificio estuviese vigilado. Había estado preparando a sus hombres durante dos semanas para que se aprendieran su distribución al dedillo mediante el uso de una réplica exacta durante sus repetidos ensayos. Lo tendrían todo listo antes de que los hombres que estaban dentro se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

O, al menos, eso era lo que esperaba.

Entonces, se oyó el sonido de un disparo —este muy fuerte y sin silenciador que

lo suavizara— desde el risco.

—Ha caído un hombre —oyó el extranjero por su auricular. El tono de la voz no sonó nervioso. No denotaba ninguna emoción. Eran profesionales.

El extranjero rodó por el suelo antes de quedarse agachado en medio del sendero. Habían decidido no usar gafas de visión nocturna porque eran voluminosas y las consideraban innecesarias para alcanzar su objetivo. El extranjero maldijo ahora aquella decisión.

Otro disparo. Tenía el claro sonido de un rifle. La velocidad de su proyectil era inconfundible.

—Retirada, retirada. A cubierto —oyó el extranjero que decía uno de sus hombres—. ¿De dónde narices vienen?

El extranjero se quedó en su posición. Estaba completamente expuesto ante la ladera del risco. Solo su ropa oscura le mantenía oculto en medio de la noche.

El rifle volvió a disparar. Esta vez, el extranjero pudo localizar el destello del arma. La silueta agachada que había tras él era una mancha oscura.

—Francotirador en el tejado —dijo el extranjero—. Quietos un momento. Lo tengo.

El extranjero centró rápidamente el punto de mira de su Swarovski Z6 sobre la parte de la mancha que tenía la forma de la cabeza del francotirador. No era un buen objetivo, pero era el único que tenía.

Esa noche no había viento. Y estaba a cincuenta metros de distancia, casi a la misma altura que el tejado. A la luz del día, el extranjero podría haber decidido a qué ojo disparar. En la oscuridad, seguía siendo un disparo bastante fácil.

El extranjero apretó el gatillo. A través de la mirilla, pudo ver cómo el cuerpo agachado quedaba sin vida.

—Le he dado —informó el extranjero hablando por su reloj—. ¿Cuál es nuestro parte médico?

—Me han dado en el chaleco —respondió una voz agitada—. Duele muchísimo. —Fuerte jadeo—. Y no puedo respirar bien. —Fuerte jadeo—. Pero no es grave.

—¿Puedes hacer tu trabajo? —preguntó el extranjero.

—Claro que sí, señor.

—Bien —repuso el extranjero—. Nos estamos quedando sin el poco tiempo que teníamos. Vamos allá.

—¿Y si hay otro francotirador? —preguntó uno de los hombres.

—Reza por que no sepa apuntar —contestó el extranjero.

Sin más dilación, descendió por el risco y llegó a la única puerta del almacén a la vez que los hombres que venían por el flanco norte, uno de los cuales transportaba un ariete.

Por el este solo llegó un hombre. El otro, el que había recibido el disparo, seguía por allí fuera.

Sin decir nada, dos de ellos cogieron las asas del ariete.

—Uno, dos... —dijo el extranjero.

El «tres» llegó en forma de gruñido. Los hombres tiraron de las asas. La puerta de acero se abolló, pero no cedió.

—Otra vez —ordenó el extranjero—. Apuntad más cerca del picaporte.

Empezó a contar de nuevo. En esta ocasión, la palabra «tres» fue seguida poco después por el sonido del metal al romperse.

—Una vez más —dijo el extranjero.

La poca resistencia que tenía la puerta casi había desaparecido. El extranjero le dio una última patada y se abrió.

Entraron en un gran espacio con las armas en alto. Estaba muy iluminado desde el techo con filas de tubos fluorescentes protegidos por jaulas. Pero la luz impresionaba menos que el sonido: cuando funcionaban a toda velocidad, las impresoras *offset* Heidelberg provocaban un enorme escándalo.

Era tan fuerte que la media docena de hombres que estaban dentro y que llevaban orejeras para protegerse del estruendo no habían oído el tumulto del exterior. Estaban demasiado concentrados en el papel que pasaba por la prensa a toda velocidad, muy atentos a cualquier ajuste minúsculo que tuvieran que hacer en los niveles de tinta o en la posición del papel.

De hecho, no se dieron cuenta de que pasaba algo hasta que el extranjero encontró uno de los interruptores rojos de emergencia de la pared más alejada y lo levantó, cortando de inmediato la electricidad de la impresora.

A medida que se iba parando, pudo verse mejor lo que salía de ella. Se trataba de una hoja tras otra de billetes falsos de veinte dólares estadounidenses de una perfección casi absoluta, con la firma del papel con mezcla de algodón y lino 75/25, la impresión en relieve de la tinta verde, la cinta de seguridad ensartada en su interior y el tintado que solo se veía en un ángulo. No eran imitaciones chapuceras de una Hewlett Packard de poca monta. Se trataba de billetes completamente imposibles de distinguir de los auténticos, creados casi de la misma forma precisa con que la Casa de la Moneda estadounidense fabricaba los billetes legales, con planchas metálicas creadas por un falsificador de excepcional destreza.

Dispuestas a los lados del almacén había otras herramientas de falsificación: un rodillo para estampados, un cortador industrial de papel, una máquina para contar y clasificar.

Se trataba de una operación extraordinaria, la mayor de este tipo en el mundo. Una vez que la prensa había quedado bien graduada y funcionaba a su máxima capacidad, podía lanzar cincuenta millones de dólares por hora. Había montones de billetes empaquetados sobre un palé en un rincón. En otro, enormes rollos de papel blanco esperaban a ser tintados. El verdadero y único problema logístico para los estafadores que había detrás de aquello era encontrar el modo de gastar el dinero.

Es normal que el extranjero se detuviera a mirar boquiabierto. No es muy común ver cómo se fabrica delante de ti una fortuna en billetes.

Pero el extranjero no había ido allí de turismo. Mientras sus hombres reducían a los operadores de la imprenta, que levantaban obedientes las manos y, a continuación, dejaban que les esposaran con bridas, el extranjero se acercó rápidamente a un pequeño despacho con aspecto de cobertizo que habían construido en el rincón trasero del edificio rectangular.

Cubriéndose el puño con la manga, dio un puñetazo a una de las ventanas. Su único cristal se hizo añicos de inmediato, permitiéndole meter el brazo y abrir el cerrojo.

Abrió la puerta de golpe, pero, cuando dio el primer paso hacia el interior, oyó un fuerte silbido y notó un pinchazo por debajo de la cintura. Bajó la mirada y vio un dardo que se le clavaba amenazante a un lado de la nalga.

Una trampa. Habían colocado una trampa en el despacho. No habían visto ninguna amenaza de ese tipo en sus investigaciones. Además, ¿quién iba a usar un dardo? Los dardos no hacen daño, a menos que estuviese...

Envenenado. El extranjero agarró el dardo y tiró de él, esperando haberlo extraído antes de que las toxinas hubiesen podido entrar en su torrente sanguíneo. Examinó rápidamente la punta y vio, para su sorpresa, únicamente restos de su propia sangre. No parecía que hubiera ninguna otra sustancia.

Eso lo explicaba todo. Debía tener un uso simplemente disuasorio para evitar que los empleados de niveles más bajos entraran a fisgonear en lo que no era de su incumbencia y para castigarles en caso de que lo intentaran.

El extranjero apartó de su mente esos pensamientos y entró en el despacho. Aquel era el verdadero objetivo de su redada. No era suficiente destruir sin más las planchas de impresión y desmantelar las prensas. Jedediah Jones había dejado muy claro que el extranjero tenía que buscar pruebas de quién estaba detrás de aquello.

Existía la creencia, tan extendida como infundada, de que aquella era una de las muchas ramificaciones de un grupo de empresarios chinos conocidos como los Siete de Shanghái. Si la historia del moderno poder económico chino tenía sus comienzos en Shanghái, la historia de la ciudad misma de Shanghái no podía contarse sin los siete miembros del Partido Comunista chino a los que se les había proporcionado el capital inicial, la libertad y la orden de comenzar a reunir un enorme conglomerado empresarial. Se suponía que los Siete de Shanghái impulsaban a China en su campaña para superar a Estados Unidos y demostrar a los demás chinos cómo se hacían los negocios en Occidente.

La primera parte ya estaba en marcha. La segunda no había ido tan bien. Otros empresarios chinos, los que se habían autoimpuesto y habían conseguido el éxito debido a sus buenas ideas y su esfuerzo, resultaron ser mucho más rentables. Los Siete de Shanghái, siempre gordos y perezosos, resultaron ser magnates mediocres, con más proyectos fallidos que exitosos. También tenían cierta afición a la delincuencia. Criados en la cultura de la corrupción incontrolada del Partido Comunista chino, se movían con bastante facilidad entre la legitimidad empresarial y

la ilegalidad.

Pero saberlo y demostrarlo eran dos cosas distintas. Y habían sido demasiado escurridizos —con la bendición y el apoyo del Partido Comunista chino— como para que alguna vez hubiesen sido sorprendidos en algo lo suficientemente importante como para que las autoridades chinas se hubiesen visto obligadas a actuar, ya fuera por vergüenza o por las quejas de empresarios legítimos.

Hasta ahora.

Quizá.

El extranjero se movía con rapidez, pues sabía que tenía cada vez menos tiempo. El despacho estaba bien amueblado —aunque sin lujos— y se notaba que estaba habitado. Se trataba de un despacho que se utilizaba con frecuencia, aunque el extranjero pudo adivinar que no se trataba de la base de operaciones de ninguno de los Siete de Shanghái. Ellos jamás se habrían permitido acercarse tanto a una operación de este tipo.

No. Aquel era el puesto de trabajo de un lugarteniente de alto nivel, alguien en quien se confiaba lo suficiente como para que dirigiera aquella operación y que, sin embargo, pudiese resultar prescindible en última instancia en caso de que necesitaran un cabeza de turco.

El extranjero se acercó primero al escritorio que había en el centro. En los cajones laterales había una tetera, una petaca y algún tentempié. Al parecer, a aquel lugarteniente le gustaba estar bien provisto. El cajón de arriba estaba lleno de bolígrafos, lápices, sujetapapeles y notas adhesivas; parecía que los delincuentes también necesitaban artículos de oficina. El extranjero estaba a punto de seguir mirando en otro sitio cuando sus ojos entrevieron un destello multicolor.

Se trataba de un *compact disc* dentro de un estuche transparente. El extranjero lo cogió y lo introdujo en el interior de su chaleco antibalas.

A continuación, se acercó a un mueble archivador apoyado en la pared opuesta. La primera carpeta archivadora no contenía papeles, sino casetes. Se las guardó también en el bolsillo. Después abrió la siguiente carpeta, que contenía documentos que el extranjero empezó a fotografiar.

Lo hacía lo más deprisa que podía. Sin molestarse en mirar antes de disparar. Más tarde tendría tiempo de decidir si algo de aquello era útil o si estaba fotografiando un equivalente a la lista de la compra de una empresa criminal.

Entonces, de repente, su tiempo se acabó.

Desde el exterior llegó una nueva ronda de gritos. A través de las ventanas del despacho pudo ver una muchedumbre de agentes de la Policía Armada Popular, con sus uniformes verdes, entrando en el edificio. Gritaban, aunque su agitación no parecía dirigirse a los seis detenidos que estaban sentados en silencio y en fila en el suelo junto a la maquinaria apagada. No. Las órdenes las gritaban a los cuatro hombres ataviados con los chalecos antibalas y que se encontraban en plena faena de destrucción de todos los equipos de falsificación que les era posible.

El extranjero salió del despacho justo cuando el coronel Feng entraba en el almacén, precedido por su cigarrillo encendido. Lucía una amplia sonrisa de profunda satisfacción consigo mismo mientras se aproximaba al extranjero.

—Coronel Feng —le saludó el extranjero—. Veo que, al final, sí que estaba acompañado.

—El sonido de los disparos ha debido de alertar a este escuadrón —contestó—. ¿No es una suerte que se encontraran por casualidad en misión de entrenamiento por la zona?

—Desde luego —respondió el extranjero. Se estaba acercando a sus hombres, que se habían agrupado en un pequeño círculo.

—Pero ya que están aquí, pueden asumir la jurisdicción de lo que, para nuestra sorpresa, resulta ser el escenario de un delito —continuó Feng—. En nombre de mi gobierno, le doy las gracias por el descubrimiento de esta empresa ilícita.

—Ah, no hay de qué.

—Y bien, creo que su labor ha terminado. Ahora debe entregarnos todas las pruebas que haya recopilado, incluyendo el teléfono que ha usado para tomar fotografías. Nos aseguraremos de que la autoridad competente se encargue de todo y se juzgue a los delincuentes.

—Estoy seguro de que así será —repuso el extranjero.

Para entonces, ya estaba junto a sus hombres. Uno de ellos había metido la mano por debajo de su chaleco antibalas para sacar un objeto del tamaño aproximado de un zapato. O, al menos, así era hasta que el hombre apretó dos botones y, al instante, se extendió para formar una barrera de un metro ochenta por uno veinte. Los hombres se agacharon tras ella, con los dedos hundidos en sus oídos y los ojos apretados mientras Feng miraba con más curiosidad que miedo.

—Ahora —dijo entonces el extranjero.

Ocurrieron tres cosas, una tras otra.

Primero, se apagaron las luces.

A continuación, hubo una explosión tremenda con la fuerza suficiente como para provocar un gran agujero en el lateral del almacén.

Por último, la onda expansiva alcanzó a Feng, tirándolo al suelo y apagando su cigarrillo al mismo tiempo.

Cuando el polvo se desvaneció, los extranjeros ya se habían marchado y se habían llevado las pruebas con ellos.

## HEAT

### UNA SEMANA DESPUÉS

—Tenemos que hablar de tu madre —dijo Derrick Storm.

La comisaria del Departamento de Policía de Nueva York Nikki Heat se enfundó su nueve milímetros y se quedó mirando al hombre al que momentos antes había confundido con un intruso.

Era jueves por la noche, el final de un día muy largo y, además, el final de varios días igual de largos en la vida de Nikki Heat.

Pero tenía la sensación, a juzgar por las profundas ojeras de su visitante, de que él también había sufrido recientemente la falta de sueño.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó deteniéndose mientras trataba de asumir aquella intrusión.

—Vuestro conserje no es muy bueno —contestó él.

—¿Qué conserje? ¿Bob Aaronson?

—¿Tiene la complexión de un bolo y la cara llena de pecas de niño que pegan muy poco con su calvicie masculina?

—Sí.

—Entonces, deberías informar a tu junta de vecinos de que es un absoluto incompetente.

Storm estaba sentado en un sillón que antiguamente había sido el preferido de la madre de Heat, en un rincón de un apartamento de Manhattan que anteriormente había pertenecido a la madre de Heat. Y ahora, él quería hablar de la madre de Heat.

¿Lo sabía? ¿Sabía que, después de diecisiete años de haber sido dada por muerta, Cynthia Heat había aparecido en una marquesina de autobús dos días atrás, vestida como una vagabunda, y que después había desaparecido tan rápidamente que Nikki dudaba de lo que había visto? ¿Sabía que las cenizas que Nikki había venerado durante diecisiete años como los restos de su madre habían resultado ser, tras su análisis en el laboratorio, los restos incinerados de un animal atropellado? ¿Conocía las circunstancias que habían conducido a la desaparición de Cynthia y a su posterior y repentina reaparición, circunstancias que la misma Nikki aún no conseguía entender?

—Así que... de mi madre —repitió Nikki, aún de pie y en guardia—. ¿De qué tenemos que hablar?

Storm parecía preocupado.

—Oye, para que lo sepas, casi no consigo llegar hasta aquí. Es egoísta por mi parte traerte esto. Pero eres la única persona viva que puede ayudarme a descifrar una

prueba que he encontrado y que puede ser importante. Se trata de una grabación de tu madre. ¿Te resultaría muy doloroso escucharla?

—Ya no sufro dolor por mi madre —respondió ella.

Era mentira. Y Heat sospechaba que Derrick Storm lo sabía. Pero lo dejó pasar.

—Por supuesto, es material clasificado, por lo que te agradecería que fueses discreta, comisaria Heat.

—Por supuesto que lo seré.

—Gracias —contestó él—. Primero, los antecedentes. Creo que ya sabes, por nuestro pequeño apuro relacionado con aquel traficante de divisas muerto hace unos años, que trabajo para un sector del gobierno al que le gusta actuar en la sombra.

—Recuerdo que un agente de la CIA me llamó en plena noche y no paraba de decir que, si no te soltaba, no solo le despedirían, sino que sería el final del mundo tal y como lo conocemos ahora.

—Esa es una prueba del poder del hombre para el que trabajo. Se llama Jedediah Jones. Opera de forma absolutamente extraoficial muy dentro de la CIA. Ha resuelto los suficientes problemas de suficientes personas importantes como para contar prácticamente con un presupuesto ilimitado. Y trabaja con poca supervisión, pues los de Washington son conscientes de que lo mejor para ellos es no hacer muchas preguntas en cuanto a sus métodos. Creo que la última vez que actuó de forma ética fue en la escuela primaria aunque, sin duda, sabe conseguir buenos resultados.

—Se me ocurren unas cuantas personas del Departamento de Policía de Nueva York a las que les encantaría conocerle —dijo Heat.

—Estoy seguro. En fin, el último insecto que ha llamado la atención del matamoscas de Jones ha sido un grupo de empresarios chinos conocidos como los Siete de Shanghái. ¿Sabes quiénes son?

—La verdad es que no.

Storm le habló a Heat de los Siete de Shanghái, de la operación de falsificación tras la que, según creía, estaban ellos, de su redada y de cómo las pruebas que él había recopilado se encontraron con la intromisión del coronel Feng.

—Y se limitó a quedarse allí todo el tiempo, fumando cigarrillos y negando que estuviese pasando algo..., hasta que, de repente, apareció con un escuadrón de agentes —concluyó Storm.

—Lo cual quiere decir que trabaja para los Siete de Shanghái, ¿no?

—Pues sí. Solo que no podemos demostrar su vínculo con ellos, igual que tampoco podemos demostrar que los Siete de Shanghái se encuentren realmente detrás de esas falsificaciones. Y hasta que podamos hacerlo y consigamos convencer de algún modo a los chinos de que hagan algo al respecto, nos tememos que los Siete de Shanghái continúen haciendo lo mismo en algún otro lugar —explicó Storm—. Cuentan con las líneas de suministro y los conocimientos técnicos y no tenemos muchas posibilidades de impedirselo. Aparte de las falsificaciones, también han estado involucrados en la trata de seres humanos, el contrabando de drogas y una

multitud de negocios sucios durante los últimos años. No hace falta que te diga que no debe confundirse a los Siete de Shanghái con los siete enanitos.

—Entendido.

—La mayoría de las pruebas que he encontrado durante la redada no son concluyentes, por desgracia. Pero había dos cosas que quizá puedan sernos de ayuda. La primera es un *compact disc* que parece contener cierta información.

—¿Un CD? ¿Quién sigue utilizando esas cosas?

—No tengo ni idea. Es muy posible que sea del año 1999.

Ese había sido el año del asesinato de la madre de Heat. O, más bien, el año en que Cynthia Heat había fingido su propia muerte con la ingesta de una droga que disminuyó sus pulsaciones casi a la nada y la contratación de actores que se hicieron pasar por médicos de emergencias y se llevaron su cuerpo.

—Pero ¿por qué..., por qué no lo sabes con seguridad? —preguntó Heat.

—La información está tan encriptada que ni siquiera se puede copiar en otro ordenador sin encontrar codificaciones. Y todavía no he podido descifrarla.

—Creía que tu jefe contaba con gente que sabe hacer esas cosas —observó ella.

—Así es. Pero, sinceramente, no me fío de él. Le conozco desde hace mucho tiempo. Su forma de actuar en toda esta misión ha sido extraña, incluso tratándose de él. Hay algo que no me está contando, algo más que está en juego, algo gordo. Y hasta que yo sepa algo más sobre este juego, no voy a darle un bate de béisbol que pueda usar para darme un porrazo en la cabeza. Ni siquiera sabe lo del CD. Supongo que una persona de tu posición entiende lo importante que es tener mano izquierda.

—Sí —contestó Heat a la vez que le ofrecía una sonrisa cómplice.

Se sentó, eligiendo el asiento más próximo al de él. Por algún motivo que no comprendía del todo, se sintió de inmediato cómoda con él. Cualquiera que los viera sin poder oír el tema de su conversación podría llegar a pensar que aquel encuentro acabaría en una aventura amorosa. Desde luego, formarían una pareja increíble. Ella era una morena llamativa, de piernas largas y ojos oscuros, con esas mejillas que las agencias de modelos buscan por todo el mundo. Él era el tipo de hombres atractivos con los que los escritores se ven obligados a empezar sus libros. Sus hijos no solo serían hermosos, sino también astutos, inteligentes y fuertes.

Pero no era esa la dinámica de este encuentro. Pues por muy atractivo que él fuera, por muy guapa que fuera ella, no existía entre ellos el menor indicio de atracción. Era casi como si se reunieran unos hermanos que hacía tiempo que no se veían.

—La otra prueba que he encontrado es esta grabación de tu madre y es aquí donde te necesito —continuó Storm—. ¿Estás... estás segura de que de verdad quieres oírla?

—Lo estoy —respondió ella. Había pasado muchos años de su vida desenterrando todos los datos de la vida de su madre que había podido. Nikki estaba empeñada, tanto en calidad de hija como de detective, en querer saber más. Su corazón le

empezaba ya a latir con fuerza por la mezcla de ansiedad y expectación.

Storm bajó el brazo hacia un pequeño bolso que estaba apoyado junto a su sillón. Sacó un reproductor de casete de alrededor de 1984 y, después, la cinta, que acercó a Heat para que la mirara.

—¿Sabes leer chino simplificado? —preguntó Storm.

—Nada de nada.

—Si supieras, verías que se trata de una aproximación al nombre de tu madre, transcrito fonéticamente. El mandarín no tiene el sonido «sss», así que han hecho lo que han podido. Y lleva la fecha de noviembre de 1999.

Storm pulsó el botón de apertura del pequeño compartimento del reproductor y, con suavidad, deslizó el casete en su interior. Para un par de treintañeros como Heat y Storm, resultaba bastante nostálgico estar utilizando una tecnología tan anticuada.

—Quienquiera que hiciera esta grabación había pinchado el teléfono de tu madre. La mayoría son conversaciones comunes y corrientes. Incluso tú apareces un par de veces llamando desde la universidad.

Heat meneó la cabeza.

—En mi residencia había unas cabinas de teléfono en el sótano —explicó—. Algunos empezaban a tener teléfonos móviles, pero aún se los consideraba artículos de lujo. Yo utilizaba una tarjeta telefónica siempre que la llamaba. ¿Recuerdas cómo eran?

Storm sonrió.

—Voy a dejarte el casete aquí, por si quieres escucharlo todo después. Yo ya me he hecho una copia de las partes importantes. Pero lo tengo preparado en la parte que nos compete ahora. ¿Lista?

Heat asintió con la cabeza. Storm pulsó el botón de plástico para reproducir y, por primera vez en diecisiete años, la voz de Cynthia Heat inundó el apartamento de Gramercy Park que antes había sido su casa.

«¿Sí?», preguntaba Cynthia Heat.

«Hola, soy Nicole», respondía una voz de mujer.

Nikki acercó la mano y pulsó el botón de pausa.

—Es Nicole Bernardin, la mejor amiga de mi madre y compañera de trabajo. Formaban parte de una red de trabajadoras domésticas y profesoras de alto nivel que espiaban a personas ricas y bien relacionadas...

—La red de niñeras —la interrumpió Storm—. Lo sé todo sobre ellas. Son legendarias.

—En fin, Nicole..., eh..., murió hace unos años. La mataron unos asesinos; la metieron en una maleta y la dejaron en un congelador. Fueron los mismos que asesinaron a mi madre. O, al menos, yo creía que era la misma gente que había matado a mi madre...

Heat se dio cuenta de que ya no sabía qué pensar. Para evitar que Storm le hiciese más preguntas, pulsó el botón de nuevo.

«Gracias por devolverme la llamada», decía Cynthia. «Solo quería que supieses que ya me he encargado de esos billetes falsos. He encontrado un sitio donde esconderlos».

«¿Dónde?», preguntaba Bernardin.

«Mejor que no lo sepas. Es por tu propio bien».

«De acuerdo».

«Había en ellos huellas digitales. Las he espolvoreado. Son tenues, pero están ahí».

«Entonces..., supongo que esos billetes son tu seguro de vida. Mientras sigan por ahí, en algún lugar, tienes cierta ventaja».

«Exacto», respondía Cynthia.

Esta vez fue Storm quien pulsó el botón de pausa.

—Creo que las huellas de los billetes falsos pertenecen a alguno de los Siete de Shanghái —dijo—. Eso convertiría los billetes en una prueba importante contra ellos.

Volvió a pulsar el botón de reproducción.

«¿Y estás segura de que se encuentran en un lugar seguro?», preguntaba Bernardin.

«Te lo diré de la siguiente forma: no solo confiaría mi vida a ese lugar, sino también mi mejor botella de *whisky*».

Storm apretó de nuevo el botón de pausa.

—¿Hay por casualidad en este apartamento algún mueble bar?

—Sí, y tienes permiso para desmontarlo. Pero, créeme, yo ya he rebuscado por encima y por debajo de cualquier rincón y rendija de este apartamento cien veces en busca de escondites, dobles forros y compartimentos ocultos. No hay nada. Además, ella no los habría escondido aquí. Mi madre se cuidaba muchísimo de no traerse el trabajo a casa. Y con ello me refiero a su trabajo de verdad, no a su fachada de profesora de piano.

Heat pulsó el *play*.

«Pero no lo entiendo», decía Nicole. «Si los billetes tienen esas huellas, ¿por qué no los das a conocer?».

«Porque las huellas por sí mismas no prueban nada», respondía Cynthia. «Si lo hago en un tribunal de justicia, un buen abogado podrá aducir un millón de motivos por los que esas huellas han llegado hasta allí. Este asunto tengo que rematarlo del todo. No puedo quedarme a medias con algo así. Me enterrarían. Además, son...».

La voz de Cynthia se interrumpía, como si, de repente, se sintiera abrumada por la emoción.

«Cariño, ¿qué te pasa?», preguntaba Bernardin.

«Es que... ni siquiera se molestan en amenazarme. Es como si supiesen que no pueden conmigo. Dicen que irán a por Nikki».

«Ay, Cyn... Lo siento mucho. ¿Quieres que vaya a la universidad a por ella? La mantendré a salvo. Sabes que puedo hacerlo».

«Sí, pero ¿qué vas a decirle? “Oye, ¿sabes lo de tu madre? ¿Esa que crees que es una simpática profesora de piano? Sí, pues en realidad es una espía y se ha metido en un problema muy serio, así que tienes que venir conmigo”».

«Mejor eso que dejar que vayan ellos antes a por ella», decía Nicole.

«Lo sé, lo sé. Es solo que... No dejes de pensar en que tiene que haber un modo de demostrar lo que de verdad está pasando con esos billetes falsos».

«Ten cuidado, Cyn. Ten cuidado. Si es quien tú crees que es...».

«Ya, ya lo sé. Oye, te llamaré si te necesito. Lo sabes».

«Lo sé. Te quiero. Cuídate».

«Vale. Tú también».

Storm detuvo la reproducción.

—La siguiente llamada es de tu madre a lo que ahora sé que es una cabina de teléfonos de tu residencia. Habló con una chica que te conocía y le pidió que te dejara el aviso de que la llamaras.

—Estaba intentando convencerme de que fuera antes a casa por Acción de Gracias. Yo le dije que no, que no podía, porque no podía faltar a clase —explicó Nikki, tan sumida por un momento en aquel recuerdo que suspiró de forma inconsciente.

—Lo siento —se disculpó Storm—. Sé que esto no es fácil. Pero necesito saber una cosa: ¿en qué andaba metida tu madre en 1999? ¿Qué estaba haciendo que pudiera enfrentarla a los Siete de Shanghái?

Nikki Heat estaba desconcertada. Durante varios años había estado dándole vueltas a los últimos meses de la vida de su madre. Había encontrado pruebas de que su madre estaba tratando de destapar a su antiguo formador y jefe de la red de niñeras, Tyler Wynn, como traidor que estaba intentando vender información confidencial de Estados Unidos. Durante un tiempo, Nikki creyó incluso que Wynn había matado a su madre por ese motivo. Ahora creía más probable que Wynn, que a su retorcido modo había querido a su madre como si fuese su sobrina, ayudó a Cynthia a fingir su propia muerte.

Pero ¿qué tenía que ver nada de eso con los Siete de Shanghái?

—Lo siento —se disculpó Heat—. Si supiera la respuesta a eso te la daría. Estoy tentada de decirte que ella no tenía nada que ver con los Siete de Shanghái. Pero... digamos simplemente que las cosas que he sabido sobre su vida me han sorprendido más de una vez a lo largo de los últimos años.

—Aun así, volvamos a 1999. Debe de haber algo que...

Storm empezó a formular de nuevo la pregunta esforzándose todo lo que pudo como investigador para tratar de obtener algún hilo que le ayudara a poner el broche final a una historia que, de no ser así, quedaría inconclusa. Pero lo cierto era que Heat, más que escucharle, le estaba examinando.

Hasta ese momento, ella solo le había contado a una persona lo de la increíble reaparición de su madre: a su esposo, el periodista dos veces ganador del premio

Pulitzer Jameson Rook. Sabía que podía confiar en Rook, que no se tomaría la visión de su madre como algún delirio provocado por el estrés. También sabía que Rook no tendría ninguna agenda oculta que pudiera situar cualquier otra necesidad por delante de su madre.

¿Podía confiar del mismo modo en este hombre? Nikki Heat se había pasado toda su vida profesional interpretando a personas, muchas de las cuales eran delincuentes que mentían cada vez que movían los labios. Y un hombre con la ocupación de Derrick Storm tendría en su haber una buena cantidad de engaños y de estafas.

Pero Heat sabía que Storm tenía una brújula moral profundamente arraigada, y que jamás permitiría que le apuntara hacia otro lugar que no fuera el auténtico norte. Estaba tratando de sacar a la luz de una forma legítima a unos malhechores que, al parecer, tenían de verdad algo que ver con su madre. Por lo tanto, debía saber toda la verdad.

Ella regresó a la conversación justo cuando Storm decía:

—... y creo que te he perdido.

—Perdona —se disculpó ella—. Mira, hay algo que tienes que saber. Me estás haciendo preguntas sobre el año 1999 y no es que yo crea que no debamos regresar a esa época. Pero me parece que la historia de mi madre no terminó en 1999.

—¿A qué te refieres?

Heat le contó lo de la marquesina del autobús y lo de las falsas cenizas de su madre.

—Entonces, ¿de verdad sigue viva? —preguntó Storm cuando ella hubo terminado.

—Realmente no lo sé. Es decir, todavía es posible que yo esté equivocada. Puede que la viera medio segundo.

—Pero ¿en ese medio segundo estuviste segura?

Heat asintió.

—Y hay más. El hombre que ordenó que acabaran con ella es un antiguo agente corrupto del FBI y del Departamento de Seguridad Nacional llamado Bart Callan. Más tarde estuvo relacionado con una trama para propagar enormes cantidades del virus de la viruela en la ciudad de Nueva York.

—Sí, aunque nunca habría podido hacerlo. Sé que vosotros llegasteis antes, pero no erais los únicos que habían averiguado el verdadero propósito de aquel antiguo camión de bomberos —dijo Storm, añadiendo después un rápido guiño.

—Pues entonces sabrás que Callan estaba comprado por Carey Maggs.

—¿El magnate de la cerveza que también era dueño de la empresa farmacéutica que iba a enriquecerse vendiendo la vacuna contra la viruela? Sí.

—Pero ¿sabías que Maggs fue hallado muerto en su celda hace dos días? Alguien lo mató con un cable de acero.

Heat trazó una línea que cruzaba su garganta. Storm no mostró ninguna reacción ante la muerte de un hombre que habría asesinado alegremente a miles de personas

con tal de conseguir beneficios.

—Y hay más —continuó Heat—. Callan había estado encarcelado en una prisión de máxima seguridad de Colorado hasta hace unas tres semanas. Después, fue misteriosamente trasladado a otra de seguridad media en Cumberland, Maryland.

—¿Seguridad media? ¿Para un antiguo agente federal que había matado a muchas personas y estaba relacionado con una trama de asesinato masivo?

—Exactamente. Y, por supuesto, después se escapó cuando se encontraba en un taller de trabajo. Sigue estando prófugo.

—Deja que adivine: esto ocurrió la semana pasada —dijo Storm.

—Sí. El martes. También hace dos días.

La piel que rodeaba los ojos de Storm se arrugó mientras los entrecerraba con una expresión de concentración que le daba una apariencia pensativa.

—No digo que esto vaya a encajar a la perfección, pero vamos a probar —propuso Storm—. Mi redada de los Siete de Shanghái tuvo lugar hace una semana. Mi equipo hizo algo de ruido cuando salimos, por lo que tardaron un poco en recomponerlo todo. No creían que iban a perder ninguna de las pruebas que yo había recopilado. Desde entonces, han estado revolviéndolo todo un poco. Cuando hicieron inventario, se dieron cuenta de que esta cinta de casete estaba entre los objetos perdidos. Sabrían que tu madre estaba en la grabación, hablando de que había ocultado esos billetes. ¿Dónde? ¿Quién lo sabe?

»Pero ¿y si los Siete de Shanghái sabían de la relación de Bart Callan con tu madre? Sé que esto puede sonar raro pero, para matar a alguien, especialmente a una profesional como tu madre, tienes que saber muchas cosas sobre ella: sus patrones de conducta, sus escondites, sus deslices... Nadie más cualificado para una búsqueda de esos billetes que Callan.

—Entonces, ¿le han ayudado a escapar de la cárcel sabiendo que, después, él trabajaría para ellos? —preguntó Heat.

—Los Siete de Shanghái estaban seguros de que él encontraría los billetes antes que yo.

—Pero, entonces, ¿por qué se hizo el traslado hace tres semanas?

—Eso no lo sé, claro está —respondió Storm—. Pero fue entonces cuando mi equipo y yo empezamos a prepararnos. Debió de ser también entonces cuando se avisó a los Siete de Shanghái de que íbamos a hacer la redada. Así que empezaron a preparar planes de contingencia y colocaron a Callan en un lugar donde pudiesen tener acceso a él si lo necesitaban.

—Vale. Lo entiendo. Ahora explícame la muerte de Maggs.

—Es parte de la huida. Maggs y Callan fueron, casi literalmente, uña y carne en un momento dado. Callan sabía que el primer paso de las autoridades sería acudir a Maggs para que les dijera dónde podría haberse ocultado Callan. Y en ese momento, después de tantos años en prisión, Maggs hablaría a cambio de un Big Mac y una almohada nueva. Maggs tenía que ser silenciado.

Heat sintió que la cabeza se le movía arriba y abajo. No sabía si Storm había reconstruido los hechos correctamente, pero la concordancia en el tiempo era indudable. Los Siete de Shanghái sabían que su operación de falsificación había llegado a oídos del gobierno estadounidense y empezaron a hacer planes para eliminar cualquier posible prueba que los relacionara con ella. El primer punto de esa lista eran los billetes falsos —con las malditas huellas dactilares— que Cynthia Heat había escondido mucho tiempo atrás.

Los billetes constituían también la explicación de por qué ella había pensado que tenía que desaparecer. Cynthia Heat sabía que los Siete de Shanghái se habían convertido en un poderoso enemigo, un enemigo de alcance internacional, un enemigo que no tendría escrúpulos a la hora de matar a su hija. Y aun así, Cynthia no tenía suficientes pruebas para poder encerrar a los Siete de Shanghái de por vida, especialmente con el sistema legal chino en su contra.

Así pues, fingió su propia muerte. Esa era la única forma de lograr que los Siete de Shanghái creyeran que ella ya no era una amenaza, la única forma de salvar a su hija.

Nikki Heat respiró hondo. El hecho de —quizá— haber ensamblado por fin el relato que daba explicación a uno de los capítulos más angustiosos de su vida no le producía ninguna satisfacción.

No hasta que pudiese demostrarlo.

Y después, hasta poder hacer uso de lo que había descubierto para meter a los Siete de Shanghái en un agujero tan profundo que llegara hasta el centro de la tierra.

A cambio, eso permitiría que su madre regresara al mundo de los vivos.

—De acuerdo. Expongamos de nuevo los hechos. Bart Callan trabaja para los Siete de Shanghái y está buscando los billetes falsos que mi madre escondió —dijo Heat.

—Afirmativo.

—A cambio, los Siete de Shanghái lo han sacado de la cárcel.

—Afirmativo.

—Y tu misión es dejar a los Siete de Shanghái fuera de juego.

—Afirmativo.

—Entonces, la huida de Callan es la pista que tenemos que seguir —concluyó Heat—. Debe de haber algún tipo de rastro en la Agencia de Prisiones que explique cómo un asesino en serie fue trasladado a una cárcel de seguridad media. Alguien debió firmar esa orden.

—Probablemente alguien que estuviese amenazado o que fuese sobornado para hacerlo —añadió Storm.

—Exacto. Si podemos probar quién ejerció esa presión y/o proporcionó ese incentivo, quizá podamos empezar a construir una cadena de pruebas que nos conduzca finalmente a uno de los Siete de Shanghái.

—Estoy de acuerdo.

—Así que vamos a trabajar juntos en esto —dijo Heat.

—Estoy de acuerdo.

Heat se puso de pie. Él también. Storm extendió la mano. Ella la estrechó con firmeza y la sacudió con efusividad.

Nikki Heat y Derrick Storm eran compañeros.

Había algo en eso que pintaba bien.

## HEAT

Nikki Heat apretaba el teléfono con tanta fuerza que estuvo casi segura de que iba a pulverizar sus microchips de silicona hasta convertirlos de nuevo en arenilla.

—No voy a ir —dijo con los dientes apretados.

—Sí que vas —le informó el hombre que estaba al otro lado de la línea—. Y vas a ir de uniforme. Y vas a sonreír ante las cámaras. Y vas a saludar a la gente y a hacer ver que estás muy contenta de estar allí. Y, a cambio, eso pondrá muy contento al director.

Quizá no hubiese peor forma de comenzar la mañana que hacerlo con una llamada de Zach Hamner, el Martillo. Su cargo era el de ayudante administrativo del director adjunto de asuntos legales de la policía de Nueva York pero, a menudo, Heat pensaba que debía simplificarlo y sustituirlo por el de ayudante vicecapullo. No, más bien, director ejecutivo capullo. Lo único peor que tener que escuchar su voz empalagosa al teléfono habría sido tener que ver su cara blanquecina, que solo salía del despacho y veía el sol aproximadamente dos horas el 4 de julio de cada año.

Pero lo cierto fue que, cuando él pronunció la palabra «director», Heat supo que sus sentimientos personales ya no importaban. Y cuando Hamner llamaba, rara vez era para expresar una opinión propia. No tenía el apodo de Martillo por ser aficionado a las chapuzas en casa.

Aun así, por una cuestión de honor, Heat consideró que tenía que mostrar resistencia.

—No es más que un ridículo paripé político —dijo—. Mira, yo ya he hecho mi trabajo y he apresado al tipo malo. Eso es lo que...

—Sí, pero resulta que Piernas Kline es un tipo malo que estaba a tres semanas de ser elegido presidente de Estados Unidos hasta que tú lo vinculaste con aquel vídeo que supuestamente era del ISIS —la interrumpió Hamner.

—Vale, vale. Pero, como te decía, eso es lo que se supone que debemos hacer los policías. Poner a los malos entre rejas. No tenemos que dar una rueda de prensa cada vez que lo hacemos.

—¿Me permites puntualizar que no somos nosotros quienes damos la rueda de prensa? —preguntó Hamner—. Quien la celebra es la senadora principal del estado de Nueva York, Lindsay Gardner, que ahora mismo, gracias a tus esfuerzos, también se encuentra probablemente a tres semanas de ser elegida presidenta de Estados Unidos. Asistirán asimismo varios dignatarios más de la central, incluido el director. ¿Te había mencionado ya al director? Pero, por si eso no te parece suficiente, el alcalde también va a estar. Y además de todo eso, los de la campaña de Gardner han

dejado bastante claro que vas a asistir. De hecho, has sido invitada personalmente por el director de la campaña y futuro secretario de Estado John Null. Por lo tanto, el Departamento de Policía de Nueva York puede colocarse en el lado bueno o en el lado malo de la futura presidenta. ¿Cuál crees que prefiere el director?

—Era bibliotecaria. No tiene lado malo —dijo Heat.

—Está claro que has conocido a pocas bibliotecarias. Yo prefiero al más cretino de la prisión de Rikers Island antes que a una bibliotecaria cabreada.

»Y bueno —concluyó Hamner—, por si no te lo he dejado lo suficientemente claro, no te lo estoy pidiendo. Es una orden.

Eso fue lo que, dos horas después, llevó a que Nikki Heat se encontrase sobre un escenario de Central Park levantado de forma improvisada, luciendo una sonrisa forzada mientras la que ahora era aparentemente la inevitable futura presidenta de Estados Unidos se dirigía al grupo de cámaras y micrófonos mejor utilizados de Nueva York, con una gran multitud de curiosos reunidos tras ellos.

—Gracias, gracias. Gracias, Nueva York —decía Gardner después de que la presentara el alcalde. Su inconfundible voz era parte de su encanto. Era fuerte y autoritaria pero, de algún modo, también tranquila. Como debe ser un bibliotecario. Se había resistido a todos los esfuerzos de sus asesores políticos que le decían que adoptara un tono más vigoroso cuando hablara en público. Muchos cómicos habían tratado de imitarla. Ninguno lo había conseguido.

Esperó a que el público se calmara. Su simple mirada era una suave reprimenda para llamarlos al orden.

—Gracias de nuevo —prosiguió—. Tengo que decir que estoy encantada de estar aquí con ustedes en este acto, pues después de quince meses de campaña estoy cansada de hablar de mí. Mi oponente no parece tener ese problema.

Hubo risas entre el público. Su oponente, Caleb Brown, era lo que había tenido en mente la persona que acuñó la palabra «imbécil».

—Pero hoy no tengo que hablar de mí —continuó Gardner—. Voy a hablar de una auténtica heroína de Nueva York, la comisaria Nikki Heat.

Gardner hizo una pausa y se oyó un clamor entre la muchedumbre. Heat saludó con la mano, porque estaba demasiado avergonzada como para no hacerlo; porque era eso lo que le habían dicho que hiciera; y porque el director y media docena de otros altos mandos del Departamento de Policía de Nueva York estaban a su lado en el escenario, empujando por conseguir colocarse delante de las cámaras y observando cada uno de sus movimientos. Heat trató de distraerse pensando en cosas más agradables. Como la cirugía dental.

La candidata continuó hablando de Heat un rato más, contando cómo había descubierto que Industrias Kline estaba proporcionando municiones al ISIS y, después, había evitado que Kline y su hija huyeran a otro país con el que no había tratado de extradición. Heat mantuvo la forzada sonrisa en su rostro todo el tiempo mientras soñaba con endodoncias y extracciones sin novocaína y trataba de sentirse

bien, pero se despertó cuando Gardner consiguió llamar de nuevo su atención.

—No es frecuente que durante la campaña yo cuente historias personales —dijo Gardner—. Y no estoy segura de que la comisaria Heat sepa esto. Pero mis hijos estuvieron hace tiempo entre los alumnos de piano menos sobresalientes de su madre. Me temo que Louisa y Ben heredaron su absoluta falta de oído musical de mí. Aun así, se esforzaron mucho y creo que la señora Heat los soportó por la dedicación que mostraron. Así, llegamos hasta el recital de fin de curso, solo que mi Ben... En fin, por aquel entonces estábamos siempre yendo y viniendo de Nueva York a Washington y Ben se dejó su partitura en Washington. Pero ¿quién fue corriendo a una tienda de música en busca del último ejemplar del *Para Elisa* de Beethoven? Fue la hija adolescente de la señora Heat, Nikki. Por lo que ya lleva mucho tiempo salvando vidas.

Heat no recordaba aquel suceso del pasado, pero sonrió como si lo hiciera, aunque solo fuera por continuar con el espectáculo.

—Y ya es hora de que yo le devuelva el favor. No pretendo poner en un aprieto a la comisaria Heat con lo que voy a decir —prosiguió Gardner—. Pero para mí es muy importante hacer esta declaración en público. Y, comisaria Heat, debe saber que lo he consultado con su director y se ha mostrado muy entusiasta con esta propuesta. Desde el comienzo de mi campaña he dicho que mi Administración se va a basar en atraer a las mejores personas posibles de muy distintos ámbitos, muchos de ellos de fuera de Washington y de la esfera política, para darles un rol con el que Estados Unidos salga beneficiado. Con eso en mente, espero que, si soy elegida, la comisaria Heat acepte mi invitación a ser mi directora del Departamento de Seguridad Nacional.

Hubo un murmullo entre el público. Heat miró de inmediato al director, quien expresaba su aprobación asintiendo con la cabeza, probablemente pensando en todo el dinero contra el terrorismo que se filtraría en su presupuesto si una neoyorquina ocupaba ese puesto.

—No se preocupe —añadió Gardner—. No quiero que me conteste ahora mismo.

Entonces, se oyeron risas entre la multitud y Heat articuló moviendo solo los labios la palabra «Gracias».

Pero su cerebro había empezado ya a emitir un zumbido. ¿Directora de Seguridad Nacional? Lo que menos le gustaba de tener que dirigir la comisaría Veinte era el sinsentido burocrático que acarreaba el puesto. Imaginó tener que estar en la capital de los papeleos de todo el país, dirigiendo lo que en el fondo no era más que una enorme burocracia.

Además, ella quería concentrar sus energías en su madre, en saber más sobre los Siete de Shanghái, en hacer que el mundo fuera un lugar más seguro para que pudiera regresar.

Pero quizá como directora del Departamento de Seguridad Nacional tendría más facilidades para conseguirlo. Si contaba con todo el peso de la Administración de una nueva presidenta ¿podría desmantelar a los Siete de Shanghái?

Para su sorpresa, se sintió intrigada. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Diez minutos después, tras proporcionar a las cadenas de noticias por cable suficientes cuñas hasta la hora de la cena, Gardner anunció su despedida a una multitud entregada.

Después de que el Servicio Secreto la acompañara en su marcha, les tocó a los demás abandonar el escenario. Mientras Heat bajaba los escalones, sintió como si su cabeza hubiese estado metida en una batidora sin tapa y sus pensamientos hubiesen quedado esparcidos por todos lados. Tuvo que concentrarse en asegurarse de que colocaba los pies en cada peldaño de las escaleras para no convertirse en la nueva sensación de YouTube al caer del escenario.

Estaba tan concentrada en aquella tarea que no prestó demasiada atención al hombre alto y de pelo oscuro que se acercaba a ella hasta que este le tendió una mano.

—Hola —la saludó—. Soy John Null, el director de campaña de Lindsay.

Llevaba un traje a medida que le quedaba muy bien. Null era un antiguo piloto de helicópteros del ejército que había prestado servicios en Irak y Afganistán antes de pasar a la vida civil. Aquel ambiente gustaba a los grupos de veteranos. Y claramente había conseguido mantener la forma física de su época de militar.

—Encantada —dijo Heat.

—Para que lo sepa, Lindsay hablaba muy en serio. No es una candidata a la presidencia que esté tratando de conseguir titulares y aprovecharse de la gloria de la heroína del día. En el equipo de campaña hemos estado investigándola y estamos impresionados con lo que hemos visto. Creemos que usted reúne lo que se requiere para este puesto. Sé que la parte de gestión puede parecer demasiado al principio, pero parece ser que usted tiene un largo historial en lo que se refiere a cumplir con su deber, incluso a pesar de las dificultades. Es usted exactamente el tipo de persona que queremos que trabaje en esta Administración.

—Gracias —contestó Heat.

—Y le pido disculpas si la presentación de la oferta la ha pillado un poco de sorpresa. Le dije a Lindsay que creía que primero debía decírselo en privado. Pero ella contestó que, si lo hacía así, usted diría que no. Ha querido hacerlo de esta forma para que todo el mundo conozca la increíble oportunidad que se le ofrece y así habrá más posibilidades de que sus amigos y familiares la presionen para que acepte.

—Probablemente tenga razón en eso —dijo Heat con una carcajada.

—Lindsay Gardner tiene razón en muchas cosas. Sé que es mi jefa, así que es normal que yo diga esto, pero lo cierto es que tiene un instinto especial con las personas. No vamos a presionarla para que nos conteste ahora ni en un plazo muy cercano. Sé que acabamos de lanzarle esto y que tiene muchas cosas que asimilar. Pero, al menos, ¿podría pensárselo un poco?

—Bueno, debo confesar que me siento halagada... —empezó a decir Heat.

—Entonces, dejémoslo aquí. Siéntase halagada. Es una sensación agradable —contestó Null—. No trate siquiera de tomar una decisión todavía. Simplemente, piense en ello. Está claro que ni siquiera necesitamos que nos conteste hasta después de las elecciones. Tenemos que asegurarnos de poder ofrecerle de verdad el puesto. Nunca se sabe lo que puede pasar con los votantes.

Null le ofreció una sonrisa victoriosa.

—No, pero el pronóstico para ustedes es bastante bueno —replicó Heat. Las últimas encuestas decían que, con Piernas Kline fuera de la competición, Gardner se había hecho con la mayoría de los votantes y que había tomado la delantera en varios estados clave. 538, la famosa web de análisis electorales, hablaba de una victoria aplastante.

—Bueno, ya veremos. Mi trabajo consiste en no dar nada por sentado —contestó él—. Pero si me permite soltarle mi discurso promocional, es estupendo trabajar para Lindsay Gardner. Creo que en ciertos aspectos ella se enfrenta a todo como si aún estuviese dirigiendo la biblioteca de una ciudad pequeña. Le gusta conocer a la gente que trabaja para ella a un nivel personal. Espero que, por lo menos, acepte sentarse con ella para mantener una pequeña charla.

—Por supuesto —respondió Heat.

—Genial —dijo Null con entusiasmo—. Su agenda de hoy es tremenda. Pero quizá podamos encontrar un hueco para usted mañana por la tarde.

—Estaría bien. Avíseme —contestó ella.

Los dos intercambiaron sus números de teléfono móvil —el de Heat tenía el prefijo 917 de Nueva York y el de Null, el 202 de Washington— y, a continuación, emprendieron caminos distintos. Heat tenía un paseo de unos veinte minutos hasta la comisaría Veinte, lo cual era preferible a lo que la hubiera esperado si hubiese decidido ir en coche. El Servicio Secreto había pedido al Departamento de Policía de Nueva York que cerrara la mitad de las calles del centro de Manhattan por la visita de Gardner y la otra mitad estaban completamente atascadas.

Heat acababa de ponerse en camino y había empezado a pensar en el día que la aguardaba —y que consistía en más informes relacionados con Piernas Kline y en un montón de papeleo acumulado— cuando recibió en el teléfono el aviso de un mensaje de texto.

Pensando que sería Null, Heat intuyó que se trataría de un número no registrado en su lista de contactos.

Y así fue. Pero no era de Null.

Se trataba de un prefijo 646, también neoyorquino, pero lejos del venerable 212 de Manhattan.

Decía así:

NIKKI, SOY TU NUEVO MEJOR AMIGO, O QUIZÁ TU NUEVO PEOR ENEMIGO.

ESO VA A DEPENDER DE TI. ¿ME VAS A ESCUCHAR?

Firmaba como «La Serpiente».

Heat frunció el ceño. ¿Se trataba de algún tipo de broma? Había niños de nueve años en escuelas de educación especial con más madurez que la de algunos de los chicos de la comisaría, sobre todo cuando estaban en grupo. Aquella podría ser su estúpida idea de lo que es divertirse.

O...

Bueno, al menos, podría seguir el juego.

ESO DEPENDE. ¿QUÉ ES LO QUE TIENES QUE DECIRME?

Heat continuó caminando hasta que oyó que su teléfono volvía a sonar.

DEJA EL CASO DE TU MADRE. NO INTENTES BUSCARLA. NO INTENTES BUSCAR LOS BILLETES. NO HAGAS NINGUNA INVESTIGACIÓN AL RESPECTO. ES POR TU PROPIO BIEN. NO TIENES NI IDEA DEL PODER AL QUE TE ENFRENTAS. ACEPTA EL PUESTO EN WASHINGTON. OLVÍDATE DE TU MADRE. SIGUE ESTE CONSEJO O ATENTE A LAS CONSECUENCIAS.

Heat sintió como si alguien le hubiese lanzado un ladrillo a la cabeza. Los idiotas de la comisaría no sabían nada sobre lo de su madre. Solo lo sabían Rook y Storm. Y los dos sabían muy bien que no debían decir nada.

Contestó:

¿QUÉ CONSECUENCIAS?

Cuando el trayecto a pie llegó a su fin, aún no había recibido respuesta.

## STORM

El hombre de irresistible atractivo apagó la televisión que, momentos antes, había estado emitiendo las imágenes de la rueda de prensa de Lindsay Gardner en la ciudad de Nueva York. Ahora se encontraba de pie y en silencio en la sala de descanso de la quinta planta de la sede central de la Agencia de Prisiones. Llevaba una chapa identificativa falsificada de manera exquisita con el nombre de «JACKSON, MICHAEL».

Se alisó las patillas, también falsas, aparentemente sacadas del año 1977. Después, se acarició el denso bigote, que se había pegado a la cara con la ayuda de medio bote de cola de maquillaje y que podría resultar familiar a los aficionados a las películas pornográficas de aquella misma época.

Derrick Storm había llevado a cabo aquella transformación en algún lugar por encima de los nueve mil metros de altura durante su vuelo matinal hasta la ciudad de Washington. Durante el trayecto había realizado un curso intensivo sobre todo lo que necesitaría saber para convertirse en Michael Jackson, un administrativo de nivel intermedio de la Agencia Federal de Prisiones con un nombre poco afortunado.

No solo estaba decidido a interpretar el papel, sino a hacerlo suyo. Sus Dockers de pinzas y de color caqui estaban un poco raídos por los bajos y la bragueta se negaba a permanecer cerrada, dejando a la vista la cremallera. Su camisa de manga corta era de color azul claro y estaba muy almidonada. Su corbata parecía la única superviviente de una despiadada guerra de comida.

En la muñeca izquierda llevaba una pulsera de plástico con la frase: «QUÉ HARÍA JESUCRISTO»; en la mano izquierda, una alianza. Muchos estudios habían demostrado que los estadounidenses consideraban a los hombres cristianos casados personas más dignas de confianza, estudios que quizá solo demostraban que los estadounidenses se habían olvidado de episodios como el escándalo sexual protagonizado por el telepredicador Jim Bakker.

Hasta entonces, el disfraz había funcionado a la perfección. Storm se había abierto paso a través del torno de seguridad del vestíbulo. Nadie le había visto ni se había fijado en él mientras se dirigía en el ascensor hacia la planta superior.

Y ahora, tras recomponerse durante un momento en la sala de descanso, estaba preparado. Alguien —probablemente alguna persona de aquel edificio— había firmado la orden de traslado de Bart Callan de una prisión de máxima seguridad a otra de seguridad media de la que finalmente había escapado. Y Storm, con la ayuda de Michael Jackson, iba a averiguar de quién era aquella firma.

Storm respiró hondo por última vez. A continuación, salió al recibidor, pasó a toda velocidad por las filas de cubículos de media altura que quedaban a su derecha y,

después, giró para entrar en el despacho de la izquierda que quedaba en la tercera puerta desde la esquina.

—¡Aquí está! —casi gritó Storm con una voz nasal que estaba media octava por encima de la suya.

Un hombre negro de mediana edad y cabeza afeitada levantó la vista de su ordenador con sorpresa.

—¡Ya sé que el sistema telefónico va fatal, pero lo menos que podría hacer es atender cuando yo llamo! Me he visto obligado a subir desde la tercera planta, ¿sabe?

—Perdone, pero... ¿puedo ayudarle en algo?

—Claro que puede. Estoy en medio de una catástrofe tremenda. Así que sí, puede ayudarme.

—Lo siento, creo que no le conozco, señor...

—¡Lea mi placa! —respondió Storm con tono malhumorado mientras acercaba el pecho en dirección al hombre.

—¿Señor... Michael Jackson? ¿De verdad se llama Michael Jackson?

—Sí, así es. Ya sé..., quieres empezar algo..., la chica es tuya, no mía..., quieres que me largue... Ya me han hecho antes esas bromas con las letras de las canciones. No tengo la culpa de que mis padres no prestaran atención a la música pop actual y decidieran ponerme el nombre de mi abuelo, ¿vale? ¿De verdad vamos a retroceder al patio de recreo de sexto curso con sus bromas infantiles? Porque eso se llama acoso laboral. Y permítame que le recuerde que según la directiva 13-57-B, párrafo doce, punto tres, en la Agencia de Prisiones tenemos una política antiacoso muy clara.

—Sí, sí. Lo siento —dijo el hombre—. Oiga, no pretendía sacar a colación un asunto tan delicado, pero..., en fin, ¿no ha pensado alguna vez en..., no sé, utilizar un segundo nombre o algo parecido?

—Mi segundo nombre es Tito.

—Ah. Vaya.

—Y el tercero es Andrew. Me temo que el séptimo presidente de Estados Unidos me arruinó ese nombre.

—Es verdad.

Storm se inclinó hacia delante y susurró con tono conspiratorio:

—Aunque me alegra que lo vayan a quitar de los billetes de veinte dólares. ¿A usted no?

—Eh... Pues sí, supongo. Me da igual.

—Además, quiero que sepa que yo voté a Obama —siguió susurrando Storm.

El hombre se limitó a arquear una ceja.

—Deberíamos chocar los puños, ¿no? ¿No es eso lo que hace la gente? —preguntó Storm mientras levantaba su puño en el aire en dirección a él.

El hombre, entre confundido y asustado, chocó su puño contra el de Storm.

—Y después, hacemos el saludo con la cabeza —continuó Storm a la vez que inclinaba la cabeza y se explicaba—: Veo la serie de los negros en la cadena ABC,

por eso lo sé.

El hombre ya no estaba sobresaltado. Tan solo estaba aterrizado.

—Sí, sí —contestó—. En fin, usted... necesita algo, señor..., eh..., ¿puedo llamarle Mike?

—Llámeme Michael, por favor. Y sí. Necesito una cosa. Tengo que buscar un paraguas y usted también va a necesitar otro, porque va a haber una auténtica tormenta si sale a la luz lo que está pasando en este lugar. Me refiero a audiencias en el Congreso, apariciones en el *Washington Post*, libros sobre el asunto... En algún lugar hay alguien que probablemente esté decidiendo ya quién va a hacer de usted en la película.

—Tranquilo, amigo. Relájese. ¿Qué está pasando?

—¡No me voy a relajar, eso es lo que pasa! —gritó Storm—. Estoy haciendo una auditoría de la Agencia Federal de Prisiones de Cumberland y me falta un BP-T02-12 de un recluso. ¿Sabe qué consecuencias puede tener todo esto? ¡Es un desastre! ¡Diluvios y plagas, huracanes y tifones, una gira de Justin Bieber!

Al BP-T02-12, por lo que Storm había averiguado en su rápida investigación durante el vuelo, también se lo conocía como formulario del Lugar de Encarcelamiento. Y se suponía que en la Agencia de Prisiones cada recluso tenía uno.

—Bueno, estoy seguro de que simplemente se ha traspapelado —replicó el hombre—. Si llama allí y les dice que ha habido una pequeña confusión, seguro que...

—¡No, no! Esto no es una, entre comillas, «pequeña confusión». Es un completo y absoluto fallo de todo el sistema. Van a rodar cabezas por esto y más vale que se asegure de que no va a ser la mía. Voy a hacer saltar la alarma. Voy a dar el soplo, ¿me oye bien? Eso significa que hay leyes que me van a proteger. Y no voy a parar. Voy a denunciarlo hasta llegar a la Casa Blanca si es necesario.

—Eh, eh, tranquilo, Michael. Esto se puede arreglar. ¿Estamos hablando solo de un recluso?

—¿Solamente uno? Me alegra ver que se lo toma con tanta despreocupación. Pero para mí no existe en este sistema eso que usted llama «solo un recluso». No con la clase de escoria y malhechores que tenemos encerrados. ¿Sabe quién más es «solo un recluso» en la Agencia de Prisiones? Ted Kaczynski.

El hombre dejó caer la cabeza hacia delante. Storm le estaba apuntando ahora con el dedo.

—Voy a llegar hasta el fondo de este asunto. Voy a llegar al fondo de esto aunque sea lo último que haga. Hay veces en las que hay que arrancar la maldad de raíz. El BP-T02-12 no es en realidad más que un síntoma. La verdadera enfermedad está en el BP-C88-11. Tengo que saber quién lo firmó y, después, averiguaré qué es lo que ha pasado.

Al BP-C88-11 se lo conocía también como la Notificación de Traslado. Se trataba de un documento que se exigía cada vez que se cambiaba de prisión a un recluso.

—¿Y no puede buscarlo usted? —preguntó el hombre.

—Puede que aquí en la quinta planta, donde están los acomodados, se pueda buscar sin más —contestó Storm—. Pero ahí abajo, en la tercera, no tenemos acceso. Janet, la de informática, se ha asegurado de que sea así.

—Janet...

—Jackson —añadió Storm y, a continuación, continuó—: Mi hermana. Es muy desagradable.

—De acuerdo, de acuerdo. Tranquilícese. Yo puedo buscárselo. ¿Quién es el recluso? A ver si podemos averiguar qué es lo que ha pasado.

Storm recitó el número identificativo de ocho dígitos del recluso federal Bart Callan y se abstuvo de decir el nombre de forma intencionada. Sabía que aquel nombre podría hacer saltar la alarma.

—Bueno, vamos a ver —dijo el hombre tras escribir el número en su ordenador a la vez que Storm se lo dictaba—. La notificación de su traslado la firmó... Ah, aquí está: Mason Wood.

—¿Mason Wood? ¿Mason Wood, el director adjunto?

—Sí. Su despacho está allí, en el rincón, por si quiere...

—Sé dónde está su despacho —le interrumpió Storm—. ¡Es que me sorprende! Me sorprende y me horroriza que alguien como el director adjunto Wood cometa un error tan garrafal como...

—Espere un momento —dijo el hombre mirando todavía la pantalla—. El impreso del Lugar de Encarcelamiento está aquí mismo.

El hombre giró la pantalla para que Storm pudiese verla.

—Vaya. Seré... ¿Cómo no lo he visto?

El hombre se encogió de hombros.

—Le puede pasar a cualquiera —dijo.

Storm había bajado la mirada a la moqueta.

—No. A mí no. Estoy muy avergonzado y yo... No puedo creer que haya hablado tan mal del director adjunto Woods. ¿Me hace el favor de no decirle nada? Por favor.

—Sí, hombre. No se preocupe.

—Gracias. Es usted un buen tipo. Un hombre bueno —dijo Storm con reverencia—. Y quiero que sepa que ni por un segundo he pensado que O. J. Simpson fuera culpable.

## HEAT

Al contrario que algunos de los edificios más imponentes del Departamento de Policía de Nueva York, la comisaría Veinte no era ninguna maravilla arquitectónica ni monumento histórico. No era más que un sencillo edificio de ladrillo de la calle 82, carente por completo de decoración ni adornos.

Pero para la comisaria Nikki Heat se trataba de todos modos de un lugar especial. La habían enviado allí poco después de graduarse en la Academia de Policía de la ciudad de Nueva York, después de que, tras la muerte de su madre, decidiera cambiar sus estudios de teatro por los de justicia penal y comenzar su carrera en las fuerzas del orden.

Desde entonces, Heat había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia en la Veinte y sus alrededores, primero como agente de patrulla, después como sargento, luego detective, más tarde como jefa de brigada y ahora como la primera mujer que ocupaba en ella el cargo de comisaria. Sus paredes la habían visto reír y llorar, quebrar al preso más duro y también tratar a las víctimas de delitos con el mayor de los tactos. En ese lugar había cometido un millón de errores, pero también había aprendido un millón de lecciones de vida durante aquel tiempo.

Era, al fin y al cabo, el lugar donde ella había crecido. Aquel era más su hogar que cualquier otro que hubiese tenido nunca.

Así pues, cuando atravesó la puerta de cristal poco después de las once, tras haber venido caminando desde la rueda de prensa, estaba entrando en territorio amigo. Y no se sorprendió mucho cuando el sargento de la recepción la saludó con tono alegre:

—Hola, comisaria. Tengo una cosa para usted. Un mensajero ha venido a traerlo. Quería dárselo en persona, pero le he dicho que no iba a poder ser. En fin, aquí tiene.

A continuación, le pasó un sobre y Heat sintió que el mundo se detenía durante un momento.

Su nombre estaba escrito por fuera, pero no fue eso lo que la conmocionó. Era la forma en que estaba escrito lo que hizo que todo se detuviera. Se trataba de la elegante curva de la ene, la inclinación de las dos íes, las atropelladas kas, el bucle de la hache, el hecho de que la e y la a parecieran simples nudos antes de llegar a la te.

La letra de Cynthia Heat siempre había sido muy característica.

—Eh..., gracias —dijo Heat al coger el sobre, con la esperanza de que aquel hombre no se diera cuenta de que se había quedado pálida de repente.

Heat pasó junto al ascensor caminando con cierto tambaleo hacia la escalera de atrás, donde podría tener algo de intimidad. Se sentó en el segundo escalón y se quedó mirando de nuevo el sobre, apreciando aquel estilo de cursiva que no había

visto desde hacía diecisiete años.

Cuando abrió el sobre, cualquier pequeña duda que aún pudiera albergar de que su madre era la autora de la misiva que había en su interior desapareció al instante. Cynthia Heat había escrito siempre a su hija a mano. Nikki no solo reconocía la caligrafía, sino el espacio entre las líneas, el papel de color crema que era el preferido de Cynthia, la fuerza con la que trazaba los puntos, su forma de escribir la mayúscula de la primera letra de una frase algo más alta que cualquier otra letra mayúscula.

Si la visión fugaz en la marquesina del autobús y el contenido de la urna no lo confirmaban, esto sí lo hacía. Cynthia Heat estaba viva.

Nikki notaba ya cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se las limpió con la manga de su uniforme, respiró hondo y, a continuación, empezó a leer:

*Mi querida Nikki:*

*Después de diecisiete años, no estoy segura de cómo empezar siquiera esta carta. Sé que debes de estar furiosa conmigo. Y no te culpo. Yo también estoy furiosa conmigo misma. Más de lo que puedas imaginar. Me he perdido una gran parte de tu vida.*

*Pero lo cierto es que no me lo he perdido todo. ¿Tu graduación en la universidad? Estuve allí, casi atrás del todo, junto a aquel magnífico olmo. Después vi cómo te hacías fotos con tus amigos con aquel vestido blanco con el ribete azul. ¿Tu ceremonia de ascenso a comisaria? Alquilé un uniforme del Departamento de Policía de Nueva York y me teñí el pelo de castaño para esa ocasión. Fue uno de los días en que más orgullosa me he sentido en mi vida. ¿Tu boda? Estoy segura de que no viste que los del servicio de catering tenían una nueva friegaplatos. Me encantó ver las caras de todos cuando aquel maravilloso esposo tuyo anunció que os ibais a Reikiavik de luna de miel.*

*Aparte de esas ocasiones, nunca has estado lejos de mi corazón, aunque el resto de mi ser estuviese bastante alejado. En diecisiete años no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti. He tenido muchas casas durante ese tiempo, algunas durante varios años, otras solo unas semanas. Lo primero que sacaba de las maletas en cada una de ellas eran los portarretratos con tus fotos.*

*No me puedo creer que, después de todas las veces en las que he aparecido en tu vida para ver cómo estabas, para asegurarme de que te encontrabas bien, para verte con mis propios ojos..., tú me vieras en aquella marquesina de autobús. Fue una torpeza por mi parte. Supongo que con la vejez estoy perdiendo facultades.*

*Pero, ahora que conoces mi secreto, tengo que suplicarte una cosa: olvídate de que existo. Olvídate de que he existido nunca. Tu vida será mucho más feliz y segura si lo haces.*

*Hace mucho tiempo tuve que morir para que tú siguieras viva. Durante los últimos diecisiete años no ha pasado nada que pueda cambiar eso. Si ciertas*

*personas se enteran de que estoy viva, correrás un grave peligro. La amenaza es aún mayor ahora. Quizá llegue el día en que pueda salir de mi escondite. Pero ese día no ha llegado. Y siento decirte que no está cerca.*

*Mientras tanto, por favor, no trates de buscarme. Sé que eso va en contra de los instintos que has adquirido como detective, pero te lo suplico: olvídate de todo esto. Yo he echado a perder una gran parte de mi vida por no poder hacerlo. Por favor, no eches a perder la tuya también.*

*Con mi amor, siempre,*

*Mamá*

Nikki se quedó sentada en las escaleras y volvió a leer la carta tres veces. Sus emociones emprendieron un viaje campo a través mientras lo hacía, desde la rabia hasta la tristeza, desde la alegría hasta el anhelo.

La rabia era porque su madre no solo la había abandonado, sino que ahora se negaba a salir de su escondite aparte de aquellos breves cameos. La tristeza era porque Cynthia sentía que no podía hacerlo. La alegría, porque sabía que, en realidad, su madre no había sufrido una muerte angustiada. El anhelo, porque quería volver a estar con ella, ya fuera para preparar un pastel, como tanto disfrutaban haciendo, o para compartir el simple placer de un café entre madre e hija.

Sin embargo, al final, Nikki llegó a la frustración. Y a la determinación. La frustración era porque Cynthia no iba a venir a ayudar a Nikki. A contarle dónde estaban los billetes. A decirle cómo los había conseguido. A ayudarla a resolver el misterio.

La determinación era porque iba a hacerlo aun sin la ayuda de su madre.

Había ahora dos voces muy potentes que le decían a Nikki Heat que no siguiera escarbando en el pasado de su madre. La primera, la de la Serpiente, quienquiera que fuera. Y ahora, la misma Cynthia.

Estaban provocando el efecto opuesto. Incitaban la tenacidad de Nikki Heat, heredada de Cynthia, procedente de su naturaleza psicológica. Cuanto más la amenazaran o le suplicaran que no hiciera algo, más se convertía en lo que quería hacer.

Quizá eso la volvía más testaruda de la cuenta.

Pero también era, en buena parte, lo que la convertía en Nikki Heat.

Después de respirar hondo varias veces para recomponerse, Heat se puso de pie. Se guardó la carta en la chaqueta. Se secó las lágrimas de la cara con cuidado para no estropear el maquillaje que los del departamento de prensa le habían insistido en que se pusiera para la conferencia de prensa.

Después, levantó el mentón y siguió subiendo hasta la sala de la brigada.

Al pasar por la puerta en el rellano de arriba, se dijo que ese día lo iba a dedicar por completo al trabajo. Nada la iba a distraer. Ni la carta de su madre. Ni la tan intrigante —y excesivamente pública— oferta de Lindsay Gardner.

En primer lugar, se encargaría de los asuntos pendientes del caso de Piernas Kline. Después, se ocuparía del montón de papeleo que tan fructíferamente se reproducía y multiplicaba en su escritorio.

Luego, cuando Derrick Storm le diera el nombre de quién había soltado a Bart Callan, se dedicaría a seguir la pista hasta llegar a las puertas de los Siete de Shanghái.

Estaba preparada para todo.

Pero no para lo que en realidad la esperaba al girar la esquina.

Jameson Rook llevaba uno de sus mejores trajes a medida, un elegante atuendo gris de raya diplomática comprado en Gieves & Hawkes en Londres. Lo conjuntaba con una corbata lavanda de Christian Lacroix y un pañuelo de bolsillo de seda de Hermès que Heat le había regalado por su sexto mes de relación.

Estaba rodeado por docenas de rosas de diferentes tonalidades, suficientes como para que la sala, cuyo aroma se parecía normalmente al que habría si se metiera una cafetería en el interior de un vestuario, de repente oliera a una convención de floristas.

Cuando la vio, Rook se puso de pie de un salto con tanta fuerza que la silla con la rueda ladeada, la única que siempre parecía quedar libre para él, se tambaleó hacia el escritorio que había al lado con un fuerte golpe.

Durante su última conversación, Heat le había dicho que necesitaba un respiro de su matrimonio. No podía estar con él mientras su madre anduviera por ahí fuera. Sabía lo mucho que se obsesionaba con los casos normales, más aún cuando el asunto central era su madre. Aparte de eso, podía imaginar lo peligrosa que iba a ser aquella investigación. No podía implicar a Rook en ella.

Sus palabras exactas fueron: «Tengo que aclararme la mente para que podamos tener un futuro felices».

Desde entonces, había bloqueado el número de teléfono de Rook para no recibir sus mensajes ni sus llamadas y había manipulado su bandeja de entrada para dirigir sus correos electrónicos a la carpeta de correo no deseado y así no sentirse tentada de leerlos cuando consultara el resto de sus correos.

Pero no podía hacer nada para bloquear a aquel hombre en persona. Rook no iba a rendirse con la mujer a la que amaba, la mujer a la que había pretendido pacientemente durante varios años hasta que agotó todas sus objeciones. Rook ya había luchado antes por su amor. Y Heat pudo ver que tenía la completa intención de hacerlo otra vez.

—¡Rook! ¿Qué estás...?

—Espera —la interrumpió Rook—. Antes de que digas nada, tengo que enseñarle a estas rosas lo guapa que eres.

Con un aspecto exquisito vestido con su traje perfecto, empezó a coger ramos del escritorio.

—Este —dijo comenzando por las rojas— significa mi amor por ti, la pasión duradera que sentimos el uno por el otro.

Después, le entregó las amarillas.

—Estas son porque, además de ser amantes, somos los mejores amigos y colocamos cada día lo que sentimos el uno por el otro en el centro de nuestra relación.

A continuación, pasó a las naranjas.

—Estas son por la admiración que siento por ti y por afrontar cualquier aspecto de tu vida con absoluto y verdadero esfuerzo. E incluso cuando aquello a lo que te enfrentas hace que me dejes de lado, sigo admirándote.

Luego, le tocó el turno a las púrpuras.

—No estoy muy seguro de lo que significan estas, pero ¿no te recuerdan a los malvaviscos púrpura que vienen en los paquetes de cereales Lucky Charms? Supongo que eso explica lo de «natural» cuando dicen que tienen «sabores naturales y artificiales».

Terminó con las blancas.

—Y, por supuesto, estas representan la paz. Así que te pido por favor que entiendas que vengo en son de paz. Y aunque respeto todo lo que dijiste anoche, solo quiero tener otra oportunidad para poder hablar contigo sobre esto. Cuando me casé contigo, me comprometí a lo de «en la salud y en la enfermedad», pero también a «en caso de que alguien del todo inesperado vuelva a aparecer diecisiete años después». Esta última parte no la pronunciamos en voz alta, pero te juro que aparece en las condiciones legales que vienen al final.

Después, sacó una tarjeta blanca del bolsillo.

—Pero no he terminado —prosiguió, como si aquello se tratara de una sorprendente oferta televisiva que estuviese a punto de mejorar—. Porque también he reservado un viaje especial con Aventuras Aéreas del Capitán Tyler.

Le pasó lo que parecía una tarjeta de regalo.

—¿El recorrido especial por las islas? —preguntó Heat.

—Eso es. El capitán Tyler es mi amigo Gregory Tyler. Es un antiguo abogado que se hartó y que ahora se dedica a llevar a sus antiguos clientes y a sus superricos amigos de Wall Street a vivir aventuras. Asegura que es el único que ofrece paracaidismo libre sobre el mar en la zona de Nueva York, aunque no estoy seguro de que nadie lo haya comprobado. El recorrido especial por las islas es uno de sus paquetes para parejas. Tú y tu persona amada saltáis desde un hidroavión especialmente modificado, con un almuerzo previamente embalado que incluye champán, por supuesto, y aterrizáis en paracaídas sobre la isla desierta que hayáis elegido. Tomáis vuestro almuerzo, disfrutáis de la tarde y, unas horas después, vuelve a recogeros. ¿No te parece genial?

—Rook, yo...

—Espera, no respondas. Me he emocionado un poco y me he salido del guion. Aún no he acabado.

Se acercó y cogió las manos de ella entre las suyas.

—Oye, ya sé que lo estás pasando mal ahora. Pero puedo ayudarte. Así somos nosotros. En eso consiste el matrimonio.

Heat miró a su derecha, consciente de que tenían público. Los dos jefes de la brigada de detectives, Miguel Ochoa y Sean Raley, a los que se conocía por el apodo conjunto de los Roach, miraban con atención. Probablemente creían que se trataba de alguna discusión matrimonial. Ella sabía que se pondrían de parte de Rook, quien no necesitaba más ánimos.

Lo único que Heat deseaba era que Rook se fuese. Pensó en inventarse alguna historia rocambolesca sobre que Rook la había engañado con una rubia rusa llamada Svetlana. Los Roach echarían por la fuerza a Rook de la comisaría cuando se enteraran de algo así. Si es que se lo creían. Y ella lo dudaba.

Así que se aclaró la garganta y habló:

—¿Quieres entrar en mi despacho, por favor?

En cuanto la puerta se cerró al entrar, Rook fue a besarla. Pero Heat, temerosa de no ser capaz de resistirse, le retuvo con el brazo estirado.

Rook la miró con expresión de dolor.

—En serio, Nikki, ¿qué es lo que pasa? No comprendo por qué haces esto.

—Ni yo tampoco —admitió ella—. Tengo la cabeza hecha un lío. Yo no..., no puedo centrarme ahora mismo en nuestro matrimonio. Creo que debo dedicar mis energías a mi madre.

—Vale. Eso lo entiendo. En los matrimonios hay momentos en los que la relación pasa al asiento de atrás. Y no pasa nada, siempre que yo pueda estar en el asiento delantero contigo mientras eso ocurre.

—No. No. No puedo involucrarte así.

—¿Involucrarme cómo? Nikki Heat, soy tu legítimo esposo. Es demasiado tarde como para no involucrarme en tu vida. Esto no tiene sentido.

—Sé que no lo tiene —contestó ella—. Se trata de algo más profundo de lo que soy capaz de explicar.

—¿Puedes intentarlo?

Heat respiró hondo.

—Cuando era pequeña, mi madre era... Era el puerto seguro desde el que yo podía poner en marcha todas mis aventuras. Podía salir a explorar con toda confianza, sabiendo que siempre podía volver con ella y que siempre me ayudaría a dar sentido a lo que yo había descubierto. Cuando creí que la habían matado, pasé a ser, de repente, una adolescente desconsolada que ya no entendía nada. Por eso me obsesionaba tanto poder resolver su asesinato. Era la única forma de conseguir que el mundo volviera a tener sentido. Sabía que no iba a contar con el lujo de poder pensar en mi propia

felicidad ni de tener una relación de verdad, ni siquiera poder respirar de forma normal, hasta que se hiciera justicia con ella. Después, creí que por fin lo había conseguido. Petar Matic estaba muerto. Bart Callan en la cárcel. Carey Maggs en la cárcel. Y fue entonces cuando pude casarme con el hombre más maravilloso del mundo.

»Pero ahora... es como si todo hubiese vuelto a hacerse trizas. Ya no puedo respirar con normalidad. No puedo pensar en ser feliz ni en tener una relación. En cierto modo, he vuelto a ser aquella adolescente desconsolada que no sabe encontrarle el sentido a nada. Y sé que tú quieres ayudarme a encontrar de nuevo mi centro. Pero lo cierto es que tengo que emprender este viaje yo sola. Así fue como lo hice la última vez. Y así es como voy a volver a hacerlo. Lo siento.

Se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

—Y ahora, por favor, vete.

Heat fue a la parte posterior de su mesa, se sentó y bajó la mirada hacia sus papeles. La mantuvo así incluso cuando notó que Rook clavaba sus ojos sobre ella.

Hasta que él se dispuso a salir del despacho, no se permitió lanzarle a Rook una breve mirada. Parecía completamente perdido.

Heat se sentía fatal por aquello. Pero tenía que ser así.

## STORM

Lo último que hizo Derrick Storm en su papel de Michael Jackson fue pasar dos veces junto al despacho de Mason Wood, el director adjunto de la Agencia de Prisiones.

Wood estaba de pie, hablando con unos auriculares, sin prestar especial atención al hombre que pasaba rápidamente junto a su despacho.

En esos dos pases, Storm grabó en su memoria todo lo que necesitaba para reconocer a Wood: el pelo muy corto y blanco, el rostro de mejillas caídas, las bolsas debajo de los ojos, el vientre que le sobresalía por encima del pantalón del traje y los mocasines con borlas.

Aquel era el hombre que había firmado la orden de traslado de Bart Callan a una prisión de seguridad media. Y Storm supuso que, gracias a aquello, habría un gran montón de billetes falsos recién impresos, cortesía de los Siete de Shanghái, ocultos en algún lugar de la casa de Wood.

Era el tipo de soborno perfecto para un funcionario cauteloso y de pensamiento conservador. No se podía hacer uso de fajos de billetes de veinte dólares —por muy bien hechos que estuvieran— para pagar un Bentley ni para comprar una segunda vivienda en el Caribe. Llamaría demasiado la atención y sería una invitación para una inspección que alguien con los ingresos de Mason Wood no sería capaz de superar.

Pero podrían usarse esos billetes para salir a cenar siempre que se quisiera. O para comprar entradas para cualquier partido o concierto al que le apeteciera ir. O para pagar gasolina o comestibles de tal modo que podría hacerse uso de los ingresos legítimos para comprar un coche algo mejor, uno que no fuese demasiado ostentoso ni llamara mucho la atención.

Sí, probablemente Mason Wood creía que las cosas le habían salido bien y que había conseguido asegurarse una vida cómoda. Y lo único que le había costado había sido una firma.

Probablemente, ya tendría pensada una excusa por si alguien le preguntaba: había sido una confusión; él quería firmar la orden para otro recluso. ¿Cómo iba a saber que confundir un dígito del número identificativo del recluso iba a tener unas consecuencias tan desastrosas?

Quizá le suspendieran por un tiempo. Pero ahora tenía un colchón bastante bueno, un billete de veinte dólares casi perfecto cada vez que lo necesitara durante el tiempo que quisiera.

Michael Jackson había supuesto todo aquello mientras salía de las instalaciones de la Agencia de Prisiones a la calle 1 del noroeste de Washington D. C., tiraba su

placa identificativa falsa a una papelera de la calle y, después, se arrancaba el ridículo bigote de películas porno y las patillas falsas y los depositaba en otra.

Ahora que volvía a ser Derrick Storm, lo primero que hizo fue enviar un mensaje a Nikki Heat para contarle que había encontrado a su hombre. Después, entró a una tienda de la calle D y compró ropa más propia de Derrick Storm. Como no quería malgastar mucho tiempo, cogió simplemente lo primero que le llamó la atención de camino al probador. Storm tenía uno de esos cuerpos afortunados a los que les quedan perfectamente las prendas recién cogidas de las perchas.

Recibió su primera contestación de Heat casi cuando se estaba metiendo por la cabeza una ajustada camiseta negra.

YA LO TENGO. MASON K. WOOD. VIVE EN EL NÚMERO 182 DE CALHOUN LANE, BETHESDA, MARYLAND. FUNCIONARIO DE LA AGENCIA DE PRISIONES, TITULADO EN LA UNIVERSIDAD JAMES MADISON. MÁSTERS EN LA UNIVERSIDAD GEORGE MASON.

Storm continuó vistiéndose, desechando sus pantalones caquis para cambiarlos por unos vaqueros que, según sabía por experiencia, harían que las mujeres le miraran el culo durante toda la tarde. Esa era la cruz que tenía que soportar.

GANAN 121 780 DÓLARES AL AÑO COMO DIRECTOR ADJUNTO. TIENE UNA HIPOTECA. ESTÁ PAGANDO DOS COCHES. TRES TARJETAS DE CRÉDITO, DOS CON SALDO PENDIENTE CERO Y UNA MASTERCARD CON UNA DEUDA TOTAL DE 14 050 DÓLARES.

¿Una deuda por tarjeta de crédito? Eso era raro. Mientras se metía un cinturón ancho y negro por las presillas de su vaquero, Storm se preguntó por qué un hombre con dinero en metálico como Wood iba a acumular una deuda por tarjeta de crédito. A menos que su intención fuera quitarse de encima a cualquiera que estuviese haciendo exactamente lo mismo que Heat. Cualquiera que sospechara que había algún fraude en los asuntos económicos de Wood y buscara pruebas de algún dinero oculto. Una deuda en la tarjeta de crédito supondría una pista falsa que llevaría a cualquier investigador en la dirección opuesta.

SU ESPOSA, AMANDA, TRABAJA EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS DEL CONDADO DE MONTGOMERY. GANA 72 010 DÓLARES AL AÑO COMO ORIENTADORA ESCOLAR.

Eso también hacía que la deuda de la tarjeta de crédito resultara extraña. ¿Por qué una pareja que ganaba casi doscientos mil al año sería tan estúpida como para permitir que una compañía de crédito les cobrara unos intereses tan abusivos cuando, en teoría, solo les costaría cierta disciplina fiscal deshacerse de esa deuda en pocos meses?

NINGÚN ANTECEDENTE CRIMINAL. NINGUNA MULTA DE TRÁFICO NI DE APARCAMIENTO. NINGUNA DENUNCIA CIVIL. NINGÚN PROBLEMA CON LA LEY QUE YO HAYA VISTO EN MARYLAND, VIRGINIA NI WASHINGTON.

Lo cual tenía sentido. Una persona que trabajara para la Agencia de Prisiones debía tener muy claras las serias consecuencias de incurrir en alguna actividad ilegal.

Storm terminó de vestirse con un par de Doc Martens negros. No era muy sofisticado, pero le hacía parecer y, sobre todo, sentirse de nuevo él mismo.

Solo que ahora le movía la curiosidad. ¿En qué andaba metido Mason Wood? ¿Es que en realidad no había aceptado un soborno de los Siete de Shanghái? ¿Se había limitado a hacer lo que le parecía más adecuado para Bart Callan, a quien habría conocido de algún modo por haber compartido un tiempo como agentes en las fuerzas del orden? Pero ¿qué es lo que podría obligar a una persona en el puesto de Wood a hacerle favores a un malhechor?

Storm evocó en su mente la imagen de Wood y la estudió durante un rato. ¿Había algo en él que había pasado por alto?

Por supuesto. Los pantalones. Eran demasiado pequeños. Wood había engordado recientemente y ahora los pantalones le quedaban pequeños. ¿Comía de más por estrés? Pero no se había comprado trajes nuevos que le quedaran mejor porque no nadaba en dinero. En realidad, tenía una deuda con MasterCard.

Para entonces, Storm había regresado al edificio de la Agencia de Prisiones, un imponente inmueble de piedra diseñado para dar a entender a quienes pasaran por su lado que el gobierno federal se había tomado muy en serio la construcción, la administración y el mantenimiento de sus prisiones. Storm levantó los ojos hacia el despacho de Mason Wood en la quinta planta, como si pudiese ver algo que le ayudara a resolver aquel misterio.

—¿En qué andas metido, Mason Wood? —murmuró Storm.

Perdido en sus pensamientos y ocupado en tener los ojos levantados hacia el cielo, casi no se dio cuenta de lo que pasaba en la calle: un hombre de mejillas caídas y pelo blanco que salía por la puerta principal del edificio. Wood se ponía en movimiento. Storm consultó rápidamente la hora en su teléfono móvil. Las 12:02. Hora de almorzar.

Con Storm a quince o veinte pasos por detrás, Wood giró por la calle 1 y, después, a la derecha por la calle D, donde entró en un aparcamiento. Caminaba con decisión y sin mirar atrás. No había ningún motivo que le hiciera pensar que alguien le estaba siguiendo. Aparte de compañeros profesionales, la mayoría de la gente a la que seguía Storm eran maravillosamente inconscientes de ello.

Dicho eso, el destino de Wood suponía un problema para Storm. Normalmente, la gente iba a los aparcamientos por un motivo: para recoger sus coches. Mason Wood estaba a punto de ponerse en movimiento a cuatro ruedas, lo cual haría difícil poder seguirlo a pie.

Storm tenía un coche cerca del aeropuerto de Dulles. No había previsto que fuera

a necesitarlo. Había tomado un taxi desde el aeropuerto porque era más rápido que desviarse hacia el aparcamiento.

Miró a su alrededor, a un lado y otro de la calle hasta que encontró lo que buscaba.

Un oxidado Ford Thunderbird de 1985 aparcado junto a un parquímetro. Perfecto.

El primer coche de Storm había sido un viejo Thunderbird de 1987 que había comprado de segunda mano en el instituto por quinientos dólares y que había reparado con cariño. Lo tuvo durante todos los años de universidad y, cuando lo dejó en un desguace uno o dos años después de empezar a trabajar, era más cinta adhesiva y alambres que coche.

Conocía aquella marca y modelo mejor que ningún otro coche anterior o posterior. Había una diferencia importante entre el modelo del 87 y el del 85. En el 87 habían empezado a incorporarse ordenadores que regían muchas funciones del coche, incluida la ignición. En el del 85, el Thunderbird seguía poniéndose en marcha de un modo que habría resultado muy familiar al mismo Henry Ford.

Storm tiró del picaporte de la puerta del Thunderbird con la esperanza de que quien condujera un cacharro como aquel no se hubiese molestado en cerrarlo con llave.

La puerta no se movió. Un hombre con menos clase podría haber soltado una o dos expresiones poco delicadas. Storm se limitó a mirar hacia un lado y otro de la calle. Vio con cierta consternación que no había ningún otro vehículo que le sirviera. Era aquel o ninguno.

Entonces, sus ojos se posaron en la tienda de ropa que acababa de visitar. Perfecto. Entró corriendo y cogió la primera percha que vio mientras gritaba con voz apresurada: «Hola. Soy yo otra vez. Ahora mismo vuelvo con esto. ¡Gracias!».

Quitó importancia a aquel robo mientras se decía que probablemente había pagado demasiado por la camiseta.

El gancho de la percha era metálico, pero el resto era de plástico y, por tanto, algo más grueso de lo que Storm habría preferido. Pero la junta de goma de una puerta tan vieja se había aflojado con el tiempo. Storm pudo meter el gancho hasta encontrar el pestillo que buscaba.

Tiró hacia arriba y vio que al otro lado de la ventanilla un pequeño pomo metálico, que antes estaba pegado a la parte superior de la puerta, ahora se movía hasta la posición de abierto. A continuación, abrió la puerta. Había entrado.

Con un golpe rápido, Storm quitó la tapa que había por debajo del volante y encontró enseguida los dos cables que buscaba. Los arrancó de su amarre dejando a la vista sus extremos trenzados. En el momento en que los juntó, la corriente pasó por la bobina y Storm oyó el delicioso sonido de un motor V-8 poniéndose en marcha.

En la época de mayor esplendor de aquel vehículo, un ladrón de coches profesional podía meterse y poner el coche en marcha en menos de sesenta segundos. Storm había tardado alrededor de minuto y medio. Pero había sido suficiente. Ya

estaba sentado al volante cuando Wood, que conducía un Acura azul, salió por la rampa del aparcamiento.

Wood lanzó una mirada rápida para ver si había tráfico que se acercara y se dirigió al oeste por la calle D. Storm hizo lo mismo y continuó siguiéndolo cuando Wood bajó al túnel 395 que pasaba por debajo del parque del Capitolio.

—¿Adónde vas, Mason Wood? —preguntó Storm mientras el Thunderbird traqueteaba unos doce coches por detrás—. ¿No hay suficientes sitios para almorzar en el centro de la ciudad? ¿Qué es lo que quieres comer?

Wood se colocó en los carriles de la izquierda y siguió los carteles que llevaban a la 295 sur. Continuó en la autovía mientras pasaba junto al estadio de los Nationals y se aproximaba al astillero de Washington. Había surgido una gran reurbanización y cierta gentrificación en lo que antes había sido una zona deprimida de la ciudad. Habían abierto varios restaurantes de lujo. Tenía sentido que un funcionario del gobierno con buen sueldo buscara uno de ellos para disfrutar de una comida decente.

—¿Qué quieres? ¿Un chino de fusión? —preguntó Storm—. ¿Italiano? ¿Comida ecológica sureña?

Pero Wood no salió de la autovía. En lugar de ello, cruzó el río y se adentró en el barrio de Anacostia. Estaba claro que la gentrificación no había llegado hasta allí. Aquella parte del sureste de la ciudad seguía siendo terriblemente pobre, una zona de pobreza multigeneracional y alta tasa de delincuencia a menos de seis kilómetros del Capitolio de la nación más poderosa de la tierra.

De entre todos los lugares posibles, fue allí donde Wood decidió tomar la salida. Pasó junto a la estación de metro de Anacostia cerca de la carretera Suitland, después se adentró en el barrio. Estaba haciendo varios giros y Storm no pudo hacer otra cosa más que ir tras él. No le preocupaba que Wood se diera cuenta de que le seguían. Aquella era otra ventaja que proporcionaba un Thunderbird del 85: un perfecto camuflaje para un gueto.

Storm empezaba a preguntarse cuánto más iba a durar aquella excursión por el barrio cuando el intermitente del Acura indicó que iba a meterse por un pequeño camino de acceso. Storm siguió adelante y pasó junto a una antigua vivienda familiar que había sido convertida en sede de una empresa.

Al cartel de neón sujeto al viejo revestimiento de la fachada le faltaban varias letras. De haber sido de noche, Storm habría pensado que Wood iba a entrar en un establecimiento llamado «AS AJ».

Pero a la luz del día, Storm pudo distinguir perfectamente las letras que faltaban: «MASAJE».

Storm había averiguado por fin de qué tenía hambre Wood. Y no se trataba de comida.

Storm aparcó el Thunderbird en la misma calle e hizo un rápido reconocimiento.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar para sorprender a Wood en delito flagrante? Cinco minutos le pareció demasiado poco. Quizá aún no fuese *flagrante*. Quince le pareció demasiado. El *delito* podría haber terminado ya.

Así que Storm decidió esperar diez minutos antes de ponerse en marcha. En ese tiempo, pudo resolver al menos uno de los misterios de Mason Wood: la deuda de la tarjeta de crédito. Tenía dos tarjetas totalmente saldadas, las dos que conocía su esposa. Probablemente fuese la tarjeta de la que su esposa no tenía noticia la que utilizaba para financiar los finales felices, la que tenía la deuda.

¿Es que la cantidad de dinero que podía esconder cada mes para sus escapadas no llegaba a igualar sus apetitos? ¿Tenía algún plan para saldar la deuda —algunas acciones que pudiese vender sin que su mujer lo supiera— que aún no había puesto en marcha? ¿O es que se dirigía lentamente hacia un desastre económico y matrimonial con un frotamiento de vez en cuando?

Cualquiera que fuese el caso, Storm estaba seguro de que la señora Wood, una seria orientadora escolar, estaría interesada en saber cómo pasaba su maridito el tiempo de descanso para el almuerzo.

Con eso en mente, Storm sacó su teléfono y empezó a documentar su camino hacia el edificio. Hizo una fotografía de la acera, llena de basura y relucientes cristales rotos. Enfocó bien el cartel de «AS AJ». Deseó poder jugar con la apertura de diafragma del teléfono para poder hacer una buena composición. Las cámaras automáticas eran lo peor.

Siguió haciendo fotos mientras entraba por la puerta. La sala de espera estaba vieja y destartalada, con sillas de plástico y un estilo ornamental que algún alma poco informada habría podido considerar oriental. Le saludó de inmediato una mujer de rostro arrugado y procedente del sureste asiático. Vietnamita. Filipina. No sabía bien.

—¡Hola! —dijo ella con una amplia sonrisa—. ¿Necesita un masaje? ¡Damos masajes muy buenos a caballeros buenos!

Storm hizo una fotografía y, a continuación, continuó su camino, atravesando una cortina que daba a un pasillo poco iluminado con puertas a ambos lados.

—¿Hola? ¡No entrar ahí! ¡No entrar! —gorjeaba la mujer por detrás de él a la vez que trataba de agarrarle por el brazo.

Storm se soltó el brazo y habló en mandarín:

—Voy a entrar. Y no puede detenerme.

A continuación, dijo algo parecido tanto en vietnamita como en malayo. No es que hablara en realidad esos idiomas tan bien como, por ejemplo, el árabe o el francés, pero podía disimularlo.

—Voy a ir adonde me apetezca —dijo por fin volviendo a su propio idioma—. Puede llamar a la policía si quiere. Estoy seguro de que les encantará hacer una excursión aquí dentro. Y seguro que a sus clientes les gustará aún más.

Abrió la primera puerta y solo vio una pequeña habitación con una camilla de masaje vacía. Tras la segunda puerta vio a un hombre con una toalla que le cubría el

trasero y una mujer lo suficientemente joven como para ser su nieta que le masajeaba los músculos de la espalda.

Fue tras la tercera puerta donde Storm encontró lo que buscaba o, más bien, lo que de inmediato deseó no haber visto.

El director adjunto de la Agencia de Prisiones estaba tumbado boca arriba sobre una camilla vestido solamente con unos calcetines. Una mujer asiática de brazos bien formados se esforzaba en trabajarle una zona en particular de la parte media de su cuerpo. Iba vestida con una bata que se había abierto y dejaba ver sus pechos desnudos.

Cuando la puerta se abrió del todo y Storm pulsó el botón de la cámara, los movimientos rítmicos de ella se detuvieron. Miró a Storm con más curiosidad que hostilidad.

Fue Wood, con su roble convertido rápidamente en bellota, el que empezó a protestar.

—Ay, Dios. Otra vez no.

Storm había pasado al modo vídeo para el final —que seguramente no tenía nada de feliz— mientras la mujer apartaba la mano del ahora marchito miembro viril de Wood y se cerraba la bata.

—Perdón por la interrupción —dijo Storm. Se guardó el teléfono y, después, sacó dos billetes de veinte de la cartera y se los dio a ella—. Ya has terminado tu jornada por hoy. Aquí tienes la propina. Gracias. Puedes cerrar la puerta al salir.

Wood se había sentado y se inclinaba para coger una toalla que había sobre un mostrador al lado. Con un movimiento rápido, Storm la tiró al suelo. Wood la miró con desesperación. Su derrota era ahora absoluta.

—Oiga, ¿de verdad necesitan echarme más mierda? —dijo con tono de tristeza—. Ya tienen las fotos de la última vez. ¿De verdad era esto necesario?

—¿De qué está hablando? —preguntó Storm.

—Le estoy hablando de... Espere, ¿de qué está hablando usted? —preguntó Wood.

—Yo le hablo de su esposa y de lo mucho que le va a gustar ver las fotos que acabo de hacer.

—Sí, sí. Ya lo sé —contestó Wood—. Creía que esto ya lo habíamos hablado antes.

—¿Quiénes?

—Usted trabaja para Jedediah Jones, ¿no?

Storm no dijo nada. ¿Cómo era posible que Wood lo supiera?

—Sí. Lo veo en su expresión —continuó Wood—. Pues sí, esto..., las fotografías..., el... chantaje, que es como supongo que lo llamaría usted. Mire, tengo una debilidad, ¿vale? Creía que eso ya lo habíamos dejado claro. Nadie es perfecto. ¿De verdad tienen que seguir humillándome de esta forma? Estoy tratando de desahogarme un poco. Es un entretenimiento legítimo. No hago daño a nadie.

—No he venido a hablar con usted sobre la moralidad de la prostitución, señor Wood.

—Vaya. ¿No le parece que «prostitución» es una palabra un poco fuerte? Mimi es una masajista sensual. Tiene titulación y todo. Me está prestando un servicio muy valioso.

—Con los pechos al aire.

—Trabaja duro. Esa bata le da calor. Es cosa suya.

—Sí, desde luego.

—Oiga, ¿hay algo más que su jefe quiera que haga por él? —preguntó Wood—. Porque, si no es así, la verdad es que tengo que volver al trabajo.

—Eso depende. ¿Qué hizo por él la primera vez?

Wood se había bajado de la camilla y estaba lo bastante cerca de Storm como para que este pudiese oler el aceite de masaje en la piel arrugada y flácida de aquel hombre. El desnudo le sentaba bien a algunas personas. No a Mason Wood.

—Si usted no lo sabe, desde luego no voy a ser yo quien se lo diga —contestó Wood.

—Sí que me lo va a decir —rebató Storm levantando el teléfono.

Wood miró el teléfono y frunció el ceño mientras se ponía la ropa interior.

—Esto es ridículo. La mano izquierda no sabe siquiera qué es lo que hace la derecha. Son peores que la Agencia de Prisiones. Creía que ustedes actuaban juntos.

Storm vio cómo Wood tiraba hacia arriba de sus pantalones a la vez que negaba con la cabeza.

—Le daré una pista —prosiguió Wood—. Fue hace unas tres semanas y ahora está en todos los telediarios. Y el único motivo por el que no me han despedido es porque yo he declarado que habían falsificado mi firma. Cosa que es cierta, porque yo obligué a aquella mujer a hacerlo.

—¿Qué mujer? ¿Clara Strike?

—¿Ese es su apellido? Sí, Clara. Lo único que sé es que es guapa. Probablemente podría haberme convencido con sus encantos para hacer lo que ella hubiese querido, incluso sin el chantaje.

Storm no hizo caso a aquel comentario. Clara Strike había sido la mujer que le había alistado para que trabajara para Jones, sacándole de su vida de mediocre investigador privado cuando ella descubrió que tenía capacidades que iban más allá de un puesto tan poco importante. Desde entonces, Clara se había convertido en el amor —y en el tormento— de la vida de Derrick Storm. Su cerebro, su belleza y su dedicación a las prioridades a veces retorcidas de Jedediah Jones la habían convertido en uno de sus activos más extraordinarios. Eso también hacía que la perspectiva de una relación larga con ella fuese casi imposible.

Y aun así, cuando estaban juntos...

Storm se sacudió aquel pensamiento de la cabeza. Tenía que concentrarse en lo que Wood le acababa de confesar.

—Espere. ¿Usted firmó la orden de traslado de Bart Callan porque Jedediah Jones le chantajeó?

—Pues sí —respondió Wood—. ¿Cree que fue idea mía? Debería ver los exámenes psicológicos de Callan. Tiene un coeficiente de inteligencia de ciento cuarenta y cinco y es el peor caso de trastorno de personalidad narcisista que he visto nunca. Además, está entrenado en unas diez disciplinas distintas de artes marciales. Tuvimos que meterle en una de esas celdas de máxima seguridad en las que las manos humanas jamás tocan a los reclusos porque molía a palos a cada guardia que le cabreaba. Ese tipo es todo un personaje. No puedo creer que ustedes le hayan ayudado a escapar. Es un...

—Perdone, señor Wood —le interrumpió Storm—. Tengo que hacer una llamada.

Storm volvió a la calle tambaleándose, por un momento tan sorprendido que se limitó a quedarse de pie en la acera con aspecto de cliente satisfecho que estuviese empapándose del sol del mediodía después de una aventura vespertina.

Pero, por dentro, su mente era un torbellino.

Jedediah Jones quería soltar a Callan. Y, al parecer, le había ayudado a escapar.

Pero ¿cómo era posible? A Storm no se le ocurría por qué Callan podía ser tan valioso para Jones. Callan tenía muchas habilidades, sí. Pero Jones tenía acceso a muchos agentes muy hábiles que no eran asesinos en serie convictos. No tenía sentido que Jones liberara a un psicópata que únicamente resultaba útil a los Siete de Shanghái, a no ser que...

A no ser que Jones estuviese confabulado con los Siete de Shanghái.

Aquella era la única explicación posible. Pero no tenía sentido. ¿No había sido Jones quien no solo había ordenado la redada de los Siete de Shanghái, sino que había pedido a Storm que regresara con pruebas que pudiera utilizar para conseguir acabar con aquella mafia?

Aun así, la redada había sido claramente puesta en peligro. No era casualidad que el coronel Feng contara con todo un escuadrón preparado. ¿Es que Jones había organizado aquella operación y, aparte, había conspirado para echarla por tierra? Eso sería muy propio de Jones.

Pero entonces, desde una perspectiva más amplia, ¿qué era lo que Jones trataba de conseguir relacionándose con los Siete de Shanghái? ¿Qué podrían hacer por él siete empresarios chinos corruptos? ¿Quién era el gato? ¿Quién el ratón? Storm no conseguía entenderlo. Lo que motivaba los actos de Jones a menudo quedaba fuera de las explicaciones convencionales.

Storm se acercó vacilante a su coche. Normalmente, los blancos solo iban a Anacostia por un motivo. Y, en efecto, mientras se acercaba al Thunderbird, un chico negro que parecía tener edad de estar en el colegio cruzaba la calle y se dirigía directo hacia Storm. Llevaba una camiseta blanca larga que le cubría un cinturón que,

probablemente, llevaba una pistola enganchada en él.

—Eh, señor. ¿Busca algo? —preguntó.

En condiciones normales, Storm habría desarmado al muchacho, le habría retorcido el brazo y se lo habría dislocado, le habría obligado a confesar dónde tenía escondido el alijo, habría tirado la droga por el retrete y habría enviado al chico de vuelta al colegio con algunas amenazas de lo que le pasaría si no se graduaba.

Fue un claro síntoma del estado de agitación y distracción en el que se encontraba Storm el hecho de que simplemente desdeñara al muchacho con un «No. Lo siento».

Storm se sentó en el Thunderbird. Apenas fue consciente de que Wood había salido del centro de masajes después de él para emprender el trayecto de vuelta a la América de clase media en su Acura. Storm no le hizo caso. Mason Wood carecía ahora de importancia. No era más que un patético ejemplar de hombre que ya no preocupaba a nadie más que a su desgraciada esposa.

Antes de que Storm supiera del todo qué pensaba decir, sacó el teléfono y llamó a Clara Strike.

—Hola, guapo. Cuánto tiempo —contestó ella con tono relajado, como si la última vez que se hubiesen visto no hubiera sido en el Sáhara oriental, donde ella le había dejado en medio de una discusión por las diferentes interpretaciones de los objetivos de una misión.

—Demasiado, en ciertos aspectos, pero no tanto en otros —respondió Storm—. ¿No nos pasa siempre lo mismo?

—Supongo que es justo. Pero no me digas que sigues enfadado por lo de Egipto. Lo de Egipto fue... Bueno, creo que al principio fue bastante espectacular, si se me permite decirlo. Y sí, después se volvió algo turbio. Pero luego ganaron los buenos, así que bien está lo que bien acaba, ¿no?

—¿Porque el fin siempre justifica los medios, señorita Maquiavelo?

—Muy ingenioso —respondió—. Oye, ¿va a ser esta una de esas llamadas mal resueltas para echar un polvo? ¿O me llamas en realidad para reabrir viejas heridas?

—No. ¿Dónde estás ahora?

—En el Cuchitril.

El Cuchitril era el nombre que los agentes le habían puesto a las oficinas de Jones, una guarida subterránea de la CIA cuya situación exacta seguía siendo un misterio para Storm, incluso después de todos los años y trabajos que había realizado para Jones.

—¿Puedes hablar? —preguntó Storm.

—Depende. ¿Sobre qué?

—Lo que quiero saber es si Jones está cerca. ¿Puede oírte ahora mismo?

—Es probable. Como te digo siempre, Jones es en realidad como un Santa Claus flaco. Te mira mientras duermes, sabe cuándo te despiertas. He descubierto que es mejor vivir mi vida como si siempre pudiera oírme. Así es más seguro.

—Pero ¿está en la misma habitación?

—No, yo estoy en mi despacho y ahora... —Strike hizo una pausa y Storm oyó un leve golpe—. Ya está. He cerrado la puerta. ¿Qué sucede?

—He pasado un buen rato en el masajista con tu amigo, Mason Wood.

—Vaya, Storm, ¿por qué no me habías dicho que estabas tan necesitado? Aunque sigas enfadado conmigo por lo de Egipto, estoy segura de que soy una mejor opción que Mimi.

Storm ignoró la burla. Strike sabía que las intenciones de Storm con respecto a las mujeres eran demasiado virtuosas como para que alguna vez contribuyera a una economía que él consideraba que las degradaba.

—¿Por qué chantajeaste a Wood para que firmara una orden de traslado de un cretino como Bart Callan a una prisión de seguridad media? —preguntó Storm.

—Pues..., ¿porque Jones me ordenó que lo hiciera y yo obedecí?

—Esa respuesta siempre te viene bien, ¿verdad?

Strike soltó un fuerte suspiro. Aquella era una vieja discusión entre ambos que habían entablado muchas veces.

—Oye, si tienes que preguntarle algo a Jones, ven y hazlo. Él te atenderá en persona.

—Sí, desde el fondo del río —respondió Storm.

—No seas ridículo. Siempre te lo digo. Puede que Jones no sea en todo momento un chico bueno como tú pero, al final, está en el lado bueno. Pese a sus rarezas, nunca he conocido a nadie que esté más entregado a su país. Estoy segura de que tenía un buen motivo para querer que trasladaran a Callan.

—Pues yo estoy igual de seguro de que no es así.

—Sí, sí. Porque Derrick Storm es el único vaquero de alma blanca que existe en el mundo. Siento que el resto de nosotros veamos que existen otros colores también.

En lugar de responder con una última réplica, Storm colgó. No tenía sentido. Si se fiaba de experiencias pasadas, cuanto más angelical dijera Strike que era Jones, más cerca estaba de ser un demonio.

Con el teléfono aún en la mano, Storm redactó un mensaje rápido a Nikki Heat para contarle lo que había descubierto.

«Así que ten cuidado», concluyó. «Parece que mi gente trabaja en nuestra contra».

## HEAT

Nikki Heat dejó el teléfono en su mesa. Durante más o menos las últimas dos horas, había fingido que podía sumergirse en el trabajo burocrático a la vez que iba conociendo los detalles de la vida de Mason Wood.

Por supuesto, habría deseado hacer algo más. Quería derribar la puerta de la casa de Mason para exigirle algunas respuestas. Quería amenazarle con lanzarlo a la incineradora que había cerca si no colaboraba.

Pero parecía que Mason Wood suponía ahora un callejón sin salida en aquella investigación, además de ser un callejón sin salida como ser humano.

Y Heat no podía seguir ocupándose de requerimientos y solicitudes de horas extra. Cogió de nuevo el teléfono y volvió a leer el mensaje de Storm.

Su gente trabajaba en su contra. ¿Quiénes eran exactamente la gente de Storm? ¿Y qué implicaba eso para la madre de Nikki?

Desde luego, eso explicaba por qué Cynthia había permanecido tanto tiempo en la sombra. Hacerse enemiga de siete empresarios chinos ricos y corruptos y de una división de alto secreto de la CIA era como ganar una especie de lotería perversa en la que el premio era un enorme montón de maldad.

Pero ¿por qué eran tan importantes unos billetes falsos? ¿Es que la CIA estaba de algún modo implicada en aquella falsificación? Solo pensarlo ya era absurdo y, sin embargo... Bueno, cualquiera que conociera el historial de la CIA sabía que la agencia era capaz de casi todo.

Aun así, Heat se esforzó por sacar de su mente esos pensamientos tan imponderables y de tan alto nivel. Si algo había aprendido en sus años como detective era que, en ciertos casos, concentrarse demasiado en la visión global podía ser perjudicial. A veces, solo hay que seguir mirando una pequeña esquina del marco hasta que eso te ayude a dar sentido a toda la imagen.

Buena parte de lo que sabía sobre la época en la que ocurrió la muerte de su madre era información antigua. Pero había una nueva prueba.

La conversación de Cynthia con Nicole Bernardin. Nikki la había escuchado varias veces más la noche anterior, las suficientes como para haber memorizado, más o menos, algunas de sus revelaciones más importantes. Volvió a reproducirla en su mente.

«Me he encargado de esos billetes falsos. He encontrado un sitio donde esconderlos...».

«Había en ellos huellas digitales. Las he espolvoreado. Son tenues, pero están ahí...».

«Te lo diré de la siguiente forma: no solo confiaría mi vida a ese lugar, sino también mi mejor botella de *whisky*...».

Billetes falsos con huellas digitales, una prueba fundamental, ocultos en un lugar donde...

Claro.

Solo había un sitio donde Cynthia Heat guardaba su mejor *whisky*. Y no era en su apartamento. Se encontraba a pocas manzanas de distancia, en su bar favorito.

El Players era uno de los clubes sociales más honorables y elegantes de Nueva York. Mark Twain había sido miembro de él. También William Tecumseh Sherman. Y Helen Hayes. Y Cynthia Heat.

Pero, a pesar de su reputación y su historia, Cynthia no lo había considerado nunca un lugar exclusivo ni elitista. Y tampoco Nikki. Si acaso, era como la segunda casa de su madre, llena de personas interesantes, afables y cercanas. Como una cena sencilla con amigos que se celebrara cinco días a la semana, siempre que te apeteciera un poco de compañía. Nikki tomó allí su primera copa, cuando tenía dieciséis años y medio y celebraba el éxito de su primer recital de piano. Era ese tipo de lugar.

Si Cynthia hubiese querido guardar su mejor *whisky* en algún sitio, habría sido allí. Y el hombre encargado de vigilarlo habría sido George, el camarero, que llevaba trabajando en el Players desde que dejaron entrar a Nikki de niña con su madre.

En aquel entonces, George tenía el pelo oscuro. Ahora tenía mechones blancos. Su turno —que, por lo que Nikki sabía, había sido el mismo desde que Jack Lemmon solía ir por allí— empezaba a las cuatro y terminaba a medianoche.

Heat cogió un coche de la comisaría hasta Gramercy Park. Guardó su arma en el maletero, pues las normas del club no permitían la entrada de armas, y accedió al local. Eran poco después de las tres. Pero, por supuesto, George ya estaba allí, igual que solía quedarse a menudo después de la medianoche si era necesario.

—Señorita Heat, qué alegría verla —la saludó mientras limpiaba el tablero de caoba lacada que tenía delante, aunque ya estaba immaculado. La pajarita de George estaba tan cuidadosamente anudada como siempre.

—Hola, George —contestó ella a la vez que elegía un taburete en la barra vacía—. Yo también me alegro de verte.

Después de su fallecimiento —aunque ahora parecía haber sido un montaje falso—, la membresía de Cynthia Heat pasó a Nikki, quien deseaba contar con tiempo para hacer más uso de ella. Nikki y Rook solían ir en peregrinaje hasta allí cuando se acercaba el aniversario de la muerte de Cynthia. Por lo demás, las visitas de Nikki eran contadas.

—¿Qué le pongo?

—Pues un sidecar.

—Por supuesto —dijo él.

George desapareció en la parte de atrás para recoger la bebida necesaria del mueble bar de su madre..., bueno, técnicamente, del de Nikki. Cada miembro del

club Players tenía uno. No estaban por orden alfabético y no había ningún sistema a la vista en cuanto a su organización. Pero George sabía dónde se encontraba cada uno lo mismo que sabía dónde tenía sus propias manos.

En la placa del de Nikki seguía apareciendo el nombre de CYNTHIA HEAT. Nadie se había atrevido a cambiarlo.

Unos años atrás, Nikki había descubierto una botella de cerveza Durdles' Finest allí dentro. Había sido una de las pistas que la habían conducido hasta Carey Maggs, el dueño de la cerveza Durdles, y, después, hasta Bart Callan.

George regresó y, con manos expertas, hizo la mezcla del cóctel de Nikki. Heat podría pasar cada noche durante el resto de su vida en su apartamento practicando su preparación, pero nunca sabría tan bien como el de George.

Dio el primer sorbo. Perfecto, como siempre.

—Quería hacerte una pregunta, George —dijo ella.

—¿Sí, señorita Heat?

El bar seguía vacío. Se sintió agradecida de que fuese tan pronto. No quería que nadie oyera lo que estaba a punto de decir. Respiró hondo y se lanzó:

—Antes del... fallecimiento de mi madre..., ¿alguna vez te dio algo? ¿Para que lo escondieras?

Heat miró a George con atención. Su rostro era inexpresivo. Pero cuando empezó a limpiar de nuevo la barra, que no estaba menos inmaculada de lo que lo había estado antes, le pareció ver un destello de un recuerdo en sus ojos.

—No. No puedo decir que pasara nada de eso —contestó él sin levantar los ojos.

—¿No puedes decirlo o no quieres?

George dejó de limpiar y levantó las cejas.

—No estoy seguro de saber de qué habla, señorita Heat.

Pero sí que lo sabía. Heat pudo verlo por la forma en que sus hábiles manos, que habían sujetado la botella con tanta firmeza, ahora tenían un ligero temblor.

Heat sabía que se estaba adentrando en el terreno sagrado de un hombre con la profesión de George. Un mal camarero te guardaba los secretos solo hasta que salías del bar. Los buenos, los guardaban hasta que te murieras. Y los muy buenos, como George, se los llevaban a su propia tumba.

—Yo creo que sí, George —dijo Heat con suavidad.

George bajó la mirada y se quedó mirando su propio reflejo en el brillo del lacado, casi como si tratara de mirarse en un espejo. Podía verse la confusión en su cabeza. «La señorita Heat es una amiga de confianza... Conoces a su familia desde que era una niña... Te está preguntando por su propia madre, que ya lleva muchos años muerta... No tiene nada de malo contárselo ahora. Pero ¿qué tipo de hombre eres si traicionas una confidencia?».

Heat supo por qué George no había querido nunca buscarse la vida como jugador profesional de póquer. Mostraba señales por todo su cuerpo. La respiración se le había acelerado. La nuez le subía y le bajaba. De repente, sus manos sudorosas

dejaban pequeñas marcas sobre la barra.

Nikki extendió la mano y le agarró de la muñeca. Él levantó la mirada, sorprendido. Pero, al menos, ahora la miraba a los ojos. Aquella era su oportunidad.

—George, tengo que contarte una cosa. Y sé que puedo confiar en ti porque he visto lo cuidadoso que has sido con la intimidad de mi madre. Pero lo que está pasando ahora es... En fin, espero que puedas entender que está por encima de cualquier promesa que le hicieras hace diecisiete años. Mi madre está viva, George. Parece que fingió su propia muerte. Yo no tenía ni idea hasta que la vi en la calle el otro día. Y me ha enviado una carta esta mañana. Está viva y tiene problemas. Problemas gravísimos. Y es probable que lo que te pidió que escondieras pueda ayudarme a sacarla de ese lío. Por favor, George, necesito tu ayuda.

Heat sacó la carta del bolsillo de su chaqueta.

—Esta es su letra —añadió, desdoblando la carta—. No sé si la reconoces igual que yo. Pero es de ella. Sin duda. Y la tinta es reciente.

George la miró y asintió.

—Está viva, George.

George apartó el brazo y se dio la vuelta. La conmoción por la noticia estaba haciendo que Heat lo perdiera. Sabía por propia experiencia que aquello no era fácil de asimilar.

—Empecemos por lo que ya sé —prosiguió, como la experta interrogadora que era—. Mi madre te dio una cosa para que la escondieras justo antes de su muerte, ¿verdad?

George miraba fijamente un punto del mostrador. Pero Heat vio cómo asentía.

—¿Era dinero? ¿Unos billetes? —preguntó Heat.

—Era un sobre —contestó él con tristeza.

—¿Podía contener billetes de veinte dólares?

—Puede ser.

—¿Cuándo te lo dio?

—Tres días antes de que...

—¿Antes de que creyeras que había muerto?

George volvió a asentir.

—Y te dijo que lo escondieras donde nadie pudiera encontrarlo. Te pidió que no le revelaras ni siquiera a ella dónde estaba, para que así nadie pudiera averiguarlo mediante tortura ni utilizando algún suero de la verdad ni nada de eso. ¿No es cierto?

—Sí —contestó él.

—Incluso te dijo que tenías que cumplir esta orden después de su muerte. Te dijo que, pasara lo que pasara, tenías que mantener oculto ese sobre.

Él movió la cabeza arriba y abajo.

—Pero también te dijo que si alguna vez se ponía en contacto contigo en el futuro y te lo pedía, se lo debías dar. A menos que vieras claramente que pudiera estar coaccionada, por ejemplo, si hubiese al lado un hombre con un gran bulto en el

bolsillo de la chaqueta, se lo devolverías, ¿tengo razón?

—Sí —repitió él—. Incluso me obligó a incluir un anexo en mi testamento. Hay una carta en mi caja fuerte que deberá ser enviada al albacea de mi patrimonio cuando yo muera. Cynthia insistió en que lo hiciera.

Claro que sí. Cynthia Heat pensaba en todo.

—Muy bien, George. Esto de aquí es su forma de ponerse en contacto contigo. Es ese momento del futuro que ella esperaba. Devuélveme ese sobre y probablemente verás a Cynthia aquí de nuevo pidiéndote un vodka martini el viernes. Eso te gustaría, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, pero... —empezó a disculparse George. Después, volvió a girarse hacia Nikki. Aquel hombre viejo tenía lágrimas en los ojos—. Pero si la señora Heat está viva, ¿por qué no se ha puesto directamente en contacto conmigo, tal y como dijo que haría?

Nikki no podía responder a aquella pregunta. No de un modo que convenciera a George.

—Lo siento, señorita Heat. De verdad —continuó él—. Pero hice una promesa a su madre hace mucho tiempo. Y la voy a mantener.

—¿Aunque eso signifique que nunca va a poder salir de su escondite?

—Lo siento —repitió—. Quizá se ponga en contacto conmigo pronto. Quizá aún no ha llegado el momento oportuno. Su madre era una mujer muy inteligente, señorita Heat. Perdón..., es una mujer inteligente. Tengo que creer que ella sabe qué es lo mejor.

Los biorritmos de George parecieron volver a estabilizarse. Heat estuvo segura de que no iba a cambiar de idea.

—Si encuentra el modo de escribirle una carta, dígame que me gustaría mucho volver a verla —añadió George.

—A mí también —contestó Heat—. A mí también.

Quería marcharse y lo habría hecho si hubiese sabido que podía hacerlo sin herir los sentimientos de George.

Pero se limitó a quedarse allí sentada dando sorbos a su sidecar que, de repente, ya no le sabía tan bien.

Tras terminarse la copa, Heat puso como excusa que debía ir a otro lugar y que tenía que seguir con su trabajo de policía. George tuvo la cortesía de despedirse de ella con el sincero deseo de que volviera pronto.

Heat salió a la parte sur de Gramercy Park con los ojos entrecerrados por el sol de la tarde que, de repente, le pareció demasiado brillante. Al otro lado, el parque, aquel diminuto santuario silvestre en las duras calles de Manhattan, se ocultaba en la penumbra.

Heat no quería regresar a la comisaría. Aparte del papeleo, no había nada allí que

la fuera a acercarse a su madre. Y más cerca de su madre estaba el único lugar en el que le apetecía estar.

Quizá debía llamar a John Null para decirle que estaría encantada de aceptar la invitación de la futura presidenta Gardner para dirigir el Departamento de Seguridad Nacional. Podía dimitir de su puesto en la Policía de Nueva York de forma efectiva e inmediata y hacer uso de los días de vacaciones que no había gastado como las dos semanas de preaviso. Eso le permitiría centrar toda su atención en el caso de su madre. Seguro que cuando la Administración de Gardner emprendiera su nueva tarea, Nikki habría llevado todo aquello a buen fin.

Y si no, su nuevo puesto, el de directora de Seguridad Nacional, sería un buen arma que blandir ante los enemigos de su madre.

Sonó el pitido de su teléfono con la llegada de un mensaje. Heat lo miró sin interés hasta que vio de quién venía.

Aquel prefijo 646.

La Serpiente.

NO ME ESTÁS HACIENDO CASO Y ESO ME ENFADA. POR ÚLTIMA VEZ: NO INVESTIGUES LA DESAPARICIÓN DE TU MADRE. ESO SOLO TE CAUSARÁ SUFRIMIENTOS. DÉJALO. YA. ¿O ES QUE TENGO QUE DEMOSTRARTE LO PODEROSO QUE SOY? ¿NECESITAS VER UNA PRUEBA DE MI IRA?

Heat lo leyó dos veces y sintió cómo el ceño se le iba frunciendo. Era difícil saber qué hacer con aquello. ¿Despacharlo como una broma? ¿Tomárselo en serio? ¿Exigir a la Serpiente que hiciera acto de presencia?

Una cosa sí tenía clara: no iba a hacerle caso. En modo alguno iba a detener aquella investigación. Ni por la Serpiente ni por nadie.

Heat apuntó en un cuaderno el número del 646 y, después, llamó a la sala de la brigada.

—Buenas —respondió Ochoa—. ¿Qué pasa, comisaria?

—Necesito un favor rápido. ¿Con qué estáis ahora los Roach?

—Estamos hartos de rellenar informes, con eso estamos. Creo que estaríamos encantados de hacer cualquier cosa para la que no hiciera falta escribir nada en el ordenador.

—Bien. ¿Podéis localizarme este número? —preguntó Heat antes de dictarle el 646. Ochoa lo repitió—. Eso es —confirmó Heat—. Dime lo que puedas de ese número. A quién pertenece, quién lo ha utilizado... Si es un móvil, qué torre le da la señal. Lo habitual.

—Entendido, jefa. ¿Es algo relacionado con Piernas Kline o...?

—No —contestó ella—. Es personal.

## STORM

Si se roba un coche, se devuelve con el depósito lleno. Es un acto de cortesía habitual.

Derrick Storm habría llevado también el Thunderbird al autolavado de coches como muestra adicional de agradecimiento de no haber temido que no quedase nada del vehículo cuando saliera por el otro lado.

La plaza de donde Storm había cogido el Thunderbird estaba ahora ocupada. Pero había otro espacio disponible en la calle D, dos coches más adelante del lugar original. Así que Storm lo aparcó en paralelo preguntándose qué pensaría el dueño sobre la mágica teletransportación y la repentina habilidad del depósito de llenarse solo.

Lo último que hizo Storm fue meter dos billetes de veinte bajo el parasol, precio que consideró apropiado para un alquiler tan corto.

Después, detuvo un taxi y le pidió que lo llevara a su aparcamiento privado cerca de Dulles, donde debió haber ido en primer lugar de haber sabido que su estancia en Washington D. C. iba a alargarse.

Pero, sí, Storm se daba cuenta ahora de que quizá estaría allí más tiempo del necesario para un rápido chantaje. Jedediah Jones estaba involucrado en un acto de traición, como era habitual, y hasta que Storm pudiese averiguar el porqué —¿por qué liberar a Bart Callan? ¿Por qué hacer favores a los Siete de Shanghái?—, no podría descansar.

Pensó en una casa segura donde poder pasar la noche, donde había un hombre que, al menos, quizá podría aportarle ideas en medio de aquella confusión.

Pero lo primero era lo primero: un coche que no fuese robado.

Un hombre con la situación económica y los contactos de Derrick Storm seguramente podría haberse permitido cualquier vehículo que hubiese querido. Pero ninguno de los que habría elegido cualquiera de su profesión le parecía bien. Un Lamborghini habría estado muy visto. Además, las reparaciones eran muy caras. Un Maserati parecería demasiado decadente. Un Aston Martin demasiado James Bond.

No, solo había una marca de coche que le parecía adecuada a Storm y era la de Ford. En su opinión, no había mejor fabricante de coches en el mundo.

¿Muy corriente? Desde luego.

¿Aburrido? Solo para algunos.

¿Poco sexy? Ni pensarlo.

Storm no se sentía nunca mejor que cuando estaba en el interior de un producto fabricado en Detroit (vale, o en Kentucky, Alabama o dondequiera que Ford estuviese

montando sus coches en la actualidad). Le parecía de lo más adecuado que un agente estadounidense tuviese un gran coche estadounidense para ir de un sitio a otro.

Él poseía una pequeña flota de coches Ford escondidos estratégicamente en las ciudades a las que era más frecuente que viajara. En Washington, su elección había sido un Ford Taurus. Era un modelo SHO, lo cual significaba que se trataba de lo mejor que los ingenieros de Ford —los mejores del mundo— habían conseguido hacer, incluido un motor doble turbo de 365 caballos de potencia que podría sacar los colores a cualquier cosa de la misma clase que Mercedes pusiera en la carretera, una suspensión tan precisa que Lexus se sentiría orgulloso de decir que era suya y una conducción que cualquiera elegiría si se comparaba con la de un BMW.

Pero el Taurus se había fabricado con toda la excelencia automotriz envuelta en el empaquetado habitual de un vehículo familiar de tamaño medio. Era, al igual que el mismo Storm, un coche que ocultaba su gran rendimiento.

Cuando sintió la emoción de la vibración de su motor en su corazón, era casi la hora punta de la tarde, nombre que se quedaba pequeño para lo que ocurría en la capital de la nación. Lo cierto era que se debería llamar cuatro horas punta. Storm sentía el regocijo que suponía viajar en dirección este por la autopista de peaje de Dulles a quince o veinte kilómetros por encima del límite de velocidad mientras toda la población del condado de Loudoun, Virginia, permanecía sentada inhalando su propio humo en el carril que llevaba hacia el oeste.

Su destino era un lugar donde a menudo acudía para huir de los problemas más espinosos de la vida. Para algunos podría servir un lugar de rezo, un balneario de lujo o un sendero en lo alto de las montañas.

Para Storm, era un desaliñado rancho de dos plantas metido en una circunscripción común y corriente de una zona residencial al norte de Virginia. Unas décadas atrás, casi todas las casas de la zona habían sido más o menos como esta, tan solo con pequeñas concesiones a las variaciones individuales. Desde entonces, todo el área parecía haber sido inundada por la propensión provinciana a lo de cuanto más grande, mejor. Lo que poco a poco había surgido de aquello, cada vez con nuevas adicciones y demoliciones, habría sido irreconocible para los primeros habitantes de la zona.

Solo esta casa seguía conservando su estado original. Storm entró por el camino de entrada hasta que el paso quedó bloqueado a medio camino por un hombre corpulento de pelo completamente blanco, salvo las cejas, que seguían siendo negras. Su rostro expresaba una fuerte personalidad, algunos dirían que hasta sabiduría, pero su mentón no se había arrugado ni le caía por el cuello como a algunos hombres de su edad. Era un mentón tan fuerte como siempre.

Aquel hombre no tenía ningún aparato mecánico de menos de veinticinco años de antigüedad. Incluso su coche —un Buick de 1986— era más viejo que muchos de los *hipsters* que ahora empezaban a descubrir el barrio (pero solo con ironía, por supuesto).

Dispuestas delante del hombre estaban las piezas de una máquina aún más vieja. Podría haberse tratado de un cortacésped. En ese momento, parecía improbable que volviera a serlo de nuevo.

—No me mires así —dijo el hombre cuando Storm se acercaba—. Si hubiese ido a la tienda de repuestos habrían intentado venderme una bujía nueva.

—Sí. Que Dios te perdone si llegas a gastarte dos dólares con cuarenta y nueve centavos por esa ridícula sugerencia.

—Venga ya —protestó el hombre—. Cualquiera puede ver que solo hacía falta limpiar un poco estos enchufes.

—¿Y por culpa de los pecados de la bujía, has decidido castigar al resto del cortacésped?

—No. El carburador estaba pringoso. No quería guardarlo sucio todo el invierno. Es mucho más difícil limpiarlo cuando llega la primavera. Y luego, he visto que la válvula se estaba poniendo pegajosa. Y ya llevaba tiempo queriendo afilar la hoja. No es más que el mantenimiento habitual. ¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya a la maldita tienda de bricolaje a comprar uno de esos Yamaguchis de mierda, o como quiera que se llamen? No son más que plástico y papel aluminio. Tendría que comprar otro nuevo dentro de cinco años. Pero ¿un Craftsman como este? Esto sí que es fuerte. Merece la pena cuidarlo. ¿Cuántas veces voy a decírtelo? Si compras una buena máquina, y la cuidas...

—Dura toda la vida —concluyó Storm.

—Desde luego que sí —gruñó el hombre a la vez que se limpiaba la frente con un trapo lleno de grasa.

—Hola, papá —dijo Derrick Storm—. Me alegra ver que todo sigue igual por aquí.

—Hola, hijo —contestó Carl Storm—. Me alegra ver que no llevas uno de esos trajes tuyos de dos mil dólares.

—¿Y eso por qué?

—Porque eso quiere decir que puedes dar un abrazo a tu viejo cubierto de grasa. Ven aquí, tontorrón.

Los dos se abrazaron. Derrick, con su metro noventa, siempre le había sacado cinco centímetros a su padre. Ahora eran diez. Nadie consigue escapar de la gravedad toda la vida.

—Estoy seguro de que, en el momento en que estire la pata, vas a mandar esta máquina al vertedero —dijo Carl—. Y luego vendrá alguien a comprar esta casa, la tirará y construirá algún palacio en el que habrá un jardinero que se encargue del metro cuadrado de césped que quede. Pero, por ahora, ¿por qué no me ayudas a montar esto para poder cortar el césped?

Tres horas después, tras haber montado de nuevo el Craftsman, cortado el césped y

limpiado los restos de hierba del camino de entrada y de la acera, los Storm se sentaron en la puerta.

Las tumbonas de Carl eran de los años ochenta, lo cual, desde su punto de vista, quería decir que eran nuevas. Eran de aluminio forjado atravesado por tiras de plástico, de las que dejan marcas en las corvas y la espalda cuando se está sentado en ellas más de treinta segundos.

De haber estado dentro, Carl habría estado sentado en un sillón reclinable y Derrick en un sofá estampado, muebles que también eran fácilmente anteriores a la presidencia del primer Bush. Y una mujer rubia de pelo ondulado les habría estado mirando a los dos desde su fotografía en la repisa de la chimenea.

Que en aquella casa cambiaran tan pocas cosas era, por extraño que parezca, culpa de aquella mujer rubia. La madre de Derrick había muerto en un accidente de coche cuando él tenía cinco años, dejando a los dos solos y desamparados. Derrick fue superándolo poco a poco, más o menos. Carl ni siquiera más o menos.

—Era toda una mujer —era lo más que Carl solía decir sobre su esposa antes de tener que disculpase y retirarse cuando estaba en compañía de alguien.

Aquella pérdida había unido a Carl y a Derrick más de lo que podría haberlo hecho ninguna otra cosa. Un muchacho que crece sin madre se siente extraordinariamente unido a su padre, lo mismo que un niño sin padre siente un amor inquebrantable por su madre. No importa si la mujer es una seria ama de casa, una actriz excéntrica o una mezcla de las dos cosas. Él la querrá intensamente.

Lo mismo había pasado con Derrick y Carl Storm. Y una de las cosas que les unía era una especie de acuerdo tácito de que ambos mantendrían las cosas de la casa tal cual ella las había dejado. Porque si mamá las había puesto así, ¿quiénes eran ellos para cambiarlas? Así, la residencia de los Storm se había convertido en una especie de cápsula del tiempo.

La fidelidad de Carl a dejar las cosas tal cual estaban iba más allá de la decoración de la casa. La mayoría de los hombres que se quedaban viudos en una edad tan temprana empezaban a salir de nuevo con otras mujeres y probablemente terminaban casándose otra vez. Él no era solo tremendamente atractivo por derecho propio, sino también fiel, formal, leal y con un trabajo lucrativo, todas esas cosas que las mujeres buscan una vez que llegan a la edad en la que por fin se dan cuenta de que el príncipe azul no es en realidad más que un tipo que se acuerda de comprar tampones cuando va a la tienda.

Pero, a pesar de ser un compañero tan conveniente, Carl no parecía mirar nunca a otras mujeres, y mucho menos salir con ellas. Decía que no era por ningún sentido extraño de lealtad a un fantasma que no podía corresponderle en el amor de una forma física. Juraba que se debía simplemente a que su esposa muerta le había agitado la fiesta para estar con otras mujeres.

Derrick le había preguntado al respecto, solo una vez, cuando tenía diecisiete años y el sexo era casi todo lo que ocupaba su mente, cuando esa oleada de hormonas

juveniles que lo invadían le hicieron ser consciente de lo mucho que un hombre heterosexual (de cualquier edad) debía anhelar ciertos placeres que solamente una mujer puede proporcionarle. Derrick se abrió paso en la elaboración de la pregunta de tal modo que quedó así: «Oye, papá, ¿no echas de menos..., ya sabes, hacer..., eh..., tener a alguien que..., ya sabes, con quien estar?».

—¿Quieres decir si desearía poder mojar el churro de vez en cuando? —le preguntó Carl con una carcajada.

A continuación, despachó a su hijo con una sola frase:

—Cuando un hombre ha estado con una mujer como tu madre, su nivel de exigencia se eleva demasiado como para meterse en el catre con cualquiera. Algún día lo entenderás.

Y, finalmente, Derrick lo entendió cuando vio que el sexo era algo más que simplemente un ejercicio aeróbico entre dos adultos que lo consienten. Aun así, no estaba muy seguro de creer el argumento de su padre de que estaba «esperando a la mujer adecuada». Probablemente, habría sido más convincente si Carl se hubiese quitado alguna vez su alianza de casado.

La mano en la que tenía la alianza agarraba ahora una Pabst Blue Ribbon, la cerveza preferida de Carl. En condiciones normales, Derrick habría preferido beberse el aceite que le habían cambiado al motor del cortacésped. Pero tenía que admitir que, en esas circunstancias —tener la frente sudada, el olor a hierba y gasolina en las manos y el sol que empezaba a ponerse en el cielo tras varias horas de trabajos manuales—, una PBR le sentaba de maravilla.

—¿Y qué pasa? —preguntó Carl—. No hay aviones que se caigan del cielo, terroristas en las puertas de la Casa Blanca ni ninguna amenaza biológica que esté a punto de barrer la costa este. Al menos, que yo sepa. No me digas que simplemente has venido a visitar a tu viejo.

—Nada de eso, papá.

—Gracias a Dios. Porque habría sido de lo más aburrido.

Carl Storm era un agente jubilado del FBI. Seguía echando de menos la acción.

Derrick sonrió.

—Vale. Cuando estabas en activo, ¿alguna vez oíste hablar de un grupo de empresarios chinos al que se conoce como los Siete de Shanghái?

—Pues claro. Eran en los años noventa lo que la Cosa Nostra fue en los cincuenta. Tenían sus sucias manos metidas en todo tipo de cosas. Allá donde hubiese una gran población china, ya fuera Nueva York, Los Ángeles o cualquier otro sitio, había ramificaciones de los Siete de Shanghái. Se dedicaban a los chantajes, al juego, al tráfico de animales exóticos, a cualquier cosa que se te ocurra. Lo normal era que, si te encontrabas con un restaurante chino que no tuviese un activo servicio de comida a domicilio, se tratara en realidad de una tapadera de los Siete de Shanghái. Muchas de las actividades que la gente atribuía normalmente a «la mafia china» eran en realidad de los Siete de Shanghái. Pero parece que nunca pudimos conseguir nada

contra ellos para llevar sus escurrizos traseros ante los tribunales.

—¿Por qué no?

—No sé —respondió Carl tras dar un sorbo a su cerveza—. En parte, porque eran buenos. Y con eso me refiero a que eran malos. Estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta con tal de no terminar ante un juez. Los testigos cambiaban sus declaraciones o desaparecían. Los cómplices recibían sobornos o presiones para que guardaran silencio. Tenían un negocio muy bien organizado. No sé si hay una expresión china para referirse a la ley del silencio, pero los Siete de Shanghái se la conocían muy bien.

»Por otra parte, nosotros éramos un poco perezosos. No se me ocurre otra forma de decirlo. Tenías que escarbar mucho para encontrar una conexión entre los gamberros de la calle y los cabrones que estaban detrás de todo eso. Es como esos dientes de león que estabas quitando ahora con el cortacésped. Si arrancas la parte de arriba, puedes llegar hasta el agente especial que estaba al cargo, sonreír y decir: “¿Ves? Ya no hay nada”. Y desde la acera, que es lo más cerca que va a estar el agente especial al cargo, parece que ha quedado muy bien. Pero si de verdad quieres deshacerte de esas hierbas, tendrás que excavar hasta la raíz. Y esas raíces pueden llegar a ser muy profundas. En este caso, cuando la raíz había llegado hasta China, creo que el FBI se hizo a la idea de que era imposible ir hasta el final.

—Entonces, siguen cortando solamente el tallo del diente de león —dijo Derrick.

—Y otro tallo crecerá en otro sitio —concluyó Carl.

—Aun así, yo creía que el FBI se habría cansado finalmente de jugar a la caza del zorro. Es decir, tenemos un tratado de extradición con China. Entre eso y la ley contra el crimen organizado, podríais haber llegado hasta el final, ¿no?

—Pues sí —respondió Carl—. Pero creo que cuando de verdad nos íbamos a poner serios con ese tema, nuestro gobierno les brindó una oportunidad de oro de pasar a legalizarse.

—¿A qué te refieres?

—Hubo un importante acuerdo comercial que abrió muchos de sus mercados a nuestros productos y viceversa. De repente, los Siete de Shanghái podían ganar dinero de forma legal, así que abandonaron las actividades ilegales.

—¿Cuándo fue eso? No recuerdo haber oído nada al respecto.

—Como la mayoría de los estadounidenses. Fue a finales de los años noventa. Fue uno de esos acuerdos que se puede decir que pasó inadvertido para la mayor parte de la gente en aquella época, pero resultó ser un gran punto de inflexión en las relaciones entre Estados Unidos y China. ¿Quieres saber por qué tenemos ahora un déficit de trescientos sesenta y pico mil millones de dólares con China? Ese acuerdo ha sido en gran parte la causa.

Derrick sentía tanta curiosidad que sacó su teléfono y puso en marcha una potente e importante tecnología, un algoritmo patentado de investigación que reconocía como una de sus mejores herramientas cuando necesitaba conocer secretos del mundo. Se

llamaba Google.

—¡Vaya! —exclamó.

En la pantalla había un comunicado de prensa de hacía mucho tiempo sobre el acuerdo de Estados Unidos para apoyar la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio a cambio de que China bajara las tarifas y abriera su mercado a productos estadounidenses. Estaba fechado el 15 de noviembre de 1999.

Derrick pudo sentir cómo su mente chisporroteaba. Noviembre de 1999. Justo como la grabación de Cynthia Heat y Nicole Bernardin. ¿Tenía una cosa que ver con la otra?

—Ayúdame a desarrollar una hipótesis —dijo Derrick—. Supongamos que tú eres los Siete de Shanghái. Se acaba de aprobar esta ley comercial y en tus ojos aparece el símbolo del dólar porque McDonald's está a punto de entrar en la mitad de los barrios de China y alguien va a tener que construir todos esos McDonald's. Y al otro lado del mundo, sabes que hay unas cuantas corporaciones estadounidenses que están echando el ojo a la mayor mano de obra del mundo, pues saben que estará dispuesta a trabajar barato. Y si tú eres los Siete de Shanghái, estás pensando en que de ahí también puedes sacar beneficio.

—Sí, eso es. Debió de ser un momento de infinitas oportunidades.

—Pero, por supuesto, tienes un pequeño problema. Y esto me lleva al caso en el que estoy trabajando ahora —continuó Derrick—. Y es que has estado metido en estos asuntos sucios que pueden hacer que las corporaciones estadounidenses se lleven el negocio a otra parte. Por ejemplo, tienes una operación de falsificación y, de repente, hay un agente secreto norteamericano que mete las narices y está tratando de conseguir más pruebas. Y puede que el agente se haya topado con cierto dinero sospechoso que tiene las huellas digitales de uno de los Siete de Shanghái.

Carl Storm se rio.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Derrick.

—Te digo yo que ese agente secreto americano se ha metido en un buen lío. Mientras cambiaban la naturaleza de sus operaciones, hubo un tiempo en que los Siete de Shanghái tenían muchos cabos sueltos que atar. Ese agente debió de ser uno de esos cabos sueltos. Los Siete de Shanghái habrían hecho lo que fuera por meter bajo tierra a ese hombre.

—Lo cierto es que era una mujer.

Carl arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿En serio?

—Sí. Y, de algún modo, logró sobrevivir. Fingió su propia muerte y ha estado oculta diecisiete años.

—Debe de ser toda una mujer —dijo Carl antes de vaciar lo que le quedaba de cerveza.

Derrick se quedó mirando un momento a su padre. No era frecuente oír a su viejo halagar a una mujer que no fuese su difunta esposa. Y nada menos que con la misma

expresión. Pero Derrick decidió no hacer ninguna observación.

—Vale, tengo otra pregunta —prosiguió—. Estuve en Shanghái la semana pasada. Desactivé una operación de falsificación que presuntamente está relacionada con los Siete de Shanghái. ¿Por qué querían volver a ese tipo de negocios?

—¿No cayó hace poco la bolsa china como a la mitad de su valor? Conociendo a los Siete de Shanghái, es probable que estén metidos hasta el cuello. Ahora que han perdido la camisa, han vuelto a las viejas costumbres. La falsificación es un arte como cualquier otro. En cuanto alguien lo domina, es probable que cueste mucho resistirse a hacer uso de ese talento cuando, de repente, andas corto de pasta.

—Sí, tiene sentido —dijo Derrick.

—Supongo que esa rata de Jedediah Jones te ha metido en esto.

Carl conocía la hipocresía de Jones. Una razón por la que Derrick le hablaba a su padre de sus casos era porque tenía una fuerte intuición. La otra razón era una especie de plan alternativo: si Derrick desaparecía alguna vez, Carl sabría dónde empezar a buscarle en caso de que Jones no se molestara en hacerlo.

—Sí, y es peor de lo habitual —confirmó Derrick. A continuación, le contó a su padre que Jones había ordenado el traslado de Bart Callan y la relación que aquello tenía con Cynthia Heat y los billetes falsos.

—Dices que es «peor de lo habitual» pero, si quieres saber mi opinión, a mí me parece que es su forma de actuar de siempre —dijo Carl cuando Derrick hubo acabado—. Ese cabrón traicionaría a su propia abuela.

Carl aplastó la lata de cerveza con sus fuertes manos.

—En fin, ¿quieres otra? La primera siempre se acaba rápido cuando se tiene sed.

—Desde luego —contestó Derrick a la vez que le daba su lata vacía.

Derrick se sentó en el porche trasero para disfrutar de la paz tan familiar del barrio de su infancia en una bonita tarde de otoño. Oyó otro cortacésped en una casa cercana. Arriba, en el cielo azul y sin nubes, un avión que se dirigía hacia Dulles dejaba una estela que resplandecía con un color rosáceo en la puesta de sol. Respiró profundamente. El aire tenía un olor fresco y limpio.

Carl salió por las puertas correderas de cristal con dos cervezas más.

Entonces, su rostro se endureció.

—¡Agáchate! —gritó.

Antes de que Derrick pudiese reaccionar, Carl agarró a su hijo de la camisa y lanzó sus cien kilos de peso al suelo de la terraza.

Cuando Derrick rebotó en el suelo, una descarga de balas explotó en el lateral de la casa haciendo saltar una granizada de astillas.

## HEAT

No enseñan a pensar así en la Academia de Policía de la ciudad de Nueva York por una buena razón, pero Nikki Heat no podía hacer desaparecer aquella voz absurda de su cabeza: «Ojalá la Serpiente tratara de venir a por mí. De ese modo, yo podría ajustar las cuentas con él en lugar de seguir recibiendo todas estas amenazas tan confusas».

Pero cuando se sentó en un banco de Gramercy Park, no hubo nadie que disparara ningún arma, solo unas cuantas palomas picoteando un bollo que alguien les había dejado.

Nikki deseó ser una de aquellas palomas. Pero en ese momento, la Serpiente, junto a otros muchos factores, la hacían sentirse más bien como el bollo.

Ansiaba poder hacer algo y no solo pensar, que era lo único que la misteriosa reaparición de su madre parecía haberle traído. Cuando sonó el teléfono, se sintió aliviada solo por poder contestar.

—Aquí Heat.

—Oye, hemos conseguido localizar el número de teléfono —dijo Miguel Ochoa.

—Sí que habéis sido rápidos.

—¿Te estás quejando?

—Claro que no. ¿Qué habéis averiguado?

—Más bien es lo que has averiguado tú —la corrigió Ochoa—. Es un teléfono de prepago comprado en una tienda junto a la comisaría esta mañana. Lo compró un tipo que llevaba un cabestrillo.

—¿Un cabestrillo? —preguntó Heat, dudando de haberle oído bien.

—Sí, como si tuviera el brazo roto o algo así. Y llevaba un sombrero azul. Había dos personas atendiendo al público en ese momento y es todo lo que pueden recordar entre las dos sobre ese tipo. La próxima vez que vaya a robar en una tienda, recuérdame que me ponga un sombrero y un cabestrillo porque, al parecer, la gente no va a ver nada más.

—Pero Rales tiene la grabación de la cámara de seguridad, ¿no?

—Negativo. La grabadora se rompió hace mucho tiempo. Había una cámara en la calle y hemos podido encontrar a un hombre con un sombrero azul y un cabestrillo entrando en la tienda y, después, saliendo un poco más tarde. El problema es que entró desde la parte sur de espaldas a la cámara y luego salió en dirección norte, de nuevo dando la espalda a la cámara. No le hemos visto la cara.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Nos hemos puesto en contacto con el proveedor del servicio y les hemos

insistido en que nos den los datos de las llamadas. Creía que nos iban a obligar a pedir una orden pero les hemos convencido para que lo hagan por las buenas.

—Es un alivio.

—Sí y no. El teléfono no ha hecho ninguna llamada, solo mensajes.

Heat ya presentía lo que iba a oír antes de que las palabras salieran de la boca de Ochoa:

—Y el único número al que ha enviado mensajes es al tuyo. ¿Qué es lo que pasa, comisaria?

—Nada —se apresuró a responder Heat. Una de las palomas arrancó un trozo especialmente grande de bollo a la vez que aquella palabra salía de su boca.

—¿Este tipo te está molestando o algo así?

—No, es... —Heat no estaba segura de cómo terminar la frase. Ochoa no tenía que saber que ella estaba recibiendo mensajes anónimos que la avisaban de que se abstuviera de investigar la desaparición de su madre no muerta. Lo resolvió con un simple—: No te preocupes.

—Sabes que siempre decimos que en la Veinte somos como una familia. Si fueses mi hermana...

—Pero no lo soy —le interrumpió con brusquedad—. Soy tu jefa.

Ochoa se quedó en silencio.

—Perdona, es que... Me parece que estoy cayendo enferma. ¿Estáis bien por ahí? Creo que me voy a tomar el resto del día libre.

—Sí, sí, por supuesto, jefa. Si necesitas algo, ya sabes que no tienes más que llamarnos.

—Gracias, Miguel.

Colgó y, después, se levantó del banco del parque donde había estado sentada. Las palomas casi habían acabado su cena. Heat decidió que era hora de marcharse a casa para poder preparar la suya. Sacó la pistola del maletero de su coche y empezó a caminar despacio en dirección al apartamento de su madre, que estaba a poca distancia.

Su apartamento. Aún se le hacía raro considerarlo suyo.

Llegó a su manzana y se detuvo mirando boquiabierto el edificio. Dos cintas amarillas de la policía se extendían ante la puerta de entrada. Delante había un policía uniformado.

Y aparcado enfrente de él, justo bajo los escalones y en la acera, había una furgoneta del forense.

Por primera vez en todo el día, Heat se alegró de haberse visto obligada a llevar el uniforme de comisaria a la rueda de prensa. Eso le ahorraba tener que identificarse ante el joven agente que estaba delante del edificio.

Él la saludó nervioso cuando ella se acercó.

—Buenas tardes, comisaria.

—Descanse —contestó Heat—. Vivo aquí. ¿Qué es lo que pasa?

—Se ha cometido un crimen en el interior, señora —contestó el agente.

«Muchas gracias, agente lumbreras».

—Vaya, pues alguien debería colocar cinta para prohibir el acceso —replicó.

Heat se dispuso a entrar en el edificio, pero el oficial se movió a un lado para impedirle el paso.

—Me han dicho que prohíba la entrada a los vecinos por ahora, señora —le informó—. Ahí dentro está bastante asqueroso. Quizá prefiera usted no entrar.

Heat le miró fijamente. Aquel hombre —en realidad, solo un muchacho— jamás habría dicho aquello si quien hubiera aparecido hubiese sido un comisario del sexo masculino.

—Oficial, ¿ve estas insignias de mi cuello?

Asintió. Ella acertó la distancia entre los dos.

—Significan muchas cosas —dijo—. Pero una de las cosas que indican es que puedo soportar «lo asqueroso». También puedo soportar la bazofia, lo desagradable y lo vomitivo. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señora —respondió él a la vez que se apartaba.

A continuación, Heat entró.

No era solamente asqueroso. Era como si al escenógrafo de una película de motosierras se le hubiese ido la mano. Había sangre en las paredes, sangre en el techo, sangre en el jarrón con las flores de tela, sangre en las flores de tela, sangre en la mesa sobre la que estaba el jarrón y sangre en el espejo que había detrás del jarrón.

Y eso era lo que Heat había comprobado solo con un primer vistazo. Sabía que un hombre adulto tenía aproximadamente cinco litros y medio de sangre. Ella acababa de ver un alto porcentaje de la misma salpicada en las paredes de su vestíbulo.

Un equipo de técnicos de la policía científica rodeaba un cuerpo que estaba tumbado tras la mesa de recepción. Heat se acercó.

Reconoció de inmediato la forma de bolo de Bob Aaronson, pero poco más de él.

Había sufrido una brutal carnicería. Le habían arrancado del cráneo una parte del cuero cabelludo y se lo habían echado hacia atrás, dejando a la luz la blancura del hueso. Le faltaban los globos oculares, como si unos buitres hambrientos se los hubiesen arrancado. La mandíbula le colgaba, claramente dislocada, formando un ángulo grotesco. Los extremos de los dedos eran muñones de carne donde antes había tenido las uñas. Le habían cortado el cuello y las muñecas.

Por si eso fuera poco, también lo habían destripado.

Su muerte, cuando fuera que le llegara, había sido una bendición. Todo el dolor que había sufrido hasta ese momento debió de ser indescriptible.

Heat se detuvo, como hacía siempre, para rendir homenaje a la víctima del crimen. Era el ritual que siempre llevaba a cabo para no olvidar nunca cuál era en última instancia la tarea de la policía.

En realidad, Bob Aaronson había sido un portero muy malo. No solo Derrick Storm había conseguido burlarlo. También mensajeros, vagabundos del barrio, adictos a la heroína, fanáticos religiosos, representantes de organizaciones benéficas, encuestadores políticos y muchísimos otros visitantes no deseables que se puedan imaginar. Las únicas personas a las que sí conseguía detener era a las exploradoras que vendían galletas. Así de malo era.

Probablemente, deberían haber despedido a Aaronson por incompetente en al menos diez ocasiones, pero ninguno de los integrantes de la junta de vecinos del edificio se molestó en hacerlo. Además, él siempre les hacía la pelota.

Aun así, esta era una forma terrible de marcharse, incluso tratándose de alguien tan malo en su trabajo como Aaronson.

Heat volvió la cabeza para no seguir mirando aquella carnicería.

Al otro lado del vestíbulo, hablando con uno de los vecinos de semblante pálido de Heat había un par de policías vestidos de paisano a los que reconoció como detectives de la comisaría Trece.

Uno de ellos se acercó al verla.

—Comisaria Heat —dijo sin molestarse en ocultar su sorpresa—. ¿Es que... alguien la ha llamado para avisarla?

—Vivo en este edificio. ¿Tienen alguna pista de lo que ha pasado aquí?

—¿Se refiere a otra que no sea que alguien se lo ha pasado en grande con el portero y un cuchillo de carnicero? —preguntó el detective.

—Eso ya lo había averiguado. ¿Saben la hora de la muerte?

—Hemos hablado con un vecino que entró en el edificio alrededor de las 16:35 y vio al señor Aaronson vivo y coleando. El vecino que lo encontró llamó a emergencias a las 16:52. Así que tenemos un margen de tiempo bastante corto, sí.

—¿Alguna idea del autor?

—Esperábamos que usted pudiera contestarnos a eso —respondió.

Heat inclinó la cabeza a un lado. Entonces, el detective apuntó a la pared que había detrás de la mesa, donde había algo escrito con sangre. Heat no lo había visto al principio con toda la demás sangre salpicada por todas partes. Incluso ahora resultaba difícil distinguirlo, debido a las manchas, los coágulos y la sangre corrida que el escritor había usado como tinta.

Pero una vez que se concentró en ello, no le cupo duda de lo que habían escrito:

NIKKI HEAT.

Heat tomó aire bruscamente sin poder evitarlo. Ya la habían amenazado e intimidado anteriormente pero, quizá, no de una forma tan sangrienta.

Se balanceó hacia atrás y tuvo que esforzarse para no tener que sujetarse a la mesa. No quería tocar ninguna de las salpicaduras de sangre ni dejar sus huellas para no contaminar la escena del crimen.

—¿Hay algún amigo del que nos quiera hablar? —preguntó el detective—. ¿Quizá alguien próximo con un cuchillo?

El único que se le ocurría era la Serpiente. ¿Era esta su idea de acercarse a ella?

¿Qué era lo que había dicho en su último mensaje? ¿Algo sobre que le demostraría lo poderoso que era y que le mostraría una prueba de su ira? Sin duda, había mucha ira en lo que le había pasado a Bob Aaronson.

Pero ella ya sabía que no le iba a hablar a aquel detective de la Serpiente. Quizá sí tendría que contárselo a los Roach, pero...

Mientras tanto, el detective la miraba fijamente, esperando su respuesta.

—No lo sé —contestó ella—. No se me ocurre que esto pueda ser obra de nadie en particular.

—¿Cree que quizá pueda estar relacionado de algún modo con Piernas Kline? ¿Quizá alguien de los suyos que esté tratando de vengarse por la muerte de su antiguo jefe y que quiera ponerla nerviosa?

—No sé si alguno de ellos era tan leal, pero... supongo que no hay que descartar nada.

El detective había sacado su cuaderno, pero no había escrito nada en él. Lo cierto era que Heat no le había dado nada que fuese útil.

—Desde luego, nosotros no descartamos nada —contestó él—. Si no le importa, vamos a repasar sus anteriores casos, para ver si alguien en particular acaba de salir en libertad condicional o algo así.

—Bien pensado —dijo Heat—. Por supuesto, estaré encantada de ayudarles.

—Gracias, señora —repuso él mientras le entregaba una tarjeta de visita—. Y, desde luego, si se le ocurre quién puede haber hecho esto...

—Será la primera persona a la que llame.

Eso pareció dejarlo satisfecho, así que Heat le dijo que quería subir a su casa. Más que nada, quería que los de la policía científica terminaran su trabajo para que alguien pudiese empezar a limpiar. No quería que sus vecinos pasaran y vieran su nombre pintado con sangre. Ya recelaban bastante de ella, dado su historial.

Apretó el botón del ascensor y subió sola. Al entrar en su apartamento, lo primero que vio fue que la mesita del vestíbulo estaba volcada y que el jarrón que normalmente había en la mesa yacía en el suelo en dos trozos grandes y varios más pequeños.

Alguien había estado en su apartamento, alguien que quizá se encontraba aún en su interior.

Heat se quedó inmóvil un momento. Lo más prudente —lo que debía haber hecho de haberse tratado de otra casa que no fuera la suya— habría sido volver abajo y pedir refuerzos antes de entrar.

En lugar de eso, sacó su nueve milímetros. Eso serviría como prudencia y refuerzo.

## STORM

Derrick Storm estaba tumbado sobre la superficie del porche, procurando convertirse en un objetivo lo más pequeño posible.

Carl Storm había caído encima de él. Por mucho que Derrick deseara que no fuera así, Carl Storm estaba utilizando su propio cuerpo como escudo para proteger a su hijo.

Derrick había sabido siempre que su padre estaría dispuesto a morir por él. Y viceversa. Solo esperaba que nunca tuvieran ocasión de confirmarlo.

Estaban boca abajo —Derrick sobre el suelo, Carl sobre la espalda de Derrick— para protegerse de los fragmentos de madera que caían sobre ellos.

Los disparos procedían de armas automáticas, lo cual les hacía imposible llevar la cuenta de las balas. No paraban de llegar en una ráfaga continuada. No hay nada como estar atrapado por una cortina de disparos de ametralladora para que una persona se sienta superada.

Lo único que los mantenía con vida era la elevación de la plataforma y la suave pendiente hacia abajo del patio que había detrás. De haber sido al revés y estar sometidos a disparos desde arriba, habrían terminado triturados. Solo hay que preguntar a cualquier comandante militar de cualquier lugar y cualquier época, desde los hunos hasta Aníbal: existe una razón por la que el terreno elevado se considera una ventaja.

Por fin, los disparos cesaron.

—Está recargando —dijeron los dos Storm casi a la vez.

No necesitaron añadir lo que eso significaba que tenían que hacer. Carl se levantó de encima de la espalda de Derrick y fue gateando hasta la puerta corredera. Derrick se arrastró tras él y entró en la sala de estar.

Pero no sin antes echar un peligroso vistazo hacia el lugar de donde procedían las balas. Aquello fue lo que le permitió ver con claridad al tirador.

Era blanco, con un corte militar lo suficientemente plano por la parte superior del cráneo como para hacer aterrizar sobre él un avión de control remoto y con unas orejas que sobresalían por los lados de su cabeza afeitada. Tenía cierto aspecto de psicópata, como si hubiese pasado la infancia vestido con ropa de camuflaje, fingiendo jugar a los soldados y torturando ranas los veranos con los petardos que le hubiesen sobrado de las fiestas del 4 de julio.

Pero hubiese pasado o no un tiempo en las fuerzas armadas, ahora era una especie de mercenario.

Pero ¿quién le enviaba? ¿Y cómo había seguido a Storm hasta la casa de su

padre?

Ni siquiera hubo tiempo de pararse a pensar en aquello. Una vez dentro de la sala, todavía agachado, Derrick miró al sillón y al sofá estampado. Eran los muebles de la casa de su infancia y no podía creer que estuviese pensando en cómo utilizarlos para mantenerse con vida a la vez que comenzaban de nuevo los disparos.

Pero por muy feo que fuese el sofá, no podía detener una bala. El asaltante lanzaba ahora sus disparos al lateral de la casa, apuntando hacia la habitación en cuyo interior habían desaparecido los Storm. Trozos de yeso salían volando cuando las balas perforaban las paredes.

—¡Vamos! ¡Aquí dentro! —gritó Carl aún agachado mientras entraba en la cocina donde, al menos, había armarios que darían mejor protección.

Se sentaron juntos en el suelo de linóleo mientras las balas hacían añicos las ventanas de la habitación de al lado.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Carl—. Va a entrar en la cocina y nos va a triturar. ¿Quieres que salgamos corriendo por la puerta de entrada?

—No —contestó Derrick—. Eso es precisamente lo que quiere que hagamos. Apuesto lo que sea a que la función de ese tipo de atrás es simplemente llevarnos hacia la parte delantera, donde nos espera el resto del equipo para terminar con nosotros.

—Bien pensado. Entonces, ¿cuál es tu plan?

En condiciones normales, el plan de Derrick Storm cuando alguien le disparaba habría sido responder a los disparos. La pistola preferida de Storm era una Smith & Wesson 629 a la que él llamaba Harry el Sucio. Al igual que el revólver que Clint Eastwood había utilizado cuando le pidió a alguien que le alegrara el día, esta utilizaba cartuchos del calibre 44 Magnum.

Por desgracia, Harry el Sucio estaba en ese momento guardado en el maletero de su Ford Taurus, que estaba aparcado en el camino de entrada y que, en ese instante, era uno de los lugares menos seguros de América.

Pero cuando Storm estaba a punto de tomar aire para responder a la pregunta de su padre, le interrumpió el fuerte ruido de la puerta delantera al ser destrozada.

—Vamos, vamos, vamos —decía alguien.

—El sótano —susurró Carl con fuerza.

Era un destino terrible al que dirigirse. Pero también el único que les proporcionaría la oportunidad de seguir con vida.

De la forma más silenciosa que les fue posible, se deslizaron hacia la puerta del sótano, que estaba más allá de la cocina. Carl iba primero. Derrick, justo detrás, cerró la puerta tras entrar, por poco que eso les pudiera servir.

El sótano de los Storm no estaba terminado, con suelo de cemento y una serie de bombillas desnudas que colgaban de unas vigas de dos por diez. Unas pequeñas ventanas altas, cada una con no más de treinta centímetros de altura —demasiado pequeñas para salir arrastrándose por ellas— dejaban entrar alguna luz de fuera.

Había una contrapuerta con escalones que subían. Pero, por supuesto, daba al patio donde el tirador con la ametralladora estaría encantado de despedazarlos.

Para bien o para mal —probablemente esto último—, ahora estaban atrapados allí abajo.

Derrick levantó los ojos hacia las vigas, como si pudiese ver a los hombres que pisoteaban el suelo de arriba. Estaba contando a los asaltantes que sistemáticamente se abrían paso por la primera planta de la casa.

—Creo que son cuatro —susurró—. Más el tipo de ahí detrás.

Su padre asintió.

—Por favor, dime que tienes un arma aquí abajo —añadió Derrick.

Carl respondió inmediatamente con inquietud.

—¿Yo? Dios mío, creía que tú llevarías una. Es la única razón por la que he dicho que bajáramos aquí —contestó enfurecido—. Yo no soy más que un vejestorio jubilado. Tú eres el maldito superespía.

—¿Dónde tienes la tuya?

—Arriba. En el armario de las armas. Como siempre.

—¿De verdad tenías que ser tan responsable?

—Oye, entre los niños que viven en este barrio y los adictos a la oxycodona que no, hay que...

—Vale, vale —dijo Derrick mientras sentía que su frustración iba en aumento—. ¿Llevas ahora algún tipo de arma?

—Solo mi navaja.

Desde que Derrick tenía uso de razón, su padre había llevado una navaja con una hoja de siete centímetros y medio. Era útil tenerla a mano el día de Navidad cuando, de repente, había que abrir un paquete, o cuando había cosas que hacer por la casa. Era mucho menos útil como instrumento para un homicidio, especialmente cuando competía contra armas de fuego.

—Papá, esa cosa es poco más que un cuchillo para untar. Yo no estoy preparando tostadas —protestó Derrick antes de maldecir—. ¿Cómo sabían estos tipos dónde estaba yo? No me han seguido hasta aquí. Me he asegurado de ello.

—Bueno, llevas tu teléfono, ¿no?

—Sí.

—Deja que lo vea —le pidió Carl.

En cuanto Derrick sacó el pulido aparato plateado cortesía de un laboratorio ultrasecreto del gobierno —y, por tanto, con aplicaciones muy superiores a las del iPhone normal—, Carl se lo tiró de la mano. No se rompió al caer al suelo, así que Carl lo pisó fuertemente con su bota en repetidas ocasiones hasta que quedó destrozado.

—Sabes muy bien que esa víbora de Jones conoce cada uno de tus movimientos cuando llevas esa cosa contigo —añadió Carl—. Has dicho que está trabajando para los Siete de Shanghái. Estoy seguro de que les ha proporcionado tus coordenadas

exactas. Simplemente han estado esperando a que estuvieras en un mismo sitio el tiempo suficiente para reunir a un equipo y entrar en acción.

Derrick asintió. Sabía que era muy probable que su padre tuviese razón.

—¿Y qué hay aquí abajo que podamos usar para deshacernos de esos tipos? —preguntó—. Tenemos unos tres minutos, cinco como mucho, antes de que vean que no estamos arriba muriendo desangrados.

Los Storm barrieron el sótano con la mirada. Había una mesa de trabajo larga que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo. Herramientas que colgaban ordenadas en un tablero que había encima de ella. Llaves inglesas. Martillos. Destornilladores. Un nivel láser, el único artilugio moderno que Carl Storm había permitido que entrara en su casa y solo porque, aunque de mala gana, reconoció que era mejor que los métodos antiguos. Cada utensilio ocupaba su propio lugar tan inalterado con el paso del tiempo que había creado una silueta con su forma en la madera.

—Despejado abajo —oyó Derrick que gritaba uno de los matones—. Vamos arriba.

—Yo cubro la parte de abajo —contestó otro.

Los Storm se estaban quedando sin tiempo.

Bajo la mesa de trabajo había un aspirador, una panificadora que le habían regalado a Carl hacía mucho tiempo (y que nunca se había molestado en sacar de la caja), cajas de botellas de leche llenas de cables y varios cachivaches más, dos cajas de agua embotellada, una piscina hinchable de la que Derrick había disfrutado enormemente cuando era niño...

«Estupendo», pensó Derrick con desesperación. «Podemos llenar la piscina con agua embotellada y, después, ahogarlos de uno en uno».

—Despejado —oyó Derrick. Después, quizá unos cinco segundos más tarde, otra vez—: Despejado.

Derrick apartó los ojos de la mesa de trabajo. Había un calentador de agua. «¿Podría convertirse eso en un arma? No sin un soplete y, al menos, cuatro horas de trabajo». Una caldera vieja. «Lo mismo». Una lavadora secadora. «No está mal para defenderse, pero inútil para atacar».

Y después, aparcado junto a la secadora, Derrick vio un compresor de aire lo suficientemente grande como para que le llegara a la rodilla.

Carl lo había comprado hacía siglos como desafío a la gasolinera cuando en ella decidieron cobrar por el uso de su manguera de aire. Carl, que era un fanático del mantenimiento adecuado de la presión de los neumáticos, se había encolerizado: «¿Quién cobra por usar el aire? ¿Qué tipo de maldito mundo es este?».

Después, fue a comprar el mejor compresor de aire que había. Derrick había hecho números y había calculado que, aunque su padre llenara sus neumáticos cada dos semanas, tardaría setenta y siete años en pagar esa cosa. A Carl no le importó. Era una cuestión de principios.

Derrick no había estado nunca tan agradecido de tener un padre tan testarudo.

—Por favor, dime que tienes una pistola de clavos que se ajuste a ese compresor de aire —dijo.

—Siempre he pensado que con un buen martillo bastaba. ¿Para qué iba a necesitar una pistola de clavos?

—Para cuando cinco mercenarios te tuvieran arrinconado en un sótano sin posibilidad de escapar.

—Ya lo sé. Pero... Ah —dijo su padre cuando comprendió qué era lo que quería hacer su hijo. Después, lo miró con un brillo especial en los ojos y una leve sonrisa apareció en su rostro—. Hijo, no necesitamos ninguna pistola de clavos. Tengo un montón de boquillas de manguera de distintos tamaños y todo tipo de clavos por aquí. Si lo apañamos bien, esto puede convertirse en una pistola de clavos.

Derrick no esperó a que le dijera más. Se acercó rápidamente al compresor de aire y lo cogió. Carl ya había ido hasta la mesa de trabajo para empezar a coger cajas de clavos entre sus gruesas manos.

Se reunieron al lado de la escalera que llevaba hasta la cocina. La caja por la que Carl se había decidido estaba llena de clavos normales de cinco centímetros. Eran del calibre 11,5 y tenían el peso justo para convertirlos en proyectiles mortales.

Carl ajustó una manguera al tanque del compresor y, a continuación, probó con la primera de las varias boquillas que tenía. Derrick miraba trabajar a su padre sintiéndose de nuevo como si tuviese nueve años y hubiesen llegado a la parte de algún proyecto para el colegio que su papá tenía que hacer por él.

—Ya está —dijo por fin Carl—. Encaja a la perfección.

Levantó la manguera en el aire. Unas tres cuartas partes del clavo sobresalían de ella con el extremo en punta por fuera y el plano en el interior de la boquilla.

—Debe estar lo suficientemente ajustado para que haga mucha presión por detrás y, después, zas, sale volando con una fuerza mortal.

—¿Estás seguro de que va a funcionar?

—No —contestó Carl—. En el FBI solíamos llamar a estas cosas PSL.

—¿PSL?

—Probar Suerte a lo Loco.

—Perfecto —dijo Derrick—. ¿Cómo vamos a apuntar? Esa cosa no cuenta precisamente con una mira.

Los dos buscaron por el sótano un momento. A continuación, Derrick se decidió por el único objeto de allí abajo que no era demasiado viejo.

—El nivel láser. Podemos sujetarlo por encima de la boquilla.

—Y después, apuntar un poco alto.

—Eso es.

—¿Crees que el clavo va a ir en línea recta?

El barrenado de los cañones de rifle se había inventado por esa misma razón, para dar a la bala la rotación necesaria para atravesar el aire en línea recta. Sin esa rotación, los proyectiles se convertían en una pelota que se movía y oscilaba al

reaccionar de una forma caótica con el aire que la rodeaba. Por eso los mosquetes eran tan poco precisos que los soldados de la Revolución o de la Guerra Civil norteamericanas podían alinearse a quince metros de distancia, lanzarse descargas unos a otros y, aun así, fallar.

—Probablemente no —admitió Derrick—. Pero vamos a disparar desde una distancia muy corta. No va a desviarse mucho.

—Ojalá pudiésemos probarlo.

Derrick negó con la cabeza.

—En cuanto empecemos con esto —dijo señalando al compresor de aire—, esos tipos van a saber que estamos aquí. Tendremos compañía.

—De acuerdo —respondió Carl—. Así que o funciona o...

—O estamos muertos —concluyó Derrick.

El motor del compresor se encendió en el primer intento y enseguida rugió alto y fuerte, haciendo tanto ruido que Derrick ya no pudo oír las pisadas de los hombres que estaban encima de ellos.

Lo único que podía hacer era esperar a que bajara el primer asaltante y que aquel PSL funcionara.

Derrick estaba agachado junto a las escaleras. Había quitado rápidamente la tapa del calentador de agua y la utilizaba como escudo. Era una pieza de aluminio grande y gruesa, también vieja y pesada. Que de verdad detuviese las balas dependería del tipo de disparos que esos matones hicieran y del tipo de armas que usaran, dos factores que Derrick no podía predecir.

Solo el brazo y la mano que sostenía la boquilla quedaban desprotegidos si alguno de los matones decidía lanzar una ráfaga de disparos antes de bajar los escalones. Lo que Derrick tenía que hacer era apuntar aquel arma tan rudimentaria que él y su padre habían inventado y soltar la presión de aire que se había formado en el tanque cuando estuviese listo para disparar, el equivalente a apretar el gatillo en el compresor-pistola.

Carl estaba a su lado, un poco más alejado de las escaleras y, por tanto, más alejado de la línea de fuego. Su deber era estar listo para recargar la boquilla con otro clavo lo más deprisa posible después de que Derrick disparara.

No tuvieron que esperar mucho.

La puerta del sótano se abrió con un golpe lo suficientemente fuerte como para que se pudiera oír por encima del estruendo del compresor. Pero la puerta la había abierto alguien que se había retirado de inmediato, así que no había nadie que ocupara el marco de la puerta.

Entonces, uno de los matones se asomó un poco por la esquina antes de apartarse a toda velocidad. Lo que pudo haber registrado con ese vistazo seguramente debió de despertarle curiosidad: un brazo, con el codo apoyado en uno de los escalones,

sujetando una manguera que tenía algo que sobresalía por su extremo. Era poco probable que hubiese reconocido que se trataba de un clavo al mirar con tanta rapidez.

Lo que quiera que fuera que el matón creía haber visto no debió de asustarle mucho. Enseguida se giró por el marco de la puerta y adoptó una posición de disparo con un rifle de cañón largo apoyado en su hombro.

Aquello proporcionaba a Derrick un buen objetivo. Según sus cálculos, tenía que apuntar el nivel láser cinco centímetros por encima de donde quería que acabase el clavo.

Si es que el clavo volaba en línea recta.

O si es que volaba.

El verdadero problema era lo que ocurriría con la presión de aire cuando Derrick lo dejara salir del tanque y golpeará en la cabeza del clavo. Todo ese peso por centímetro cuadrado tendría que ir a algún lugar. Si el aire podía escaparse por los lados del clavo, lo haría, y el clavo o se quedaría quieto o saldría sin fuerza.

Por otra parte, si el clavo estaba demasiado apretado, la boquilla misma podría explotar, probablemente llevándose con ella un trozo de la mano de Derrick.

Todo tenía que salir bien.

Y solo había una forma de saber si así sería. En cuanto la línea roja del láser tocó el principio del nacimiento del pelo del hombre, Derrick soltó la presión del tanque.

El aire fluyó por la manguera con un tremendo estallido y un fuerte zumbido hasta que golpeó la cabeza del clavo que estaba bien apretado a la boquilla.

La presión aumentó durante una fracción de segundo, un tiempo demasiado pequeño para que un humano pudiese ajustarla de alguna forma. Pero todo dependía de lo que ocurriese en esos nanosegundos. ¿Cedería primero el clavo o la boquilla? ¿O no pasaría nada?

Derrick se limitó a sujetarla con toda la firmeza posible, lo cual estaba bien, porque el retroceso pronto lanzó su brazo hacia atrás, como si hubiese perdido en un pulso que estuviese echando contra un gigante invisible.

Pero no antes de que el clavo saliera de la manguera a una velocidad supersónica y se enterrara en la frente del asaltante.

El hombre cayó de espaldas sobre el suelo de la cocina con la fuerza del disparo. Derrick solamente podía verle los pies. Pero, por el modo instantáneo en que aquellos pies habían quedado inmóviles, estuvo seguro de que el clavo había cumplido su misión.

Soltó una fuerte carcajada mientras volvía a acercar la boquilla a su padre, quien metió otro clavo en su extremo, como si introdujera otra bala en una pistola. A continuación, Derrick volvió a poner el brazo en posición de disparo.

Se oyó un estallido de improperios nerviosos procedente de la cocina y de, al menos, tres voces distintas. Se mezclaron tanto que Derrick no podía distinguir qué decían.

Pero estaban cabreados. Y quizá, con suerte, algo temerosos.

El siguiente hombre que se atrevió a aparecer por la esquina lo hizo con mayor cautela. Lo primero que vio Derrick fue el cañón de lo que parecía ser un AR-15 o un AK-47. Derrick apoyó todo el brazo sobre el escalón justo cuando el arma disparó una pequeña ráfaga que fue a parar a la pared de cemento del sótano sin herir a nadie. Cayeron esparcidos varios trozos de pared sobre el suelo.

El hombre repitió aquella acción dos veces más y cada una de las veces disparó a ciegas, consiguiendo poco más que provocar más daños en el sótano de Carl Storm.

Derrick se limitó a esperar. No contaba con el lujo de lanzar múltiples disparos por todos sitios con la esperanza de dar en algún objetivo. Solo podía hacer un disparo cada vez.

Por fin el matón, quizá creyendo que sus disparos habían hecho que los Storm fueran a esconderse en algún lugar más alejado del sótano, se asomó con cuidado por la esquina.

Derrick se contuvo hasta que apareció el ojo izquierdo del hombre. Entonces, movió tranquilamente el brazo hacia arriba, apuntó con el nivel láser los mismos cinco centímetros por encima que había calculado antes, y liberó la presión.

El clavo se hundió en el ojo de aquel hombre. No le mató. Pero sus aullidos de dolor —fuertes, de inmenso sufrimiento y agonía— apenas eran humanos. Entonces, de repente, terminaron con un único disparo.

Uno de sus camaradas había decidido poner fin a su sufrimiento.

Mientras tanto, Carl ya había vuelto a cargar la boquilla. La respiración de Derrick seguía siendo regular y, aposta, no se permitió empezar a calcular sus posibilidades. Aún quedaban tres asaltantes arriba que trataban de buscar el modo de matarles a él y a su padre. Sus armas —con el debido respeto a lo que Derrick y Carl habían creado— eran muy superiores. En ese momento, estaban repasando sus opciones.

Oyeron por encima de ellos una conversación entre susurros. Derrick no se atrevió a apartar la mirada de la puerta.

El siguiente ataque no llegó desde esa dirección. Un espasmo de fuego automático cayó sobre ellos desde arriba. Uno de los matones estaba probando suerte disparándoles a través del suelo e intentando buscar un ángulo de fuego que pudiese derribar a uno de los Storm.

En realidad, lo único que estaba consiguiendo era hostigarles. Entre el linóleo, el relleno y las vigas que lo sostenían, pocas de las balas estaban consiguiendo atravesar el techo. E incluso esas estaban dando en el suelo del sótano sin causar más daño.

Entonces, los disparos cesaron. El traqueteo del compresor de aire resultó silencioso en comparación y Derrick pudo distinguir el ruido de lo que parecía ser la huida de los tres hombres de la casa.

Y algo más.

Una sirena de policía.

No, varias.

—¿Por casualidad te llevas bien con los de la oficina del *sheriff* del condado de Fairfax? —le gritó Derrick a su padre.

—No. ¿Alguna vez le ha gustado a la policía local el FBI?

—Es verdad. Creo que estamos a punto de recibir una visita de ellos. ¿Quieres explicarles tú por qué hay dos hombres muertos en tu cocina?

—La verdad es que no.

—Yo tampoco.

—Vámonos de aquí.

—Vale, pero antes tengo que hacer una cosa —dijo Derrick—. Deja que mire tu teléfono.

—¿Qué teléfono? ¿El de la cocina?

—No, papá. El móvil que te regalé por Navidad hace dos años.

—Ah, lo devolví. No oía nada con él. De todos modos, nunca recibí ninguna llamada.

—Papá, siempre te lo digo. Tienes que encenderlo antes de que pueda recibir llamadas.

—Hay un teléfono fijo en la cocina que funciona perfectamente. Te prometo que no tienes que preocuparte de que tenga mala cobertura.

—No voy a hacer ninguna llamada. Necesito una cámara y tú acabas de destrozar la mía —le explicó Derrick señalando los trozos brillantes de alta tecnología que había en el suelo—. Quiero hacer fotos de los dos tipos a los que acabamos de matar.

Carl Storm retrocedió horrorizado.

—¿Coleccionas recuerdos o algo así?

—Luego te lo explico. ¿Tienes una cámara o no?

—Bueno, pues sí. Tengo una vieja Polaroid. Aún tiene carrete. ¿Te sirve eso?

—¿Alguna vez vas a entrar en el nuevo milenio? —preguntó Derrick.

—No, a menos que me vea obligado —respondió Carl.

Las sirenas se oían con más fuerza. Estaban quedándose sin tiempo.

—Bien. Dame la Polaroid.

## HEAT

Con su nueve milímetros a la altura del hombro, Heat recorrió con la mirada el interior del apartamento, donde podría encontrar cualquier tipo de amenaza.

No había luces encendidas. El sol de la tarde estaba ahora tan bajo por detrás de los edificios del oeste que el apartamento estaba inundado por la penumbra que precedía al ocaso.

Dio un paso adelante esperando a que la Serpiente —o quienquiera que fuera que hubiese cortado en rebanadas a Bob Aaronson— hiciese algún movimiento.

Otro paso. Se encontraba en estado de máxima alerta, con una oleada de químicos fluyéndole por el torrente sanguíneo procedentes de la certeza de que era del todo posible que alguien estuviese a punto de morir, y su cuerpo dispuesto de un modo innato a asegurarse de que no sería ella. Estaba lista para disparar a cualquier cosa que se moviera.

Heat abrió bien los ojos en un intento por conseguir que en sus pupilas entrara más luz. Cualquier intruso que llevase un rato esperando contaría con la ventaja de tener una dilatación completa.

Con su siguiente paso, Heat pudo ver parte de su sala de estar. Otra mesita estaba volcada. La lámpara que tenía aquella mesa yacía a su lado en el suelo. El brazo del sofá estaba arrancado. Había trozos del relleno en el suelo a su lado. También algunas plumas que parecían ser del interior de un cojín.

Heat estaba tratando de mantener la conexión con cada uno de sus sentidos, con cosas tan delicadas como los diminutos pelos de sus mejillas, que podrían advertirla en un instante de que se había producido una agitación de moléculas del aire, lo que significaba un ataque inminente.

Pero en el apartamento todo parecía quieto. Ella era la única que se movía. Al menos, por el momento.

Heat dio un paso más, adentrándose del todo en la sala de estar, y en ese momento fue consciente del estado de absoluta destrucción. Desde aquella posición, parecía que cada centímetro del apartamento había sido violado en uno u otro sentido.

Estaba tratando de mantenerse alerta, consciente de que el intruso podría seguir allí dentro. Pero había ciertas reacciones psicológicas, todas ellas involuntarias, que se lo ponían difícil. El pulso se le había acelerado. Había empezado a sudar. Las manos le temblaban.

Ver tu casa saqueada provoca ese tipo de reacciones.

«Son solo cosas», trataba de decirse a sí misma. «Son reemplazables o no. Concéntrate en lo que viene hacia a ti al doblar la siguiente esquina. Mantente alerta

y...».

Entonces, vio Heat que la ventana que daba a la escalera de incendios aún estaba abierta. Al parecer, la Serpiente —pues aquello le parecía obra solamente de la Serpiente, quien la había amenazado con caos y destrucción y parecía estar cumpliendo su amenaza— ya se había ido.

Por si se trataba de una trampa, Heat hizo un barrido por el resto de habitaciones, armarios y baños con la nueve milímetros aún en alto y el dedo en el gatillo. Pero con aquello no hizo más que confirmar lo que supo en el momento en que vio la ventana abierta: que estaba sola en el apartamento.

Volvió a la sala de estar, se enfundó la pistola y se permitió hacer una evaluación más completa de los daños.

Eran más que considerables. Parecía que no había quedado un mueble sin romper, ninguna almohada sin destrozar, ninguna mesa en pie, ninguna silla que no estuviese volcada. Los zapatos de Heat crujían sobre los cristales de los marcos de fotos rotos en todas las direcciones adonde tratara de moverse. Chismes y recuerdos de distintos grados de importancia sentimental —muchos de ellos pertenecientes a su madre, regalados a su madre, o bien regalos que su madre le había hecho— estaban caprichosamente esparcidos por la sala.

Heat bloqueó cualquier pensamiento sobre la procedencia de aquellas baratijas y talismanes y las historias que había tras ellos. Eso no haría más que distraerla de lo que importaba en ese momento, que era averiguar si faltaba algo.

Hasta ahora, lo único que sabía seguro que faltaba era el casete que Storm le había dado. Lo había dejado sobre la mesita de centro, que seguía allí, volcada. Pero no había rastro del casete ni a su lado, ni debajo del sofá ni en ningún otro sitio. Parecía que el intruso se lo había llevado.

Y eso significaba que no solo se había llevado el aparato. El reproductor seguía teniendo dentro la cinta. Heat la había estado escuchando esa misma mañana.

Heat continuó el recorrido por aquella destrucción. De vuelta en el dormitorio, que tenía su despacho en una esquina, el mueble archivador parecía haber recibido una atención especial por parte de la Serpiente. Las carpetas archivadoras habían sido abiertas y vaciadas en el suelo y, después, lanzadas a un lado. Los sobres cerrados estaban rasgados. Había desde recibos de tarjetas de crédito hasta viejas pólizas de seguro, libros de instrucciones de distintos productos, informes médicos y quién sabía qué más, todo aquello tirado en el suelo formando un montón de varios centímetros de grosor y más de un metro de ancho alrededor del mueble ahora vacío.

Estaba claro que el intruso había estado buscando algo allí dentro.

Los billetes, ¿no? Tenían que ser los billetes. Si la Serpiente trabajaba para los Siete de Shanghái —y tenía sentido que así fuera—, y los billetes eran de absoluta importancia para ellos, era lógico que la recuperación de esos billetes hubiera sido el verdadero objetivo de todo aquello.

Matar a Bob Aaronson no había sido más que una especie de disparo en la frente

de Heat, una demostración de la ferocidad de la Serpiente y la crueldad de los Siete de Shanghái. Y, en el fondo, había muerto sin ningún motivo. La madre de Nikki no habría escondido nunca los billetes en su apartamento. Por eso se los había confiado a George el camarero, quien tampoco los habría escondido en el compartimento de Cynthia.

Pero era obvio que la Serpiente no sabía aquello. Porque la Serpiente no había escuchado todavía la cinta.

Pero... Estaba claro que los Siete de Shanghái sabían de la existencia de la grabación. Para empezar, Storm se la había robado a ellos. Entonces, ¿era posible que la Serpiente no trabajara en realidad para los Siete de Shanghái? ¿O es que simplemente los Siete de Shanghái no le habían hablado a la Serpiente de la grabación?

¿O aquello no había sido obra de la Serpiente? ¿Había sido alguna otra persona?

Demasiadas preguntas. Muy pocas certezas.

Heat continuó mirando en el dormitorio. La poca ropa que aún tenía en el apartamento estaba desparramada. Habían sacado los cajones del vestidor y les habían dado la vuelta. El colchón estaba rasgado y apoyado en la pared. El canapé mostraba marcas por donde lo había atravesado el cuchillo. Los libros de la mesilla de noche —incluida una fascinante novela negra de Brad Parks, uno de sus nuevos autores preferidos— estaban tirados.

Pasó al baño. El armario de las medicinas estaba abierto y vacío, con la mitad de su contenido en el fondo de la bañera y la otra mitad en el lavabo. El contenido del neceser estaba tirado en el suelo. La tapa de la parte trasera del váter había sido levantada y ahora estaba mal colocada.

Atravesando de nuevo el desbarajuste del dormitorio, fue a continuación a la cocina, que el asaltante tampoco había pasado por alto. Había sacado las cacerolas y sartenes de los armarios y las había tirado. Los utensilios habían recibido el mismo trato. Cosas que antes estaban ordenadas y frías en el frigorífico, ahora estaban tiradas y calientes en el suelo.

Al igual que en el resto del apartamento, no faltaba nada. Todo había sido empujado, tirado y rasgado violentamente. Cada superficie, ya fuera vertical u horizontal, había sido tocada de alguna forma.

Eso incluía el armario de las bebidas encima del frigorífico. Había tirado las botellas. Algunas se habían hecho añicos, haciendo que la cocina oliera como tras una pelea en un bar. Pero no parecía haber recibido más atención, ni menos, que el resto, lo cual era otra señal que hacía a Heat pensar que aquel ladrón no conocía las palabras que Cynthia había pronunciado mucho tiempo atrás: «No solo confiaría mi vida a ese lugar, sino también mi mejor botella de *whisky*».

Heat miró el otro baño, un pequeño aseo junto a la sala de estar que había salido más indemne, sobre todo porque había muy pocas cosas en su interior, y después volvió a la sala de estar.

Se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en la cadera, haciendo balance de la catástrofe. Pudo sentir cómo el corazón se le desgarraba. No se trataba solamente de que tardaría semanas en limpiarlo. No era solo el dinero que le costaría, aparte de lo que el seguro fuera a cubrir. No era solo que algunas cosas que estaban rotas eran insustituibles.

De lo que se trataba era de que, aunque aquella era su casa, también era —sobre todo— la casa de su madre. Y aquello le hacía sentir que alguna parte de su madre había sufrido un ataque que ya nunca podría volver a arreglarse.

Heat fue hasta la puerta del apartamento y la cerró. No sabía si eso serviría de algo. Quizá quisiese recuperar cierta sensación de seguridad.

Era consciente de que abajo había dos detectives que querían saber que el asesinato de Bob Aaronson no había sido más que el prelude de otro delito y que el saqueo del apartamento había sido el verdadero objetivo del asesino.

Pero Heat no era capaz de ir a alertarlos. No quería que aquellos detectives se encargaran de esto. Quería que lo hicieran sus hombres. Y necesitaba a una persona en particular: el hombre al que en la comisaría Veinte conocían como el rey de las cámaras de vigilancia.

Sacó el teléfono y pulsó uno de los números de marcación rápida. Dos tonos después, escuchó:

—Aquí Raley.

—Hola, Rales. ¿El rey está hoy gobernando su reino?

—Lo cierto es que el rey está sentado en su trono ahora mismo.

—Una imagen encantadora. En fin, necesito un favor. ¿Puedes?

—Adelante.

Ella le contó lo del apartamento y lo que le había pasado a Bob Aaronson en algún momento entre las 16:35 y las 16:52.

—Estoy segura de que los de la comisaría Trece van a poner a alguien a buscar por el barrio las grabaciones de las cámaras de vigilancia —concluyó Heat—. Pero ese alguien no es el rey. ¿Crees que podrías intentarlo?

—Sí —contestó—. ¿Cuáles son las normas del juego?

—Para los de la Trece, la cuarta enmienda tiene absoluta vigencia. ¿Para ti?

Prácticamente pudo notar cómo Raley se inclinaba hacia delante. Luego añadió:

—No te preocupes por eso. Consigue lo que puedas utilizando cualquier medio necesario.

—¿Cualquiera?

—Quien haya hecho esto no va a permitirse acabar en un juzgado —dijo Heat—. Así que adelante.

—Por supuesto, comisaria. Considéralo hecho.

Heat colgó y, después, volvió a mirar el desastroso escenario que era su apartamento. ¿Por dónde iba a empezar?

Se agachó y recogió uno de los marcos rotos. Era una fotografía que conocía bien,

pues la había mirado miles de veces a lo largo de los años. Pero había pasado algún tiempo desde la última vez que la había mirado. A través de los trozos de cristal roto, vio a dos personas.

Una era prácticamente una desconocida. Se trataba de una versión mucho más joven de sí misma, el día de su graduación en el instituto. Llevaba el ridículo birrete que les endilgaban a los graduados de todo el mundo y una túnica de poliéster de color púrpura. ¿De verdad el color de su clase había sido el púrpura? Su rostro era más redondo, aún con restos de mofletes infantiles. Parecía contenta y optimista, tal y como quizá solo lo puede estar una adolescente ingenua de dieciocho años que piensa que está a punto de comerse el mundo.

La otra persona era Cynthia. Llevaba un vestido clásico acampanado con un fajín en la cintura que acentuaba su figura aún esbelta, un vestido que era muy parecido a la mujer que lo llevaba: sencillo pero elegante, un modelo modernizado del estilo de Jackie Onassis, una versión de la princesa Kate. ¿Qué tenía su madre ahí? ¿Unos cuarenta y ocho años? Cuando se hicieron esa fotografía, Nikki creía probablemente que su madre era vieja. A la Nikki de treinta y seis años le sorprendió pensar que ahora estaba más cerca en edad a la mujer de la fotografía que a la adolescente.

Pero mientras había podido contemplar el paso del tiempo en ella misma con gran detalle al ver cómo cada día sus facciones se afilaban, perdía la inocencia de sus ojos grandes y le aparecían unas finas arrugas alrededor de la boca, no tenía ni idea de lo que los años le habrían hecho a su madre. En su imaginación, Cynthia Heat seguía congelada en el tiempo.

Pero había estado por ahí, en algún lugar, madurando y cambiando, día tras día, año tras año, como todo el mundo. Y si Nikki notó algo al mirar aquella foto, fue sobre todo una sensación de tristeza por haberse visto privada de todos esos días y todos esos años.

No podía hacer nada por recuperarlos. Lo mejor que podía hacer era asegurarse de no permitir que ninguno más se perdiera.

## STORM

Hay quienes podrían haberse burlado del Buick Electra de 1986 de Carl Storm.

Su diseño era cuadrado, solo líneas rectas, casi como si lo hubiese realizado un niño de cuarto curso que estuviese aprendiendo a usar la regla. El capó se abría hacia delante, desde el compartimento de los pasajeros, una característica tan menospreciada por todos que Buick la desechó junto con toda la línea Electra unos años después. Resultaba tan imposible conseguir repuestos para ese modelo que Carl Storm se había visto obligado a buscar en internet, pues eBay era uno de los pocos lugares donde poder encontrar, por ejemplo, una caja de fusibles, un faro o un cojinete que le fuera bien.

Aparte de eso, el vehículo de Carl tenía sus propios y originales defectos. La palanca de cambios se había vuelto tan quisquillosa que era necesario golpearla hacia abajo con la palma de la mano y confiar en que empezara a avanzar. El ventilador echaba a veces aire caliente directo del motor por muy bajo que se pusiera el aire acondicionado y, luego, por arte de magia, se arreglaba en la siguiente ocasión que se utilizaba. Las ventanillas bajaban despacio o, a veces, no bajaban en absoluto, dependiendo del humor con que se encontrasen los motores que las hacían funcionar. Había partes de su chasis que chirriaban por mucho que Carl las lubricara, lo que hacía que incluso un paseo por un aparcamiento se convirtiera en una experiencia algo ruidosa.

Pero en lo que se refería a burlar a las recelosas fuerzas del orden, un Buick Electra de 1986 conducido por un hombre de casi setenta años resultaba ser una buena elección.

Cuando los efectivos de la oficina del *sheriff* del condado de Fairfax se dirigían hacia la residencia de los Storm, sobre la que habían recibido múltiples llamadas de teléfono para informar de que se oían disparos, los ayudantes del *sheriff* no prestaron la más mínima atención al viejo coche cuadrado que conducía el malhumorado anciano que salía del barrio conduciendo en dirección opuesta.

Por insistencia de Carl, habían dejado atrás el Ford de Derrick. Estaba seguro de que habría en su interior algún dispositivo de localización, así como micrófonos. Derrick estuvo de acuerdo y, al salir, sacó de él su Harry el Sucio sin preocuparse de si la policía lo relacionaba con el coche. Estaba registrado a nombre de una sociedad ficticia que jamás podrían localizar.

—Y bien, ¿quieres explicarme por qué les has hecho fotografías a esos tipos muertos? —preguntó Carl—. Porque, si no, voy a empezar a preocuparme por que mi hijo sea un asesino en serie fetichista que se queda con recuerdos de sus víctimas.

—¡Vamos, papá! Les he hecho fotos, no les he arrancado las orejas.

—Aun así.

—Bueno, está bien. He hecho las fotos para averiguar quién anda detrás de nosotros.

—Pues es esa víbora de Jones, ¿no?

—Puede que sí o puede que no. Es mejor estar seguro que andar con suposiciones, ¿no crees?

—Vale. Te entiendo. Pero ¿qué vas a hacer con un par de fotos?

—Puedo usar la tecnología de Jones en su contra —contestó Derrick.

—Eh..., ¿me lo puedes explicar?

—Jones es, fundamentalmente, un acaparador de información. Sabe que hoy en día esa es la verdadera moneda. Ha desarrollado una base de datos secreta con el paso de los años que es insuperable. Hay gente que ha muerto literalmente solo para que Jones pueda conseguir unos cuantos megas más de información. Cada agente extranjero, cada mercenario, cada agente independiente..., si alguno ha hecho un servicio en cualquier lugar del mundo hay muchas posibilidades de que esté en el sistema. Esos tipos que venían detrás de nosotros eran claramente profesionales. Deben estar ahí. A veces, creo que todo ser vivo está ahí.

Carl hizo una mueca.

—¿No podía haberse dedicado ese tipo a coleccionar sellos o algo así?

—Coleccionar humanos es más divertido —repuso Derrick antes de señalar hacia una rampa de acceso—. Entra en la circunvalación y, después, ve a la 395 norte.

—Entendido.

—En fin, como te decía, Jones cuenta con todo lo que tiene la CIA más algunas otras cosas que no comparte con nadie que no pertenezca a su unidad. Además, tiene contratado a un grupo de eruditos en tecnología. Yo los llamo «los frikis». Firman contratos de confidencialidad que prácticamente garantizan que Jones pueda matar a seis generaciones de sus familiares si filtran algo. Así que lo tiene todo bastante bien atado. Pero si podemos entrar en su base de datos, podré coger esas fotos y conseguir identificarlos en menos tiempo del que se tarda en pronunciar las palabras «programa de reconocimiento facial».

—Sí, sí. Muy impresionante. Ya te he entendido —replicó Carl—. Ya sé que Jones tiene todos los pitidos, alertas y campanas. Pero ¿cómo vamos a acceder a su información? Ni siquiera sabes dónde está el Cuchitril. Y aunque lo supieras, estoy seguro de que es impenetrable.

—Lo es. No vamos a ir allí. Nos dirigimos al apartamento de Kevin Bryan en Crystal City.

—Bryan. Ese tipo irlandés que trabaja para Jones, ¿no?

—Exacto.

Habían entrado en la Capital Beltway, la carretera de circunvalación. Carl Storm conducía todo el tiempo a noventa kilómetros por hora, lo que había provocado que

una larga fila de cada vez más coches se apiñaran detrás de él, esperando la oportunidad de adelantarlo. En el carril de al lado, los coches pasaban rápidamente a ciento veinte. Y en el otro, en el carril de adelantamiento, un par de Hyundais que se batían en duelo pasaron casi a la velocidad del sonido.

Derrick no les hacía caso, y tampoco cedía a la tentación de pedirle a su padre que aumentara la velocidad. Carl Storm era un antiguo agente del FBI. Siempre despotricaba contra las patrullas de la policía estatal que permitían de manera tácita cierto nivel de velocidad. Argumentaba que si consentías que el límite de velocidad real fuese distinto al señalizado, básicamente estabas haciendo que la ley pareciera arbitraria o negociable en cierto modo, lo que en última instancia debilitaba todo el sistema legal.

Cuando Carl cargaba contra esa gente, Derrick se limitaba a asentir y esperaba a que su padre no estuviese en el coche para coger uno de sus Ford y ponerlo a ciento veinte. En teoría, estaba de acuerdo con su padre. En la práctica, Derrick Storm tenía prisa.

Poco después de salir a la 395, Carl rompió el silencio.

—¿Estás seguro de poder fiarte de Bryan? No me malinterpretes, a mí siempre me ha parecido un buen tipo. Pero si trabaja para Jones, forma parte de la manada de lobos, ¿no?

Derrick no sabía cómo explicarle que en el Cuchitril había distintos tipos de lealtad a las tácticas y metodologías de Jones. En un extremo —sin preguntar nunca por qué y limitarse a obedecer a ciegas— estaba Clara Strike. Storm era el polo opuesto. El agente Kevin Bryan y su compañero, el agente Javier Rodríguez, estaban en un punto medio. Cumplían sus órdenes a menos que vieran que había una buena razón para no hacerlo.

Y cada vez que Derrick les había proporcionado esa razón, se habían acercado a su postura. Habían actuado a espaldas de Jones con la frecuencia suficiente como para que Derrick supiera que lo harían otra vez.

—Podemos fiarnos de él —dijo Derrick—. Además, lo cierto es que no tenemos otra opción. Llegados a este punto, o nos fiamos del agente Bryan o seguiremos sin saber nada.

—Entendido. Entonces, ¿qué? ¿Vamos allí, hablamos con él y esperamos que nos ayude?

—No es tan sencillo —le explicó Derrick.

—Nada lo es con ese reptil humano.

—Ya. Creo que, si por él fuera, sus agentes se quedarían a dormir en el Cuchitril como él suele hacer a menudo. Acepta a regañadientes que ellos quieran tener su propia vida. Pero no le gusta. Lo considera como un punto débil. Sabe que los agentes son mucho más vulnerables en sus casas, donde se relajan y bajan la guardia, que si están a pie de obra. Así que tiene a los frikis para mantener vigiladas las casas de los agentes.

—Entonces, al final, ¿no vamos a poder entrar?

—No, sí que podremos. Los frikis no pueden tenerlo todo cubierto al mismo tiempo. Incluso Jones tiene sus límites. Él confía en el hecho de que los malos creen que no existen medidas de seguridad en las casas de los agentes y que, por tanto, serán más imprudentes. Dependiendo del sitio donde viva el agente, las tácticas en el lugar varían. En el caso de Bryan, vive en uno de los rascacielos de Crystal City. Jones tiene cámaras de seguridad en el vestíbulo conectadas con el Cuchitril. Y tiene la puerta de la unidad de Bryan conectada para alertar a los frikis por si entra alguien sin autorización. Pero eso es todo. Así que se me ha ocurrido cómo puedo entrar.

—¿Cómo? Por lo que dices, podrían detectarte.

—No de la forma que yo tengo pensada. Sal por aquí.

Derrick estaba señalando a la salida de la 395 a Duke Street.

—Creía que habías dicho que íbamos a Crystal City —dijo Carl.

—Tenemos que hacer alguna parada.

—¿Para qué?

—Provisiones. Hacia el oeste, por favor.

—¿Dónde vamos a parar?

—No estoy seguro de si debo decírtelo —contestó Derrick—. Esto es alto secreto. Más que eso. Es como supermegasecreto.

—No le toques las pelotas a un tocapelotas.

—No te va a gustar.

—Dímelo.

—De acuerdo. ¿Ves allí delante aquel letrero grande y naranja?

Derrick apuntaba al enorme letrero que tenía detrás un almacén todavía más grande y cuadrado con una gran fachada falsa.

—No. Allí no —protestó Carl.

—Sí, papá. Gira aquí.

—A cualquier sitio menos ahí.

—Lo siento. No tenemos otra opción.

—¿No podemos volver a lo de los disparos? Era más divertido.

—Papá, gira.

Carl parecía seguir resistiéndose a aquella orden. Pero se rindió, pasó al carril de la izquierda y accionó el intermitente.

Cuando se detuvo en el aparcamiento, Carl se limitó a suspirar y murmurar:

—La maldita tienda de bricolaje.

Compraron el cortavidrios más caro que encontraron, lo cual en aquel gran almacén de bricolaje significaba que tenían que pagar seis dólares con noventa y ocho.

Un martillo de carpintero de seiscientos gramos con cara acordonada, cuyo peso le gustó a Derrick nada más cogerlo, fue el artículo más caro, veinticinco con noventa

y siete dólares.

A continuación, y quizá lo más importante, compraron una escobilla de goma para ventanas (tres con setenta y nueve) y una botella de limpiacristales (tres con diecisiete).

Y luego, un capricho: una gorra de sarga con el logotipo de Home Depot que Carl Storm se empeñó en comprar como recuerdo de su primera y esperaba que última entrada a aquellos grandes almacenes de bricolaje. Eso costó otros once dólares con treinta y seis centavos.

En total, con el cinco por ciento del impuesto sobre las ventas de Virginia —oye, los legisladores del estado también tienen que comer— sumaba cincuenta y tres dólares con ochenta y tres.

Después, se detuvieron en REI, la tienda de equipos deportivos y actividades al aire libre, donde las cosas eran un poco más caras. En resumen, Derrick se gastó setecientos dieciséis dólares con ochenta y ocho mientras Carl ponía los ojos en blanco.

A continuación, fueron a Crystal City, que destaca casi de forma literal por encima de su más famoso vecino del norte. Cuando varios miembros del Congreso de Estados Unidos, con su infinito ego, decidieron que no debía haber nada en la capital de la nación que fuese más alto que el edificio donde pasaban sus jornadas de trabajo, aprobaron la Ley de Altura de Edificios de 1910. Como a menudo suele pasar cuando el Congreso decide entrometerse en algo, metieron la pata: al legislar la altura de los edificios basándose en el ancho de la calle donde se ubicaban en lugar de establecer un límite absoluto, consiguieron que la diócesis católica de la ciudad los superara en los años cincuenta cuando construyó la Basílica del Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción. Además, al limitar la altura de los edificios dentro del distrito, lo condenaron a una falta de alojamientos asequibles y a un desarrollo de crecimiento hacia el exterior que continúa hoy en día infestando la región.

Aun así, aquellas restricciones tan pesadas y artificiosas con respecto a la altura no cruzaron el río Potomac hacia el oeste. Así, cuando Crystal City empezó a crecer a la vez que el gobierno federal en los años setenta y ochenta, lo hizo a lo alto y no a lo ancho.

Esa es la razón por la que el edificio donde vivía Kevin Bryan era, con noventa y cinco metros, más alto que el Capitolio de Estados Unidos. Y allí fue donde Derrick pidió a su padre que le esperara dentro del coche.

—Muy bien. Tardaré alrededor de una hora —dijo Derrick—. ¿Te importa ir a por unos bocadillos? Me muero de hambre.

Carl soltó un gruñido.

—Vale. Entonces, quédate aquí. Luego vuelvo.

Su padre volvió a gruñir. Sin hacerle caso, Derrick sacó su equipo del maletero, se puso un chaleco con varios bolsillos a ambos lados, se metió las dos fotografías dentro del chaleco y emprendió la marcha. Pero no hacia el edificio donde vivía

Bryan, sino a otro idéntico que estaba justo al otro lado de una calle estrecha.

Carl apretó el botón para bajar la ventanilla del asiento del pasajero del Buick. Por un momento, solo se oyó un angustiado chirrido. Después, despacio, la ventanilla empezó a bajar.

—Oye, ¿qué haces? —preguntó Carl—. Creía que tu amigo vivía en ese de ahí.

—Así es —contestó Derrick—. Por eso voy por aquí.

Carl frunció el ceño.

—Debe de haber un camino más rápido.

—No, no lo hay. No sin que te pillen. Quédate ahí.

Desapareció en el interior del vestíbulo del edificio de al lado. Cargado con las compras que acababa de hacer y que había guardado en una bolsa de malla que había adquirido en REI, se acercó al guardia de seguridad.

Era un hombre joven y bien vestido, con pelo corto y castaño y unos ojos azules y serios. Storm lo estudió y llegó a la conclusión de que se trataba de un tipo complaciente que podría haberse sentido en su casa en las montañas de New Hampshire dirigiendo un campamento de verano para niños.

Según su placa identificativa, se llamaba Devin Clifford.

—¿Desea algo? —preguntó Clifford.

—Claro que sí, señor Clifford —respondió Storm como si fuese uno de esos campistas a la vez que lucía una gran sonrisa—. Por casualidad, ¿tiene algún periódico?

—¿Un periódico? —preguntó Clifford—. ¿De hoy o...?

—De hoy, de ayer, de la semana pasada. No importa —contestó Storm mientras sacaba el limpiacristales y la escobilla de la bolsa de malla y los movía en el aire—. Soy de la empresa Ventanas sin Rayas. He venido a limpiar unas ventanas del exterior de la planta veintidós. Pero me he olvidado de traer periódicos. Y ya sabe lo que quiere decir eso.

Clifford parecía confuso.

—Las rayas —se explicó Storm, como si prefiriera someterse a la peste bubónica y a la visión repetida de toda la temporada del programa de *Real Housewives*—. Debe saber que mi empresa cuenta con la garantía definitiva de ausencia de rayas —continuó Storm, consiguiendo pronunciar aquello de forma que sonara a frase comercial—. Si dejamos rayas, no solo devolvemos el ciento veinte por ciento del pago del cliente, sino que tenemos que...

Storm se detuvo, al parecer demasiado traumatizado como para poder continuar.

—¿Qué? —preguntó Clifford.

Storm se inclinó hacia delante y susurró.

—Tenemos que hacerlo otra vez, en bolas. ¿Me entiende? En pelotas. Tuve que hacerlo una vez. Era mi tercer trabajo y dejé rayas. Y créame, después de aquello me dije que nunca más. En primer lugar, me pillé las..., ya sabe..., con un grillete.

Clifford cruzó las piernas debajo de su mesa en un acto reflejo. La voz de Storm

volvió al volumen normal.

—Y una vez que estás ahí arriba es aún más humillante. ¿Sabe lo que se siente al tener el rabo suspendido a sesenta y tantos metros, dando coletazos con la brisa y a la vista de todos? Es como..., es como... Bueno, es como si a usted le obligaran a hacer este trabajo desnudo.

Sin saber si Clifford estaba ya lo suficientemente espantado, Storm terminó con: «Y su madre viviera en ese edificio».

Clifford metió de inmediato las manos por debajo de la mesa y sacó un ejemplar del *Washington Post* de ese día.

—Tome. Lléveselo.

—Estupendo —le respondió Storm—. ¿Hace falta algún pase para acceder a la azotea o algo así?

—Sí, deje que yo me encargue —se ofreció Clifford mientras se acercaba al ascensor y apretaba el botón. Storm silbaba inocente mientras esperaba. Cuando llegó el ascensor, Clifford metió impaciente su llave de acceso en el panel y, a continuación, pulsó el botón de la azotea.

—Nada de rayas, ¿de acuerdo? —dijo Clifford.

—Nada de rayas —prometió Storm.

Storm pronto se encontró subiendo solo a la azotea. Cuando salió, estaba veinticuatro plantas por encima de la calle. Se acercó al borde y miró hacia el Buick de su padre, en todo su esplendor de líneas rectas, aún aparcado en el mismo sitio.

Los bocadillos tendrían que esperar. Storm no hizo caso del agujero que sentía en el estómago y se puso manos a la obra. El sol se había puesto, pero las luces de la ciudad le proporcionaban suficiente iluminación para ver lo que hacía cuando empezó a sacar el contenido de su bolso.

Una vez que lo tuvo todo dispuesto, cogió la polea de tirolina Wing 2 de la marca CAMP USA que había comprado en la tienda de equipos deportivos y metió por la rueda los setenta metros de cuerda de 9,5 milímetros Mammut Infinity. Después, ató un extremo de la cuerda a la barandilla del rascacielos tirando con toda la fuerza que pudo para asegurarse de que aguantaba.

A continuación, ató el otro extremo de la cuerda al mango del martillo. Como experto en nudos de todo tipo —náuticos, de alpinismo, de ganadero y demás—, Storm usó un amarre de vuelta de nudo corredizo, que prefería con creces a la vuelta de nudo normal, porque la versión corrediza no se le atascaría.

Una vez terminado de fabricar un gancho improvisado, estaba listo para la parte más delicada: lanzarlo hacia el otro edificio y conseguir que se enganchara a su barandilla.

Storm estaba algo familiarizado con las cuerdas. Durante un breve periodo en el que se sintió obsesionado con la idea de que estaba destinado a ser vaquero, Storm había pasado un verano trabajando en un rancho de ganado a los veinte años. Había conseguido un gran bronceado y algunos músculos nuevos. También había

descubierto lo mediocre que iba a ser en su trabajo si decidía ganarse la vida como ranchero.

Pero si había alguna diferencia apreciable entre las vacas a las que había lanzado el lazo en aquel entonces y el edificio al que trataba de lanzarlo ahora era que, al menos, el edificio no se movía.

Miró con ojos entrecerrados hacia su objetivo, que estaba a unos dieciocho metros de distancia. Vio que los dientes del martillo no iban a engancharse bien en la barandilla. No se fiaba de la sujeción de dos trozos pequeños de acero inoxidable. Su objetivo era conseguir que la cuerda envolviera la barandilla y que el martillo sujetara la cuerda.

El lanzamiento tendría que ser perfecto. Empezó a dar vueltas a la cuerda por encima de su cabeza, soltando poco a poco el martillo de seiscientos gramos para que tomara cada vez más fuerza centrífuga por cada medio metro de cuerda que soltaba de su mano.

Cuando sintió tanto el impulso como la puntería perfectos, soltó la cuerda y vio cómo el martillo atravesaba el aire de la noche.

Supo casi de inmediato que lo había lanzado a demasiada distancia. El martillo pasó muy por encima de la barandilla y, después, aterrizó con un golpe seco apenas audible sobre la azotea. Storm esperaba que quedase sujeto al poste de la barandilla cuando tirara de él. Pero no. Pasó por en medio.

El segundo intento quedó corto y golpeó contra el lateral del edificio. El tercero dio en la barandilla, pero demasiado directo: el martillo rebotó.

El cuarto volvió a pasarse. El quinto quedó corto.

Fue al sexto intento cuando Storm lo consiguió. Vio con satisfacción cómo el martillo daba vueltas alrededor de la barandilla, como un gimnasta olímpico que hiciera giros gigantes en las paralelas.

Dio a su extremo de la cuerda varios tirones con fuerza desde distintos ángulos hasta que estuvo seguro de que aquel gancho improvisado iba a quedarse sujeto. Después, ató su extremo con toda la fuerza que pudo para que no quedara flojo. Lo último que quería era quedarse varado en medio de una cuerda encorvada y terminar teniendo que subir a pulso una mano tras otra durante el resto del trayecto.

Tras meter las piernas por el arnés de escalada AR-395 que acababa de comprar, se enganchó a la polea. Después, puso una segunda cuerda de seguridad. Si el gancho del otro extremo no soportaba el peso, se convertiría en un péndulo humano y golpearía contra el lateral del edificio con una fuerza tremenda. Muchos escaladores habían muerto así en las montañas. Pero tendría más posibilidades de sobrevivir que si se enfrentaba a la caída de más de noventa metros sin la cuerda de seguridad.

Agarró la polea con las dos manos y la deslizó en arco adelante y atrás. Después, cogió la bolsa de malla, que contenía el resto del equipo.

Storm era un montañero experimentado, un hombre que había escalado la cara norte del Eiger en menos de cuatro horas, un hombre con varias cumbres de veinte

mil metros en su haber. Pero ahí seguía estando ese momento de la verdad, cuando uno se enfrenta al abismo —ya sea entre una grieta o entre dos edificios— y solo te queda confiar en las cuerdas.

Algunos escaladores han declarado que disfrutaban de esa emoción. Según la experiencia de Storm, esos eran los escaladores que con más probabilidad terminan bajando de la montaña en una bolsa para transportar cadáveres.

Comprobó dos y tres veces sus nudos, sus anillas y su arnés. Una vez quedó satisfecho, se colocó en el borde del edificio y se preparó para un viaje sobre lo que prácticamente era una tirolina de alto riesgo que nunca antes había sido probada.

A continuación, con sus fuertes piernas tras muchas sentadillas con doscientos cincuenta kilos y con los ojos fijos solamente en el otro lado, se lanzó.

Storm sintió el viento en su pelo y las corrientes ascendentes de las calles de la ciudad a medida que el asfalto soltaba lo que le quedaba del calor del día.

Si a alguien se le hubiese ocurrido levantar la vista de la acera en ese momento, quizá no habría distinguido la cuerda en la oscuridad. Lo que sí habría visto sin poder creerlo habría sido a un hombre que parecía estar levitando desde un edificio hasta el de al lado, como si se tratara de una especie de truco de la mente.

Todo el viaje, que había llevado una hora entre las compras y la preparación, terminó en pocos segundos. Storm estaba a punto de quedarse sin impulso cuando llegó al otro lado con un suave aterrizaje.

Trepó por encima de la barandilla, feliz de tener de nuevo algo sólido bajo sus pies. Dejó las cuerdas donde estaban por si necesitaba salir de la misma forma y, después, se soltó de la polea.

Había llegado el momento de la segunda parte del viaje, que era más sencillo desde un punto de vista técnico, aunque no menos peligroso. Sacó del bolso un amarre Black Diamond ATC-XP de su bolsa, le dio un beso y, a continuación, se puso manos a la obra. Poco después, había atado tanto una línea principal como otra de seguridad a distintas partes de la barandilla y le había atado su arnés. Después, se deslizó hasta la ventana de la sala de estar de Kevin Bryan.

El apartamento estaba a oscuras, tal y como Storm se había esperado. Sacó la compra que aún le quedaba por usar —el cortavidrios de siete dólares— y, haciendo lo posible por no recordar que estaba colgando desde una altura de muchos pisos, empezó a recortar un agujero para entrar.

Tardó unos diez minutos de decidido esfuerzo rayando y volviendo a rayar las mismas líneas pero, al final, sacó un trozo de cristal lo suficientemente grande como para poder meterse por el agujero en el interior del apartamento.

Kevin Bryan no estaba allí.

Pero Carl Storm sí.

Lucía la gorra de la tienda de bricolaje y una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo...? ¿Cómo has...? —tartamudeó Derrick.

—Lo he hecho a la antigua usanza. Me he bajado esto sobre los ojos cuando he pasado por el vestíbulo —explicó Carl a la vez que tiraba de la gorra—. Así que no te preocupes por las cámaras.

—¿Y la puerta? —preguntó Derrick.

—Tenía mis herramientas en el maletero del Buick —contestó—. He tardado como un minuto y medio. Había un sensor magnético, pero he usado un cable y un poco de chicle para mantener el circuito.

—Buen trabajo, MacGyver.

—Te he dicho que había un camino más rápido. Has desperdiciado mucho tiempo con esta tontería de héroe de acción.

## HEAT

Nikki Heat no se quedó mucho rato en su apartamento. Su primer intento de ponerse a limpiar renqueó de inmediato debido a su estado, una mezcla de demasiado abrumada y demasiado sensible como para considerar enfrentarse a esa noche. Hasta resultaba difícil respirar allí dentro.

Se quitó el uniforme de comisaria y se puso ropa limpia y, a continuación, metió algo de ropa en una bolsa de lona. Era suficiente para unos días, no más. En algún momento tendría que entrar en la casa de Rook en Chelsea cuando él no estuviese para poder abastecerse con más.

Después salió, sintiéndose ridícula por cerrar la puerta con llave cuando estaba claro que la Serpiente podría entrar siempre que quisiera.

El único lugar en el que deseaba estar menos aún que en su apartamento era el vestíbulo de su edificio, que seguía cubierto con los restos de la sangre de Bob Aaronson... y con su nombre, aquel mensaje escarlata que había dejado el asesino de Aaronson.

El detective con el que había hablado antes la saludó con un movimiento de cabeza al pasar. Ella dijo algo sobre que volvería más tarde. Si él advirtió que la bolsa de lona que colgaba del hombro de Heat no concordaba con aquella declaración, no lo dijo.

Sin saber bien adónde ir, decidió dirigirse al único hogar que le quedaba. Volvió al coche de la comisaría que había aparcado cerca del club Players y, después, se dirigió a la comisaría Veinte.

Cuando estuvo dentro de la sala de la brigada, la recibió la familiar y reconfortante visión de Sean Raley, que estaba encorvado sobre una pantalla enorme practicando sus artes de magia. No levantó mucho los ojos cuando Heat entró, lo cual era siempre una buena señal. Eso quería decir que estaba concentrado en algo.

Tras dejar la bolsa en su despacho, Heat se colocó detrás de él y empezó a mirar por encima de su hombro. Parecía que Raley estaba en una especie de chat. Heat ni siquiera sabía que la gente seguía haciendo uso de ellos. Era como transportarse a una reminiscencia anterior a Facebook de los comienzos de internet.

Raley se dio cuenta por fin de su presencia tras enviar una misiva especialmente larga.

—Estoy a punto de llegar —dijo, como si dondequiera que llegase fuera algo obvio para todos—. Con suerte, te diré algo en diez minutos.

Los diez resultaron ser más de treinta. Heat se distrajo con el sinsentido de su escritorio hasta que el rostro de Raley apareció en su puerta.

—Vale —anunció—. Ya lo tengo. ¿Quieres venir a echar un vistazo?

Heat siguió al rey de las cámaras de vigilancia hasta su trono.

—Para que nos quede claro, dijiste «cualquier medio necesario» y te he tomado la palabra —la avisó Raley—. Con respecto a cómo lo he conseguido, lo que estoy a punto de enseñarte no puede salir a la luz en un juicio. También puede que sientas la necesidad de tener un desinfectante de manos.

—Entendido.

—Bien. La comisaría Trece ya ha hecho un buen trabajo recorriendo la calle arriba y abajo con el habitual sondeo. El problema es que nuestro asesino lo ha hecho mejor aún. Había tres cámaras con distintos ángulos de la calle en el exterior de tu edificio. Una quedó inservible por un disparo de una pistola de aire comprimido. Otra estaba pintada con espray. Y otra la habían pirateado tan a fondo que el propietario ni siquiera podía conectarse a su ordenador. Nuestro hombre es muy meticulado y decidido.

—Entonces, ¿estamos perdidos?

—Para nada. Simplemente, me he visto obligado a utilizar medidas desesperadas.

—¿Cómo de desesperadas?

—¿Sabes lo que son los Fisgones de Gotham? —preguntó Raley.

—Eh..., no.

—Mejor así. Confía en mí, te sentirás mejor cuando te vistas por las mañanas.

—No te entiendo.

—Los Fisgones de Gotham son una red de mirones de última tecnología. No les va la pornografía normal. Se excitan cuando saben que están viendo a alguien que no es consciente de que le observan. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Eh... —repitió Heat.

—Créeme, la cosa es todavía peor. Los Fisgones de Gotham no son los típicos pervertidos comunes y corrientes a los que les gusta espiar a sus vecinos y guardarse el secreto. Se comunican entre sí en foros de discusión y en chats y fanfarronean sobre quién tiene las mejores grabaciones. Están constantemente tratando de superarse entre sí. Compiten por quién puede subir el mejor material, el más gráfico, el más original. Cuanto más raro, mejor. También hacen lo que ellos llaman desafíos.

—¿Desafíos?

—Para algunos de estos tipos no es suficiente con grabar a desconocidos al azar. Van tras objetivos específicos. Así, por ejemplo, uno de los FG, que es como se llaman a sí mismos, quiere ver a una compañera de trabajo haciéndoselo con el novio. Avisa a otros FG: «Sally Smith vive en la cuarta planta de un edificio de la calle 86 con una ventana que da al sur. ¿Quién puede grabarla?». Y entonces, otro de los FG dice: «Tienes suerte. Yo estoy en la calle 86, en la séptima planta con una ventana que da al norte. Yo te grabo a tu Sally». Puntúan basándose en la dificultad de la misión y en la calidad de lo que consiguen; tienen paneles con marcadores y todo. Es bastante enrevesado.

—Es depravado. ¿Los de antivicio han intentado alguna vez encerrar a estos tipos?

—No. Lo cierto es que lo que hacen no es ilegal. Puedes grabar lo que quieras desde la ventana de tu apartamento, o desde cualquier lugar al que hayas accedido de forma legal o, ya puestos, desde la calle. Los FG se mueven en una estrecha línea entre lo moral y lo legal. Si la gente no tiene la prudencia de cerrar sus persianas, se convierten en un blanco legítimo. Y algunos de estos tipos son tan buenos que incluso pueden buscar el modo de...

—Vale, para. Para ya. Hay degenerados en todo el mundo. A partir de ahora, me pienso cambiar dentro de mi vestidor. Por favor, dime que me has contado todo esto por un motivo.

—Así es —respondió Raley—. Solo que ahora llegamos a la parte de la presentación en la que hay una noticia buena y otra mala. La mala es que uno de los Fisgones de Gotham más activos vive en tu calle enfrente de tu edificio.

—Creo que me estoy mareando.

—La buena noticia es que tenía una cámara muy potente y cara apuntando a tu edificio todo el día.

—¿Esa es la buena noticia?

—Lo pensarás cuando veas el material que ha grabado. Ha estado haciendo lo que llaman «pescar» o «rastrear». La cámara tiene gran angular pero también alta resolución. Así que la colocas apuntando a todo un edificio, como un pescador que lanza una red, y después vuelves para ver si has pillado algo. Si es así, lo separas y lo agrandas. El resultado es como si fuese una cámara de calidad más baja que acerca el foco en el lugar adecuado.

—De acuerdo. Entonces, ¿uno de esos imbéciles estaba pescando en mi edificio hoy?

—Sí, más o menos, eso es lo que ha pasado.

—Y le has pedido que te envíe su material... ¿cómo, exactamente? —preguntó Heat con una mezcla de asombro y asco.

—¿Recuerdas que dijiste «cualquier medio necesario»?

—Sí.

—Dejémoslo ahí.

—Vale —dijo Heat—. Creo que ahora sí voy a necesitar ese desinfectante de manos.

—Sí, yo necesito un desinfectante para todo el cuerpo —repuso él—. En fin, aquí está.

La pantalla de Raley, que antes estaba en negro, estaba ahora a todo color y mostraba la calle del apartamento de Heat.

—Le he pedido a ese tipo que me diera toda la franja de la grabación entre las cuatro y media y las cinco, para tener una reserva por cada lado —explicó Raley—. A las 16:36 se ve a una señora entrar.

—Esa es la vecina que dijo al detective que Aaronson estaba vivo.

—Eso es. Y a las 16:51 se ve entrar a otra mujer.

—Esa es la que llamó a emergencias.

—Exacto. Pero a las 16:42 entra un hombre. A menos que el asesino ya estuviera oculto en el edificio, este debería ser nuestro hombre. Va a aparecer en breve. No se le ve salir. Supongo que encontró otra forma de salida.

«Sí, mi escalera de incendios», pensó Heat.

Miró la pantalla con atención. La grabación estaba hecha desde arriba, más o menos a la altura de un cuarto piso, quizá a un cuarto de manzana al este del apartamento de su madre. Era un ángulo que no permitía ver el interior del vestíbulo, lo cual a Heat no le pareció mal. No necesitaba ver cómo mataban brutalmente a su portero. Haberlo visto después ya había sido bastante terrible.

El tráfico de peatones por la calle parecía como el de cualquier otro día en Gramercy Park, un barrio acomodado de Manhattan, pero no demasiado acomodado. Eso quería decir que, al contrario que en sitios como, por ejemplo, el oeste de Central Park, los propietarios de los apartamentos, cooperativas residenciales y pisos vivían realmente allí.

Se trataba de personas normales y pasaban caminando de un sitio a otro, felizmente desconocedores de que estaban siendo grabados y de que allí al lado iba a ocurrir algo muy violento.

Heat reconoció, de hecho, a algunos de los peatones, sobre todo a los que venían desde el oeste, por el ángulo de la cámara. Para los recién llegados, Manhattan parecía una sucesión infinita de extraños. Pero para los que habían vivido allí el tiempo suficiente, la isla se convertía en una serie de pequeños pueblos unidos en una ciudad de ocho millones de personas. Se empieza a ver a la misma gente todo el rato.

Y, en algunos aspectos, a Heat no le sorprendió ver un rostro familiar procedente de la dirección por donde el sol se ponía. Aquel hombre había hecho todo lo posible por ocultar sus rasgos con una gorra de béisbol negra y unas gafas oscuras.

Pero Heat lo reconoció de inmediato. Conocía su forma de andar, atlética y precisa. Ese andar le impulsaba por el espacio como el filo de una espada, con peligrosa determinación.

Llevaba una camiseta negra de manga larga, vaqueros negros y, lo que resultaba más inquietante, unos guantes negros. Llevaba una mochila negra colgada con despreocupación de un hombro. Era del tamaño adecuado para esconder un cuchillo de caza y algunas herramientas para cerraduras, con algo de espacio para llevarse lo que quisiera del apartamento de Heat.

Hacía unos años que Heat no le veía. Nunca había estado gordo, pero claramente había adelgazado. Pero no solo estaba más flaco. También se había endurecido.

Un tiempo en prisión provoca eso en los hombres.

Y estaba claro que eso era lo que le había pasado a Bart Callan.

Raley esperó a que Heat terminara de ver el fragmento que había seleccionado. Por sí mismo, no era demasiado ilustrativo. Lo único que mostraba era a un hombre con ropa oscura entrando en un edificio de apartamentos.

Solo si se sabía lo que iba a pasar después, se convertía en una visión escalofriante.

—Ese es Bart Callan, ¿no? —preguntó Raley.

—Sí —contestó Heat.

—¿Se lo digo a los de la Trece? Nunca podrán utilizar este vídeo ante un juzgado, pues no hay modo de poder hacer constar cómo lo he conseguido, pero saber que fue Callan les ayudaría a estrechar la investigación sobre él. Estoy seguro de que lograrían encontrar otras pruebas una vez que sepan a quién investigar.

—Es posible —dijo ella—. También deberías llamar a nuestros amigos del Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos. El equipo que busca a su fugitivo está poniendo del revés el estado de Maryland. Probablemente les guste saber que se le ha visto aquí.

Por poco que les pudiera servir. Había fundamentalmente dos tipos de fugitivos: los que cuentan con medios, inteligencia y amigos en las altas esferas y los que no.

A los últimos, que eran la mayoría, resultaba relativamente fácil cazarlos. Siempre se les encontraba en una pensión de mala muerte, en la casa de su antigua novia o haciendo autostop en una autopista. Los primeros —y Callan no solamente pertenecía a esa clase, sino que era su mejor representante— resultaban más difíciles. Tenían tendencia a desaparecer.

Especialmente con lo que Storm le había contado sobre que Callan había tenido la ayuda y complicidad de Jedediah Jones y los Siete de Shanghái. Entre las habilidades de Callan, los infinitos recursos de espionaje de Jones y la profundidad de los bolsillos de los Siete de Shanghái, Callan podría seguir huyendo de forma indefinida.

Hasta que decidiera volver a atacar.

Cosa que podría hacer prácticamente en cualquier momento.

—¿Estás bien, comisaria? —preguntó Raley—. Pareces un poco asustada.

—Sí que lo estoy —confesó. No tenía sentido tratar de negarlo.

—¿Crees que...? Es decir, no pretendo asustarte aún más, pero ¿crees que Callan va a por ti?

—Callan es demasiado cobarde para eso —contestó Heat—. No pudo liquidarme hace cuatro años y no puede hacerlo ahora.

Raley no parecía tan convencido.

—Muy bien, jefa. Pero... Es decir, sabes que estamos contigo, ¿no? Cuando sea. Donde sea. Si hay algo que te da mala espina, nos llamas, ¿de acuerdo? No lo dudes. No te lo pienses dos veces.

—De acuerdo —respondió Heat—. En fin, tengo cosas que hacer con esto. Pero buen trabajo, Rales. De verdad, muy buen trabajo. Te has superado. Te mereces una ducha.

—Sí, pero si no te importa, me la voy a dar con el bañador puesto.

Ella le respondió con una sonrisa cansada. Él le dedicó un saludo relajado que, solo por un momento, ocultó la preocupación de su rostro.

Heat volvió a su despacho, cerró la puerta y la persiana de lamas. Se sentó en el sillón de su escritorio, cuyo eje soltó un suspiro a la vez que ella.

Miró por la ventana oscura y puso en orden sus pensamientos. Había estado convencida de que la Serpiente, que la había amenazado con demostrarle su poder, había matado a Bob Aaronson. Ahora tenía pruebas claras y convincentes de que Bart Callan era el hombre que había clavado el cuchillo.

¿Significaba eso que Callan era la Serpiente?

Desde luego, aquello no tenía sentido. Los Siete de Shanghái habían sacado a Callan de prisión porque él estaba más cualificado que ninguno para averiguar dónde podría haber escondido Cynthia Heat sus billetes falsos. Callan había saqueado el antiguo apartamento de Cynthia como parte de esa misión.

Pero probablemente también le habrían encargado que alejara a Nikki Heat del caso, tanto mejor para evitar que ella encontrara los billetes o cualquier otra prueba irrefutable en contra de los Siete de Shanghái. Así que a Callan se le había ocurrido un pseudónimo tras el cual podría tratar de acosarla e intimidarla.

Y aquel pseudónimo en particular estaba cargado de significado. La Serpiente era un recuerdo del alias que Cynthia Heat le había dado en el pasado a Callan: el Dragón. Prácticamente, Callan estaba mofándose de ella con ese nombre, tratando de echar leña sobre la guerra psicológica.

Y no iba a funcionar. Heat estaba ahora más decidida que nunca a que así fuera. Y quería que la Serpiente, también conocida como Callan, lo supiera.

Sacó su teléfono, abrió el último mensaje de la Serpiente, pulsó «Contestar» y empezó a escribir.

HOLA, CALLAN, BUEN TRABAJO EN EL APARTAMENTO DE MI MADRE. MATAR A UN PORTERO DESARMADO, SÍ QUE ERES VALIENTE. PERO TAMBIÉN ERES ESTÚPIDO. TE HEMOS VISTO POR UNA CÁMARA, GENIO.

Pulsó «Enviar» y sintió cierta satisfacción al ser por una vez quien estaba en el bando atacante. Se imaginó la expresión petulante de Callan desapareciendo de su rostro al leer el mensaje y darse cuenta de que no era tan listo como creía ser.

Dos minutos después, recibió en su teléfono la notificación de la llegada de un mensaje.

NO SOY BART CALLAN Y NO TENGO NADA QUE VER CON EL APARTAMENTO DE TU MADRE. ESTÁS COMPLETAMENTE CONFUNDIDA CON RESPECTO A MÍ. Y NO ME ESTÁS ESCUCHANDO. SE ME ESTÁ AGOTANDO LA PACIENCIA. NO VA A HABER MÁS ADVERTENCIAS. ESTO ES LA GUERRA. O PONES FIN A TODAS TUS ACCIONES RELATIVAS A TU MADRE O MORIRÁS.

Heat negaba con la cabeza mientras escribía furiosa su respuesta, llena de ira ante la arrogancia de aquel hombre.

¿TE CREES QUE SOY TONTA, CALLAN? NO TE TENGO MIEDO. NO TE LO TENÍA CUANDO TE LLEVÉ A LA CÁRCEL HACE CUATRO AÑOS NI TE LO TENDRÉ ESTA VEZ CUANDO VUELVA A METERTE ALLÍ.

Lanzó el mensaje con un malhumorado golpe con el dedo y, después, pensó en el montón de papeleo que tenía delante de ella. Habían pasado las ocho. Era imposible reunir la fuerza de voluntad necesaria para concentrarse en aquello.

Aparte, estaba el pequeño problema logístico de no tener un lugar donde dormir. Estaba claro que su apartamento completamente profanado no era una opción. No podía enfrentarse a aquel desastre y aquel dolor. Además, si era sincera del todo, tampoco se sentía segura allí.

Al mismo tiempo, no podía volver arrastrándose a casa de Rook. No solo le estaría poniendo en el punto de mira, sino que le estaría dando un mensaje contradictorio.

Así que, con otro suspiro, Heat reservó una habitación para una noche en el Lucerne, un hotel a tres manzanas al sur de la comisaría. Se permitió el despilfarro de una habitación de lujo con cama grande, pero pulsó tristemente en el «uno» cuando le pidieron que precisara el número de huéspedes. A continuación, cogió su bolsa de lona, apagó la lámpara de su mesa y salió del despacho.

La sala de la brigada estaba vacía. Raley se había ido ya. Ochoa había adelantado su marcha varias horas. Aún estaban cansados por el caso de Piernas Kline.

Los detectives del turno de noche habían salido para atender a distintas llamadas. Tomó las escaleras hasta la planta primera y dio las buenas noches al sargento de la recepción. A continuación, salió a la noche.

La puerta principal de la comisaría Veinte daba a una acera de la calle 82 con poco ajetreo. La acera misma era estrecha, con no más de metro ochenta de ancho, y por ese motivo tuvo Heat que hacerse a un lado cuando un grupo de personas bien vestidas de treinta y tantos años y que venían de algún restaurante —algo distraídos y completamente borrachos— estuvieron a punto de atropellarla.

Y ese fue el motivo, a su vez, por el que la cabeza de Heat no estaba donde debía cuando tres balas atravesaron la puerta de cristal que tenía detrás de ella.

## STORM

No se molestaron en encender las luces. Ni tampoco hablaron.

Aunque les separaban varias décadas de edad y habían recibido formación en distintas estrategias por partes muy diferentes del gobierno, a aquellos hombres les unía algo universal en relación con la espera de alguien que no te deja entrar en su casa, que no sabe que estás allí y que quizá no reciba con agrado el hecho de que lo estés. Anunciar la propia presencia en esas circunstancias no ofrecía ninguna ventaja estratégica.

Así, los Storm se quedaron sentados a oscuras y en silencio. Carl estaba tumbado en un sofá situado frente al agujero que había en la ventana de la sala de estar y por el que cabía un hombre. Derrick miraba la puerta de la casa sentado en un taburete delante de la isla entre la sala de estar y la cocina. Estaban esperando el sonido de una llave, el deslizamiento de una cerradura, el giro del pomo de una puerta.

Eran las 20:32 cuando por fin oyeron aquellos sonidos y, enseguida, la silueta más bien pequeña del agente Kevin Bryan iluminada desde atrás por las luces del recibidor invadió la entrada. Cerró la puerta, dejó las llaves en un cuenco y colgó la chaqueta. Sus movimientos eran despreocupados, sin prisas, ignorantes al parecer de que tenía visita.

Después se giró y, con un movimiento extraordinariamente rápido, sacó su Sig Sauer y apuntó a Derrick Storm.

—¡Eh! Tranquilo —se apresuró a decir Derrick a la vez que levantaba las manos.

—¡Jesús, María y José! ¡Storm! —exclamó Bryan—. ¿Qué narices haces? He estado a punto de apretar el gatillo. ¿Qué haces aquí?

Bryan apretó un interruptor y la luz lo inundó todo desde las lámparas que colgaban del techo. Su pequeño salón tenía una moderna decoración minimalista: el sofá sobre el que estaba tumbado Carl tenía otro de dos plazas a juego con una mesita delante y una elegante alfombra debajo, todo ello sobre unos suelos de madera bien pulida. Al otro lado de la isla, la madera daba paso a las baldosas de la cocina. Las encimeras de granito tenían un suave brillo.

Carl se irguió cuando Bryan entró en la sala.

—Ah, hola, señor Storm —le saludó Bryan—. No le había visto.

—Por el amor de Dios, muchacho, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames Carl?

—Lo siento, señor.

—No lo estás mejorando.

—Lo siento..., eh..., Carl —dijo Bryan. Pero aún no se había deshecho de toda

su rabia por la intrusión—. Bueno, en serio, Storm, ¿qué haces aquí? Es decir, podría haberte matado si...

Y, en ese momento, sus ojos se posaron en la ventana.

—Se acabó. Voy a matarte —anunció.

—Perdona —se disculpó Storm.

—No, no. Una disculpa no sirve. «Perdona» es para cuando se te derrama una bebida en la alfombra de forma accidental. «Perdona» está bien cuando rompes el tirador de la cisterna del váter. No se hace un agujero en la ventana de una persona y se dice sin más «perdona». ¿Qué has hecho? ¿Tienes algún problema con el uso de las puertas?

—He pensado que esta casa necesitaba un poco de aire fresco. Ya sabes que estos edificios pueden ser muy poco saludables si no se ventilan bien.

—Deja de tocarme las pelotas —protestó Bryan mientras miraba furioso la ventana.

—Deja tú de enfadarte tanto —replicó Derrick—. Te pagaré una ventana nueva. Lo sabes.

La boca de Bryan no se movió.

—Y unas entradas para un partido de los Nationals —añadió Derrick—. Junto a la primera base. Abajo. Prácticamente estarás sentado al lado de Bryce Harper.

—No me importa si Bryce Harper está sentado en mi maldito regazo susurrándome cariñitos al oído. Eso no me va a arreglar la ventana.

—Vamos. Le diré que lance la pelota en tu dirección —dijo Derrick.

—¿Hay algún otro daño del que me debas informar? No habrás derribado una pared o algo así, ¿verdad?

—No. Iba a esperar a irnos para hacerlo. A menos que prefieras que usemos la puerta.

—No me digas que has obligado a tu padre a entrar por la ventana también.

—Yo he entrado usando el método antiguo —le explicó Carl a la vez que levantaba su bolsa de herramientas.

—Pero no ha saltado la... Da igual —dijo Bryan negando con la cabeza—. Venga, ¿qué queréis? Porque os aseguro que lo único que deseo es que os larguéis de aquí ahora mismo.

—Hemos tenido esta noche invitados para cenar. Cinco amigos nuestros. Han venido con armas automáticas, pese a que les dijimos que no hacía falta que trajeran nada —le contó Derrick antes de sacar las fotografías del chaleco de escalador y pasárselas a Bryan—. ¿Puedes buscar a estos tipos en el fichero de delincuentes de Jones y darnos un informe sobre ellos?

El irlandés cogió las fotos y dio un paso atrás cuando vio lo que mostraban.

—Dios mío, Storm. Tus amigos no gozan de muy buena salud —exclamó.

—Les diremos que vayan a ver a su médico de cabecera.

—Más bien a su funeraria de cabecera —le corrigió Bryan—. Pero, oye, esto no

es excusa para lo que le has hecho a mi ventana. ¿Por qué no te has limitado a enviarme esto por correo electrónico?

—Por ahora, se me da mal la tecnología. Y esto... no es algo que quisiera que descubriera el radar de tu jefe.

—¿Otra vez estáis las dos enfadadas, chicas? —preguntó Bryan—. Deja que adivine: fuisteis al baile de graduación con el mismo vestido y ahora estáis discutiendo por quién iba más guapa.

—Algo así.

—En serio, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Bryan.

—Yo diría que ahora mismo tenemos motivaciones contrarias —respondió Derrick.

—¿Vosotros? Siempre.

—Tienes razón.

—A ver si lo entiendo. Entráis en mi casa sin permiso y causando destrozos —dijo Bryan—. Y ahora no solo se supone que debo pasarlo por alto y ayudaros, sino que también debo ayudaros a pesar de que se trata de otra de esas ocasiones en las que, si lo hago, aumentarán enormemente las posibilidades de que Jones decida ordenar un ataque aéreo sobre mi cabeza y, después, esconder lo que quede de mi cadáver en una cueva de Afganistán donde se convertirá en un festín para los escorpiones hasta que no quede más que un esqueleto desperdigado.

—Los pájaros y las alimañas te dejarán limpio antes que los escorpiones —aclaró Derrick—. Y puede que la cueva esté en Pakistán, si somos estrictos. Jones siente una excitación especial cuando quebranta su soberanía sin que se enteren. Lo hace cada vez que necesita un estimulante.

—Estupendo. En cualquier caso, no me importa. Sé que vas a hacer pucheros y a decirme que Jones anda detrás de un asunto turbio que solo Derrick Storm puede evitar que se convierta en una trama diabólica a gran escala y que el futuro de la libertad, la justicia y la democracia misma está en juego.

—Libertad, justicia, democracia y mi culo sin pelos —precisó Derrick.

—Sigue sin importarme. Y, por si no lo he dejado claro, ya puedes olvidarte. No te voy a ayudar. Prefiero arriesgarme a soportar tus pucheros que a terminar en la cueva. Odio los escorpiones. Y los pájaros. Y las alimañas.

—Vas a obligarme a pedírtelo por las malas, ¿no? —dijo Derrick.

—Aun así, no importa. Aunque quisiera ayudarte. No podría. No tengo acceso a la base de datos desde aquí.

—Sí que puedes —le corrigió Derrick—. Tienes un método alternativo por el que entrar.

—No lo tengo —contestó Bryan.

—Sí que lo tienes. Me hablaste de ello en Antigua.

Bryan entrecerró los ojos.

—No es verdad. Te lo estás inventando. Cuando yo estuve...

—Gualdo —le interrumpió Derrick.

—¿Qué?

—Gualdo. Fue entonces cuando aprendí que «gualdo» es otra forma de llamar al color amarillo. Eso fue en Antigua, después de la misión de Holdings Whitaker. Estábamos bebidos. Quizá demasiado. Tú terminaste bailando canciones folclóricas irlandesas para las Alpha Gams de la Universidad de Alabama. Te nombraron hermana honorífica e incluso te pusieron su traje. Y sus colores eran rojo, gualdo y verde. Ahora que lo pienso, estoy bastante seguro de que aún guardo las fotos en la nube...

Bryan se cruzó de brazos. Tenía los labios apretados.

—Esto va mejorando. Así que primero destrozas mi apartamento y ahora me amenazas con un chantaje. Eres un encanto, ¿lo sabías, Storm?

—Es por ese atractivo salvaje que tengo.

—¿Sabes qué? Me da igual. Adelante, haz lo que quieras con esas fotos. Publícalas en el *Washington Post*, no me importa. ¡Qué narices! Es probable que gracias a eso no me puedan echar nunca. Ahora mismo el movimiento transgénero está más activo que nunca. Apuesto a que el baño de mujeres del Cuchitril es mucho más agradable que el de hombres. Y, en cualquier caso, ese rodeo alternativo ya no funciona. Jones lo descubrió y lo bloqueó.

—Venga ya. Sabes que sí puedes hacerlo.

—No puedo. Y no quiero. Punto final.

—De acuerdo. No quería tener que recurrir a esto, pero...

De repente, Carl Storm se levantó del sofá y, con un gruñido, puso fin a la disputa.

—De acuerdo. Dejadlo ya y sentaos. Los dos.

El agente Bryan y el más joven de los Storm intercambiaron miradas de curiosidad.

—Sentaos. Ya —repitió Carl.

Los dos obedecieron.

—Oídmeme —continuó Carl una vez que se hubieron acomodado—. Cuando yo tenía vuestra edad me gustaba también esta mierda. Lo de golpearse el pecho. Eso de hacerse el macho. Las amenazas. El tira y afloja. Y está bien que lo hagáis porque sois jóvenes y tenéis energía. Pero yo estoy viejo. Estoy cansado. Mi próstata es del tamaño de una sandía, así que tengo que ir a mear cada doce segundos; estoy de mal humor porque no he cenado; han disparado hoy más balas contra mí de las que son recomendables para cualquier hombre. Así que voy a dejar de marear la perdiz.

»Ahora mismo, sois jóvenes. Tenéis fuerza. Estáis en el momento álgido de vuestra vida y el gobierno os necesita así. Y creéis que siempre va a ser igual. Pero, al final, el gobierno va a pasar página, como hace siempre. Se apoyará en hombres más jóvenes que estén en lo mejor de sus vidas. Jones habrá muerto y a vosotros dos os dejarán en la calle como si fuerais basura. ¿Y sabéis qué es lo único que tendréis

entonces?

Bryan y Storm se miraron, como colegiales que no han hecho los deberes y ahora están recibiendo la reprimenda del profesor.

—El uno al otro —concluyó Carl—. Eso es todo: vuestros antiguos compañeros, los tipos que estuvieron con vosotros en la trinchera, los que salvaron el mundo a vuestro lado, los que recordarán lo que erais capaces de hacer cuando erais jóvenes y seguirán valorando aquello que hicisteis aunque ya no podáis seguir haciéndolo. Y es probable que ahora no me creáis, pero eso va a significar para vosotros más de lo que os podéis imaginar. Incluso llegaréis a daros cuenta de que os queréis. No lo diréis porque ¿quién hace esas cosas? Y es probable que os sigáis fastidiando el uno al otro. Pero, en el fondo, llegaréis a ser conscientes de que esos vínculos que tenéis con vuestros antiguos compañeros constituyen la relación más valiosa de vuestras vidas y os daréis cuenta de que fuisteis bendecidos en este mundo de mierda por haber tenido dos familias: aquella en la que nacisteis y la que encontrasteis en vuestro trabajo. Así que ¡tú! —Carl apuntaba a su hijo—. No vas a amenazarle ni a buscar la forma de aprovecharte de él ni de hacer esas otras bravuconadas que hacen los hombres. Vas a decirle lo mucho que lo estimas, lo mucho que valoras su talento y lo mucho que le necesitas ahora mismo, porque vas a tener muchos problemas si él no te ayuda.

Derrick bajó la mirada al suelo de madera y empezó a murmurar:

—Kevin, yo...

—¡A la cara! —le ordenó Carl.

Derrick levantó la mirada.

—Yo..., eh... Mira, la verdad es que tú eres uno de los mejores del mundo en el pirateo de redes informáticas y a la hora de acceder a lo que parece inaccesible. Y mi padre tiene razón. Estoy jodido si no me ayudas.

Bryan sonreía, quizá con cierta incomodidad, pero Carl apuntó hacia él a continuación.

—¡Y tú! Borra esa estúpida sonrisa de tu cara. Vas a decirle que será un placer ayudarle porque sabes que él haría lo mismo por ti. Porque sabes que, si alguna vez Jones va a por ti, él será el único que irá hasta el fin del mundo para salvarte el culo, porque eso es lo que hacen los hermanos el uno por el otro.

Bryan miró a Derrick.

—Sí. Lo que él ha dicho. Y supongo que podría añadir que tú también eres uno de los mejores del mundo.

—Bien —dijo Carl—. Y ahora daos la mano.

Derrick extendió la mano primero. Bryan la aceptó con fuerza.

—Como es lógico, yo no le diría nada de esto a Jones —comentó Bryan—. Pero es posible que sí haya una forma alternativa que llevo tiempo deseando probar.

—Eres todo un hombre —dijo Derrick.

—No —le corrigió Bryan y, después, apuntó a Carl—. Él es el hombre. Tú tienes suerte de tenerlo como padre.

Bryan había colocado su ordenador portátil en la isla de la cocina.

Derrick estaba preparando unos sándwiches de queso caliente y beicon, porque eso fue lo único que pudo gorronear del típico frigorífico de soltero de Bryan.

Y Carl estaba orinando. Por segunda vez.

—Vale, creo que he entrado —anunció Bryan.

—¡Bravo! —exclamó Derrick—. Sabía que podrías hacerlo.

—Tú asegúrate de hacerme un bonito panegírico después de que Jones me mate —dijo Bryan—. No quiero que se quede nadie sin llorar.

—Me atragantaré de la emoción mientras lo hago para animar a los que se resistan.

Carl se había reunido con ellos en la cocina.

—Dos botones pero sin palanca —refunfuñó—. Es un maldito váter, no el transbordador espacial.

—Dame esas fotos —pidió Bryan. Cuando Derrick lo hizo, Bryan pasó la primera por un pequeño escáner que había conectado—. No debería tardar mucho.

Apareció en la pantalla una pequeña barra y, después, fue sustituida por una ventana en la que aparecía la fotografía policial de un hombre.

—Bien, os presento a Alexi Hawley —anunció Bryan—. Treinta y tres años. Estadounidense de nacimiento. Su madre es alemana, así que tiene doble nacionalidad y el pasaporte correspondiente. Se crio en Minnesota, donde fue un típico delincuente juvenil: robos menores y, mirad, vandalismo. Es un hombre que comparte tus gustos, Storm.

Derrick sonrió.

—Parece que cuando cumplió los dieciocho años se aficionó al consumo de cristal —continuó Bryan—. A los veintiuno tuvo su segundo y tercer encuentro con las fuerzas del orden. Se metió en problemas y volvieron a detenerle, pero tuvo suerte porque el ejército estaba participando en dos guerras y empezaba a quedarse sin hombres. Se alistó como alternativa a la cárcel.

—Y dicen que el patriotismo ya no existe —comentó Carl.

—Después de la formación básica, lo embarcaron, pero parece que tuvo problemas con la autoridad, cosa que no me extraña. Su pelotón de Afganistán tenía la orden de no atacar al enemigo a menos que este disparara primero. Al parecer, no se le daba muy bien quedarse sentado esperando a que un talibán apretara el gatillo, así que o bien buscaba la forma de provocarles o simplemente no hacía caso de las órdenes y empezaba a disparar. Terminó con un despido por mala conducta después de que disparara sobre un pueblo en el que se sospechaba que había escondidos guerreros talibanes.

—Dicho de otro modo, los hombres de su pelotón le amaban pero los mandos estaban deseando deshacerse de él porque no paraba de obligarles a redactar denuncias —dijo Derrick.

—Sí, eso no aparece en el informe. Lo único que puedo decirte es que se volvió directamente a Oriente Medio, a trabajar como seguridad privada de cualquiera que le diera un chaleco antibalas y una buena pistola. Después, empezó a moverse más hacia el oriente trabajando por su cuenta y..., a ver, apareció de repente con los Tigres Tameses. Un encanto. Pasó seis meses en una cárcel de Laos sospechoso de traición. Apuesto a que fue divertido. Y, después, terminó en China, donde...

—Empezó a trabajar para los Siete de Shanghái —intervino Carl.

—Sí, ¿cómo lo sabías?

Carl movió sus gruesas cejas en dirección a su hijo.

—Una simple corazonada —contestó.

—Muy bien. Pues ahí es donde termina el expediente de Alexi Hawley. En cuanto a este otro... ¿Eso de la frente es un clavo de carpintería?

—En realidad, se lo conoce como clavo, sin más —respondió Carl.

—No quiero saberlo —dijo Bryan mientras pasaba la foto por el escáner y esperaba a que apareciera algún resultado. Cuando lo hizo, Bryan lo estudió durante un minuto, más o menos—. Vale, allá vamos. Terence Paul Winter. Todo un *boy scout*, este tipo. Y lo digo literalmente. Fue un explorador de la tropa 87 en Davenport, Iowa. Miembro de Futuros Granjeros de América. Nunca tuvo problemas con la ley. Fue a la Universidad del Estado de Iowa. Doble licenciatura en empresariales y estudios asiáticos con especialidad en chino. Hizo un máster de estudios sobre negocios internacionales en Stanford y, más tarde, empezó a trabajar de consultor en la industria logística.

—¿Cómo termina un tipo así relacionado con un adicto a la escoria como Alexi Hawley?

—Estoy llegando a ese punto. Después de pasar un tiempo como consultor, fue contratado por la línea de portacontenedores OOCL, Oriental Overseas Container Line. Es una de las empresas más importantes del transporte de mercancías en el mundo, como estoy seguro de que ya sabréis. Y, a continuación...

Bryan empezó a reírse.

—Vaya, Storm. Esta vez te has superado.

—¿Qué pasa? —preguntó Derrick.

—Pues parece que OOCL envió a Winter a Shanghái. Es uno de los principales puertos de China, así que está claro que su carrera profesional iba bastante bien. Y empezó a relacionarse con los más influyentes de allí.

—Deja que lo adivine. Incluyendo a los Siete de Shanghái —dijo Carl.

—Sí, pero no como crees. Imagínate esto, si puedes. Él es un joven ejecutivo. Un chico bien parecido de Iowa que habla el idioma. Va a todas las fiestas adecuadas. Tiene un buen trabajo. Y parece que se fijó en la hija de uno de los Siete de Shanghái. Hay un breve romance seguido de una boda por todo lo alto que, según se dijo, costó tres millones de dólares. Enhorabuena, Storm, acabas de matar a uno de los yernos de los Siete de Shanghái.

Derrick puso los ojos en blanco mientras Carl le daba una palmada en la espalda.

—Yo siempre te he animado a que apuntes alto, hijo. Bien hecho.

—Parece que los Siete de Shanghái le encargaron al yerno que dirigiera sus operaciones americanas. Así que estaba aquí junto con la hija. Apuesto a que el papá le llamó y le dijo: «Oye, tenemos ahora mismo un problema en Estados Unidos. Voy a enviar allí a unos mercenarios. Haz que se encarguen de ello». O puede que Hawley fuese el único relacionado con los Siete de Shanghái y los demás fueran contratados posteriormente. Es difícil de saber si no puedo buscar a los otros tres en el sistema.

—Sí, no se quedaron allí lo suficiente como para que les pudiéramos sacar unas buenas fotos —dijo Derrick.

—Llegados a este punto, no importa mucho —repuso Carl—. Los Siete de Shanghái van a por nosotros. Y ahora se ha convertido en un asunto personal. Eso es lo más importante.

Bryan asentía.

—Por si sirve de algo, hoy hemos tenido muchos rumores de que los Siete de Shanghái estaban poniendo en marcha una operación. Al parecer, están buscando algo. Pero no sabemos qué ni quién se está encargando. Una de nuestras fuentes acaba de decir que estaban preparados para lanzar por aquí, entre comillas, «un pequeño ejército» hasta que lo encontraran.

—Un agente. ¿Sabes quién?

—Negativo. Eso me lo ha dicho Jones.

—Eso es porque... —empezó a decir Derrick y, después, terminó la frase en su mente: «Jones es el agente y ha conseguido la noticia directamente de los Siete de Shanghái. Filtra un poco de información para que parezca que está en el bando bueno. En realidad, trabaja para los dos. Típico de Jones».

—¿Porque qué? —preguntó Bryan.

Derrick observó a su amigo. No es que no confiara en Bryan. Lo que pasaba era que no estaba seguro de que fuera bueno para su salud, a corto o largo plazo, tener demasiada información. A veces, sobre todo cuando se es uno de los agentes de Jediah Jones, la ignorancia resulta ser una verdadera bendición. La gente que sabe demasiado suele convertirse en blanco.

—Olvídalo —respondió Derrick.

—No, no. Oye, tienes que venir. Los Siete de Shanghái ya iban a por ti y eso era antes de que mataras a un miembro de su familia. No quiero ni pensar qué van a hacer ahora. Ven al Cuchitril. Jones te protegerá.

«Sí, claro. Jones va a entregarles mi cabeza sobre una bandeja con una manzana en la boca», pensó Derrick.

—Agradezco mucho tu ayuda —dijo—. Mi padre tiene razón. Lo único que tenemos en este mundo tan grande y tan malvado es los unos a los otros. Sabes que yo siempre te cubriré las espaldas. Puede... Puede que no me veas durante una temporada.

—¿Qué estás diciendo? Te juro que no creo que Jones esté detrás de nada. O, al menos, nada aparte de lo habitual. Puedes confiar en él.

—Vamos, papá —zanjó Derrick.

—Venga, tíos —protestó Bryan—. ¿No queréis al menos el queso caliente?

—Lo siento, no podemos quedarnos —contestó Derrick, consciente de que cada minuto que pasaran en el apartamento de Bryan aumentaba el riesgo de que Jones pudiera encontrar el modo de descubrirlos allí—. No te preocupes. Esta vez vamos en el ascensor.

«Y después, saldremos corriendo», pensó Storm.

## HEAT

Nikki Heat cayó al suelo y rodó. Después, se agachó detrás de un coche, una vieja furgoneta Mercedes lo suficientemente larga y ancha como para darle una buena protección. O eso esperaba.

El grupo de borrachos que venían de cenar con sus elegantes atuendos se desperdigaron. Algunos gritaban. Otros se habían agachado. Uno había echado a correr calle arriba hacia Columbus Avenue. Heat no estaba segura de si los disparos habían alcanzado a alguno de ellos.

Se echó sobre el panel de la puerta del Mercedes sintiendo el frío acero sobre su costado como una cálida manta. Había sacado su nueve milímetros y ahora solo necesitaba saber hacia dónde apuntar con ella.

Se atrevió a levantar la cabeza solo un poco y examinó los edificios del otro lado de la calle. Buscaba movimiento en los tejados, una ventana abierta, una cortina que se agitaba con la brisa, cualquier cosa que indicara dónde estaba el francotirador.

Todo estaba quieto.

Pero no durante mucho rato. Dos policías, con enormes escudos antibalas asidos contra sus torsos, habían salido por la puerta tiroteada de la comisaría Veinte. Si iban armados, no habían desenfundado sus armas. Su atención se centraba por completo en proteger a los civiles.

En total, eran ocho —siete, si no se contaba al que aún seguía corriendo hasta desaparecer por la esquina decidido, al parecer, a inaugurar su propia versión de la Maratón de Nueva York—. Sin tregua, los policías fueron agarrando a cada uno de los otros siete para ponerlos a salvo tras los escudos.

Heat seguía mirando al otro lado de la calle, moviendo los ojos constantemente con la esperanza de ver algo que llamara su atención. Lanzó alguna mirada hacia la puerta. Si contaban con el tiempo suficiente, los de la policía científica podrían realizar un análisis de balística y determinar la posición y el ángulo aproximados desde donde se habían disparado las balas. Heat estaba tratando de llevar a cabo por su cuenta una versión de ese cálculo rápida y chapucera.

Pero cada vez que sus ojos volvían a uno de los edificios del otro lado de la calle 82, no veía nada fuera de lo normal.

Unas cuantas veces levantó la cabeza por encima de la furgoneta y volvió a bajarla de inmediato, jugando al «cucú tras» con el posible francotirador. Cambiaba de posición, asomándose por detrás del maletero una vez, por el capó la siguiente y, después, por el centro del vehículo. Estaba tratando de ver si podía provocar algún otro disparo.

No hubo ninguno. Aparte de los sollozos y gritos de pánico de los que venían del restaurante y de las suaves, insistentes y profesionales instrucciones de los policías que les rescataban, no hubo ningún otro sonido inusual.

Al final, uno de los policías cargado con un escudo vino a por ella.

—Comisaria —dijo—. Venga conmigo, por favor.

—No —respondió ella con obstinación—. Quiero hacer que salga ese cabrón.

—No creo que eso sea aconsejable, señora. Por favor, venga conmigo.

Ella miró el rostro aniñado del policía. Era una de las recientes adquisiciones, un novato que no llevaba más de tres meses fuera de la academia.

«Este crío ni siquiera necesita aún afeitarse más de dos veces por semana y está actuando con más inteligencia que yo», pensó Heat.

—De acuerdo —dijo—. Lo siento. Bien pensado, agente. Por un momento, se me ha ido la cabeza.

—Lo cierto, señora, es que he venido para asegurarme de que no le pase eso —repuso él—. Ahora nos vamos a poner de pie a la de tres. Después, iremos hacia la puerta.

Con el muchacho agarrando el escudo de tal forma que ofreciera protección a los dos, fueron a ponerse a salvo en la comisaría.

El sargento de la recepción, que había coordinado la respuesta, apareció delante de Heat.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No tengo ni idea —contestó Heat, aunque sí que lo sabía—. Quizá alguien que ha sufrido demasiados sablazos de la Asociación Benéfica de Policías.

Entonces, su teléfono recibió la notificación de un nuevo mensaje.

—Perdona —dijo.

Miró rápidamente la pantalla. El mensaje era de la Serpiente.

LA PRÓXIMA VEZ NO FALLARÉ.

Habría que redactar un informe. Y tendrían que realizar el análisis de balística en el que había pensado antes. Y habría que hacer pasar por el sistema las balas, que habían quedado muy deformadas tras chocar contra el cristal blindado.

Heat sabía que no habría ningún resultado. En última instancia, saber qué azotea había utilizado Callan o qué calibre había elegido no iba a ayudar a encontrarle. Así que no sintió la necesidad de quedarse allí en espera de la confirmación de aquella inevitable nada. Estaba cansada. Y desanimada. Y asustada. Y sola.

Dejó todos los asuntos oficiales en manos de la policía científica y del detective del turno de noche y, a continuación, se dispuso a iniciar el paseo de tres manzanas hasta el Lucerne. Esperaba que los pies le pesaran después de todo por lo que había

pasado a lo largo de otra larga jornada tras una serie de días muy largos.

Pero, en lugar de ello, un chorro de energía nerviosa dio más brío a sus pasos. Se dio cuenta de que estaba llevando a cabo tácticas defensivas contra el disparador, agachándose detrás de muros cuando se cruzaban en su camino y cambiando la velocidad de sus pasos de rápido a más rápido.

«Esto es ridículo», se decía. «Es imposible que Callan sepa que he elegido un hotel a tres manzanas al sur en lugar de ir a casa de Rook o a un hotel a cuatro manzanas al oeste».

Aun así, estaba asustada. ¿Por qué no admitirlo? Pensó en Bart Callan. Cuando lo conoció, él era un agente del Departamento de Seguridad Nacional. Qué ironía. La agencia que quizá pronto dirigiría Heat. Durante mucho tiempo, ella había pensado que Callan era uno de los buenos. Había tardado bastante en desenmascarar su mendacidad.

Recordó el día, cuatro años atrás, en que por fin lo había descubierto. Habían programado lo que Callan creía que sería una amistosa sesión de boxeo. Se vieron en el gimnasio de Heat, el básico centro de entrenamiento que no tenía nada que ver con los paraísos de doscientos dólares al mes donde ir a ligar. Ella ya sabía que Callan era un traidor y un criminal. Simplemente estaba tratando de tenderle una trampa para que lo admitiera.

Cuando Callan llegó, llevaba puesta una camiseta rasgada que dejaba ver sus bíceps. Heat le había observado y vio que era un arrogante niño bonito al que podría derribar fácilmente. Cualquier experto en artes marciales sabe que, aunque los bíceps pueden parecer atractivos a la vista, no son un músculo demasiado útil. La fuerza interior supera siempre a cualquier bíceps abultado.

Pero los primeros asaltos los ganó, en realidad, Callan, que había pillado a Heat por sorpresa y la había derribado con facilidad. Al final, ella le superó y le dislocó el hombro antes de arrestarle.

Pero eso había ocurrido porque había conseguido distraerle. En aquel cara a cara, cuando su atención estaba centrada por completo en ella, Callan había demostrado ser un fuerte adversario. No hay arrogancia si de verdad se es bueno.

Y Callan era bueno. Muy bueno. Heat no quería repetir el error de no mostrarle el respeto que se merecía.

Incluso ahora, cuando él debería haber salido corriendo despavorido, pues al fin y al cabo no era más que un fugitivo, la tenía completamente confundida mientras caminaba nerviosa hacia el Lucerne. Se sintió aliviada cuando por fin llegó sin ningún agujero más en su cuerpo.

El vestíbulo era pequeño —como suele ocurrir en cualquier hotel de Manhattan donde no se cobra trescientos cincuenta dólares por noche— y trató de no sentir ningún remordimiento cuando tuvo que responder «una» a la pregunta del recepcionista de: «¿Cuántas llaves electrónicas?».

Subió en el ascensor a la habitación de lujo, que seguía teniendo las dimensiones

diminutas de una habitación de Manhattan. Consistía tan solo en una cama, un escritorio, una televisión y un minibar con estrechos canales entre los muebles para poder pasar.

Debería haber sido un refugio. Pero, en cuanto cerró la puerta al entrar, todo lo que, más o menos, había conseguido mantener en sus propios compartimentos se le agolpó de pronto. Su apartamento saqueado. Las provocaciones de Bart Callan/la Serpiente. Los disparos que había recibido. Su madre, viva, pero todavía sin estar con ella. Su marido, alejado de ella por su propio bien.

Era por eso, ¿no?

La determinación de Heat empezaba a desmoronarse, casi como si alguien estuviese golpeando un muro de ladrillos con una bola de demolición de cinco toneladas, lanzando al suelo trozos de mampostería y mortero. Se imaginó a sí misma volviendo a rastras a Rook y acurrucándose junto a su guapo y musculoso marido.

Había muchas razones por las que habían sobrevivido como pareja. Algunas eran relativamente superficiales: él podía hacer que se derritiera con una adorable sonrisa; sabía hacerla reír, incluso cuando ella no quería; era la primera persona con la que Heat quería compartir cualquier noticia, ya fuera buena o mala.

Pero más importante que todo eso era el modo en que la aceptaba, sin importar en qué estado se encontrara ella cuando se arrastraba, renqueaba o corría hacia él. En la salud o en la enfermedad. En la cordura o en la locura.

Cuando necesitaba que él la escuchara, lo hacía. Cuando necesitaba que la abrazara, también lo hacía. Y, a veces, mucho más, si es que las cosas terminaban llevándolos ahí.

Ella sabía que esta era otra ocasión más en la que Rook la aceptaría tal cual era.

Le vino un recuerdo de los primeros días en que empezaban a salir. Era la celebración de su primer mes. Ella seguía siendo sargento y estaba sujeta a los caprichos de cualquier caso que le tocara por turno. Rook había hecho una reserva para las siete en Joie de Vivre, un lugar tan exclusivo que incluso a un famoso ganador en dos ocasiones del premio Pulitzer le resultaba difícil conseguir mesa. Heat aceptó gustosa, aunque llevaban tan poco tiempo de relación —y ella tenía aún tantos muros levantados en torno a sus sentimientos— que tuvo que fingir que no estaba nada impresionada por su iniciativa.

Antes de irse a trabajar ese día, Heat había preparado un vestido precioso, un vestido que caía, se ceñía y se movía a la perfección. Lo conjuntó con un par de maravillosos tacones. Tenía pensado cambiarse y salir corriendo por la puerta con la esperanza de que ninguno de sus compañeros la viera así, pues, después de aquello, jamás volverían a considerar a la sargento Heat como uno más.

En general, estaba emocionada por aquella cita. ¿Quién no lo estaría?

Pero se puso a llover. Y ella terminó recorriendo los edificios de viviendas públicas en busca de un sospechoso de allanamiento de morada. Pero incluso cuando lo encontró escondido en medio de estiércol de ratas en el sótano del apartamento de

su primo, no estaba claro si tenían suficientes pruebas contra él, pues un confidente estaba haciéndose de rogar con la oficina del fiscal.

Cuando el soplón por fin se rindió, llovía aún con más fuerza, lo que hizo que se retrasara el último autobús que venía de la prisión de Rikers, que debía haber llegado varias horas antes. Y el único detective que trabajaba era un teniente y el jefe de la brigada, así que no podía dejárselo a él y salir corriendo por la puerta con un vestido despampanante y unos tacones de quince centímetros. Para colmo, su pelo parecía el de una réplica a lápiz de un trol.

Y lo que era aún peor, había perdido la noción del tiempo. Eran las 20:12 cuando llamó a Rook para decirle que lo sentía muchísimo, pero que no podía ir.

—No pasa nada —respondió él—. Lo cambiamos para otro día.

Pero ella no podía parar de pensar en cómo se sentiría él. Durante una hora y doce minutos, Jameson Rook había estado sentado solo en aquel restaurante pijo, delante de una mesa que, tal y como estaría preparada, dejaba claro que esperaba compañía, lo que atraería miradas subrepticias de una multitud de gente de la alta sociedad que susurraba por detrás de sus manos que al dos veces ganador del premio Pulitzer lo habían dejado plantado.

Tenía razones de sobra para estar furioso con ella. Ella estaba furiosa consigo misma. Y aun así, cuando salió de la comisaría cuarenta y cinco minutos después pensando que se iría a casa a comer fideos chinos y escuchar un mensaje dejado en el contestador por su nuevo novio en el que le decía que estaba considerando ver a otras personas, allí estaba Rook. Llevaba puesto su mejor traje, aunque estaba tan empapado de cintura para abajo —un paseo de veinticinco manzanas bajo una lluvia torrencial provoca eso por muy bueno que sea tu paraguas— que los pantalones parecían doce tonos más oscuros que la chaqueta.

Llevaba dos cajas de poliestireno, la primera vez que Joie de Vivre había permitido que un cliente se llevara la comida. Había hecho una parada en una tienda para comprar las únicas dos velas que les quedaban. Una ponía que era de olor a kiwi. La otra olía, supuestamente, a sirope de arce.

—Se me había ocurrido que podíamos cambiarlo para ahora mismo —dijo él—. ¿Crees que en la sala de la brigada habrá una mesa para dos?

—Pero, Rook, si he echado a perder nuestra velada romántica —contestó ella.

—Tonterías —replicó Rook mientras el agua seguía goteando de sus pantalones al interior de sus zapatos—. Cada vez que estoy contigo, es lo más romántico que me ha pasado nunca.

Así había sido Rook en aquel momento. Y sabía —aunque nunca habían vuelto a hablar sobre aquella noche en todos los años que habían pasado— que así seguía siendo Rook. Si había sentido algún rencor, lo había olvidado en un abrir y cerrar de ojos. La amaba. De manera incondicional.

Y ella le amaba a él. De manera incondicional. Entonces, ¿por qué apartarlo? ¿Por qué no podía ser las dos cosas: esposa e hija?

Soltó el bolso sobre la cama y, después, se vació los bolsillos. Hizo una mueca cuando sacó la tarjeta regalo para Aventuras Aéreas del Capitán Tyler. El recorrido especial por las islas. Aquello había sido un detalle típico de Rook. Siempre buscaba el modo de mantener la frescura.

Y ella siempre estaba buscando el modo de fastidiarlo todo. Con aquel pensamiento, se acercó al minibar, que estaba bien surtido de pequeñas botellas. Cada una contenía la dosis de una copa. Pero parecían tan pequeñas e insignificantes que había acabado con tres de ellas antes de que diese tiempo a que el alcohol de la primera se le filtrara en la sangre.

Bebió por su madre. Bebió por Rook. Bebió por todo lo que había perdido y todo lo que parecía que estaba perdiendo.

## STORM

De vuelta en el viejo Buick, los Storm se dirigían al sur, alejándose de las luces de Crystal City y Washington D. C. para ir hacia la promesa del anonimato.

Derrick conducía. Si por casualidad había alguien de quien escapar o a quien burlar, lo lógico era que quisiera exceder los noventa kilómetros por hora. El Buick, tal y como Derrick demostró enseguida, era capaz de más.

Pero no parecía que llevaran coches detrás ni nadie a quien importara que, a veces, un Buick fuera a más de ciento cuarenta por el carril más a la izquierda y, otras, disminuyera la velocidad a ochenta en el de más a la derecha.

No estaban teniendo ningún problema. Por ahora.

—¿Y cuál es nuestro plan? —preguntó Carl.

—Correr. Escondernos. Y, después, reorganizarnos —respondió Derrick.

—Debo decirte que, en mi trabajo, yo era siempre el cazador, no el cazado.

—Por desgracia, yo he experimentado las dos cosas. Bienvenido al nivel más bajo de la cadena alimenticia. A veces, ayuda aceptar sin más la realidad.

—Yo no acepto...

—Papá, en serio. Tenemos a una banda criminal que va a por nosotros y están recibiendo soplos de una división ultrasecreta de la CIA. En este momento, cuentan con más armas que nosotros.

Estaban pasando junto al centro comercial de Potomac Mills. Bajo el resplandor de las grandes farolas que tenían arriba, Derrick pudo ver cómo su padre apretaba la mandíbula.

—Vale. Entonces, si acepto la premisa de que estamos en modo quitarnos de en medio, ¿cuáles son las reglas del juego? —preguntó Carl.

—¿Para esta noche? No participar en el juego. Buscar un lugar donde poder resguardarnos. Pero tenemos que hacerlo de tal forma que quedemos fuera de los radares. Jones nos estará buscando y tiene ojos por todas partes. Tú ya has destruido mi teléfono, así que ya es un buen comienzo. Pero también debemos evitar el uso de tarjetas de crédito, cajeros automáticos o cualquier cosa que deje migas de pan electrónicas que Jones pueda seguir. ¿Cuánto dinero tienes en efectivo aquí?

Carl sacó su cartera del bolsillo de atrás y miró el contenido.

—Ochenta y cuatro dólares —contestó—. ¿Y tú?

—Ni me lo preguntes.

—Ay, Dios mío...

—Lo siento, papá. Dejé de usar dinero en metálico hace un tiempo. Y entro y salgo de tantos países que no tiene sentido hacerlo. Incluso en los pueblos pequeños

de Mongolia aceptan ya las tarjetas.

Carl refunfuñó por aquellos avances y retomó un argumento pronunciado por primera vez por ancianos recalcitrantes de Mesopotamia que se resistían al cambio al ciclo como unidad monetaria en sustitución del ganado.

—Mira, papá, sé que ahora mismo el panorama es un poco lúgubre, pero...

Hizo una pausa. Después, una pausa más grande. Y, luego, un absoluto silencio.

—Pero ¿qué? —preguntó Carl por fin.

—La verdad es que no estoy seguro —respondió Derrick—. Iba a optar por un discurso para levantar la moral y me he dado cuenta de que, en realidad, no tengo ninguna base para hacerlo.

—Ah, genial. Eso sí que inspira confianza. Estoy conmovido. Churchill. Patton. Ninguno de ellos podría haberlo hecho mejor.

—Bueno, vale, vale. No hace falta ponerse sarcástico. Solo tenemos que pensar en esto de una forma racional. Jones es pragmático al máximo. Es imposible que él y los Siete de Shanghái estén colaborando en base a una convergencia de objetivos a largo plazo. Son compañeros de cama pasajeros que se rigen por un intercambio mutuo de bienes o servicios que necesitan. Pero puede que nosotros podamos cambiar de alguna forma ese acuerdo. Sabemos qué es lo que Jones está ofreciendo a los Siete de Shanghái: información sobre nuestro paradero. La cuestión es qué es lo que los Siete de Shanghái dan a cambio.

—¿Dinero? —preguntó Carl.

—No es probable. Jones ya tiene todo el dinero que necesita. Además, Jones no busca dinero, sino poder. Deben estar ofreciéndole alguna especie de ventaja sobre otra persona, alguna clase de influencia que se pueda percibir. No sé.

—De acuerdo. ¿Cómo vamos a averiguar qué es?

—Ni idea.

—Maravilloso. De nuevo, si esto del espionaje no te sale bien, siempre puedes tener un gran futuro como conferenciante motivador.

—Si quieres que alguien te cante el «Mañana» de *Annie*, te has subido al coche equivocado —replicó Derrick irritado. A continuación, adoptó un tono más conciliador—. Mira, vamos a intentar buscarnos una comida caliente y dormir bien.

Estaban en la salida que llevaba a Quantico, la base naval. Derrick puso el intermitente y enseguida estuvo atravesando una hilera de restaurantes de comida rápida y hoteles de cadenas de bajo coste. Cuando llegó a uno que no pertenecía a ninguna cadena, se detuvo.

El hombre de la recepción les informó de que le quedaba una habitación de cincuenta y cuatro dólares la noche, más impuestos. El recepcionista les insistió en que necesitaba una identificación con fotografía y que debían presentar una tarjeta de crédito por si ocurría cualquier incidente hasta que Derrick le dio un billete más de veinte dólares. Entonces, desapareció la insistencia.

Tras rellenar una hoja de ingreso falso con los nombres de Mort S. Dricker, hijo,

y Mort, padre, quedaron oficialmente registrados en el hotel Oorah.

Una vez solucionado el asunto del alojamiento, cruzaron la calle para entrar en una tienda. Los siete dólares con treinta centavos que les quedaban les dieron para dos latas de chile picante Hormel, lo que añadió a la situación un tono de nostalgia, pues había sido un alimento básico durante la infancia de Derrick, una de las pocas cosas que su padre sabía cocinar. El dependiente de la tienda incluyó dos tenedores de plástico y dos platos de papel gratis.

A continuación, se dirigieron a la habitación 216, que estaba en la planta de abajo, doblando la esquina desde la recepción. Carl aparcó el Buick justo en la puerta y entrando marcha atrás, como si tuvieran un maletero lleno de bultos.

En realidad, ni siquiera tenían un cepillo de dientes entre los dos, y mucho menos pasta de dientes con la que usarlo. Y menos aún dinero para poder permitirse tales lujos.

Derrick trató de no pensar en ello mientras introducía la tarjeta en la cerradura de la endeble puerta, que conducía a un interior apenas iluminado, con pesadas cortinas que parecían datar de la época en la que los marines que se habían alojado allí estaban preocupados por la situación a la que se iban a enfrentar cuando los embarcaran hacia Corea.

El ambiente era rancio. Había manchas de origen dudoso en las paredes, quemaduras de cigarrillos en la moqueta raída —pese a que aquella habitación era para no fumadores— y cierta sensación de que las camas estaban demasiado usadas. Ninguno de los Storm quería pensar en la agitada energía sexual que se había empleado en aquel espacio durante los cortos permisos de veinticuatro horas.

Al entrar en la habitación vieron justo enfrente de ellos una vieja y pequeña nevera coronada por un gran microondas cuadrado —posiblemente la pieza más nueva de la habitación, incluidas las sábanas—. Junto a la pared y sobre el tocador, estaba lo que seguramente era una curiosidad para cualquiera de los jóvenes reclutas que usaban la habitación: una televisión sin pantalla plana.

En el rincón junto a la ventana había una pequeña mesa redonda con una notable inclinación y dos sillas de madera. En el otro rincón, había un estante a la altura de la cabeza debajo del cual había una barra con cuatro perchas de metal vacías. En el suelo, bajo las perchas, la limpiadora había dejado una cajita de plástico con productos de limpieza genéricos.

Aquella fue probablemente la mejor noticia de todas, pues era indicativo de que alguien había limpiado el lugar una vez.

—Hogar, dulce hogar —dijo Derrick cuando cerró la puerta al entrar.

—Los espías lleváis una vida de lo más glamurosa.

—James Bond nunca estuvo mejor.

—Debieron saltarse esas escenas en las películas —dijo Carl.

Derrick sacó la latas de chile de la bolsa de plástico y empezó a agitarlas con fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó Carl.

—A mí me gusta el chile Hormel batido, no revuelto.

Derrick dobló los platos para evitar que hubiera goteos y, a continuación, vació el contenido de las dos latas. Dio a aquella deliciosa creación culinaria unos minutos de calor en el microondas y, después, la sacó usando una toalla de baño a modo de guante para no quemarse.

—*Bon appétit* —dijo a la vez que lo colocaba en el centro de la mesa redonda.

—¿A esto llamas comida caliente y un buen lugar donde dormir? —preguntó Carl.

—Podría ser peor —respondió Derrick.

—¿En qué sentido?

—Si el chile no tuviese abrefácil. Ahora mismo no creo que podamos permitirnos comprar un abrelatas.

Derrick estaba introduciendo ya su tenedor de plástico. Carl le siguió poco después. En realidad, sabía bastante bien. Eso pasa siempre que se está hambriento, y cuando se está razonablemente seguro de que esa puede ser la última comida por un tiempo.

Sin conversación alguna, atacaron el montón de chile hasta que quedó reducido casi a un cuarto de su cantidad original. En ese momento, su degustación se vio interrumpida por unos golpes en la puerta.

—Ha llegado una *pizza* para usted, señor Dricker —dijo un hombre. Era el hombre de la recepción. Pero, de repente, su voz era una octava más alta que antes.

Los Storm intercambiaron una mirada. No habían pedido *pizza*.

No hizo falta que se dijeran nada. Ni mirar por la ventana para saber que el recepcionista sostenía nerviosamente en sus manos una caja de *pizza* vacía mientras alguien le apuntaba con una pistola en la cabeza.

Derrick se había puesto ya de pie y observaba la habitación estudiando las posibilidades que ofrecía y cómo podrían escapar de aquella trampa.

Pero no había forma de escapar. La habitación no tenía más puertas ni una ventana trasera. La puerta delantera era la única salida.

Una vez se hubo percatado de aquello, empezó a catalogar el contenido de la habitación, buscando algo que pudiera usar en su beneficio.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Señor Dricker —dijo el hombre—. Le traigo una *pizza*.

—Creo que se ha equivocado de habitación —contestó Derrick en un intento de ganar tiempo.

—Es gratuita con la estancia de una noche, señor. Regalo de la casa.

Carl Storm se había puesto también de pie. Puso los dedos en forma de pistola, apuntó el arma imaginaria hacia la puerta y, después, imitó el movimiento de un disparo con el consiguiente retroceso.

Derrick negó con la cabeza. No tenía sentido eliminar a un inocente recepcionista

de hotel. Sobre todo, cuando lo único que con ello conseguirían sería alertar a los matones que estaban al otro lado de que no contaban con el factor sorpresa y de que podrían entrar disparando con sus armas.

Además, él ya tenía un plan.

—Vale, estupendo —dijo Derrick al hombre—. Estoy saliendo de la ducha, deme un segundo para vestirme.

Derrick dijo a su padre que se apartara.

—Pon los colchones de pie en el otro extremo de la habitación y escóndete detrás de uno —le susurró.

A continuación, empezó a poner su plan en marcha. Cogió el microondas y lo llevó rápidamente a la mesa redonda delante de la ventana, que estaba a la izquierda de la puerta mirando hacia fuera. Puso la parte posterior del microondas hacia el interior de la habitación. Después, inclinó la nevera hacia delante, arrancó el tubo de freón y lo metió dentro del microondas.

El freón es un gas inerte. Ese es uno de los motivos por los que se usa como refrigerante. Sin embargo, incluso los gases inertes, cuando se ponen bajo la suficiente presión —y luego se calientan hasta el momento en que estallan— pueden convertirse en un arma.

Pero Derrick no había terminado. Añadió las dos latas de chile vacías, dos de las cuatro perchas, que dobló para encajarlas, y todos los productos de limpieza que cabían dentro.

Puso en marcha el microondas para que funcionara durante diez minutos y, a continuación, fue corriendo a la parte posterior de la habitación, donde su padre ya se había agachado detrás de uno de los colchones. El otro colchón era para Derrick. Se escondió detrás, se puso los dedos en los oídos y cerró los ojos.

En realidad, no tenía ni idea de lo que acababa de fabricar. Quizá se tratara de un potente explosivo improvisado. Quizá no fuese más que una chapuza que lanzaría chispas y crepitaría hasta que el microondas cortocircuitara.

No tardaría mucho en averiguarlo.

El metal del interior se incendió en pocos segundos. Poco después, el plástico de los botes de limpieza empezó a derretirse. A partir de ahí, es difícil saber qué ocurrió exactamente. ¿Fue la ignición de los productos de limpieza lo que provocó que el tubo de freón estallara? ¿O fue la detonación del tubo lo que hizo explotar los productos químicos?

Cualquiera que fuera el caso, la explosión resultante fue más fuerte de lo que Derrick se había esperado. Y la cubierta exterior del microondas hizo que el estallido tomara forma e impulsara hacia fuera la mayor parte de aquella energía.

La ventana se hizo añicos, lanzando una granizada de cristal y metralla hacia el aparcamiento. Lo que Derrick esperaba era que cualquiera que estuviese cerca cayera

al suelo o, al menos, se asustara.

Y eso era lo que proporcionaría a los Storm su única oportunidad.

—¡Vamos, vamos! —susurró con fuerza Derrick mientras sacaba a Harry el Sucio a la vez que se dirigía hacia la puerta. Carl iba justo detrás de él, moviéndose a una velocidad propia de alguien que no está jubilado aún.

Derrick no se molestó en mirar a su izquierda, pues confiaba en que la explosión hubiese dejado libre ese lado. En cuanto cruzó el umbral, giró a su derecha dispuesto a dar uso a su Harry el Sucio.

Lo primero que vio fue al recepcionista del hotel. El pobre hombre estaba tirado en el camino de cemento, gimiendo. Se había puesto los brazos sobre la cara, una parte de la cual era un revoltijo de carne cruda.

Detrás de él se encontraba el hombre que, por lo que Derrick supuso, había estado apuntando con un arma al recepcionista. La explosión le había dado de cara y le había lanzado boca arriba. No se movía.

Había otros dos hombres que, al parecer, se habían quedado un poco más atrás. También se tapaban el rostro con los brazos, como si esperaran otra explosión.

Uno se había agachado formando una pequeña bola. Derrick imaginó que aquel hombre había quedado neutralizado el tiempo que necesitaran los Storm en ponerse a salvo en el Buick.

Pero el otro hombre, aunque seguía encogido, parecía estar saliendo de su estupor algo más rápido. Estaba levantando ya el rifle que tenía a su lado y, quizá, en uno o dos segundos podría empezar a disparar.

Para entonces, Derrick habría quedado fuera de su línea de fuego. Pero su padre estaría justo en el punto de mira.

Aún en movimiento, sin atreverse a pararse para apuntar, Derrick apretó dos veces el gatillo de Harry el Sucio en una rápida sucesión. La primera bala dio justo en la clavícula del hombre y le hizo girarse. La siguiente se enterró en su costado.

No estaba claro si alguno de aquellos disparos había sido mortal. Eso dependería de la trayectoria de las balas dentro del cuerpo y de la destreza de los cirujanos. Pero, como poco, aquellas heridas lo dejaban incapacitado por ahora.

Derrick estaba ya en el asiento del conductor cuando aquel hombre cayó. El hecho de que el vehículo estuviese aparcado con la delantera hacia fuera después de que Carl lo hubiese aparcado de espaldas resultó una precaución brillante. Cuando Derrick giró la llave de contacto, Carl se metió en el asiento de al lado.

—Acelera —le ordenó Carl—. Y agáchate.

Derrick obedeció las dos órdenes y giró el volante a ciegas en el aparcamiento en dirección a lo que imaginó que era el espacio abierto de la salida. Se oyeron disparos. El hombre que estaba agachado protegiéndose claramente había recobrado la conciencia y ahora se había levantado y estaba disparando.

Y no a ciegas. Una bala entró al lado del maletero. Otra se enterró en uno de los faros traseros, dejándolo fuera de juego. Después, la ventana posterior del Buick

estalló en pedazos cuando le dio la tercera bala.

Pero para entonces Storm ya había salido a la avenida principal y se estaba alejando del que disparaba con cada bombeo de los pistones del motor. Hubo dos disparos más, ambos fallidos, y después el tipo dejó de molestarse.

Derrick entró en la Interestatal 95 en dirección norte, aunque eso se debió simplemente a que aquella era la primera entrada que se le presentó. Aceleró pero no se molestó en ir a más velocidad que el resto del tráfico.

Estaban fuera de peligro.

Por el momento.

Pero ¿cuánto tiempo tardarían en dar con ellos otra vez?

Derrick trató de poner en orden todo lo que había visto. Había tres asaltantes, sin contar con el pobre recepcionista. Eran los tres supervivientes del asalto a la casa de Carl en Fairfax. No habían tenido tiempo de conseguir refuerzos.

Sí. Pero estaba claro que los tendrían.

Y, si no daban con un escondite mejor, iban a estar emprendiendo osadas huidas hasta que la suerte se les pusiera en contra.

—Bueno, ¿y cómo narices nos han encontrado? —preguntó Carl—. Hemos usado dinero en metálico. No llevamos nuestros móviles. Nos encontrábamos en el motel más discreto del mundo con un recepcionista al que habíamos sobornado. ¿Qué ha pasado?

—¿Mi opinión? Satélites —contestó Derrick.

—¿Qué pasa con ellos?

—Empecemos suponiendo que Jones sabía que estábamos en casa de Bryan.

—Pero tú entraste por la azotea y mi gorra del almacén de bricolaje era un disfraz infalible. ¿Cómo lo ha sabido?

—Porque Jones lo sabe todo. De una forma o de otra, lo sabe. No ha querido avisar a los Siete de Shanghái cuando estábamos en la casa de Bryan porque no quería poner en peligro a uno de sus agentes. Pero en cuanto nos hemos puesto en marcha, ha tenido ojos en el cielo. Por eso no nos han seguido al salir de casa de Bryan. Jones sabía que era mucho más fácil que uno de sus frikis nos localizara en tiempo real desde lo alto de la órbita geosíncrona. Ha esperado a que nos detuviéramos para pasar la noche y, después, les ha dicho a sus amigos de los Siete de Shanghái dónde podían encontrarnos.

—Pues, si eso es así, estamos jodidos. No podemos escondernos en ningún lugar.

—Ah, pero Jones no puede verlo todo. No tiene acceso habitual a los satélites geotérmicos. Solo las fuerzas militares cuentan con ello y estoy dispuesto a apostar que Jones no quiere malgastar la posibilidad de conseguir un favor del Pentágono solo por ayudar a los Siete de Shanghái.

—¿Y dónde nos podemos esconder?

—En los árboles —contestó Derrick a la vez que aminoraba la marcha para tomar la siguiente salida.

Estaba anunciada con carteles que indicaban el Parque Forestal Prince William.

—Pero vayamos por partes. Tenemos que informar a Nikki Heat de lo que está pasando por aquí. Ella constituye la misma amenaza para los Siete de Shanghái que nosotros. Tiene que saber que Jones puede estar usando sus recursos contra ella.

—Estupendo. Pero ¿cómo vamos a decírselo? Ni siquiera podemos usar teléfonos.

—No podemos usar mi teléfono —le corrigió Derrick—. Eso no quiere decir que no podamos usar otro.

Tras salir de la autopista, Derrick se detuvo poco después en una gasolinera Exxon que tenía una tienda al lado, una de esas modernas y grandes que tienen un poco de todo. Unos momentos después, había convencido a un cliente de que por un arnés de escalada AR-395a de Arc'teryx sacaría, al menos, cien dólares en eBay y que merecía la pena gastarse cuarenta dólares en el aparcamiento de una gasolinera.

Y cuarenta dólares eran suficientes para comprar un móvil de prepago nuevo y una tarjeta con suficientes minutos como para cumplir su propósito. Poco después, había enviado un mensaje al móvil de Heat.

A continuación, Derrick y su padre desaparecieron en las profundidades del Parque Forestal Prince William.

## HEAT

A la velocidad de la luz, el mensaje había viajado hasta una antena de telefonía móvil, después a un servidor, que localizó a continuación el teléfono de Nikki Heat al estar cerca de otra antena que, después, envió el mensaje. Toda aquella operación duró menos de un segundo.

El procesamiento de todo aquello por parte de una mujer que ya había consumido cuatro botellas del minibar —y que estaba pensándose abrir la quinta— fue un poco más lento. Las palabras se desdibujaban en la pantalla ante los ojos de Nikki Heat antes de que pudiera enfocarlas.

NIKKI: SOY DERRICK DESDE UN TELÉFONO DE PREPAGO. CORRO VERDADERO PELIGRO. ESTAMOS HUYENDO. MI GENTE ESTÁ INFORMANDO A LOS 7S DE CADA MOVIMIENTO QUE HAGO. PUEDE QUE ESTÉN HACIENDO IGUAL CONTIGO. CÚBRETE LAS ESPALDAS.

En ese momento, la espalda de Heat estaba firmemente apoyada en la única silla de aquella diminuta habitación de Manhattan. Las cortinas estaban echadas. Nadie sabía dónde estaba. Nadie la iba a molestar.

Dejó escapar un largo suspiro mientras se decía a sí misma que estaba todo lo a salvo que le era posible.

Y entonces, justo cuando las últimas moléculas de oxígeno salían de sus pulmones, llamaron a la puerta y su ansiedad se disparó.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz.

Ella no había pedido nada al servicio de habitaciones.

Era como si el mensaje de Storm no hubiese sido una advertencia, sino más bien una profecía. ¿La «gente» de Storm la había encontrado tan rápido? ¿Los Siete de Shanghái estaban al otro lado de la puerta?

¿O era Callan otra vez? Puesto que, al parecer, él actuaba como esbirro de los Siete de Shanghái, ¿ahora estaba haciéndoles también este encargo?

Heat sacó su nueve milímetros y trató de entablar una conversación con la parte más sobria de su cerebro. Se maldijo por haberse sumergido en el minibar con tal fiereza. Justo cuando necesitaba estar alerta, cuando necesitaba toda su agudeza, sentía como si estuviese caminando sobre manteca de cacahuete.

Mientras se acercaba a la puerta, tropezó con la cama, que parecía haber crecido varios centímetros desde la última vez que la había rodeado. Cayó contra la pared sin apenas poder mantener la agilidad suficiente como para agarrarse con la mano libre.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

«Sí, claro. ¿Es que no se os ha podido ocurrir algo más creativo? ¿Como decir que traéis *pizza* o algo así?».

Respiraba más deprisa de lo que era necesario tras un corto paseo por la habitación. Llegó a la puerta y se detuvo para tratar de recomponerse. ¿Había alguna forma de poder aprovecharse de aquella situación?

Vio por la mirilla lo que parecía ser un camarero de hotel, vestido con un chaleco negro y una pajarita a juego y con una camisa blanca de manga larga debajo. Con una mano, sostenía en alto una gran bandeja con tres platos cubiertos. La otra mano estaba escondida tras su espalda, como suele ser típico en un gentil camarero.

O en un tipo que esconde una Glock.

Heat pensó en disparar primero y preguntar después, ya fuera abriendo la puerta o disparando a través de ella. Aquella Glock, o lo que fuera que escondiera, no serviría de nada si ella podía derribarlo antes de que él pudiese disparar.

Pero, incluso estando ebria, recordó su formación, que estaba enterrada en un lugar lo suficientemente profundo como para que el alcohol no le afectara. La violencia mortal solo estaba justificada cuando el atacante suponía una amenaza de grave daño físico. Ella no había visto todavía ningún arma y no tenía pruebas suficientes de que él había ido a matarla.

Pensó en Michael Brown. Pensó en Eric Garner. Pensó en todos los policías que, al enfrentarse a aquella decisión que debía tomarse en una milésima de segundo, habían elegido mal y habían echado a perder en aquel proceso muchas vidas. Nikki Heat no quería ser protagonista del día en Twitter por motivos inapropiados.

Al mismo tiempo, tampoco podía dejar que aquel imbécil la eliminara. Respiró hondo y, después, contó en voz baja.

Cuando llegó a tres, abrió la puerta, apoyó con fuerza la pierna izquierda y, a continuación, apuntó su pie derecho justo debajo del mentón de aquel hombre. Heat estaba entrenada en jujitsu brasileño. Había dado esos golpes a objetivos imaginarios o simulados varias veces a la semana durante varios años. Borracha o no, la memoria muscular se hizo con el control.

Su zapato golpeó con un sonido sólido y carnoso. Si el golpe se hubiese desviado ligeramente a un lado o a otro, probablemente le habría dislocado el mentón a aquel hombre. Al haber ido directo, toda la fuerza se volcó en una sacudida del cerebro. Tanto el camarero como la bandeja que sostenía cayeron hacia atrás separándose entre sí lo mismo que seguramente aquel hombre se alejaba de su conciencia.

Nikki ya había levantado el arma y la dirigía hacia el torso del hombre. Si había algún movimiento, no quería que la pillara desprevenida. Estaba preparada para que él sacara su pistola, para que aquel encuentro fuese mortal. Así tendría justificación para acabar con aquel gamberro.

Pero..., un momento. ¿Por qué había patatas al gratén volando por el aire? ¿Y por qué veía cómo un entrecot se estrellaba contra la pared de atrás? ¿Y eso otro eran

guisantes ligeramente salteados en salsa de soja balsámica acompañados de almendras?

—Vaya, ya no te gusta la carne con patatas —oyó que decía una voz familiar.

Se giró y vio a su siguiente oponente.

Era Jameson Rook vestido con un esmoquin adornado con una rosa en el ojal.

—La próxima vez simplemente puedes decirme que prefieres el pescado —continuó.

El camarero necesitó un rato para recuperar la conciencia y, después, ser aplacado con una sincera disculpa, una bolsa de hielo y la mayor propina en la historia del servicio de habitaciones.

Pero después de que se fuera y de que limpiaran de las paredes y la moqueta las manchas del gratinado, Heat y Rook entraron en la habitación.

—Parece que he interrumpido alguna tragedia inminente —dijo Rook tras ver las cuatro botellitas sobre la mesa—. Estoy seguro de que sabes que hay formas de morir más rápidas y menos dolorosas que la del minibar.

Heat, que se sentía suficientemente más sobria —gracias al chute de adrenalina que había tenido cuando el camarero llamó a la puerta—, deslizó las botellas de la mesa hasta el interior de la papelera.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—Me temo que no puedo contestarte sin revelar información muy protegida y de alto secreto. Y ni una citación a declarar ni la amenaza de entrar en prisión me van a obligar a decirlo. Me atrevería a decir que ni siquiera la futura directora del Departamento de Seguridad Nacional me puede obligar a confesar.

Heat le clavó una de sus clásicas miradas de «No estoy para juegos» con claros matices de «Voy a darte una patada en el culo».

—Tienes instalada la aplicación de Buscar mi iPhone —se apresuró a decir Rook—. ¿Lo recuerdas? Cuando lo perdimos entre los cojines del sofá aquella vez después de que..., bueno, ya sabes.

Ella asintió. Claro que lo recordaba. Pero le parecía cosa del siglo pasado, cuando era una persona distinta.

Él se acercó, la agarró de las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Mi plan era que hablásemos durante la cena. Pero ahora que parece que la has despachado, podríamos ir directamente a los postres, si quieres.

Heat seguía estando confundida y no respondió. Rook, que de repente tenía su atención centrada en una sola cosa, creyó que aquello quería decir que aceptaba el trato.

Pero al estrechar el espacio que había entre los dos para darle el beso que supondría el primer acto de sexo salvaje de reconciliación, Heat apartó la cara. Los labios de Rook terminaron chocando con la oreja de ella. Y no contra el suave,

sensual y jugoso lóbulo de debajo, sino contra la parte más cartilaginosa y dura.

—Vaya —dijo él después de dar con su boca en el lateral de la cabeza de Heat—. Ay.

Aun así, Rook no desistió. En muchas ocasiones, había hecho que Heat dejara su mal humor con su encanto juguetón e infantil. Y con su típica seguridad, parecía estar convencido de que volvería a lograrlo.

—Lo siento. Es la luz, ¿verdad? Demasiada luz —dijo él acercándose al interruptor—. Culpa de Rookie. Pero ¿te importa que deje encendida la del baño? Ya sabes que me gusta mirarte...

—Rook, para —consiguió decir ella.

Aquello no era simple mal humor. Después de tantos años enamorado de ella, Rook no necesitaba un anillo descodificador secreto para interpretar aquello.

—Oye —dijo él mientras volvía a atravesar la habitación para cogerle de nuevo las manos. Ella no se lo permitió. Estaba apartando la mirada—. Oye —repitió—. Soy yo. Vamos. ¿Qué pasa?

—Rook, vete y ya está —le pidió ella.

—No. Lo siento, comisaria Heat. Haré lo que quieras, menos eso. Llevo todo el día pensando en ello y no debí haberme marchado esta mañana de tu despacho. Esta noche no vas a librarte de mí tan fácilmente.

—Es muy peligroso para ti que te quedes.

—No me importa.

—A mí sí.

—Y yo te lo agradezco, pero ¿sabes qué hay para mí más importante en este mundo que tú?

Ella le miró expectante. Él esperó. Para tratarse de Rook, un hombre de poca paciencia, fue una espera considerable.

—Nada —respondió por fin—. Nada es más importante. Creí que ya lo sabrías, pero puede que tenga que volver a decírtelo. Oye, vivir sin ti ni siquiera es vida. Así que, si la alternativa es entre la seguridad y tú, te elegiré a ti siempre. Eso lo decidí hace mucho tiempo. Desde entonces, no me he arrepentido ni un segundo. E incluso si estar contigo significa que esta es la última noche de mi vida, no me arrepentiré.

Miraba con los ojos bien abiertos, con una mirada penetrante. Ella sintió que podía verle el alma. Era una mirada tan intensa que ella tuvo que apartar los ojos.

—¿Sabes cuándo lo supe? —preguntó él. Ella no respondía, así que continuó—: Probablemente en el primer segundo en que te vi. Pero puede que eso me haga parecer superficial, así que voy a elegir otro momento. No sé si lo recuerdas, pero acabábamos de empezar a salir. Teníamos preparada una velada especial para celebrar nuestro primer mes y...

—Joie de Vivre —dijo ella.

—Sí. Teníamos una reserva.

—Para las siete.

—Exacto. Y yo estaba sentado en la barra, esperándote. Las siete. Las siete y cinco. Las siete y cuarto. El *maître* quería que renunciara a la mesa, pero le dije que la mujer más increíble del mundo iba a atravesar aquella puerta en cualquier momento. Por fin, me dijo que o me sentaba o me tendría que marchar, así que me senté allí, solo, durante una hora. Vi cómo todo el mundo en el restaurante me miraba fingiendo que no lo hacía. Incluso apareció al día siguiente una columna en el *Ledger* hablando de que habían dejado plantado a Jameson Rook.

»Y hubo un momento en el que recuerdo que pensé: “¿Por qué no estoy enfadado? Debería estarlo. Mírame. Soy Jameson Rook. He aparecido en todas esas ridículas listas de solteros de oro. Hay miles de mujeres a las que les encantaría estar ahora mismo en esta mesa. Debería llamar a alguna y pasármelo de maravilla. ¿Por qué estoy esperando a esta chica?”. Y fue entonces cuando me di cuenta de que iba a hacer lo que fuera necesario para estar contigo. Entonces. Y siempre.

—¿Incluso caminar veinticinco manzanas bajo la lluvia con una bolsa de comida y dos velas apestosas? —preguntó Heat. Ahora le estaba mirando.

—Nunca podré oler la inolvidable mezcla de kiwi con sirope de arce sin excitarme al instante —dijo él con un pequeño gruñido.

Y ahí estaba. Eso fue lo que lo logró. Para su sorpresa, Heat se puso a sonreír.

—Esa es mi Nikki —añadió él con suavidad—. Sabía que estaba ahí dentro.

La sonrisa se volvió más ancha. Con aquella forma con que Rook la miraba —con absoluto amor—, Heat no pudo evitarlo.

—En serio, ¿qué está pasando? —preguntó él—. No me voy a ir, así que más vale que me lo cuentes y me dejes ayudarte.

Ella le resumió lo que había sucedido en el último día, desde que le había dejado en su *loft* de Tribeca. Cuando terminó, esperaba que a él se le ocurriera alguna de sus locas teorías, como que los Siete de Shanghái eran en realidad unos alienígenas que querían provocar una guerra entre los humanos mediante un gran desequilibrio comercial o algo igual de absurdo. En lugar de ello, lo primero que salió de su boca fue extraordinariamente convincente.

—La clave está en George —dijo—. Él sabe dónde están los billetes y quiere decírtelo. Sé que quiere hacerlo. Te apuesto lo que sea a que estaba enamorado de tu madre, por lo que también quiere volver a verla. Solo necesita un poco más de... incentivo.

—¿Qué tipo de «incentivo» tienes en mente?

—Simplemente iba a hablar con él.

—Eso ya lo he intentado yo. ¿Qué te hace pensar que vas a tener más éxito?

—Bueno, no iba a mencionarlo, por si me hace parecer un presuntuoso, pero es admirador mío.

Claro que George era admirador de Jameson Rook. George y el resto del mundo alfabetizado.

—Estoy dispuesto a apostar a que accederá —continuó Rook—. De hecho, puede

que incluso lo haga si no hablamos con él. George es del tipo de personas que necesita un tiempo para asimilar las cosas. Pero, cuando lo haga, verá que devolver esos billetes es lo mejor para todos.

—¿Quieres ir allí ahora? Creo que su turno no termina hasta la medianoche.

—No, no. Solo han pasado unas horas desde que has hablado con él. Démosle un poco más de tiempo. Será más efectivo mañana.

Heat sabía que los conocimientos de Rook sobre ese tipo de cosas solían ser misteriosamente ciertos.

—Vale —dijo—. Si crees que es mejor...

—Lo creo. Ahora, prométeme que no te vas a impacientar ni vas a salir corriendo en mitad de la noche.

—Yo nunca haría eso.

—Sí que lo harías.

Ella lo pensó un momento.

—Es verdad. Pero, en este caso, no va a ser así. Porque tengo un gran problema.

—¿Sí?

Heat sonreía de nuevo con una expresión de coquetería.

—Sí. Estamos solos tú y yo en esta pequeña habitación de hotel con esta cama tan grande —se explicó—. ¿Qué vamos a hacer para pasar el tiempo?

—Bueno, como estoy en peligro mortal y puede que esta sea mi última noche con vida...

Las manos de Rook se apoyaron en el trasero de ella. Heat sintió cómo el rubor le invadía la cara.

—¿Sí?

Él fue a besarla en la oreja. Y, esta vez, consiguió meter esa parte suave y carnosa entre sus dientes.

—No irás a negarle a un hombre que va a morir su último deseo, ¿no?

No iba a hacerlo.

Ni él le negaría a ella el suyo.

Muchas veces.

## STORM

Con sus sesenta y cinco kilómetros cuadrados, el Parque Forestal Prince William era la zona natural protegida más grande del área metropolitana de Washington D. C.

Desde el aire, que habría sido el lugar de visión de Jones, suponía el primer pedazo importante de verdor en dirección sur desde la capital de la nación.

Pero no ahora. Ahora no era más que gris. Una fría niebla se había deslizado y había cubierto el valle del río Potomac con una suave bruma. Entre eso y los árboles, Derrick Storm estaba seguro de haber confundido a los satélites de Jones. Ni siquiera la geotérmica podía atravesar ese tipo de fumadero.

Derrick podía imaginar la expresión triste y taciturna de los frikis cuando le dijeran a Jones que acababan de perder a su presa; podía ver a Jones, siempre impávido, tirándose del cuello de la camisa. Era su máxima manifestación de expresividad. Prácticamente les podía oír confesando su derrota.

Aquel pensamiento animó a Derrick. Poco más de lo que les rodeaba levantaba la moral. La ventana trasera rota del Buick permitía que el aire húmedo y frío de la noche se filtrara. Habían apagado el motor para ahorrar la poca gasolina que les quedaba. Los nueve dólares con cincuenta y siete que Derrick tenía ahora en el bolsillo no les llevarían muy lejos cuando necesitaran más.

Tras adentrarse lo más que pudieron en el bosque, salieron por fin de la carretera principal. Estaban sentados en medio de un estrecho camino de tierra que usaban los guardabosques del parque y quizá algún excursionista ocasional que buscase un atajo para volver a la carretera. No sabían adónde conducía ese camino ni cómo terminaba, si es que tenía fin. Pero consideraron que se trataba de un lugar seguro para pasar la noche o, al menos, lo más seguro que podían encontrar dadas las circunstancias.

Carl Storm se había cambiado al asiento de atrás, donde estaba incómodamente tumbado de lado. Al igual que el mismo Carl, el acolchado de los asientos del Buick se había ido poniendo rígido con los años.

Su hijo estaba en el asiento del pasajero tras haberlo reclinado por completo. Cruzó los brazos por dentro de su camiseta para tener algo más de calor. Pero solo un poco.

Ninguno de los dos se molestaba en quejarse. Y aunque tuviesen los ojos cerrados, ninguno dormía tampoco. Sus oídos estaban atentos a los sonidos del bosque, que permanecía en silencio, salvo por algún ulular de un búho que estuviese alardeando ante su novia por haber cazado la cena.

Fue por este motivo por el que pudieron oír el zumbido de un motor a lo lejos. Derrick fue el primero en incorporarse y volverse en dirección al sonido. Al ver que

se movía, Carl hizo lo mismo.

El vehículo se encontraba aún a bastante distancia. Pero parecía que se iba acercando.

—Muy bien. Esta vez estoy seguro de que no he pedido *pizza* —dijo Carl—. ¿Y tú?

—Claro que no —contestó Derrick, que ya se estaba cambiando al asiento del conductor.

Puso en marcha el Buick deseando que fuese más silencioso y esperando que la niebla y el sonido del otro motor amortiguaran el ruido que ellos hacían. Mantuvo las luces apagadas cuando empezó a rodar por el accidentado camino.

—Bueno, ¿y esta vez cómo nos han encontrado? —preguntó Carl mientras se giraba y miraba por la ventana sin cristal.

—No nos han encontrado —respondió Derrick—. No son ellos. No pueden serlo. Es imposible que nos hayan localizado en medio de esta bruma.

—Igual de imposible a que pudieran encontrarnos en un hotel apartado —protestó Carl.

—Puede que sea algún guardabosques.

—¿Que ha salido a hacer una pequeña excursión en plena noche?

—Pues entonces serán muchachos que buscan algún lugar para hacer lo que quiera que les guste hacer en el bosque a oscuras.

—Tengo una idea —propuso Carl—. Juguemos a que fingimos que son ellos hasta que estemos seguros de que no lo son.

—Buena idea. ¿Cuáles son las reglas?

—Número uno: salgamos de aquí ahora mismo. Después se me ocurrirán el resto de las reglas.

—Bien pensado —dijo Derrick—. A ver si yo puedo jugar también.

Derrick trataba de mirar en medio de la niebla y la oscuridad mientras conducía el Buick a unos cuarenta kilómetros por hora, que era lo más rápido que se atrevía a avanzar. No había casi luz ambiental. Confiaba en que sus ojos se adaptaran bien a aquella penumbra. De vez en cuando, notaba que algún lateral del Buick rozaba la maleza. Aquella era la señal para girar el volante en la dirección opuesta y evitar salirse del camino. Los surcos también eran de ayuda.

La vieja suspensión del Buick chirriaba con las sacudidas de los baches y agujeros. El motor del otro vehículo estaba acercándose claramente. Derrick supuso que iría a sesenta y cinco o setenta kilómetros por hora. Sonaba más bien como un camión. No era diésel —no tenía el zumbido de un motor diésel— pero, sin duda, era de ocho cilindros.

Apretó un poco más el acelerador y aumentaron la velocidad hasta cincuenta kilómetros por hora, sin atreverse a ir más rápido con las luces apagadas. Solo hacía falta que hubiese una curva repentina en el camino y se estrellaran contra un pino. Entonces, sus problemas se agravarían aún más.

El camino continuaba con una pendiente ascendente. No era una montaña; no había muchas en aquella parte de Virginia. Más bien se trataba de una pequeña colina.

Entonces, llegaron a la cima. Derrick tuvo la sensación de que habían entrado a un claro con la longitud y anchura aproximadas de un campo de fútbol. No había más árboles que se cernieran sobre ellos. Solo niebla.

Pasaron junto a una zona con merenderos y un foso para hogueras a su izquierda.

—¿Vas a encender las luces para que podamos ver adónde vamos? —preguntó Carl.

—No. Calla —dijo Derrick, que había estado utilizando una especie de ecolocalización para seguir avanzando, sirviéndose del sonido de las ondas que retornaban en su dirección para saber si estaba a punto de chocar con algo.

—Oye, estos tipos se están acercando. ¿De verdad vas a dejar que nos enganchen? ¿Por qué no enciendes las luces y pisas a fondo?

—Porque ni siquiera sé adónde lleva este camino. Quizá hayamos llegado al final. Así que cállate y deja que me ocupe de...

Entonces, pisó los frenos. Una cabaña de troncos con las esquinas en ángulo recto y ventanas con maderas toscas había aparecido ante ellos en medio de la oscuridad. El Buick se detuvo a pocos centímetros de uno de los troncos, que era aún más duro que aquel parachoques de acero de 1985.

Derrick dio marcha atrás y se alejó de la cabaña para poder rodearla por el otro lado. A continuación, apagó el motor del Buick.

—Vale, aquí es donde nos paramos.

—En una cabaña de madera —dijo Carl—. Como en los viejos tiempos. Me gusta.

Los Storm se apresuraron a salir. La puerta de atrás de la cabaña estaba cerrada con candado, pero no era más que una medida disuasoria para la mayoría de los intrusos que respetaran las leyes. El candado estaba sujeto a un endeble cierre metálico. Derrick cogió con firmeza a Harry el Sucio y lo consiguió soltar con solo dos fuertes golpes hacia abajo. Después, usando la pistola como palanca, lo abrió.

Entraron en la cabaña, que tenía una mesa de plástico plegable en la sala de estar, una pequeña cocina a la izquierda y una buhardilla arriba. Derrick subió por la escalerilla que llevaba a la buhardilla y, haciendo uso de Harry el Sucio como si fuese un martillo, rompió un panel de cristal de la ventana para poder disparar fácilmente en caso de que decidiera hacerlo.

Había quitado los últimos trozos de cristal cuando los faros de sus perseguidores entraron en el claro y aparecieron entre la niebla. Los faros eran más altos que los de una furgoneta normal. Se trataba de un todoterreno, y no pertenecía al Servicio de Parques Nacionales. Era oscuro. Tenía los cristales tintados.

Un todoterreno negro. El vehículo que preferían los malos expertos de todo el mundo.

Ahora que el claro estaba mejor iluminado, Derrick pudo ver que, en realidad, se

trataba del final del camino. El conductor también lo supo, pues el todoterreno se estaba deteniendo a unos sesenta metros de la cabaña, cerca del foso para hogueras.

Carl había subido con Derrick a la buhardilla.

—A ver, ¿qué tenemos aquí? —preguntó a su hijo entre susurros. Su respiración era algo más pesada que la de Derrick tras subir por la escalerilla.

—No son excursionistas, eso desde luego —le respondió Derrick.

—Sí, pero ¿son peligrosos?

—No lo sé.

El todoterreno estaba parado. El conductor había echado el freno de mano. Derrick pudo adivinar el débil resplandor azulado de un aparato electrónico encendido en el interior. ¿Un ordenador portátil? ¿Un iPad? Algo así.

Con aquella tenue luz y desde aquella distancia en medio de la niebla, Derrick no estaba seguro de si estaba viendo a uno de los hombres de los Siete de Shanghái o a un grupo de muchachos aficionados al *geocaching* nocturno. No había tenido precisamente tiempo de grabar en su mente los rostros de ninguno de los hombres que les habían estado siguiendo antes de dispararles.

El resplandor azul desapareció justo cuando las luces traseras del todoterreno parpadearon brevemente a la vez que el conductor metía de nuevo la marcha. Después, amenazante, el todoterreno empezó a hacer un círculo en el sentido contrario a las agujas del reloj por el borde del claro, manteniéndose a varias decenas de metros de la cabaña.

—Sí, creo que son peligrosos —dijo Carl.

—Y van a saber pronto que estamos aquí dentro —añadió Derrick—. Van a ver el Buick aparcado detrás de la casa.

Derrick seguía el avance del coche mientras rodeaba el borde del claro.

—¿Vas a usar esa reluciente pistola tuya o solo la has sacado para presumir? —preguntó Carl.

—Harry solo tiene seis balas y ya he usado dos. Estoy esperando a tener algo real a lo que disparar.

Los hombres del todoterreno no iban a ser tan parcos con la munición. Cuando llegaron casi a las seis en su círculo alrededor del claro, la ventanilla del asiento del pasajero se bajó. Apareció el cañón de un rifle y, de repente, los rápidos destellos de un arma automática iluminaron la noche.

Los dos Storm se ocultaron tras las gruesas paredes de madera de la cabaña. Pero pronto quedó claro que el objetivo del que realizaba los disparos no era humano, sino un vehículo. El Buick de 1985 de Carl Storm estaba siendo atacado de una forma que no estaba diseñado para soportar y enseguida quedó en muy mal estado. Los neumáticos quedaron hechos trizas. Las ventanillas quedaron reducidas a añicos en el suelo. Las puertas del lado del conductor, que era el que quedaba expuesto a los disparos, estuvieron pronto llenas de agujeros de bala.

Derrick pensó en hacer un disparo al azar en dirección a la ventanilla. Pero sabía

que probablemente sería un desperdicio de una valiosa munición. La Magnum Stealth Hunter de 44 milímetros es una estupenda arma de corto alcance. A esa distancia, y sin mira, sería disparar a voleo.

Además, no quería delatar su posición. No hasta que fuese necesario. Estaba bastante seguro de que se enfrentaba a dos asaltantes, los dos únicos que quedaban vivos de los cinco primeros tras los dos encuentros anteriores. Quería poder eliminar a uno antes de que el otro supiera dónde se escondían los Storm.

El matón vació un cargador entero de treinta balas en el coche, se detuvo para cargar de nuevo y, después, lo volvió a hacer, inundando el aire con un estruendo ardiente y destrozando el Buick hasta quedar inservible. La expresión de Carl revelaba su congoja. Un coche que le había sido fiel durante los últimos treinta y dos años de su vida había quedado destrozado en apenas treinta y dos segundos.

Por fin, hubo silencio.

—Cabrones —susurró Carl—. Estaba a punto de dar la vuelta al cuentakilómetros por quinta vez. Iba a celebrarlo con alfombrillas nuevas.

—Se ha declarado la guerra —dijo Derrick.

El todoterreno volvió a ponerse en marcha hasta completar la vuelta al claro del bosque y, después, se detuvo casi en el mismo lugar donde lo había hecho la primera vez, con la parte delantera mirando a la cabaña.

Entonces, se oyó un grito.

—Derrick Storm —dijo una voz de hombre.

Derrick no contestó.

—Storm, sabemos que estás ahí dentro. Solo queremos el CD.

Carl miró a su hijo con curiosidad.

—Confisqué un CD de la operación de falsificación de billetes a los Siete de Shanghái la semana pasada —susurró Derrick.

—¿Qué hay en él? —preguntó Carl.

—No estoy seguro. No he podido descodificarlo.

—Debe de tratarse de algo importante si han enviado a cinco hombres en tu busca para recuperarlo.

—Debe de serlo.

—Vamos, Storm —continuó la voz desde el exterior—. Tenemos toda la munición que necesitamos. Y también alguna otra sorpresa para ti. No vas a tener posibilidad alguna en esa cabaña. Te mataremos si es necesario. O puedes devolvérselo sin más. ¿Qué vas a hacer, Storm? ¿Merece la pena morir por ese CD?

Matones que querían negociar. El mundo se estaba volviendo más civilizado. De todos modos, ¿qué era esa otra sorpresa?

Para nada. Derrick no iba a devolver el CD, sobre todo ahora que sabía lo valioso que era. Que los matones intentaran ir tras él. Contaba con la ventaja de estar en la buhardilla de la cabaña. Y los troncos le protegerían de la ráfaga de disparos de la ametralladora. Allí dentro eran intocables.

—Storm, sé que puedes oírme —prosiguió el hombre—. ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres devolver el CD o morir tratando de conservarlo?

Si contestaba solo conseguiría dar a los matones una idea de adónde apuntar sus armas, así que Derrick se mantuvo en silencio.

Entonces, oyó cómo se abría la puerta de atrás del todoterreno. No pudo ver de verdad lo que estaba pasando hasta que salió un fuerte destello de detrás del vehículo. Trazó un arco alto en dirección a ellos y Derrick lo miró con una especie de indiferencia hasta que finalmente cayó en lo que pasaba: «Un lanzagranadas. Estos matones tienen un lanzagranadas».

Carl acababa de llegar a la misma conclusión, porque gritó: «¡Granada!», justo cuando esta rebotaba en el tejado y aterrizaba junto a la cabaña.

Los Storm se agacharon cuando se oyó la explosión. El estallido sacudió la construcción. Así que esa era la «otra sorpresa» que le habían prometido. Lo único que evitó que causara un daño grave fue que resultaba más fácil que la energía de la explosión se quedara al aire libre junto a la cabaña antes que entrar en ella.

Si conseguían meter una granada por una ventana...

—¡Tenemos más de esas, Storm! —gritaba la voz, ahora exultante—. Seguiremos lanzándotelas hasta que sangres por los ojos. ¿Es así como quieres terminar, Storm? ¿Y todo por no querer darnos el CD?

Con todos aquellos gritos, Derrick se dio cuenta de que los matones querían que devolviera el CD sin pelear. Solo quedaban dos hombres, uno de los cuales se encogía bajo un rostro lleno de metralla. Estaban cansados y desanimados. Buscar entre los escombros de una cabaña con la esperanza de encontrar un CD que podría haberse dañado en medio de la pelea... No era la idea que esos hombres tenían de poner un buen punto final a aquella noche.

Al mismo tiempo, Derrick empezó a replantearse sus propias opciones, que se habían visto considerablemente alteradas por el adicional poderío de las armas de sus enemigos. Salir corriendo no tenía sentido. Aunque los Storm consiguieran salir de este apuro en particular, estaba bastante claro que Jones había encontrado el modo de localizarlos en cualquier lugar al que se dirigieran. Era como si tuviese micrófonos por todo el planeta.

Pero la alternativa, quedarse quietos, era un suicidio. Si permanecían en la cabaña, la reducirían a un mondadientes, granada tras granada, con ellos enloqueciendo en su interior hasta que la cabaña se les cayera encima. Pero si salían y entablaban la batalla al aire libre, quedarían expuestos a las feroces ráfagas de disparos.

Era un poco como elegir entre morir ahogado o ahorcado. Una muerte era lenta. La otra rápida. Las dos terminaban de la misma forma.

—Vale, muy bien —gritó Storm—. Vosotros ganáis. ¿Cómo queréis hacer el intercambio?

—Hay unos merenderos justo a nuestra izquierda —contestó la voz—. Vamos a

bajar de nuevo por el camino hasta que quedemos fuera de alcance. Puedes salir y dejar el CD en una de las mesas. Cinco minutos después, volveremos para cogerlo. ¿Trato hecho?

—Desde luego —gritó Derrick.

Carl le miró sorprendido.

—¿Eres consciente de que acabas de firmar nuestros certificados de defunción? Van a empezar a lanzar granadas hasta aquí en el momento en que tengan el CD. ¿De verdad vas a entregarlo sin más?

Derrick sonrió.

—Claro que no.

El todoterreno no tardó en retirarse del claro. Derrick puso en marcha un cronómetro mental: cinco minutos. Tenía cinco minutos para pensar en algo.

Solo tenía una pistola. Eliminar a un hombre con más armamento era ya bastante difícil. Eliminar a los dos —y hacerlo tan rápido que el segundo hombre no pudiese lanzar un contraataque mortal— resultaba casi imposible.

Pero haciendo precisamente eso era como Derrick se había ganado la vida desde hacía mucho tiempo.

Cinco minutos después, el CD, cuidadosamente guardado en su estuche transparente, había sido colocado sobre la mesa del merendero. Su brillante superficie de múltiples tonalidades apenas pudo reflejar ninguna luz hasta que los faros del todoterreno que se filtraban entre la niebla volvieron a aparecer en el claro.

El vehículo avanzó despacio por el camino hasta que llegó al foso para hogueras y, a continuación, se detuvo.

La ventanilla del asiento del pasajero se deslizó hacia abajo.

—Derrick Storm —gritó el pasajero—. ¿Has hecho lo que te hemos pedido?

Aquellas palabras salieron hacia los árboles que formaban un muro alrededor del borde del claro y, después, rebotaron hacia el hombre. Derrick no contestó.

—Derrick Storm —volvió a gritar.

Pero, de nuevo, lo único que oyó aquel hombre fue el leve eco de su propia voz.

—Si ese hijo de puta ha intentado salir corriendo, te juro que voy a arrancarle las pelotas y metérselas en la boca —maldijo el pasajero—. ¡DERRICK... STORM! —volvió a gritar.

—Deja de dar gritos —dijo el conductor—. El CD está en la mesa. Lo veo desde aquí. Voy a cogerlo y, después, nos vamos de aquí cagando leches.

—¿Estás seguro de que no quieres lanzarles unas cuantas granadas? Apuesto a que ese hijo de puta está en la cabaña ahora mismo, apuntándote, esperando a meterte una bala en la cabeza en cuanto salgas.

—Sí, probablemente tengas razón —contestó el conductor a la vez que se llevaba inconscientemente la mano a su dolorida cara. Al menos, sus heridas habían dejado

de supurar—. Dale fuerte. Podrás decirle a los jefes que lo hemos hecho por Terence Paul Winter.

El pasajero fue a la parte de atrás del todoterreno pasando por encima de los asientos, pues así se exponía menos a ningún peligro. Cogió el lanzagranadas, que aún tenía cinco explosivos cargados.

A continuación, abrió la puerta trasera y salió sirviéndose del vehículo como escudo ante cualquier disparo que pudiera venir desde la cabaña, tal y como había hecho antes. Incluyó el lanzagranadas hasta, más o menos, un ángulo de sesenta grados y después apretó el gatillo.

Una línea luminosa resplandeció en medio de la noche. La granada aterrizó muy cerca de la cabaña y, a continuación, rodó por debajo del porche delantero. Tres segundos después, la explosión destruyó toda la parte frontal de la casa.

—¡Ja! ¡Chúpate esa, Storm! —gritó el pasajero.

Disparó tres granadas más con una rápida sucesión, inclinando su ángulo casi hasta los cincuenta grados para que las granadas cayeran dentro del agujero de la cabaña que había provocado la primera.

Cuando detonaron las últimas, quedaba poco más que un montón de troncos astillados que ahora estaban ardiendo. Al gran incendio se le unió el Buick, que también ardía. La última explosión llegó cuando las llamas alcanzaron el depósito de gasolina. Nadie, ni siquiera Derrick Storm, podía seguir con vida en el interior.

—De acuerdo —dijo el pasajero mientras volvía a subir al asiento de delante—. Ya no tenemos que seguir preocupándonos por ese gilipollas. Vamos a coger el CD y marcharnos de aquí.

—Eso está hecho —contestó el conductor.

Moviéndose con seguridad ahora que la amenaza había desaparecido, el conductor abrió la puerta, sacó las piernas y dio seis pasos confiados en dirección al merendero que estaba al lado, donde le esperaba el CD. Su mano derecha sostenía la empuñadura de una AR-15, el arma que había dejado tan destruido el Buick.

La mano izquierda se encontraba quizá a unos treinta centímetros de coger el CD cuando ocurrieron dos cosas casi a la vez.

En primer lugar, a unos siete metros de distancia, apareció Carl Storm desde el pequeño hueco donde había estado escondido y agachado. Rápidamente levantó a Harry el Sucio hasta la altura del hombro y lanzó dos disparos a través de la ventanilla abierta del pasajero del todoterreno. El cráneo del pasajero explotó, lanzando una bola roja sobre los asientos de piel marrón y rociando de gotas finas el resto del vehículo. La cabeza del conductor se giró hacia el todoterreno. Estaba levantando su AR-15 justo antes de que su dedo apretara el gatillo y lanzara una ráfaga de disparos que podría haber partido a Carl por la mitad.

Y, entonces, ocurrió la segunda cosa. Derrick Storm, con las manos y la cara ennegrecidas por el carbón del foso para hogueras, perfectamente camuflado en medio de la noche, salió del otro lado del merendero como un fantasma entre las

sombras. El conductor, que dirigía su atención a los disparos, no le vio venir hasta que Derrick estuvo encima de él, tirándolo al suelo con todo su peso y clavándole la hoja de siete centímetros y medio en las costillas.

El AR-15 salió volando de las manos de aquel hombre. Él cayó boca abajo y su cara golpeó el suelo bajo el peso de Derrick. El arma aterrizó en la hierba a varios centímetros de su mano. Empezó a tratar de arrastrarse hacia ella, pero apenas podía moverse con los cien kilos de Storm encima de él.

Corrección: cien kilos de un Storm furioso.

Derrick sacó el cuchillo y lo clavó en el costado del hombre, enterrándolo por completo. Después, lo repitió otra vez. Y otra. El hombre gritaba, pero Derrick no iba a mostrar piedad alguna.

Carl, en cambio, sí lo hizo. El mayor de los Storm había corrido hasta ellos y, tras dar un puntapié al AR-15 para alejarlo, apuntó con cuidado a la cabeza del conductor y apretó el gatillo.

El cuerpo del conductor quedó inmóvil de inmediato. Derrick, que había sido interrumpido en mitad de una puñalada, se detuvo con el cuchillo completamente en alto. A continuación, lo fue bajando poco a poco.

—Gracias —dijo—. No sabía cuántas veces tendría que hincar este cuchillo para untar mantequilla.

—Sí, bueno. Ya no importa —repuso Carl haciendo una señal con la cabeza hacia el cuerpo sin vida del conductor—. Ya no va a comer más tostadas.

Llevaron los cadáveres hasta la cabaña, que para entonces estaba ardiendo, y los lanzaron a lo alto, convirtiéndola en una improvisada pira funeraria.

Quizá quedaran algunos huesos chamuscados cuando se apagara. O quizá no. En cualquier caso, no sería suficiente para identificar los restos.

Entonces, limpiaron lo mejor que pudieron el interior del todoterreno. Derrick no se engañó con la idea de que aquello escaparía al control de un equipo de policía científica bien entrenado y con luces ultravioleta. Solo tenía que ser lo bastante bueno como para despistar a un agente de patrulla durante un control de carretera.

Con una inspección más rigurosa, el todoterreno —que ahora era el único medio de transporte de los Storm— resultó ser un Ford Expedition, para regocijo de Derrick.

Derrick conducía. Carl contaba el dinero que habían sacado de las carteras de aquellos hombres muertos. En total eran trescientos ochenta y nueve dólares. Lo suficiente para llenar el depósito unas cuantas veces de gasolina y para unas cuantas comidas que no fuesen chile calentado en el microondas sobre un plato de papel.

Contaban también ahora con un alijo de armas a su disposición y un maletero lleno de munición. Y aunque aquello podría parecer simplemente una escopeta de aire comprimido y unos cuantos sacos de pellet comparado con el arsenal que Jones y los Siete de Shanghái podían juntar, seguía siendo algo.

—Entonces, ¿todo esto era por el CD que birlaste? —preguntó Carl mientras salían del bosque.

—Sí, eso creo. Supongo que contiene alguna especie de registros o archivos que vinculan claramente a los Siete de Shanghái con la operación de falsificación. Pero puede que incluso haya ahí algún trapo sucio de Jones. Quizá sea por eso por lo que les está ayudando.

—En lugar de la prueba irrefutable, el CD irrefutable —dijo Carl.

—Algo así.

—Y ya que hablamos de Jones, sabes que lo único que hemos hecho es conseguir un poco más de tiempo, ¿verdad? Jones va a seguir encontrándonos hasta que averigüemos cómo lo hace. Y creo que ahora que hemos matado a cinco de los hombres de los Siete de Shanghái, la próxima vez van a enviarnos a diez. Luego a veinte. Seguro que les pagan mucho y no les importa especialmente pulirse todo su inventario de mercenarios.

—Lo sé —contestó Derrick.

—Por eso no dejo de decirte que tenemos que enfrentarnos a ellos. No podemos seguir corriendo y esperar que la suerte siga de nuestro lado. Tenemos que pasar a la ofensiva.

—¿Contra un conglomerado de ese tamaño? No sabría por dónde empezar. Además, están ahora mismo al otro lado del mundo.

—No, no. No me refiero a ir contra los Siete de Shanghái. Tienen demasiados tentáculos. Me refiero a Jones.

—¿Jones?

—Sí —respondió Carl—. Es él quien no para de delatarnos.

—Bueno, sí. Más razón aún para que no podamos acercarnos a él con la esperanza de que quiera mantener con nosotros una agradable conversación.

—No hablo de ninguna conversación agradable. De lo que hablo es de ponerle una pistola en la cara y exigirle que nos diga qué narices está pasando. Tiene que haber alguna razón por la que esté ayudando a los Siete de Shanghái y tiene que haber algún modo de convencerle para que pare.

—Aunque esté de acuerdo contigo, ¿cómo vamos a hacerlo? Ni siquiera sé dónde está el Cuchitril. O sea, está en algún lugar bajo tierra en Langley, pero ¿dónde? No sabría por dónde empezar. Me han vendado los ojos cada vez que me han llevado allí y la CIA no se tomaría muy bien que alguien estuviera tratando de peinar sus propiedades en busca de algo.

Carl dirigió la mirada hacia el reloj del salpicadero.

—Ahora son la 1:52 de la madrugada. Estoy seguro de que Jones está en su casa, durmiendo.

—¿Y qué? ¿Quieres entrar en su casa? Olvídalo. ¿Sabes cuántos agentes extranjeros, terroristas y pringados del país con malas intenciones lo han intentado sin conseguirlo a lo largo de estos años? Cada centímetro de su casa está conectado a un

sistema de seguridad que...

—¿Crees que no sé desconectar un sistema de seguridad?

—Sé que puedes hacerlo. Pero a lo que me refiero es a que ni siquiera vas a poder llegar a ese punto. Jones vive en una parcela de cuatro hectáreas con la casa justo en el medio, construida sobre una colina como si fuese un fuerte. Hay un enorme solar que la rodea por todos lados. A lo que me refiero es a que no hay ninguna protección natural, a menos que puedas esconderte detrás de una brizna de hierba. Jones tiene a los frikis vigilando cámaras que son normales durante el día y térmicas por la noche.

—Las cámaras están fijadas en la casa, ¿no?

—Sí, pero no creas que se trata de desconectar dos cámaras y listo. Hay treinta y seis: dieciocho principales y otras dieciocho como apoyo. Cada cámara cubre un arco de veinte grados, aunque abarca más que eso, así que la cobertura de cada una se solapa con la de la siguiente. Si una de las cámaras principales deja de funcionar, la de apoyo la sustituye de inmediato. Si más de una cámara dejan de funcionar, el Cuchitril recibe una notificación de inmediato.

»Y no creas que vas a pillarlos durmiendo una siesta. Han creado programas para que si algo más grande que un gorrión se mueve en cualquiera de los campos de visión de esas cámaras, salten las alarmas. Si Jones está en casa, recibe inmediatamente un aviso. Él y su mujer se meten en una habitación del pánico mientras los frikis lanzan un dron oculto en el solar que pasa de estar inactivo a volar el terreno en unos diez segundos. Si aún queda algo del intruso una vez que el dron ha terminado, un equipo de agentes llega unos cinco minutos después para acabar con él.

—Entonces, ¿estás diciendo que dudas de mí?

—Venga ya, papá. Eres tú el que acabas de soltar un bonito discurso sobre que tenemos que dejar de hacernos los machos. No conviertas esto en una prueba de lealtad.

—Vive en Potomac Falls, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Ve dirección norte, hijo. Tu viejo guarda todavía algún as en la manga.

## HEAT

Nikki Heat estaba teniendo uno de esos sueños tan intensos y vívidos que parecían completamente reales.

Volvía a estar en el instituto. Tocaba en un recital de piano. Cynthia Heat siempre alquilaba un pequeño espacio para que sus alumnos pudieran hacer una actuación para sus padres, parientes y amigos. Todos vestían como si fuesen a la ópera o al *ballet* —trajes oscuros para los papás, perlas y tacones altos para las mamás— y convertían aquello en un evento importante.

Porque, para los alumnos, lo era.

El sueño comenzaba con ella entre bastidores, justo detrás de un telón. Había otros alumnos a su alrededor, moviéndose nerviosos, aunque no aparecían en la imagen, difusos. Nikki no podía verles la cara.

Tenía la atención puesta en el escenario. La muchacha que la precedía en el programa estaba terminando su pieza. Nikki podía sentir cómo sus nervios aumentaban. Sus manos sudorosas agarraban la partitura. No había un momento de mayor nerviosismo para alguien que iba a actuar que cuando estaba a punto de entrar en el escenario.

La muchacha pulsó su última tecla. El público aplaudió entusiasta. La muchacha se puso de pie y saludó. Después, desde el rincón del escenario, en un lugar que apenas podía ver Nikki, llegaba la voz de su madre, que siempre hacía de maestra de ceremonias de la velada.

—Esta ha sido Elizabeth Flanders interpretando el *Preludio en sol menor* de Rachmaninov. Se trata de una pieza animada y creo que todos estaremos de acuerdo en que la ha interpretado con una maravillosa energía. Gracias, Beth —dijo Cynthia.

El público volvió a aplaudir. Beth Flanders saludó una última vez y, después, salió del escenario.

Cynthia esperó a que se hubiese marchado antes de hablar.

—Y ahora, por favor, den la bienvenida a nuestra siguiente intérprete, Nikki Heat.

Hubo un aplauso de cortesía. Nikki sabía que aquella era su señal. Todo el auditorio sabía que aquella era su señal para entrar.

Solo había un problema: no podía mover las piernas.

—Nikki Heat —repitió Cynthia.

Esta vez, el aplauso fue algo más discreto. Nikki trataba desesperadamente de levantar su pie derecho, tirando con todas sus fuerzas. Pero no podía separarlo ni un centímetro del suelo.

—Nikki, ha llegado tu momento. Sal ya, por favor —decía Cynthia.

La gente empezaba a murmurar. Sabían que algo no iba bien. Nikki estaba tratando de mover la pierna izquierda. Reaccionaba tan poco como la derecha. Quería salir al escenario. Lo deseaba más que nada. Sus músculos no colaboraban.

—Nikki, ¿estás ahí? —preguntó Cynthia.

Desesperada, Nikki trató de llamar a su madre. La voz salió como un gemido. Era débil. Muy débil.

—Nikki Heat... Nikki Heat... Ven a buscarme, Nikki Heat.

Ahora caían lágrimas por el rostro de Nikki. «Ya voy, mamá», quería gritar. Pero la parálisis que había comenzado en sus piernas era ahora completa. Ninguna parte de su cuerpo funcionaba. Se había quedado inmóvil. Su madre estaba al otro lado del telón —muy cerca— pero Nikki no podía llegar hasta ella.

Entonces, empezó a sonar un teléfono. Fuerte, con insistencia. Y tan cerca de su oído que, en realidad, parecía...

Real. Porque era real. Alguien la estaba llamando de verdad. Heat se obligó a abrir los ojos, aliviada por que el sueño hubiera terminado. A continuación, se desenredó del fuerte brazo izquierdo de Rook, que había estado envolviendo su cuerpo desnudo.

Respondió justo antes de que saltara el buzón de voz:

—Heat.

—Nikki, soy George.

George. El camarero. ¿Por qué le...?

—Siento llamarla tan tarde. Y perdone si la he despertado.

—En absoluto —mintió Nikki—. Estaba terminando un papeleo.

—Ah, bien. Bien. Yo solo... He terminado mi turno hace una hora, más o menos, y acabo de venir a casa, pensando en lo que hemos hablado hoy. Bueno, supongo que debería decir ayer.

Heat fijó la mirada en el reloj de la mesilla de noche, donde ponía que eran las 2:05 de la madrugada. Rook también estaba desnudo. Estaba tumbado del lado derecho, sin moverse. Ella empezó a levantarse de la cama.

—Sí, sí —dijo ella manteniendo la voz baja para no molestar a Rook.

—En fin, le he estado dando muchas vueltas y... ¿le importa venir aquí para que podamos hablarlo? Sé que es tarde, pero creo que deberíamos discutir esto un poco más. ¿Le parece bien?

—Claro —respondió rápidamente Heat. Hasta ahí la promesa de que no saldría huyendo en mitad de la noche. Ahora estaba en el baño, con la puerta cerrada, para no molestar el sueño de Rook.

—He estado pensando en ello, en lo que su madre deseaba, y creo que... Bueno, espero poder convencerla de lo que de verdad quería ella. Creo que sus deseos eran muy específicos con respecto a dónde quería que terminaran esos billetes.

—Por supuesto, George. Creo que tienes toda la razón.

—Bien. Hablaremos de ello cuando venga. Y, de nuevo, perdone por llamar tan

tarde. Pero no he podido sacármelo de la cabeza y creo que... En fin, creo que quizá cambie de parecer.

—Estoy de acuerdo. Ya voy de camino —dijo Heat, pese a que aquello habría hecho que incumpliera varios códigos de exhibicionismo de la ciudad de Nueva York, aunque sí habría supuesto un poco de emoción para alguno de sus ciudadanos—. Sé que vives cerca de la casa de mi madre, pero ¿cuál es tu dirección, George?

George le dio un número de la calle 18 Este y añadió:

—Apartamento 5F. ¿Quiere un café? Estoy a punto de prepararlo. Nunca se sabe cuándo va a tener una visita inesperada, ya sabe a qué me refiero.

—Me vendría muy bien, George. Gracias —contestó Heat, consciente de que se había acabado lo de dormir más esa noche.

Esperó a que él dijera algo más como «adiós» o «hasta ahora», pero parecía que George había colgado ya. Heat colgó también y salió del baño para poder empezar a vestirse. Mientras lo hacía, miró a Rook, aún dormido, con su pecho esculpido moviéndose arriba y abajo con un ritmo constante.

Rook había tenido razón al decir que George se lo pensaría mejor. Un «cambio de parecer», lo había llamado George. Claro que Rook había tenido razón. Los periodistas se pasan la vida observando a la gente y sacando conclusiones sobre ellos y a Rook se le daba eso mejor que a la mayoría.

Sintió un calor en las extremidades inferiores cuando pensó en la intimidad que habían compartido esa noche. Había otras cosas que también se le daban mejor que a la mayoría.

Cuando salió del Lucerne, Heat pidió un coche que la llevara hasta Chelsea. El tráfico a esa hora de la noche fluía con facilidad y, con los semáforos de su parte, el coche pudo atravesar distancias de diez o veinte manzanas de una vez antes de detenerse.

A medida que el centro de Manhattan pasaba por su ventanilla, la excitación de Heat iba en aumento. George la conduciría hasta los billetes. Ella los llevaría al laboratorio en persona y pediría a los técnicos que los escanearan y los pasaran de inmediato por el sistema. Ellos se mostrarían un poco reacios pero, al final, una comisaria consigue lo que quiere.

¿Y después? Pues después, diecisiete años más tarde, empezaría a tener respuestas. Si las huellas no estaban en la base de datos de la ciudad de Nueva York —y dudaba que lo estuviesen—, las enviaría al FBI y, luego, a la CIA. Seguro que nadie le negaría un favor a la posible futura directora del Departamento de Seguridad Nacional.

Estaba nerviosa cuando el coche se detuvo delante de la dirección que George le había dado. Al final, puede que no necesitara ese café. Las posibilidades que se le presentaban por delante ya eran un estimulante natural.

El apartamento de George estaba en una quinta planta de un pequeño edificio sin portero y que, casi con seguridad, era de arrendamiento protegido, a juzgar por lo

poco rehabilitado que estaba el edificio.

Heat pulsó el botón del 5F y le abrieron. Prácticamente voló escaleras arriba y enseguida estuvo ante la puerta de George. Llamó con suavidad para no despertar al vecino del 5R.

George apareció en la puerta aún vestido con la misma ropa que había llevado antes. Abrió sin hablar y dejó que Heat entrara a su pequeña y ordenada sala de estar. Tenía un aspecto raro, como si hubiese estado llorando.

Después, cerró la puerta.

—Bien hecho, George —dijo la voz de otro hombre—. Ahora, levante bien esas manos, comisaria Heat.

Ella obedeció despacio la orden de aquel hombre. Habían pasado cuatro años desde la última vez que había oído aquella voz, pero no necesitó girarse para saber a quién pertenecía.

Bart Callan la había encontrado.

George tenía las manos juntas en un gesto de súplica, como si estuviese pidiendo ya el perdón de Heat.

—Lo siento, Nikki —gimió con tono lastimero—. Él me ha obligado.

—Cierra el pico, viejo —dijo Callan—. Vuelve al rincón y no hables.

George se retiró sumiso al otro extremo a la vez que Callan se acercaba a Heat por detrás.

—Y ahora, Nikki, va a permanecer completamente inmóvil. Va a mantener las manos bien altas y no va a mover un solo músculo. ¿Me oye?

—Que le follen, Callan.

—Eso me gustaría mucho, créame. Cuando peleamos aquella vez y sentí ese cuerpo suyo debajo del mío... Nada me gustaría más. He pensado mucho en ello en la cárcel, ¿sabe? En lo que me gustaría hacerle. Pero me temo que no he venido a eso. Y ahora, no se mueva.

Sintió el frío cañón de una pistola sobre la base de su cráneo apuntando hacia arriba, de tal modo que cualquier bala destrozaría el bulbo raquídeo, la parte del cerebro responsable de la respiración, la circulación y de otras funciones que el cuerpo no podría hacer sin ella.

Después, sintió la mano de Callan subiendo por su torso. Empezó en el vientre, siguió por la caja torácica y luego hizo una pausa para acariciarle el pecho. Se le puso la piel de gallina. Habría preferido que la estuviese tocando un reptil.

—Qué agradable —dijo él, apretándose. A continuación, subió hasta la funda de la pistola que llevaba en el hombro y la desabrochó con destreza antes de quitarle la nueve milímetros.

Con cualquier otro asaltante, Heat habría aprovechado algún momento para darse la vuelta y golpearle con el codo en la nuez para después darle rápidamente una

patada en la ingle.

Pero no con Callan. Era demasiado bueno. Y demasiado cuidadoso. Y tenía clavada su pistola en la nuca.

Callan se apresuró a dar un paso atrás para quedar fuera del alcance de los puños y los pies de Heat. Después, se acercó a una de las dos ventanas de la sala de estar, que ya estaba abierta. Tiró por ella la pistola, dejando que cayera los cinco pisos hasta la calle, sin importarle quién podría encontrarla o si le daría a alguien en la cabeza.

Heat oyó cómo sonaba sobre el cemento y tuvo una especial sensación de impotencia al pensar en que algún niño o algún delincuente la pudiera coger.

Pero enseguida aquella pistola le preocupó menos que la que Callan apuntaba ahora hacia su cara.

—¿Sorprendida de verme? Creía que ya se había quitado de en medio a Bart Callan, ¿verdad? Pues deje que le diga una cosa que claramente no entendió hace cuatro años: al final, gano yo. Al final, siempre gano yo.

—Esta vez va a freírse en la silla eléctrica, Callan. Es un recluso fugado que ha cometido asesinato durante su huida. Eso es pena capital. El gobierno federal estará encantado de acabar con usted.

—Yo que usted estaría más preocupada por su propia muerte que por la mía —replicó Callan—. Y ahora va a decirme dónde escondió su madre esos billetes.

Heat estaba bastante segura de que su perplejidad se veía en su rostro.

—¿Que se lo diga yo? ¿Qué está diciendo? Yo no tengo...

—Sé que estudiaba usted teatro, Nikki, así que le voy a dar un notable por esa actuación. Pero no va a engañarme. He oído a su madre en esa grabación que tenía en su apartamento. He oído todo eso de que había escondido los billetes en el mismo lugar que su mejor *whisky*. Sé que con eso no se refería a su apartamento, porque ya lo he puesto del revés. Sí, he sido yo. Después he ido a mantener una conversación con su amigo George.

Callan giró la cabeza hacia George.

—Y su camarero me lo ha contado todo. Me ha dicho que Cynthia sabía que su teléfono estaba pinchado y que solo era una distracción para engañar a quienes le estuviesen escuchando y que durante todo este tiempo los billetes los ha tenido usted. Por si se lo está preguntando, ha tardado unos doce segundos en soltarlo todo. Ni siquiera he tenido que tocarle una sola de sus canas.

Los ojos de Heat se clavaron en George, quien pronunció un silencioso «Lo siento» una vez más. Pudo ver claramente su desesperación por que ella hiciera algo, lo que fuera.

Supuso entonces lo que había pasado. Callan fue a por el anciano y este empezó a mentir para poder hacer algo de tiempo. Quizá pensó también que Heat, como era policía, acudiría con refuerzos o que sería lo suficientemente lista como para olerse que se trataba de una trampa. Cuando ella pensó en las últimas palabras que él le había dicho, se dio cuenta de que había tratado de advertirla:

«Nunca se sabe cuándo va a tener uno una visita inesperada, ya sabe a qué me refiero».

Pero, por supuesto, Heat estaba tan emocionada ante la posibilidad de poder conseguir por fin los billetes que no hizo caso de la advertencia.

Y ahora, parecía que había cometido un error mortal.

—Muy bien —continuó Callan—. Dígame dónde están esos billetes. Y me lo va a decir ahora mismo porque, si no, destriparé a su amigo como si fuese un pescado.

—Si le toca, nunca conseguirá los billetes —contestó Heat—. Se lo prometo. Déjelo fuera. Esto es entre usted y yo, Callan.

—Entonces, ¿admite que sabe dónde están los billetes?

Heat actuaba como si no estuviera segura de si debía confesar, como si estuviese sopesándolo. En realidad, estaba tratando de pensar en alguna salida.

Si conseguía que Callan siguiera hablando, podría llevarlo a otro lugar, a algún sitio donde ella tuviera alguna ventaja sobre él. Pero ¿dónde podría estar ese lugar? No creía que pudiera convencer a Callan de que había dejado los billetes en la comisaría y llevarlo hasta allí con ella. ¿Podría decirle que lo que buscaba estaba en el club Players? George tenía las llaves. Ella podría llevar allí a Callan. Quizá bajara la guardia en algún momento del camino y ella tendría la oportunidad de abalanzarse sobre él.

Callan seguía esperando una respuesta.

—Sí, lo admito —dijo ella por fin.

—Bien. ¿Dónde?

—No. Todavía no. Primero, George va a salir del apartamento.

—¿Y correr a por la policía? Ni hablar.

—Es inocente. No tiene nada que ver con esto.

—No está usted en situación de negociar, comisaria Heat —replicó Callan a la vez que blandía la pistola delante de ella, como si necesitara recordárselo.

—Sí que lo estoy. Soy la única persona con vida que sabe dónde están los billetes —mintió Heat—. Y, si me mata, jamás los recuperará, porque el albacea de mi testamento tiene instrucciones específicas de lo que debe hacer con ellos en caso de que yo fallezca.

Callan apretó la mandíbula.

—Debí haberle quitado los billetes a su madre cuando me contó que los tenía —dijo él.

—¿A qué se refiere?

Callan sonrió.

—Ah, supongo que usted no lo sabe. Por eso fue por lo que tuve el placer de conversar con su madre, por los billetes falsos. Yo formaba parte de una fuerza especial de los Servicios Secretos que estaba investigando falsificaciones en el extranjero y ella acudió a mí. Después de que me contara dónde los había conseguido, tuve claro que tenía que morir. Fue entonces cuando ordené a Petar

Matic que la matara.

—Creía que había sido porque había descubierto su plan de la viruela con Carey Maggs.

—Bueno, sí. Eso también. En aquel entonces, yo estaba llevando a cabo un par de asuntos a la vez y su madre estaba tratando de desenmascararlos todos. Dio vueltas alrededor de varias cosas que nunca pudo descubrir. La trama de la viruela estaba por entonces muy lejos de estar lista. Maggs necesitó mucho tiempo para poner la operación en marcha. Lo cierto es que lo de los billetes era un asunto mucho más acuciante para mí cuando envié a Petar.

Solo que Matic nunca consiguió llegar. Y estaba claro que no le había confesado a Callan su fracaso. Tyler Wynn, que sabía lo de la sentencia de muerte de Cynthia, la había ayudado a fingir su propia muerte antes de eso. Pero Callan no lo sabía.

—Entonces, ¿usted ya trabajaba para los Siete de Shanghái?

Callan la miró divertido.

—Para quien yo trabaje no es asunto suyo. Y, ahora, me estoy cansando de esta conversación. Tiene cinco segundos para decirme dónde están los billetes antes de que le pegue un tiro al viejo y, después, otros cinco antes de que le dispare a usted.

## STORM

—Esto no va a funcionar —dijo Derrick Storm.

Llevaba unos calzoncillos largos y unas botas y estaba de pie junto a su padre en una sinuosa carretera rural, justo delante de la casa de Jedediah Jones. Estaban en Potomac Falls, en medio de una de las propiedades más caras del área de Washington D. C., un barrio de gente muy rica e influyente. Seguía siendo de noche.

—Claro que va a funcionar —repuso Carl—. ¿Es que no te he enseñado nada de tecnología? Si los seres humanos son lo suficientemente listos como para diseñarla, suelen ser también lo suficientemente listos como para vencerla.

—Esto no va a funcionar —repitió Derrick.

Tenía la mirada clavada en la creación de su padre, que era el resultado final de una hora, más o menos, dando vueltas. Empezaron con un asalto antes del amanecer a una granja de pasto que, en general, salió bien; ese tipo de sitios no son famosos por preocuparse demasiado por los robos. El único impedimento era que el pasto no tenía etiquetas de precios. Los Storm solo esperaban que los cien dólares que dejaron sirvieran para cubrir lo que se llevaron.

Continuaron con una visita a unos grandes almacenes que abrían las veinticuatro horas y donde una cansada cajera no pestañeó ante la extraña mezcla de artículos: dos mantas para cama extragrande, cuatro bolsas de estacas para tiendas de campaña, dos pares de botas impermeables, cuatro pares de calzoncillos largos que iban a quedar demasiado ceñidos a los hombres que los compraban, pantalones de chándal y camisetas que iban a quedarles demasiado grandes, un paquete de cuchillas de afeitarse y film de cocina.

Montones de rollos de film de cocina.

Por último, se detuvieron en un 7-Eleven que no quedaba lejos de la casa de Jones y donde los Storm dejaron vacía la nevera de las bolsas de hielo.

—Las cámaras térmicas necesitan que los seres humanos emitan calor corporal en el espectro de infrarrojos —explicó Carl—. Pero si no hay calor corporal, la cámara no verá nada. Ahora, date prisa. No tenemos toda la noche. El amanecer llegará antes de que te des cuenta.

Derrick seguía negando con la cabeza mientras miraba lo que Carl insistía en que iban a hacer. Habían pegado una capa gruesa de pasto a las mantas grandes con las estacas de las tiendas de campaña, las cuales habían doblado para que se mantuvieran en su sitio después de insertarlas. El resultado, una manta de césped, tenía un aspecto ridículo y pesaba unos noventa kilos, así que no iban a atravesar precisamente volando el patio delantero de Jones.

Después, estaba lo que Carl insistía en que tenían que hacer.

—Es imposible que esto funcione —dijo Derrick.

—Tú sigue repitiendo esa frase como si eso fuese a hacerme cambiar de opinión. Tu pesimismo es de lo más molesto. Yo creía que había criado a un optimista.

—Y lo has hecho. Pero no has criado a un loco.

—Dicen que Van Gogh estaba loco.

—Porque lo estaba —repuso Derrick—. Ese hombre se cortó la oreja y, después, se mató.

—Pero dejó obras de arte que siguen estudiándose y despertando asombro.

Derrick apuntó hacia las mantas de pasto.

—Sí, papá. ¿Y esto? Nadie va a confundir estas cosas con *Los girasoles* ni con *Los lirios*.

—Cállate ya y ponte a envolver —le ordenó Carl.

Aquella era la otra parte del plan de Carl. Después de ponerse los calzoncillos largos para aislarse, iban a envolver buena parte de sus cuerpos con todo el hielo que pudieran soportar. Después, iban a ponerse la ropa por encima del hielo. Entre eso y las botas, apenas podría desprenderse nada de su calor corporal. El que se escapara sería absorbido por la manta y, después, en última instancia, por la tierra, que lógicamente mantendría la misma temperatura que la atmósfera que les rodeaba.

A cambio, eso les haría invisibles a las cámaras de infrarrojos.

O, al menos, eso esperaban.

—Esto es una locura —protestó Derrick mientras aplastaba la primera bolsa de hielo contra el pecho de su padre.

—Es una genialidad.

—Sí. Como las de Van Gogh.

Una vez que Derrick terminó de envolver a Carl, este le devolvió el favor, si es que se puede considerar como tal el hecho de poner bolsas de hielo sobre el cuerpo de alguien. Terminaron cubriéndose completamente con una última capa de ropa grande, lo que los aislaba aún más.

Después, cogieron sus mantas de pasto y empezaron a acercarse a la finca de Jones.

—Explícamelo una vez más —dijo Derrick—. Vamos a atravesar el césped con este ridículo disfraz hasta llegar a la parte de debajo de la casa.

—Eso es. Las cámaras están en la casa y son fijas, no se mueven. Una vez que lleguemos a la base, ya no podrán vernos. Nos quitamos las bolsas de hielo. Te has acordado de coger tu cuchilla de afeitar, ¿no?

—Sí. La llevo en el bolsillo.

—Bien. Pues como decía, nos quitamos las bolsas de hielo, nos quitamos el césped, abrimos una ventana y entramos en la casa.

—Con cuidado de reaccionar ante cualquier sistema de seguridad que haya.

—Si es una ventana, va a ser una de estas tres cosas: sensible a la presión,

magnética o detectora de movimiento —dijo Carl—. Se pueden superar las tres.

—Después, vamos al dormitorio de Jones, le ponemos una pistola en la cara y le obligamos a hablar.

—Exacto.

—Y supongo que me vas a decir que así es como se hacen las cosas a la antigua usanza.

—No. Yo creo que esto es un PSL.

Derrick negó con la cabeza por última vez.

—Esto no va a funcionar.

El perímetro de la finca de Jones estaba rodeado de arbustos y árboles para que se pareciera a cualquier otra casa del barrio.

En realidad, estaban estratégicamente colocados para garantizar que ningún vehículo más grande que una escúter pudiera atravesarlos. La naturaleza era a veces tan efectiva como cualquier otra cosa que el hombre pudiera fabricar al respecto. Además, resultaba más bonito.

El camino de entrada también estaba fortificado de formas que resultaban invisibles a cualquier observador. Los elegantes pilares de ladrillo y la forja negra estaban reforzados por barras de acero que estaban ancladas a un enorme bloque de hormigón por debajo del suelo. El asfalto tenía incorporados pinchos que se levantaban si el sistema detectaba algún intento de entrada no autorizada.

Un tanque M1A2 Abrams quizá podría atravesar aquello. Cualquier otra cosa menos potente se estrellaría.

Sin embargo, no había nada que evitara que una persona entrara caminando a la finca. El personal de seguridad de la CIA confiaba en que las cámaras interceptaran ese tipo de brechas de la seguridad.

Así, los Storm pudieron entrar sin más en la finca de Jones con sus mantas de pasto sobre las espaldas. Al contrario de lo que se suele creer, las cámaras térmicas no pueden ver a través de árboles gruesos o de las hojas. La vegetación, que adopta la misma temperatura que el aire que la rodea, actúa como pantalla.

La parte fácil del camino terminó cuando llegaron al borde del bosque. A partir de ahí, había varios cientos de metros de césped cuesta arriba hasta la casa de Jones, que estaba rodeada de parterres llenos de vegetación de buen gusto pero poco consistente: algunos arbustos, plantas perennes que habían empezado a languidecer a medida que los días del otoño se iban acortando, crisantemos que habían sido plantados para dar al lugar un poco de color...

Entre ellos y los parterres, no había nada —ni siquiera unas matas de narcisos— que pudiera protegerles.

Derrick había estado allí antes, no como infiltrado, sino como invitado. Jones y él habían estado celebrando la interrupción de una venta de plutonio 239 enriquecido a

un traficante de armas internacional que podría haberlo vendido a Corea del Norte, a Irán o a otra media docena de indeseables compradores. Jones le había enseñado la finca a Derrick y, después, lo había invitado a una comida de faisán asado. Más tarde, se habían retirado al porche de atrás para disfrutar de unos puros y unas copas de *brandy*. Fue durante la segunda copa cuando Derrick vio una de las cámaras y Jones, ruborizado y con la lengua más suelta de lo normal, empezó a fanfarronear.

Ahora Derrick estaba de nuevo mirando aquel terreno, pero con un objetivo muy distinto. Su principal preocupación era la orientación. Aunque el ridículo traje de hielo y césped de Carl funcionara, ¿cómo iban a ver la casa si estaban cubiertos de tierra? Carl había insistido en que podrían tumbarse en el suelo y, después, levantarse la hierba un momento cuando necesitaran asegurarse de que seguían en la buena dirección.

Derrick vio de inmediato una solución mejor.

—Las líneas de la siega —dijo apuntando a las rayas que habían dejado los jardineros—. Podemos seguirlas hasta la casa.

—Bien pensado —repuso Carl—. Vamos a vestirnos.

Derrick soltó un suspiro de resignación y, a continuación, se metió por encima de la cabeza la manta de césped, sosteniendo los filos con las manos para que las juntas que había entre medias de los cuadrados no se vieran.

En cuanto dio los primeros pasos hacia el exterior de la arboleda, esperó oír el zumbido de un dron, el sonido de una alarma, algo que indicara el terrible error del plan de Carl. Para cualquiera que los hubiera visto de día, aquella habría sido una visión de lo más curiosa: dos muros de hierba que, de repente, empezaban a salir de entre los árboles.

Pero, por supuesto, por la noche nadie los miraba. Solo una cámara que, si la teoría de Carl era cierta, no vería nada.

Los primeros pasos de Derrick eran vacilantes. La sensación era extraña. Su cuerpo, que estaba cubierto de hielo, estaba tan entumecido que apenas podía sentirlo. Y, sin embargo, la cara le sudaba por el esfuerzo que requería caminar desde el coche, entre los árboles y, ahora, cuesta arriba por el jardín mientras llevaba la pesada manta.

Para Derrick, que se mantenía en perfecta forma evitando las pesas y aparatos convencionales del gimnasio y sustituyéndolos por ejercicio del mundo real —haciendo lanzamientos de enormes neumáticos, transportando piedras, arrastrando pesados trineos cuesta arriba—, aquello suponía un ejercicio soportable e incluso familiar. Pero le preocupaba su padre. Aunque seguía estando fuerte, Carl Storm no era el toro que había sido en el pasado.

Derrick podía oír cómo aquel anciano resoplaba y forcejeaba debajo de su capa de hierba. La respiración de Carl se volvía más trabajosa a cada paso.

Por fin, tras recorrer unos doscientos metros, se detuvo.

—Lo siento —se disculpó—. Necesito un descanso.

—Sí, yo también —respondió Derrick para que su padre no se sintiera mal por

detenerse. No serviría de nada que a Carl le diera un ataque al corazón en el jardín de Jedediah Jones. Derrick se agachó y trató de concentrarse en no emitir ningún calor.

Después de un minuto o dos, en los que la respiración de Carl pasó de un resuello cansado a un jadeo más soportable, dijo:

—Vale, sigamos.

Las piernas de Derrick empezaron de nuevo a agitarse. Solo podía ver el suelo a sus pies y siguió con la atención puesta en continuar la misma línea. Corrigió su rumbo cuando estaba a punto de entrar en un trozo de césped que había sido recortado en otra dirección.

El agua, que empezaba a chorrear por sus piernas y brazos, empezaba a salir de él ahora. Se trataba de una mezcla de hielo derretido y sudor y le había empapado la ropa y encharcado las botas.

Unos cien metros después, Carl volvió a resollar.

—Descanso.

Esta vez, se detuvieron durante unos tres minutos. Claramente, Carl estaba apurando todas sus fuerzas. Su respiración tardó más rato en recuperar un nivel aceptable. Derrick estaba intranquilo todo el tiempo, pero sabía que su padre estaba haciendo todo lo que podía.

—Muy bien —susurró Carl.

Volvieron a ponerse en marcha. La pendiente de hierba había disminuido un poco, por lo que Storm supo que estaban acercándose a la casa. Pero no sabía cuánto y no se atrevía a levantar la manta para mirar. A pesar del hielo, sentía que estaba emitiendo mucho calor que se le escaparía en cuanto hubiera oportunidad. No sabía cómo aparecería en la pantalla que había dentro del Cuchitril —¿como una nube roja y flotante?— o en el programa que controlaba las cámaras y que constantemente buscaba algo grande y en movimiento.

Esta vez, solo avanzaron unos cincuenta metros antes de que Carl pidiera un descanso con voz agotada.

El descanso duró aún más. ¿Cinco minutos? ¿Siete? Atrapado bajo una manta de hierba, sintiéndose absolutamente expuesto, aún convencido de que aquello no iba a funcionar, a Derrick le parecieron cinco o siete horas. Trataba de no impacientarse con su padre. Pero, al mismo tiempo, había un motivo por el cual a los hombres de setenta años ya no se los consideraba aptos para prestar servicio. Y el motivo era ese.

Derrick exudaba tanta agua que la hierba chirrió un poco cuando volvió a ponerse de pie.

—Vamos, papá. Tenemos que movernos. Creo que casi hemos llegado. Un último esfuerzo más y creo que lo conseguiremos.

—Vale. Voy a darlo todo —dijo Carl.

El jardín era ya casi llano. Derrick esperaba que en cualquier momento la hierba dejara paso a la tierra, luego a los crisantemos que habían plantado en el filo del parterre.

Diez pasos. Veinte. Derrick trataba de seguir el ritmo de su padre, ahora más lento que nunca, como si fuesen pasos de bebé. Carl estaba de verdad casi al límite, pero casi habían llegado. Derrick estaba seguro.

—Solo un poco más —susurró, más para animarse él que otra cosa.

Empezaba a sentirse seguro. Por muy mojado y acalorado que estuviera, por mucho que le chapotearan las botas, por muy ridículo que fuese todo aquello, el escudo de hierba se había mantenido fresco. El plan de Carl había funcionado de verdad.

O, al menos, eso era lo que creía Derrick.

Después, todo se torció.

Desde la perspectiva del ordenador encargado de controlar las cámaras de infrarrojos, los datos dudosos no eran las paredes de hierba que se movían, pues lo cierto es que las cámaras no podían verlas.

Lo que pasaba es que aquellas paredes de hierba dejaban a veces manchas de agua caliente que aumentaron de tamaño a medida que subían la pendiente; dos más cien metros después; luego, y esto fue lo que hizo saltar la alarma, otras dos cincuenta metros después.

Fueron las últimas dos las que hicieron que el ordenador alertara a una de los frikis, que estudió aquellas manchas de calor con gran interés. Para ella, aquello casi parecía como si una babosa estuviese dejando un rastro de baba. Pero no podía ver la babosa, solo el rastro.

La friki envió al dron, que tenía su propia cámara de infrarrojos, para que volara desde lo alto. Al contrario que las cámaras fijas que estaban montadas en la casa, el dron podía moverse y estudiar aquellas formas extrañas desde distintos ángulos. La friki seguía sin estar segura de lo que estaba viendo, solo sabía que estaba teniendo lugar delante de la casa de su jefe y que, por tanto, prefería tener que disculparse por un falso negativo que perder su empleo (o algo peor) por un positivo sin denunciar.

Una vez determinó que aquellas manchas se movían, hizo una llamada y envió a un equipo de agentes con ojos humanos que no podían ver por infrarrojos pero que seguramente podrían ver los dos muros de hierba andante avanzando hacia la casa de Jones.

Los Storm, que estaban bajo sus mantas —las cuales impedían que el calor se escapara pero también que entrara ningún sonido—, no eran conscientes de todo aquello. No pudieron oír al dron cuando se puso en marcha. Tampoco habían oído a los agentes que los rodearon en silencio.

No. Lo único que pudieron oír fue la severa voz que por fin les gritó:

—¡Seguridad de la CIA! ¡No se muevan!

Los Storm no habían hablado sobre qué harían si los detectaban. Quizá fue porque, en realidad, no era necesario hablar nada. Como padre e hijo, Carl y Derrick

Storm compartían el cincuenta por ciento de su material genético: largas cadenas de nucleótidos idénticos daban vueltas formando una doble hélice de adenina, timina, citosina y guanina; el lenguaje de la vida.

Y la palabra «rendición» no estaba escrita en ninguna de ellas.

Cuando Derrick sacó su cuchilla y empezó a cortar con fuerza el film de cocina, supo que su padre estaba haciendo lo mismo. El proceso del envoltorio había sido lento y laborioso. El de desenvolver se llevó a cabo en unos cuantos movimientos rápidos de muñeca.

Después, Derrick se sacó la manta por la cabeza. El césped seguía estando oscuro en su mayor parte, aunque ahora estaba rasgado por unos haces de luz de linterna que le hacían difícil saber cuántos agentes había ni dónde estaban. Solo parecía que se habían colocado entre él y la casa.

Empezó a correr, casi cegado por la luz, en la dirección opuesta, hacia la oscuridad del bosque. Quizá fuese poco probable que lo consiguiese, pero se trataba de la única opción. No podía dar comienzo a un tiroteo contra agentes entrenados que, en otras circunstancias, habrían estado en su mismo equipo.

Por el rabillo del ojo vio que su padre también se había quitado las bolsas de hielo y la manta de hierba e iniciaba una carrera desesperada para ponerse a salvo.

Tenían trescientos cincuenta metros por delante. En condiciones normales, Derrick podría correr esa distancia en cuarenta segundos. Con la pesada carga de tres capas de ropa empapada y teniendo que correr con botas, sabía que iría mucho más lento. Pero tenía que intentarlo.

Los entumecidos músculos de sus piernas se flexionaron. Las botas se clavaron en el suelo. Los brazos empezaron a agitarse. En diez pasos podría alcanzar su velocidad máxima.

Pero había dado cuatro pasos cuando oyó una fuerte ráfaga de aire y, a continuación, algo afilado que se le hundía en la espalda, justo a la izquierda de la espina dorsal.

Sus dos pasos siguientes no se vieron afectados. Después, empezó a sentir las piernas pesadas. Luego, los brazos dejaron de obedecer sus órdenes. Todo empezó a darle vueltas.

El último pensamiento coherente que pasó por el cerebro de Derrick Storm fue el peor que se puede tener: que le había fallado a su padre.

Después, todo se volvió negro.

## HEAT

Bart Callan apuntaba ahora a George, el camarero, que estaba acobardado en el otro extremo del apartamento con las manos sobre la cara, como si eso pudiera protegerle de lo que estaba a punto de salir de la pistola de Callan.

—Cinco —dijo Callan.

Estaba a unos tres metros de Heat. Le estaba dando la espalda ligeramente. ¿Le proporcionaba eso a ella un ángulo desde el que acercarse?

—Cuatro.

No. Estaba demasiado lejos para que Heat considerara siquiera algún tipo de movimiento. Tres metros eran tres pasos para poder alcanzarle con una patada. Y no había forma de que pudiera dar tres pasos, detenerse y, después, golpear sin que Callan tuviese tiempo de reaccionar. Puede que sus pies fuesen potentes pero la pistola de Callan tenía más fuerza aún.

—Tres —continuó él.

Heat tenía que pensar en algo. Algún lugar donde llevarle. Algo que decirle que lo entretuviera. Algo que le diera a ella más tiempo.

—Dos.

—Vale, vale. Tranquilo, Bart —dijo Heat—. Usted gana, ¿de acuerdo? Le llevaremos adonde están los billetes, ¿verdad, George?

—Sí, sí. Por supuesto, señorita Heat.

—Sabía que entraría en razón —comentó Callan—. ¿Dónde están?

—Están..., están... —empezó a decir Heat a la vez que miraba implorante a George.

Pero George callaba. Se limitó a mover los ojos de ella a Callan y, a continuación, de nuevo a ella. Después de todo ese tiempo —incluso viendo amenazada su vida de una forma tan clara—, George no iba a traicionar la promesa que le había hecho a Cynthia Heat. Nikki no sabía si sentirse furiosa o profundamente conmovida. Era aquel un gesto de lealtad que con toda probabilidad le aseguraba a George un lugar en la lista de honor de los camareros. El único inconveniente era que iba a ser incluido en ella a título póstumo.

—Están en mi apartamento —espetó Heat, solo por decir algo.

—¿Sí? ¿Dónde? —preguntó Callan.

—Están..., están en mi escritorio, en mi dormitorio.

Él dio varios pasos en dirección a George.

—No, allí no están. Puse aquel escritorio del revés. Saqué cada cajón y los miré todos para asegurarme de que no había ningún compartimento secreto ni fondo o

frontal falso. Ni tampoco nada que estuviese pegado al lateral.

—Pasó por alto uno —le explicó Heat—. Estaba en el cajón de mi ropa interior, ¿vale? Probablemente estaba usted demasiado distraído para...

—No pasé nada por alto. Los billetes no estaban allí. Es mentira y yo ya estoy harto de juegos. El viejo va a morir —dijo Callan levantando un poco más la pistola—. Cinco, cuatro, tres, dos...

Callan empezaba a dibujar en sus labios la forma ovalada para el sonido U que daba comienzo a la palabra «uno» cuando, de repente, la puerta del apartamento se abrió.

Un hombre de rasgos asiáticos entró en la habitación. Heat dobló un poco las piernas y levantó las manos con un movimiento reflejo para adoptar una posición de pelea. Callan se estaba girando hacia el hombre a la vez que movía la pistola en esa dirección.

Ni Heat ni Callan fueron lo suficientemente rápidos. Con su pistola lista para disparar, el asiático apretó dos veces el gatillo. Heat estaba tan cerca que pudo sentir el aire que salía expulsado de la pistola y el polvo que le tocaba en la piel, pero ninguna de las dos balas iba dirigida hacia ella.

La cabeza de Callan se sacudió hacia atrás y el cuello se le giró en un ángulo para el que no estaba diseñado. Después, cayó y rebotó en la pared de atrás antes de llegar al suelo, para aterrizar después como un bulto desplomado y lleno de sangre. En la pared de atrás, quedó una mancha densa y roja de plasma, trozos de cráneo y sesos.

Bart Callan, antiguo agente del FBI, antiguo miembro del Departamento de Seguridad Nacional, el hombre cuyos planes para Cynthia Heat la habían obligado a ocultarse durante diecisiete años, el hombre que habría permitido que miles de neoyorquinos muriesen de viruela en beneficio propio, ya no estaba allí.

En cuanto cesó el eco de los disparos, fue sustituido por el grito de George. El camarero se había apretado todo lo que le había sido posible contra el rincón, como si estuviese tratando de alejarse aún más del hombre muerto.

Heat se había quedado en su postura de defensa pero ahora estaba inmóvil sin saber qué hacer, sin saber si el que había disparado era amigo, enemigo o simplemente alguna especie de ángel de la guarda que trabajaba por cuenta propia. El hombre de la pistola pasó al lado de ella al atravesar la habitación para inspeccionar su obra.

Dos asiáticos más entraron justo detrás de él con sus pistolas en alto. Pero el primero les dijo algo —¿en mandarín? Aquello era chino mandarín, ¿no?— y los dos se tranquilizaron de inmediato.

Después, entró un cuarto hombre asiático. Pero, mientras los otros tres lo habían hecho con aire decidido, este parecía caminar con un paso más pausado.

Llevaba unos pantalones de poliéster planchados con raya. Calzaba unas sandalias

baratas y de plástico. Su camisa de manga corta, también de un material barato y sintético —una imitación de poliéster, si es que existe tal cosa—, era roja con rayas amarillas.

Un chino comunista de vacaciones.

En sus dedos sostenía un cigarro que se llevó lánguidamente a la boca. El extremo se iluminó. A continuación, el aire se llenó de un olor peculiar. Como la memoria de los olores es siempre tan potente, Heat se transportó de inmediato a su penúltimo año de universidad, donde estaba sentada en la azotea de un apartamento con un amigo de sus clases de teatro que fumaba...

Cigarros de clavo. Ese hombre fumaba clavo. «Storm había hablado de un hombre que fumaba clavo».

«El coronel Feng. ¿Podría ser este el coronel Feng, el policía pagado por los Siete de Shanghái? Pero ¿qué estaba haciendo aquí, a miles de kilómetros de su trabajo?».

Heat estaba ya oficialmente perpleja. ¿No trabajaba Callan para los Siete de Shanghái? ¿Por qué iba Feng a matar a uno de sus hombres?

¿Es que Callan los había traicionado o...?

¿O es que directamente no había trabajado nunca para los Siete de Shanghái? Heat recordó la cara de Callan unos momentos antes, cuando ella había dicho algo de su trabajo durante tanto tiempo para los Siete de Shanghái. Le había parecido de verdadera confusión, como si ella hubiese llegado a una conclusión que, no solamente era infundada, sino que quedaba fuera de cualquier posibilidad que él hubiese podido considerar hasta ese mismo momento.

Heat había realizado suficientes interrogatorios durante su vida como para saber que Callan se había sentido despistado durante esa milésima de segundo, como si ella le hubiese preguntado a un asesino que creía que iba a ser acusado de un asesinato si había cometido una violación.

Entonces, él se había recompuesto a tiempo para responder: «Para quien yo trabaje no es asunto suyo».

No era exactamente una negación de un vínculo con los Siete de Shanghái. Pero había algo en esas palabras —y en su mirada— que hacía pensar a Heat que lo que allí pasaba era otra cosa.

Pero si Callan no estaba con los Siete de Shanghái, ¿de quién cumplía órdenes? ¿Por qué había saqueado el apartamento de Heat? ¿Por qué buscaba los billetes? ¿Por qué la acosaba con el apodo de la Serpiente? Y, para empezar, ¿quién lo había sacado de la cárcel?

Heat miró el agujero sangriento de la parte posterior de la cabeza de Callan y se dio cuenta de que quizá nunca llegaría a saberlo. Quizá aquel secreto había muerto en el mismo instante en que Callan caía al suelo.

Mientras tanto, el coronel Feng —pues sí que se trataba del coronel Feng— se había acercado al cuerpo inerte de Callan y lo había tocado brevemente con la punta del pie, aunque estaba completamente claro que Callan no podía sentir aquello ni

ninguna otra cosa. Después, sin vacilación ni aparente aversión por lo que hacía, empezó a palpar el cuerpo de Callan y a registrar sus bolsillos. Giró lo que le quedaba de cabeza —era obvio que ahí arriba no había lugar donde poder esconder nada— y realizó una concienzuda inspección del cuerpo.

Después, miró a Heat.

—¿Dónde está el CD? —preguntó en el idioma de ella.

«¿CD?», pensó Heat. «¿Los Siete de Shanghái no van detrás de los billetes falsos, como Callan?».

—¿Qué CD? —preguntó Heat, completamente confundida—. No sé a qué se refiere.

Feng soltó un suspiro, como si aquella conversación le estuviese impacientando.

—Comisaria Heat, le estoy hablando del CD que robaron en un almacén de Shanghái y que es... —pareció pensárselo mejor antes de hablar demasiado—, es la prueba de una investigación que estoy llevando a cabo.

—¿Una prueba? ¿En serio? —preguntó Heat—. Entonces, ¿esto es un asunto oficial de la policía?

—Sí, claro —dijo Feng con una sonrisa apretada en sus finos labios.

—En ese caso, no le importará que llame a la central del Departamento de Policía de Nueva York para confirmar que le tienen registrado, tal y como se le exige a cualquier cuerpo policial que viene de fuera, sobre todo si es extranjero.

Heat sacó su teléfono. Feng dio una orden en mandarín. El hombre que había acabado con la vida de Callan atravesó rápidamente la habitación y le quitó a Heat el teléfono de la mano.

—Cree que es de mala educación hacer una llamada de teléfono en medio de una conversación —se excusó Feng—. Y me temo que va a insistir en que continúe usted manteniendo las formas hasta que hayamos terminado aquí. Los buenos modales son muy importantes en la cultura china, ¿sabe?

Feng hizo una mueca de desdén. La pistola de su subalterno apuntaba con despreocupación al torso de Heat.

La comisaria mantuvo la mirada inexpresiva.

—No va a salirse con la suya, coronel Feng.

El hecho de que utilizara su nombre pareció sorprender a Feng por un momento. Pero se recompuso enseguida.

—No me interesan sus amenazas. Me interesa el CD. Se lo llevó un hombre llamado Derrick Storm, un agente secreto estadounidense que no se registró en mi país, lo cual convirtió en ilegal tanto su robo como su presencia.

—Eso tendrá que contárselo al Departamento de Estado. Yo no soy más que una comisaria de la policía de Nueva York. No tengo nada que ver con los servicios de inteligencia en el extranjero.

Él sonrió.

—Estoy seguro. Igual que yo soy un simple coronel de la Policía Armada

Popular.

—Le estoy diciendo la verdad.

—Entonces, ¿por qué pasó Derrick Storm varias horas en su apartamento el jueves por la noche?

Heat trató de disimular su reacción. ¿Cómo sabía Feng dónde había estado Storm? Sin duda, Derrick Storm había sido lo suficientemente cauteloso como para asegurarse de que no le seguían. Para un hombre con la profesión de Storm, era una medida totalmente automatizada.

—Sí, estamos informados de eso, comisaria Heat —continuó Feng—. Creo que va a descubrir usted que sabemos muchas cosas. Y por eso mismo, si no tiene nada que ocultar y si de verdad es una comisaria de policía corriente, tal y como asegura, responderá con sinceridad a mi pregunta. ¿Por qué estuvo Derrick Storm en su apartamento hace dos noches?

—Últimamente ha ido mucha gente a mi apartamento. La mayoría de ellos no han llamado antes de entrar. Callan fue uno de ellos. Hasta hace unos minutos, yo creía que trabajaba para ustedes.

Feng bajó la mirada a Callan, pero no dijo nada.

—Comisaria Heat, sus evasivas me están aburriendo. Derrick Storm le dio a usted el CD y Bart Callan, al que llevamos un tiempo siguiendo, estaba a punto de robárselo. Pero está claro que no lo ha conseguido. Así que aún continúa en su posesión. Esta es la última vez que se lo voy a pedir de forma educada. Démelo para que podamos poner fin a esta desagradable situación y nos podamos marchar.

—Yo no tengo ningún CD —contestó Heat.

—Muy bien. En ese caso, tendremos que actuar.

Feng dio otra orden en mandarín al hombre de la pistola que estaba más cerca de Heat. Este se acercó a la comisaria con la pistola en alto.

—Mi auxiliar va a registrarla —dijo Feng—. Le aconsejo que...

Pero Heat no iba a permitirlo. Ya la habían toqueteado más que suficiente ese día. El jujitsu brasileño es muy útil para muchas cosas. Desarmar a un asaltante es una de ellas.

Movió rápidamente la mano y aquel hombre dejó de tener el arma en la suya. Después, le golpeó con el pie en el lateral de la pierna, rompiéndole hábilmente el ligamento colateral medial. El hombre cayó al suelo entre gritos de dolor. Heat adoptó una posición defensiva retando al siguiente hombre a que intentara algo.

Feng estaba pensando qué hacer al respecto cuando oyeron un escándalo cinco pisos más abajo. La puerta principal del edificio se había abierto y varios pares de pesados pies subían a toda velocidad las escaleras. Había ocasiones —como cuando se denunciaba algún disparo— en las que al Departamento de Policía de Nueva York le gustaba hacer una entrada ruidosa.

Heat miraba hacia las escaleras a través de la puerta del apartamento que seguía abierta cuando un cuarteto de policías terminó de subir.

—Policía de Nueva York —dijo uno de ellos.

—¡La pistola! —gritó otro.

—Las manos en alto —ordenó el primero—. Quiero ver las manos de todos. Levanten las manos.

Los cuatro agentes blandían sus armas. Feng los miró sin inmutarse, como si el fugitivo que yacía muerto en el suelo no le preocupara especialmente.

—Esto no ha terminado —le susurró a Heat.

Heat no había visto nunca a un hombre que mostrara tanta calma cuando acababa de participar en una conspiración para cometer un asesinato como el coronel Feng. Dio una orden a sus hombres en mandarín, quienes de inmediato se enfundaron sus armas. Después, se acercó despreocupadamente a los policías armados.

—Buenos días, caballeros —dijo con tono afable—. Quiero presentarles a la comisaria Heat. Es de los suyos. O, al menos, eso asegura.

—Señor, quiero ver sus manos en alto ahora mismo —contestó el agente.

—Sí, sí —repuso Feng, dando una larga calada a su cigarro antes de levantar las manos con desgana—. ¿Y por qué no me pone unas esposas? Estaré encantado de hacer una breve visita a su comisaría.

Feng extendió los brazos. Sus hombres hicieron lo mismo. Mientras les sacaban de la habitación, ninguno de ellos volvió a mirar a Callan ni parecía especialmente preocupado por haber matado a un hombre.

Heat los vio marcharse. Sabía que tendría oportunidad de interrogar a Feng más tarde en una sala de interrogatorios del Departamento de Policía de Nueva York, lo que significaba que hablarían según sus condiciones, no las de él. No creía que le fuera a sacar nada de los Siete de Shanghái ni sobre qué había en ese CD que tan importante parecía. Pero sí era posible que el coronel estuviese dispuesto a darle información sobre Bart Callan, como, por ejemplo, para quién trabajaba.

Mientras tanto, Heat tenía que interpretar otro papel. No como interrogadora, sino como interrogada. Le hizo al agente de la patrulla un breve relato de lo que había ocurrido. Sabía que era una historia que tendría que repetir, al menos, unas cuantas veces. Iba a ser una noche larga.

Cuando el sargento llamó a su comisaría para informarle de que había habido un asesinato, Heat sacó a George de su apartamento para que los policías pudiesen entrar y moverse con facilidad y así no seguir sufriendo el trauma de tener que pasar más tiempo con el cadáver de Callan.

—¿Estarás bien? —le preguntó.

—Sí, yo... creo que sí. Gracias a ese señor chino. ¿Quién era?

—Es una larga historia.

—¿Me la va a contar? Empiezo a creer que quizá se trate de algo que yo debería saber.

Heat asintió.

—Vale. Pero primero me temo que vas a tener que prestar declaración como testigo de un homicidio. Quédate aquí hasta que lleguen los detectives y cuéntales todo lo que ha pasado.

—Lo haré, señorita Heat.

—Y ahora, si me disculpas, tengo que ocuparme de unas cuantas cosas fuera de aquí.

Bajó los cinco tramos de escaleras y volvió a la calle. Su primera misión era localizar su pistola antes de que lo hiciera otra persona. Caminó hacia la ventana desde la que había salido volando y vio un pequeño agujero en la acera que estaba a la misma altura de esa ventana; a continuación, vio la pistola a unos metros.

Tras sacar el cargador, hizo unos cuantos disparos en seco hacia el suelo. No parecía haberse dañado tras su caída desde la quinta planta. Tenía el mismo sonido bien engrasado y seco de antes. La volvió a cargar y, después, volvió a meterla en la funda vacía de su hombro, con el alivio inmediato de sentir su peso de nuevo en el lugar adecuado.

A continuación, sacó el teléfono y marcó el número del nuevo móvil de prepago de Storm.

Sonó varios tonos antes de que saltara el buzón de voz que aún no había personalizado. Volvió a intentarlo y obtuvo el mismo resultado.

No creía que Storm estuviese durmiendo. Por el tono de su último mensaje, no parecía que fuese a poder hacerlo en un futuro próximo. Entonces, ¿dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo?

Heat marcó una vez más y, después, abrió la aplicación de los mensajes. En primer lugar, le escribió lo de Callan, que desde hacía tiempo le había puesto precio a la cabeza de Cynthia Heat porque estaba en posesión de unos billetes falsos y que ahora parecía estar trabajando para un tercero —Heat no sabía quién— antes de que los Siete de Shanghái lo eliminaran. A continuación concluyó:

HE AVERIGUADO QUE LOS 7S BUSCAN EL CD. CASI NO CONSIGO SALIR VIVA DE UN INTENTO POR ENCONTRARLO POR PARTE DE TU AMIGO, EL CORONEL FENG. ¿PUEDES DESCODIFICARLO PARA QUE VEAMOS POR QUÉ ES TAN IMPORTANTE? LLÁMAME CUANDO PUEDAS. POR FAVOR, CONFÍRMAME QUE RECIBES ESTE MENSAJE.

Pulsó «Enviar» a la vez que se preguntaba por qué Storm no le respondía y ponderaba dónde podría estar cuando lo recibiera.

## STORM

Derrick Storm había hecho extraordinarias demostraciones de su fuerza a lo largo de su vida.

En una ocasión, para ayudar a un agricultor filipino, sustituyó a un buey que no quería avanzar y se enganchó a un arado para sacarlo del campo donde se había quedado atascado. En Mozambique, había salvado una vez una vida al levantar un coche para liberar las piernas de una niña antes de que muriese desangrada. En las ocasiones en las que entraba en una sala de pesas, podía levantar más de ciento treinta kilos en el banco inclinado y doscientos setenta en sentadillas.

Por eso resultaba tan extraño que, cuando fue recuperando la conciencia, se viera sin fuerzas para levantar los párpados.

Parecía que los tuviera pegados a los globos oculares con argamasa y hormigón. Y por mucho que se esforzara no podía abrirlos.

Eso no era todo. A medida que Storm empezaba a realizar poco a poco una inspección de su sistema, notó que sentía un ligero dolor en la espalda. Para eso tenía explicación. Algún tipo de proyectil —¿disparado quizá desde un arma tranquilizante?— se le había clavado cuando estaba huyendo.

Pero ¿por qué le dolía tanto el trasero? Sentía un claro dolor punzante que le subía desde el glúteo izquierdo.

La mano de Storm —¡podía mover la mano!— empezó a explorar la mitad inferior de su cuerpo. Llevaba unos pantalones, lo cual era una buena señal cuando alguien está saliendo de un estado de inconsciencia. Pero no eran los mismos pantalones que llevaba antes de quedar inconsciente. Esa era una mala señal.

¿Por qué le habían cambiado los pantalones?

Recordó que llevaba un atuendo algo difícil de manejar: dos calzoncillos largos y unos voluminosos pantalones de chándal. Eso quería decir que alguien le había quitado, no una, sino tres capas de ropa de su cuerpo dormido. No estaba seguro de querer saber cómo había pasado.

Siguió moviendo la mano, presionando por aquí y por allá hasta que...

«¡Ay!». Sí, definitivamente, tenía un punto sensible en el trasero. Sentía un ligero dolor punzante. Le habían disparado ahí o...

Movió la pierna izquierda y sintió la tirantez de unos cuantos puntos. Era como si alguien le hubiese hecho una cirugía para sacarle una bala. Pero debía tratarse de una bala pequeña, quizá apenas le hubiese penetrado, pues sentía como si le hubieran dado muy pocos puntos.

Cuando Storm vio que había conseguido mover tanto la pierna como la mano

decidió intentarlo de nuevo con los párpados. Y sí, esta vez pudo romper la capa de mamposería que los mantenía cerrados.

Pestañeó varias veces para proporcionar algo de humedad a sus globos oculares, que poco a poco fueron enfocándose. Estaba tumbado sobre un sofá de cuero negro. El sofá estaba en un despacho. El despacho estaba en el Cuchitril. Y el Cuchitril se encontraba muy por debajo de la sede de la CIA en Langley, Virginia.

Storm reconoció la moqueta, la iluminación, el sonido del lugar. No tenía ninguna atadura, así que no le tenían como prisionero en el sentido más estricto de la palabra. Pero le era imposible salir del Cuchitril sin escolta. Así que, en ese aspecto, sí que estaba preso.

Cabía aún la posibilidad de que le fueran a entregar a los Siete de Shanghái como si fuese una especie de ofrenda. Solo que aún no había sucedido. Quizá Jones quisiera interrogarle antes. Quizá Jones le fuera a proponer un trato.

—¡Anda, mira quién se ha despertado! —exclamó una voz de mujer.

Storm levantó la mirada y la vio rodear un escritorio para acercarse al sofá. Tenía un pelo castaño que caía en perfectas ondas, unos seductores ojos marrones y el tipo de rostro simétrico que suele aparecer en las pantallas de cine.

Clara Strike era de ese tipo de bellezas. Realmente imponente. Y por un momento, el corazón de Storm se olvidó de todas las veces que se había roto en pedazos por su culpa. Le latía en el pecho de la misma forma que lo había hecho la primera vez que la vio.

Llevaba un recatado traje pantalón oscuro conjuntado con unos tacones que, sin duda, no eran muy habituales en la CIA y una blusa que tenía desabrochados justo los suficientes botones como para provocar ciertos pensamientos en la cabeza de Storm.

Storm se acordó de una teoría de la física conocida como entrelazamiento cuántico. Aparecida como posibilidad teórica muchas décadas atrás, el entrelazamiento cuántico plantea que una vez que dos partículas se juntan, nunca más se separan del todo. Si se estimula una partícula alterando su giro, su pareja nota el cambio al instante, por muy lejos que esté, aunque sea al otro lado de la galaxia.

Se trata de uno de esos aspectos enormemente ilógicos de la física cuántica que carece de sentido para aquellos que están condenados a manejarse en el limitado ámbito de los sentidos humanos. El mismo Einstein denunció esta teoría, de la cual se mofó diciendo que se trataba de «una acción espeluznante a cierta distancia» y de una imposibilidad lógica.

Y, sin embargo, un equipo de investigadores de la Universidad de Tecnología de Delft, en los Países Bajos, había realizado recientemente un experimento utilizando electrones atrapados en el interior de unos diamantes y que parecía demostrar que el entrelazamiento cuántico era real.

Storm pudo haberles ahorrado los esfuerzos y el dinero. Sus interacciones con Clara Strike tiempo atrás confirmaban el entrelazamiento cuántico. Pues por mucho que deseara alejarse de ella, por muy separados que estuviesen a veces, nunca parecía

ser capaz de arrancársela. Ella siempre podía cambiarle el giro.

Aun así, aunque el corazón late solo, tiene que protegerse de sí mismo mediante la cabeza. Se trataba de Clara Strike, se recordó a sí mismo. Tenía que ser cauteloso.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella. Se sentó al lado de donde él estaba y le colocó una mano cálida sobre la cadera.

Storm se incorporó.

—De maravilla. Vivito y coleando.

—¿Me vas a contar qué estabas haciendo en el jardín de Jones disfrazado de campo de fútbol?

—No.

—Pues, para que lo sepas, uno de esos agentes que estaban ahí afuera ha usado la cámara de su teléfono. Me han dicho que las imágenes sacándote esa alfombra de césped por la cabeza, echando después a correr y luego cayendo como un elefante enfurecido son pura comedia. Al parecer, lo único que ha impedido que se convierta en un éxito viral en YouTube son todos esos acuerdos de confidencialidad que hemos firmado. Pero no me sorprendería que lo pusieran en bucle en la fiesta de Navidad.

—Estupendo. Estoy seguro de que combinará muy bien con el ponche. ¿Dónde está mi padre?

—Por lo que yo sé, sigue fuera. Lo hemos llevado al ala de reconocimientos médicos del edificio principal de Langley en lugar de bajarlo aquí. Hemos pensado que era mejor que un médico le echara un vistazo. No es tan joven como su hijo y nos preocupaba la mezcla del agotamiento con el tranquilizante que han usado esos agentes.

Le había pasado la mano desde la cadera hasta el pecho. Storm prefirió sentarse antes que seguir dejando que le acariciara.

—Tranquilo, grandullón —dijo Strike con tono juguetón—. Tú también has sufrido lo tuyo.

—Sí. A propósito, ¿por qué me duele el culo?

Ella le miró con una sonrisa traviesa.

—Mientras estabas ahí fuera te hemos dado la vuelta para que te realizaran un tacto rectal.

—En serio.

—Pues no lo sé. Te han llevado al médico antes de que te bajaran aquí. Es lo único que sé.

—Genial. Cirugía sin mi consentimiento realizada mientras yo estaba inconsciente a cargo del siempre fiable equipo médico de la Agencia Central de Inteligencia. Seguro que no tengo que preocuparme por nada.

—A mí me parece que tienes buen aspecto. Si quieres pagarle con la misma moneda a la CIA, yo te dejaré que juegues conmigo a los médicos cuando salga de trabajar. Vamos a mi casa y bajamos las luces. Podrás tocar todo lo que quieras.

—No estoy de broma —replicó Storm con expresión malhumorada—. ¿Qué

narices me han hecho ahí arriba?

—Tranquilo, tranquilo. Estoy segura de que no es nada. Mira, si quieres saber algo, pregúntale a Jones.

—Sí —dijo Storm con un resoplido—. Seguro que me cuenta toda la verdad.

Strike puso los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar de actuar como un paranoico? Jones no es...

El teléfono de su mesa sonó. Strike se levantó para contestar y lo cogió del revés.

—Ah, hola, señor.

Por el tono de Strike, Storm estuvo seguro de que se trataba de Jones, que parecía estar dotado de un sexto sentido para saber que alguien se había atrevido a pronunciar su nombre, igual que el Voldemort de Harry Potter.

—Sí, señor. Está despierto. Lo mando ahora mismo.

Strike volvió a dejar el teléfono.

—Parece que vas a tener la oportunidad de hacerle a Jones todas las preguntas que deseas. Quiere verte.

Storm se puso de pie. Strike volvió a ponerle la mano sobre la cadera.

—Avísame si estás libre luego —dijo.

Él asintió, aunque estaba bastante seguro de que no lo estaría.

El despacho de Jedediah Jones era, como casi todo en ese hombre, sobrio y funcional.

Había mantenido una relación personal con cada presidente desde el primer Bush y, sin embargo, no había una sola fotografía sonriendo y dándoles la mano que lo indicara. Había ganado casi todos los galardones que concedía el gobierno de Estados Unidos, pero estaban todos guardados en alguna caja. No había tras él ninguna pared dedicada a sí mismo, ninguna foto personal sobre su escritorio, nada aparte de lo necesario para realizar su trabajo.

Jones había cumplido ya los sesenta años pero, con sus carreras diarias de ocho kilómetros y solo alguna indulgencia ocasional con respecto a su dieta, no se había permitido tener medio kilo extra de grasa en la cintura. Era un poco más bajo que la media en estatura pero su presencia era bastante superior. Tenía un pelo canoso cortado al cepillo y unos acerados ojos azules que ya miraban con furia a Storm cuando este entró en la habitación.

—Siéntate —dijo Jones con una voz que parecía venir de lo más hondo de un pozo de una cantera de grava.

Storm obedeció.

—¿Quieres decirme qué hacías en mi jardín esta mañana? —preguntó Jones.

—Se me había ocurrido que era perfecto para un partido de *croquet*. Mi padre y yo estábamos pensando dónde poner los palos.

—Deja de tocarme las narices —gruñó Jones—. ¿Por qué intentabais entrar en mi casa?

Storm no dijo nada. Había aprendido mucho tiempo atrás que, cuanto menos información diese estando cerca de Jones, mejor.

—No creo que quisieras robar nada —insistió Jones—. Te he pagado demasiado bien estos años como para que tengas cubierta cualquier necesidad material. Y no se me ocurre que tengas deudas por juego que debas pagar, porque sé que siempre ganas. Además, he visto todas tus pruebas de coeficiente intelectual. Eres lo suficientemente listo como para saber que hay objetivos más fáciles que el salón de mi casa.

Los labios de Storm permanecían sellados.

—¿Buscabas algún tipo de tecnología? Sé que te encantan esas cosas a las que llamas tus juguetes. Yo lo guardo todo aquí dentro, por supuesto. Además, lo único que tienes que hacer es pedirlo. Ya lo sabes.

Storm se cruzó de brazos.

—Sé que solo estás a mis órdenes en virtud de un contrato —continuó Jones—. Pero quiero recordarte que ahora mismo estás obligado a darme pruebas contra los Siete de Shanghái y aún no lo has hecho. Por tanto, como poco, me debes una respuesta. ¿Qué tengo que hacer? ¿Amenazarte con denunciarte por allanamiento de morada? No me obligues a hacer de policía malo. Vamos, Storm. Estamos en el mismo equipo.

Storm no pudo evitar contestar.

—¿Lo estamos? —preguntó con frialdad.

—Por supuesto que sí —respondió Jones.

—Entonces, ¿por qué flirteas con los Siete de Shanghái?

—¿Qué estás diciendo?

—Sabes exactamente a qué me refiero —contestó Storm—. Me estás vendiendo a ellos más rápido de lo que tardas en respirar. ¿Qué te han ofrecido? ¿Una línea directa con las altas esferas del Partido Comunista chino? ¿Unos arrumacos con los restos del presidente Mao? ¿Clases de *ping-pong*?

—Basta. Yo no les estoy ayudando y me ofende cualquier comentario que diga lo contrario. Por el amor de Dios, Storm. Estoy intentando hundirlos. De hecho te estoy pagando generosamente para que me ayudes a hacerlo. ¿Te has olvidado de esa redada a la que te envié la semana pasada?

—Esa redada corría peligro desde el principio.

—No por nuestra parte —dijo Jones—. Utiliza ese cerebro tuyo, Storm. No niego que parece que se les haya dado un chivatazo a los Siete de Shanghái sobre la operación. Pero ¿de verdad crees que ese soplo salió de este despacho? ¿Por qué me iba a molestar en realizar todos los preparativos y los gastos de organización de esa redada si mi intención era echarlo todo por tierra?

—¿Para desviar la atención? ¿Porque te encantan ese tipo de cosas? Quién sabe. En realidad, no es la redada lo que me fastidia. Ya me lo esperaba. Lo que me fastidia es que un equipo de mercenarios contratado por los Siete de Shanghái me ha estado

siguiendo desde la casa de mi padre hasta un hotel de mala muerte de Quantico y hasta las profundidades del Parque Forestal Prince William. ¿De verdad vas a sentarte ahí y decirme que han sido capaces de hacerlo ellos solitos sin tu ayuda?

Jones abrió el cajón superior de su escritorio, sacó un sobre marrón grande y lo abrió. Del interior, sacó una bolsa hermética que contenía un pequeño chip negro.

—Esto de aquí es una pequeña maravilla —dijo a la vez que lo lanzaba hacia Storm por encima de la mesa—. Sabíamos que los chinos estaban trabajando en una cosa así, aunque nuestros servicios secretos habían dicho que aún no había salido del laboratorio. Supongo que estábamos equivocados. Es un dispositivo de nueva generación. Lo llaman DLG.

—¿DLG?

—Dispositivo de Localización Global. Es una mezcla vanguardista del GPS y el USBL, lo que significa que pueden localizar a quien sea en cualquier lugar o momento, ya sea en la cima del Everest o a veinte mil leguas subacuáticas.

—Me alegro por ellos. ¿Qué es lo que me quieres decir?

—Nuestro equipo de cirugía lo ha sacado de tu culo esta mañana —explicó Jones—. Lo hemos visto al registrarte por si llevabas micrófonos antes de bajarte aquí. Eras un transpondedor andante. Transmitías en múltiples frecuencias. Me extraña que no escucharas música de la radio saliéndote del trasero.

Storm frunció el ceño a la vez que se llevaba la mano a los puntos de la nalga y empezaba a frotárselos de manera inconsciente. ¿Un dispositivo de rastreo? ¿Cómo habían conseguido implantarle un dispositivo de rastreo sin...?

Y entonces recordó el dardo que le habían clavado en el lateral del trasero la semana anterior, durante la redada de la operación de falsificación de billetes. Se lo había sacado inmediatamente, preocupado por que estuviese envenenado.

Pero no había soltado ninguna toxina. Le había insertado un chip diminuto y negro en su interior.

Recordó cuando aquel todoterreno había entrado en el claro del bosque junto a la cabaña. Uno de los mercenarios tenía abierto un aparato electrónico. Storm había visto el resplandor azul desde la segunda planta. Debía de ser eso lo que estaban utilizando para localizar dónde estaba el dispositivo.

—De acuerdo —dijo Storm—. Tiene sentido. Digamos que te creo en eso. Pero sigue sin explicar por qué chantajeaste a ese patético Mason Wood para ordenarle el traslado de Bart Callan.

Jones le miró con expresión de curiosidad, casi como si estuviese hablando de Hegel y alguien le mencionara a Kierkegaard.

—¿Bart Callan? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—No te hagas el tonto. Sabes muy bien que los Siete de Shanghái le ayudaron a escapar de aquella cárcel tan poco sólida a la que lo enviaste y ahora trabaja para ellos.

Jones levantó la ceja izquierda menos de un milímetro antes de volver a colocarla

en su sitio.

—Me parece que te estás equivocando. ¿Te habló Strike de Mason Wood?

—No. Lo averigüé yo solo.

—Pues te aseguro que Bart Callan no tiene nada que ver con los Siete de Shanghái. Ya cuentan con suficientes psicópatas asesinos que están esperando trabajar para ellos. No necesitan complicarse contratando a alguien que es un fugitivo buscado por el FBI.

—Entonces, ¿por qué ordenaste a Wood el traslado de Callan?

Una extraña sonrisa apareció en el rostro de Jones y desapareció rápidamente.

—Eso fue un favor para un amigo —respondió.

Cuando Jones llamaba «amigo» a alguien, la palabra adquiría matices que normalmente no se asocian a ella. Para Jones, los amigos eran bienes canjeables.

—¿Quién? —preguntó Storm.

—Un amigo sin más. Un buen amigo. Espero que pronto sea más amigo aún, pero lo cierto es que eso no es de tu incumbencia. Te aseguro que no tiene nada que ver con los problemas que parece tener ahora mismo con los Siete de Shanghái —le explicó Jones—. Pero, con suerte, ahora que te han sacado ese DLG, esos problemas disminuirán. Si quieres, puedo ordenar que unos agentes te acompañen para que tengas seguridad adicional.

Storm sabía que la otra misión de los agentes, además de proporcionar seguridad, sería la de informar a Jones de todo lo que oyeran y vieran. Storm prefería beber lejía.

—No, gracias —contestó.

Jones se apartó de su mesa y se puso de pie.

—Bueno, no es que no me alegre de verte, pero, si has terminado de acusarme de traición, tengo que seguir trabajando. Y creo que tú también. La próxima vez que quieras ir a mi casa de visita, haz el favor de llamar antes. Ya sabes que mi mujer siente debilidad por ti. Me atrevería a decir que hasta se ha encaprichado contigo. Seguro que le encantará hacerte una cena cuando quieras pasarte. Mientras tanto, si me prometes que vas a cumplir con las condiciones de tu contrato y que vas a dejar de ser una amenaza para la seguridad nacional tratando de quebrantar mi sistema de seguridad, diré que os acompañen a ti y a tu padre a la puerta.

—Gracias —respondió Storm—. Ya sabes lo mucho que agradezco tu hospitalidad.

—Claro que sí. ¿Quieres que te dé tus cosas? —preguntó Jones con la mano de nuevo dentro del sobre marrón. Sacó el teléfono de prepago—. Qué bonito, por cierto —añadió—. Muy bonito. Muy de última generación. ¿Y después, qué? ¿Empezarás a usar un busca? ¿Unos vasos de plástico con un hilo?

Storm lo cogió de la mesa.

—¿Qué ha pasado con el teléfono que te di? —quiso saber Jones.

—Se ha roto.

—Pues di en intendencia que te den otro nuevo al salir. No tienes por qué andar a

ciegas en la oscuridad tecnológica que caracterizó la primera década de este milenio.

Jones sacó a continuación el CD que casi le había costado la vida a Storm.

—Supongo que también debería darte esto. Hemos oído que los Siete de Shanghái buscan algo que está en tu posesión. ¿Es esto?

El disco centelleó bajo la luz artificial del despacho de Jones. Storm tuvo cuidado de no cogerlo para no parecer demasiado impaciente.

—Podría ser —contestó—. Es una grabación de estudio única de los grandes éxitos de los Doobie Brothers. Es lógico que los Siete de Shanghái sientan una especial simpatía por la canción *China Grove*.

—Ah —repuso Jones, claramente sin creer nada de lo que Storm decía—. Puede que eso explique por qué la información que hay en su interior está encriptada.

—Es que no se puede permitir que un tesoro icónico de este país como los Doobie Brothers caiga tan fácilmente en manos extranjeras. Sus admiradores se echarían a las calles para manifestarse.

—Pues debo decirte que la codificación es muy concienzuda. Muy exótica. Nuestros técnicos se han esforzado al máximo, pero no han podido descifrarla. Nunca se me habría ocurrido que los Doobie Brothers fuesen tan listos.

—Puedes subestimar a los Doobie Brothers si quieres pero, como decían en su canción, así es como piensan los tontos.

## HEAT

Los detectives que llegaron al escenario del crimen le pidieron que contara lo que había ocurrido y, después, volvieron a repasarlo otra vez.

A continuación, hicieron lo mismo con George, el camarero.

Después, llegó el Cuerpo de Alguaciles alertados de que habían encontrado a su recluso y todo el proceso volvió a empezar. Heat se mostró paciente y dispuesta a colaborar. Entendía que cada uno tenía una tarea y que era importante hacerla bien.

También sabía que tenían derecho a interrogar al coronel Feng. Heat deseaba poder hablar con él antes. Pero sabía que una investigación por asesinato tenía prioridad. No le quedaba más remedio que esperar.

Cuando a Nikki y a George les dijeron que podían marcharse, habían pasado las cinco de la mañana. Y Heat, que sufría cierta resaca del minibar, estaba muy necesitada de alimentos grasos.

Encontraron una cafetería veinticuatro horas con esa mezcla tan típica de Manhattan de gente que va a trabajar y otra que vuelve de pasar la noche por ahí. No era un establecimiento en el que pedir un café largo con leche desnatada y dos toques de vainilla sin azúcar. Se trataba de un lugar donde se servían huevos, tortitas, beicon y café. Montones de café.

Heat pidió una tortilla de jamón con cebolla y pimiento y un extra de beicon y que no dejaran de rellenarle el café.

George, que aún no había recobrado el apetito, pidió zumo de naranja. Cuando se lo sirvieron, apenas lo probó.

Aquel anciano había sufrido mucho..., demasiado para una sola noche, desde luego. El plan de Heat era dejar que asimilara lo que había pasado y después —quizá esa noche, cuando hubiese dormido— hablar de lo que, para ella, parecía lo más obvio e inevitable: George tenía que devolver los billetes.

Pero podía esperar un poco más. Había momentos para actuar como policía y avanzar en una investigación y también momentos en los que comprender que a los seres humanos solo se los puede presionar hasta cierto punto. La joven Nikki Heat no había sido siempre consciente de esa distinción. La Nikki Heat adulta se lo tenía bien aprendido.

—Siento haberla metido en esto —dijo él con tono dócil tras darle otro sorbo a su bebida—. Cuando ese hombre entró y empezó a preguntarme por los billetes yo... sentí pánico. Solo podía pensar en que usted me había preguntado por ellos, así que solté su nombre.

—Lo entiendo —contestó Heat a la vez que sentía cómo entraba algo de cafeína

que tanto necesitaba en su flujo sanguíneo—. De verdad, no pasa nada.

—Su madre creía que a nadie se le ocurriría que me había pedido a mí que los escondiera, pero me obligó a que pensara en un plan de emergencia por si acaso. Siempre pensaba en todo, su madre. Perdón, siempre «piensa». Aún me cuesta recordar que está viva.

—A mí también.

George se acercó un poco más y se inclinó hacia delante desde el otro lado de la mesa.

—Se suponía que debía esconder otro sobre. Ese sería el de seguridad. Si alguien venía a por mí, yo le llevaría hasta otros billetes que no eran esos. El problema es que me olvidé de esconderlos.

Heat se limitó a asentir.

—Han pasado diecisiete años —dijo él, suplicando aún su perdón aunque ella ya se lo había dado—. Ya es extraño que pueda recordar dónde están los originales.

—Sí —convino Heat en voz baja.

George dejó caer la cabeza.

—Supongo que ahora me va a decir que debo dárselos a usted.

No iba a hacerlo, por supuesto, por ese instinto de que no debía presionar. Pero ya que George lo mencionaba...

—El problema es el siguiente, George: Bart Callan, el hombre al que han matado, trabajaba para otra persona que quiere esos billetes. Es probable que esa otra persona contrate ahora a otro hombre para conseguirlos. Y si Callan le había dicho a su jefe que sospechaba que los tenías tú...

—Volverán otra vez a por mí —dijo George con voz taciturna. Ya ni siquiera tocaba su zumo de naranja.

—Y luego está el problema de ese hombre chino, el coronel Feng. Trabaja para un grupo llamado los Siete de Shanghái. Aunque preguntaba por un CD, los Siete de Shanghái van a intentar al final hacerse con los billetes también. Y puede que sumen dos más dos y se den cuenta de que, si la persona para la que Callan trabajaba buscaba esos billetes, ellos también deberían buscarlos.

—Y entonces, habrá más gente que vaya a por mí —concluyó George.

—Sí, más o menos, eso es.

—¿Y usted cree de verdad..., cree que conseguirá que Cynthia pueda salir de su escondite sin correr peligro si usted tiene los billetes? ¿De verdad piensa que va a poder resolver lo que la obligó a ella a esconderse?

—No quiero engañarte, porque podría resultar ser un callejón sin salida —dijo Heat—. El hecho de tener los billetes no era suficiente para que mi madre pudiera entablar un proceso contra nadie. Puede que para mí tampoco sea suficiente. Pero puede que sí. Lo cierto es que no lo sabré hasta tener al menos la posibilidad de intentarlo. Y sí, creo que es lo mejor para mi madre.

George parecía estar asimilándolo todo a la vez que se llevaba el zumo de naranja

de nuevo a los labios.

—Vale. Entonces, se lo diré. Pero solo porque es lo mejor para Cynthia. No porque esté tratando de salvar mi propio pellejo. Espero tener la oportunidad de decírselo a ella en persona.

—Yo también, George. Yo también.

La tortilla y el beicon llegaron, pero Heat estaba dejando ya el dinero sobre la mesa y apartándose de ella.

—De acuerdo —dijo—. Vámonos.

—¿No va a comer? —preguntó George.

—No tengo hambre.

Al menos, no de tortilla.

Manhattan iba cobrando vida mientras George salía de la cafetería antes que ella. Los quioscos estaban abriendo, sus dependientes abrían los fardos de periódicos que los repartidores habían dejado allí un rato antes. Los conductores de los camiones de basura se apresuraban a cubrir sus rutas matutinas antes de que el tráfico aumentara. Los dueños de las bodegas abrían las persianas metálicas que protegían sus tiendas por la noche.

Esa era una de las cosas que le encantaban a Nikki de su ciudad: esa sensación del deber que hacía que tantos de sus ciudadanos se zambulleran incansables en la promesa de un nuevo día.

Y a pesar de no haber dormido más de tres horas la noche anterior, ella sentía la misma esperanza y energía. Dejaba que George la llevara sin preguntar hacia dónde iban, para así no asustarlo. Iba a dejarle actuar a su manera, aunque estaba deseando que él caminara más deprisa.

Aun así, no tardó mucho en adivinar adónde se dirigían, sobre todo cuando George giró en la calle 19 Este y ella vio que iban en dirección al callejón que estaba detrás del Players. George no debía tener llave de la puerta principal. Solo de la trasera.

Se detuvo cuando llegó a la puerta.

—Su pistola —dijo.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, señorita Heat. Ya conoce las normas.

Y las conocía. Nada de armas en el club Players. Pero no creía que tuviera que cumplirlas a esa hora de la mañana, cuando el club estaba vacío.

Pero no iba a discutir con George. No cuando estaba tan cerca de los billetes. No podía creer que iba a verse apartada de su arma reglamentaria por segunda vez en cuatro horas. Y esta vez, de forma voluntaria, además. Se limitó a echar un vistazo rápido a su alrededor en busca de un lugar donde esconderla.

El contenedor. Nadie tocaría la pistola si la escondía allí. Le pidió a George que le

trajera un paño de la cocina. Cuando él volvió con el paño, ella envolvió su nueve milímetros y la ocultó a todo el que hubiese en el callejón, salvo las ratas.

Entonces, por fin, George la acompañó al interior. Tuvo que encender las luces al entrar. Atravesaron el pequeño laberinto de pasillos que solo usaba en realidad el personal. Heat se sentía como si estuviese haciendo un recorrido entre las bambalinas de Disney World, viendo todas las partes desconocidas de un lugar que, por lo demás, le era familiar.

George se detuvo un breve momento en los estrechos cuartos que compartían los integrantes del personal de mantenimiento y hurgó en una caja de herramientas, sacando después una navaja recta y un destornillador largo de punta plana que podría pasar por una buena arma si se usaba adecuadamente. Después, la llevó hasta la barra de madera de caoba pulida que era su territorio.

—¿Aquí? —preguntó ella—. ¿Todo este tiempo los has tenido aquí?

—No exactamente —respondió él—. Ahora lo verá. Vamos.

Tenía en sus ojos un resplandor enigmático cuando se agachó para coger algo de detrás de la barra, aunque Heat no podía ver qué era. Cuando volvió a levantarse, se le había soltado un mechón de su pelo blanco, lo que le daba un aspecto de profesor loco.

Después, sin mirar de nuevo a Heat, volvió adonde se encontraban los armarios con las botellas de los clientes. La habitación estaba a oscuras. No parecía posible que George pudiera ver nada.

—¿No enciendes la luz? —preguntó Heat.

—La bombilla se fundió anoche y no hemos podido cambiarla todavía —contestó—. Al parecer, es de una clase especial. A mí no me importa. Siempre he dicho que podría moverme por este lugar con los ojos vendados. Esta es mi oportunidad para demostrarlo.

Se había acercado a uno de los armarios, al parecer, al azar. Heat toqueteó su móvil hasta que encontró la aplicación de la luz del *flash*. La abrió justo cuando George se giraba hacia ella. Le hizo una señal con el destornillador, cogiendo el extremo de plástico y acercando el metal peligrosamente a la cara de Heat.

—No le puede contar esto a nadie —dijo él.

—Por supuesto que no.

—No debería hacer esto.

—Estás haciendo lo mejor para todos —le tranquilizó Heat.

La miró fijamente durante un largo rato y con una mirada extraña. Después, insertó una llave en el armario cuya placa tenía grabado el nombre de «CLEMENS».

—¿Clemens? —preguntó Heat—. ¿De Samuel Langhorne Clemens?

—Bueno, desde luego no es Roger Clemens, el jugador de béisbol.

—¿Durante todo este tiempo has tenido escondidos los billetes en el antiguo armario de las botellas de Mark Twain?

—Se supone que nadie debe tocar esto —contestó George—. Es la primera norma

que se les enseña a todos los camareros nuevos: «No tocar el armario del señor Clemens». Me parecía el lugar más seguro.

George volvió a girarse hacia el armario. Sacó la navaja de su bolsillo y, a continuación, metió la mano. Heat pudo oír cómo raspaba la madera.

—Hicieron falta varios intentos para que la mancha de cereza de esto coincidiera con su borde a la perfección —dijo él—. Pero luego, fue bastante sencillo. No es más que un trozo de madera que fijé con pegamento.

—Entonces, ¿le pusiste un falso fondo al armario? —preguntó Heat.

—Estropeando con ello el viejo escondite de Mark Twain. Ayudó que el sobre fuese tan delgado. Hizo que resultara más fácil que si hubiese tenido que esconder algo de mucho peso.

Dio unos cuantos golpes más con la navaja.

—Ya —dijo—. Con eso debe servir.

Había llegado el momento del destornillador. Poco después, Heat oyó el sonido de una madera seca y vieja al separarse de otra pieza de madera aún más seca y más vieja.

—Si alguno de la junta supiera que estoy haciendo esto, me crucificaría —comentó George.

Sacó un trozo de madera de la parte de atrás. Después de un chasquido más contundente, sacó un sobre. Lo tuvo agarrado unos segundos más, aportando a aquel momento un dramatismo añadido.

—Tome —dijo por fin mientras se lo pasaba a Heat.

Ella lo sacó a la zona de la barra, que empezaba a iluminarse con el sol de la mañana. Así tenía luz suficiente para ver un sobre alargado de papel grueso, de los que tanto gustaban a Cynthia Heat.

Por muy tentada que estuviera de rasgar el sobre, Nikki sabía que debía ser cautelosa.

—George, ¿tienes unos guantes de plástico?

—Espere —contestó mientras iba a la parte de atrás de la barra. Salió con un par de guantes negros de goma—. ¿Le sirven estos?

—Gracias —respondió ella antes de colocar con delicadeza el sobre encima de la brillante barra tan meticulosamente limpia y ponerse los guantes.

—Ahora, la navaja, por favor —dijo sintiéndose casi como un cirujano que pide un bisturí.

George le pasó la navaja y ella la utilizó para cortar la parte superior del sobre, con mucho cuidado de que la hoja no tocara nada del interior.

Miró por la abertura que había hecho. Había cinco billetes de veinte dólares, lisos, nuevos y perfectos. Heat sacó el primero y lo observó con atención. Sonrió de inmediato.

Tenía una fina capa de polvo y Nikki sintió al instante esa conexión intrínseca con su madre que tantas veces había echado de menos durante los últimos diecisiete años.

Las dotes para la escritura de cualquier escritor de tarjetas de felicitación del mundo no podría haber elaborado un mejor saludo de parte de la madre en cuestión a esta hija en particular.

Cynthia Heat ya había espolvoreado los billetes para sacar las huellas. Y había varias que resaltaban de forma bastante clara. No exactamente de todos los dedos pero, sin duda, más que suficientes para poder realizar una identificación.

Sin ser consciente de la hora que era, e incluso de dónde estaba, Nikki Heat ya había sacado su teléfono.

Buscó un número y pulsó el botón de llamada.

Mientras escuchaba los tonos de llamada, miraba con atención la huella del pulgar que había en el primer billete. Estaba plantada en medio de la cara de Andrew Jackson, con todos sus arcos, espirales y círculos claramente marcados. Heat podría haber conseguido una imagen mejor con una almohadilla de tinta de las antiguas y papel de calco en la comisaría. Pero esto era casi igual de bueno.

Tras cuatro tonos, escuchó una voz adormilada.

—¿Sí?

—DeJesus, soy Heat.

Benigno DeJesus era el mejor técnico de policía científica que tenía Heat, lo cual no significaba necesariamente que él estuviera encantado de estar actuando como tal a las seis de la mañana.

DeJesus farfulló una serie de ingeniosos insultos en español —una especie de cabriolas de blasfemias— y terminó con:

—Dios mío, ¿sabes qué hora es?

—Lo siento, perdona. Sé que es temprano. Se trata de una especie de urgencia personal.

—Más vale que lo sea —gruñó DeJesus.

—Necesito que busques unas huellas lo más rápido que puedas. ¿Cuánto tardas en llegar a la comisaría?

—Llegaré lo antes posible. ¿Me dejas ponerme los pantalones antes?

—Solo si es necesario.

Él confeccionó otra elegía compuesta de impropiedades y, a continuación, colgó.

## STORM

Derrick Storm salió del Cuchitril como siempre hacía: con una capucha que le impedía ver y subido en un ascensor que se sacudía y se elevaba como si les estuviese llevando por las entrañas de la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

Cuando le dieron permiso para quitarse la capucha, estaba de nuevo en el vestíbulo principal del cuartel general de la CIA. Aparcado en la puerta estaba el Ford Expedition que había robado legítimamente, recién traído del depósito de automóviles donde había pasado las primeras horas de la mañana.

Storm comprobó la parte de atrás. El lanzador de granadas, las ametralladoras y la abundante munición parecían intactos. Al parecer, la CIA interpretaba la segunda enmienda al pie de la letra.

Mientras esperaba a que volviese su padre, Storm miró su teléfono de prepago y vio el mensaje que Heat le había enviado sobre la codificación del CD. Se puso en tensión al leer el nombre del coronel Feng. Había algo en ese hombre que inquietaba a Storm: su zalamería, su serenidad, una templanza que parecía ir más allá de lo natural.

Además, aquello indicaba que los Siete de Shanghái se estaban tomando aquel asunto tan en serio que consideraban necesario enviar a su hombre más importante desde el otro lado del mundo solo para recuperar un CD.

Él le respondió en otro mensaje que se pondría enseguida con ello.

Lo que no añadió era que no estaba seguro de cómo lo haría. Acababa de salir de una sala llena de los criptólogos con más talento que conocía. Y, sin duda, habían intentado acceder al CD mientras Storm estaba inconsciente. (Si podía dar crédito a las palabras de Jones, no lo habían conseguido).

No iba a volver a bajar el CD al Cuchitril. Puede que Jones no estuviese facilitando a los Siete de Shanghái el paradero de Storm, pero eso no había hecho que recuperase por completo la fe en aquel hombre. Le parecía factible que Jones se hiciera con cualquier prueba que Storm pudiese aportar contra los Siete de Shanghái para utilizarla con unos fines distintos a los originales y legítimos. La única forma para Storm de poder evitar que Jones se portara mal era encargarse de aquel asunto hasta el final.

Storm estaba tan sumido en sus pensamientos que no levantó la vista hasta que se dio cuenta de que alguien estaba abriendo la puerta del asiento del pasajero.

—Qué bien que estés aquí —dijo Carl Storm—. Vámonos. Este sitio me pone los pelos de punta.

—Eso está hecho —contestó Derrick—. Estaba pensando en llevarte a un hotel.

Sabes que no es seguro que te quedes en tu casa mientras los Siete de Shangháí sigan buscándonos por ahí. No te preocupes, encontraré un lugar mejor que el Oorah. Podrás quedarte allí hasta que estemos seguros.

—¿Qué? ¿Y perderme toda la diversión?

—Papá, esto no va a ser nada di...

—Ya lo sé —le interrumpió Carl—. Solo era una broma. Dios santo, relájate.

—Esa es la cuestión, papá. Ahora mismo esto no es ninguna broma. ¿Sabes qué fue lo último que pensé cuando me clavaron el dardo tranquilizador? Que te había fallado.

—Pero ¿qué estás...?

—Déjame terminar. Te he fallado porque, para empezar, no debí permitir que te vieras metido en esto y debí haberte protegido mejor una vez que ya estabas involucrado. Es ridículo haberte puesto en peligro. Si te ocurriera algo por culpa de alguna de mis estúpidas misiones, jamás me lo perdonaría.

Carl se quedó pensando un momento. Pero Derrick estuvo seguro, por el modo en que sus negras cejas se movían, de que su padre no estaba de acuerdo con nada de lo que le había dicho.

—Bueno, es muy bonito por tu parte que estés cuidando a tu débil y anciano padre —contestó al fin—. Pero, como soy tu padre, tengo toda la libertad de decirte que todo eso es una verdadera y absoluta gilipollez.

—Vamos, papá...

—No, no. Te he dejado terminar. Ahora me vas a dejar tú que termine. ¿Sabes qué es lo último que pensé cuando esos cabrones me dispararon? Pues que si esto tenía que terminar así, no había un modo mejor: con mi hijo a mi lado, luchando hasta el último aliento. De hecho, si pudiera firmar por algo así ahora mismo, lo haría. Así que más vale que te vayas haciendo a la idea de que estoy metido en esto hasta el final, no importa cómo sea. Tú nunca podrás fallarme, Derrick. Joder, estoy demasiado orgulloso de todo lo que has conseguido y del tipo de hombre en el que te has convertido como para que eso sea posible.

Le dio una palmada a su hijo en la pierna y Derrick sintió que volvía a tener doce años. Por un momento, fue una fantástica sensación.

Después, terminó aquel momento de intensidad. Carl se aclaró la garganta y habló:

—En fin, antes de que te dé la orden paternal de que cierres el pico y conduzcas, dime una cosa: ¿por qué parecía que estuvieras expulsando una piedra del riñón cuando me he metido en el coche?

Derrick le habló del mensaje de Heat y de que el CD parecía ser un asunto primordial para los Siete de Shangháí tanto en Washington D. C. como en Nueva York.

—Parece que vamos a tener que averiguar qué hay en esa cosa —dijo Carl.

—Desde luego. Pero ¿cómo? Ninguno de esos frikis ha podido hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Eso es lo que Jones...

Estaba a punto de terminar la frase con «me ha dicho», pero no le salieron las palabras.

Carl negaba con la cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes fiarte de esa serpiente? Si te ha dicho que no lo ha descodificado, eso quiere decir que hay más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que sí lo haya hecho.

Derrick se limitó a quedarse mirando al frente a través del parabrisas. No podía llevarle la contraria a su padre.

—Vale, pues esto es lo que vamos a hacer. Si los hombres de Jones...

—La gente de Jones. Algunas son chicas también, papá.

—De acuerdo. Como decía: si la gente de Jones lo ha descodificado, apuesto a que eso quiere decir que tu amigo Kevin Bryan también puede hacerlo.

—¿Crees que nos ayudará?

—Claro. Yo soy «el hombre», ¿recuerdas? —dijo Carl. A continuación, sonrió y volvió a darle una palmada en la pierna—. Bueno, y ahora ya puedes cerrar el pico y conducir.

El tráfico de la mañana estaba empezando a volverse denso mientras realizaban el corto trayecto hasta el edificio de apartamentos de Kevin Bryan. Derrick fue esta vez por la puerta principal. Si alguno de los frikis alertaba a Jones de su visita, le daba igual.

Al fin y al cabo, estaban en el mismo equipo.

Después de una rápida subida en el ascensor, estaban en la planta de Bryan. Él fue a abrir recién duchado, vestido con calzoncillos y una camiseta. La abrió solo unos centímetros, con la cadena puesta mientras lanzaba una mirada de furia a Derrick.

—Dejemos una cosa clara. He venido a abrir solo porque me da miedo que hagas otro agujero en mi apartamento si no salgo —dijo.

—Desde luego, es una posibilidad, pero no me gusta repetir mis formas de acceder a los sitios y he pensado que usar explosivos montaría un poco de lío.

—¿Qué quieres, Storm?

—Tu ayuda. Igual que la última vez. ¿Necesitas otro sermón de mi padre o podemos saltarnos esta vez los sentimentalismos?

—¿Ha venido tu padre?

—Aquí estoy, Kevin —contestó Carl desde el otro lado de la puerta.

Bryan se lo pensó un momento antes de hablar.

—Olvídalo. No se ofenda, señor Storm, pero este irlandés tiene un límite en cuanto a la culpa que le pueden hacer sentir. Esta mañana tenemos reunión de personal y ya conoce a Jones y su carácter de entrenador de fútbol: si no llegas cinco

minutos antes, llegas cinco minutos tarde. No voy a...

Le interrumpió una llamada de teléfono. Con la cadena aún en la puerta, Bryan sacó el teléfono y miró la pantalla. A continuación, respondió de inmediato.

—Sí, señor —dijo.

Voldemort. Otra vez.

—Sí, señor —repitió.

Escuchó un poco más.

—¿Está seguro, señor?

Otra pausa.

—Sí, señor. Lo hago ahora mismo.

Bryan volvió a guardarse el teléfono.

—Muy bien, ¿cómo lo habéis conseguido?

—¿Conseguido el qué? —preguntó Derrick.

—Era Jones. Dice que se supone que os voy a ayudar con lo que sea que queráis que haga y ha dicho que le parece bien que no le diga lo que es. Parece que, por lo que sea que hayáis hecho, os habéis ganado mis servicios como ayuda de cámara.

Los Storm se miraron asombrados. Después, Derrick tomó la palabra.

—Estupendo —dijo—. ¿Puedes sacarle brillo a mis zapatos?

—No te pases —contestó Bryan—. Entrad.

Sin más demora, Derrick le explicó lo que necesitaban. Bryan se olvidó de inmediato de cualquier rencor que aún pudiera sentir por la intrusión y le escuchó con atención. Estaba claro que aquel desafío le intrigaba.

Poco después, Carl estaba profundamente dormido en el sofá y los otros dos hombres se habían retirado al despacho que Bryan tenía en su casa. Bryan introdujo el disco en su ordenador de mesa que le conectaba con el enorme poder informático de uno de los servidores centrales de la CIA. Enseguida se zambulló en un mundo digital cuyos contornos apenas le eran familiares a Storm.

Derrick se dedicaba a traer café y fingir que sabía de qué le hablaba Bryan mientras perpetraba varios asaltos sobre las medidas de seguridad del disco.

A medida que fallaba uno tras otro, la inquietud de Bryan iba aumentando. También la cantidad de café que tomaba. Y sin embargo, con su obsesión cada vez mayor por resolver aquel rompecabezas, no parecía importarle ni preocuparle el sudor que le había producido la ingesta de cafeína, ni cuando las piernas empezaron a rebotar arriba y abajo como si fuesen martillos neumáticos blanquecinos.

Después de una hora así, Bryan levantó, de repente, la vista de la pantalla.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Lo has conseguido?

—No. Necesito ir al baño —gritó Bryan antes de desaparecer en el interior de su dormitorio.

Cuando volvió, parecía desconcertado.

—¿Qué pasa? —preguntó Storm.

—No lo sé... Es solo que... Normalmente te haces una buena idea de cómo van las cosas después de un par de horas, pero yo no consigo avanzar nada. Si descodificar esto fuera como intentar escribir una novela, yo seguiría todavía en la primera frase.

Storm asintió. Un novelista al que había conocido le explicó que conseguir escribir esa primera frase era como intentar que un adolescente perdiera su virginidad: un largo ejercicio de frustración cada vez mayor seguido de una recompensa que, al final, parecía demasiado breve.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Storm.

Carl, que se acababa de despertar de su siesta, entró en la habitación y se puso a escuchar.

—No lo sé —contestó Bryan—. ¿Buscar un dinosaurio que te ayude a entrar en esa cosa?

—¿A qué te refieres?

—Es un encriptado de finales de los noventa. En el mundo informático, es demasiado tiempo, no solo la Edad de Piedra. Es como si los hombres de las cavernas ni siquiera se hubiesen desarrollado. Siguen siendo monos que tratan de averiguar cómo ponerse derechos. Pero, a su modo, eso lo convierte en una especie de genialidad, porque es tan antiguo y está a tantas generaciones de distancia de los protocolos actuales que no tengo ni idea de cómo afrontarlo. Estoy seguro de que los frikis tampoco han podido. Esta cosa está muy bien cerrada.

—Entonces, ¿lo que estás diciendo es que la codificación es a la antigua usanza? —preguntó Carl.

—Antiquísima —confirmó Bryan.

—En ese caso, creo que ha llegado el momento de irnos —dijo Carl. Después, miró a Derrick—. Tengo otro as en la manga.

Derrick se puso rígido.

—Esto no va a terminar conmigo vestido con césped en la cabeza, ¿verdad?

—No, no. Conozco a un tipo que quizá pueda ayudarnos. Deberíamos hacerle una visita.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York. Queens.

—Es un viaje un poco largo —observó Derrick—. ¿Puedes llamarle antes para asegurarnos de que no se ha ido de vacaciones o algo así?

Carl bajó la mirada a sus zapatos.

—Pues..., eh..., no podemos.

—¿A qué te refieres con que no podemos?

—No tiene precisamente un teléfono.

—¿Puede romper esta encriptación impenetrable pero no tiene teléfono?

—Se toma muy en serio su intimidad.

—¿Y exactamente quién le preocupa que pueda invadir su intimidad?

Carl se limitó a negar con la cabeza.  
—Todo el mundo.

## HEAT

Nikki Heat deslizó la tarjeta en la puerta de su habitación del Lucerne.

Le parecía que habían pasado mucho más de cuatro horas desde que había salido de allí. Pero después de haber dejado los billetes para que Benigno DeJesus empezara a trabajar en ellos, había comenzado a sentir cada minuto de sueño que había perdido.

Entró de puntillas y encontró a Jameson Rook exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado. Seguía desnudo, tumbado sobre el lado derecho, aún dormido profundamente. Lo único que había cambiado era que ahora un pequeño hilo de baba le caía por el mentón sobre la almohada.

Rook siempre estaba guapo cuando dormía. Y desnudo, parecía algo más que guapo. De repente, Heat pensó que sería terrible desaprovechar a un cachas desnudo.

Sigilosamente, se quitó la ropa y se metió en la cama al lado de él, envolviéndose con el brazo izquierdo de Rook.

Aquel empujón despertó la parte superior del cuerpo de Rook. Después, la desnudez de ella empezó a provocar lo mismo en la parte inferior.

Mientras él gemía de gusto, Heat le abrazó suavemente. El cuerpo de Rook reaccionó a su tacto al instante. La hombría de Rook se había ejercitado bien la noche anterior, pero estaba dispuesto a más. La resistencia de aquel hombre no tenía fin.

Apretó sus labios contra la nuca de ella y Heat ahogó un gemido de placer cuando él le dio un pequeño mordisco en el cuello. Al notar que ya estaba húmeda, le guio entre sus piernas y disfrutó de él plenamente.

—Ha sido fantástico —dijo él cuando terminaron.

—Gracias. Tú también.

—Y ahora vas a contarme dónde has estado.

—Yo... He estado aquí toda la noche.

—Entonces, ¿cómo es que te huele el aliento a café? —preguntó Rook.

Pillada. A veces, acostarse con un periodista competente era un rollo.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Rook.

Consciente de que no iba a engañarle, al menos no esta vez, Heat le contó sus aventuras con George el camarero y el coronel Feng. Después, le dijo que George le había entregado por fin los billetes, y que ella, a su vez, se los había confiado a DeJesus.

—¿Y qué vas a hacer cuando DeJesus obtenga algún resultado? —inquirió Rook cuando ella hubo acabado.

—No lo sé. Empezaré a hacerle a alguien un montón de preguntas complicadas, supongo.

Rook asintió. Después, un interruptor se encendió en su interior y apareció en su rostro una sonrisa traviesa.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto?

Él empezó a acercarse y ella empezaba a saborear ya la sensación de tenerlo otra vez dentro cuando, de la manera menos oportuna, su teléfono sonó con la llegada de un mensaje.

—No hagas caso —dijo él con voz ronca.

Pero ella ya se estaba separando de él.

—No puedo. Probablemente será DeJesus.

Esta vez, él dejó escapar un gruñido distinto.

—Lo siento —se disculpó Heat—. Pero no voy a poder disfrutar de esto hasta que...

—Vale. Adelante.

Heat salió de la cama y cogió el teléfono de sus pantalones. Se sentó en el filo de la cama mientras sus ojos enfocaban la pantalla.

No era un mensaje de DeJesus.

Era de un número 646 que ya empezaba a conocer demasiado bien.

La Serpiente.

Pero ¿cómo era eso posible? Bart Callan estaba muerto. Ella le había visto morir. Y no había posibilidad alguna de que hubiese sido fingido. Ella había visto la parte posterior de su cabeza destrozada y sus sesos decorando la pared que había tras ella. Nadie, por muy buen actor que fuera, podría adoptar el extraño ángulo en que su cuello había quedado.

Entonces, ¿la Serpiente era otra persona? Tenía que serlo. Pensó en lo que le había hecho convencerse al comienzo de que se trataba de Callan. Había sido por haber escrito el nombre de ella con sangre en la pared que quedaba detrás de la recepción del vestíbulo tras matar a Bob Aaronson, lo cual había parecido un cumplimiento de la amenaza que le había hecho, y también por la relación con su nombre en clave: el Dragón.

Pero puede que eso no hubiese sido más que una coincidencia. Y tenía sentido que Callan tuviera muchos motivos para escribir el nombre de Nikki en esa pared. Al fin y al cabo, ella le había metido en la cárcel durante cuatro años.

—¿Qué pasa? —preguntó Rook mientras se acercaba a ella.

—Es otro mensaje de la Serpiente.

Rook tardó un momento en asimilar aquello.

—Pero yo creía que... —empezó a decir y, a continuación, se detuvo cuando, al parecer, llegó a la misma conclusión, o a ninguna, en realidad, al igual que Heat—. Entonces, si la Serpiente no es Callan, ¿quién es?

—No lo sé —contestó Heat.

Pasó el dedo por la pantalla para leer el mensaje.

«Último aviso», decía.

Había un vídeo adjunto. Heat pulsó el botón de reproducción y esperó lo que le pareció una eternidad hasta que se cargó. Entonces, la pantalla pasó del negro al color absoluto y a Heat casi se le cayó el móvil de la mano.

Era su madre. Viva. Atada a una silla por las muñecas y los tobillos. Con un periódico apoyado en su regazo.

—Dios mío —dijo Rook. Nikki se había quedado sin palabras.

Cynthia Heat estaba allí sentada, mirando al frente, sin mostrar emoción alguna. No estaba claro si ella sabía que la cámara estaba encendida y estaba grabándola.

Aquello proporcionó a Nikki un momento para observar bien a su madre, como no había podido hacer en aquel medio segundo que la entrevió en la marquesina del autobús, cuando iba disfrazada de vagabunda. Cynthia Heat iba vestida ahora tal y como Nikki la recordaba: unos pantalones sencillos, una blusa con un elegante estampado y ciertos toques sutiles de color, joyas caras pero de buen gusto y un cinturón y unos zapatos que coronaban un atuendo perfecto.

La cámara acercó la imagen. La pantalla del teléfono de Nikki era pequeña, pero aun así recogía los pequeños detalles que aquella imagen más de cerca le proporcionaba. Había más líneas alrededor de los ojos de Cynthia que las que Nikki recordaba. También le habían aparecido arrugas nuevas en la frente. Su rostro era más fino y más perfilado. Tenía los labios más delgados y los ojos se le habían hundido, víctimas de esa inexorable pérdida de colágeno que ocasiona el paso del tiempo. Su cabello era más gris, más apagado y más frágil.

Y aun así: sus pómulos seguían siendo una maravilla, tan altos y orgullosos como siempre. Sus ojos seguían irradiando una intensa concentración, como si en ese mismo momento estuviese buscando los puntos débiles de sus captosres y estudiando las posibilidades de derrotarlos. Mantenía el mentón en alto, fuerte, desafiante y orgulloso. Aún tenía su dignidad.

Más que eso, había vida en ella. Aquellos diecisiete años no se habían llevado las ganas de luchar de Cynthia Heat.

Lo cual era bueno. Pues estaba bastante claro que iba a necesitarlas para soportar lo que quiera que fuera aquello.

Lo que asustaba a Nikki más que nada era que su madre no tuviese los ojos vendados. A quienes la habían raptado no les preocupaba que ella les viera el rostro ni que pudiera identificar el lugar donde la retenían. Eso indicaba que tampoco tenían pensado dejarla con vida el tiempo suficiente para hacerlo.

Nikki se colocó la sábana por encima de su cuerpo desnudo en un intento vano por sentirse menos vulnerable. Rook le había puesto una mano protectora en la espalda. Ninguno de aquellos dos gestos le proporcionó mucho consuelo.

La cámara se movió hacia abajo para mostrar que el periódico que tenía en el regazo era el *New York Ledger*. Heat no pudo distinguir la fecha, pero en la página principal aparecía una fotografía de la visita de Lindsay Gardner a la ciudad el día anterior. En la esquina superior derecha había una noticia: «¿Heat en Seguridad

Nacional? A la célebre policía le han ofrecido el puesto en Washington». Era la edición de esa mañana, la que Nikki había visto en los quioscos apenas dos horas antes. Se trataba de una grabación recién hecha.

Una vez que quedaba clara la imagen del periódico, la cámara se movía hacia arriba y, a continuación, volvía a alejar la imagen para mostrar todo el cuerpo de Cynthia, sentado en una sala que era tan anodina que podría haber estado al otro lado de la ciudad o al otro lado del planeta.

«Buenos días, Cynthia», decía una voz profunda y distorsionada desde detrás de la cámara.

Cynthia miraba justo al lado derecho de la cámara, donde parecía que estaba el que hacía la grabación.

«Vete al infierno, cobarde sin agallas», respondía ella con fiereza.

La voz se reía como si aquello le pareciese divertido.

«Sí, sí. Cynthia Heat, siempre hablando demasiado y siempre tan valiente».

«Quítame estas esposas y ya veremos si es hablar o es otra cosa».

La voz volvió a reírse.

«Eso sería divertido. Pero no es por eso por lo que te hemos raptado. Queremos saludar a alguien».

«¿A la reina? No te molestes. Ya la saludé la semana pasada».

«No, Cynthia», decía la voz. «Queremos saludar a tu hija».

Cynthia ya había tomado aire para soltar otra réplica enérgica cuando la última palabra pareció golpearla como una onda expansiva. Su fuerza pareció desaparecer casi de inmediato.

«¿Mi..., mi hija?», preguntó.

«Exacto. Voy a enviarle este vídeo a Nikki cuando hayamos terminado. Estará en su móvil dentro de unos minutos».

Las lágrimas inundaron al instante los ojos de Cynthia pese a que trataba de seguir mostrándose desafiante.

«No la metas en esto», decía Cynthia con furia. «Ella no tiene nada que ver».

«Demasiado tarde. No deja de involucrarse. No para de insistir. No hace caso a ninguno de mis mensajes. He intentado advertirla. He intentado dispararle. Pero no escucha. Puede que sí escuche a su madre. Díselo. Dile que deje de buscarte. Dile que deje de investigar las circunstancias de tu desaparición. Dile que deje en paz a los Siete de Shanghái».

Una lágrima solitaria caía por la mejilla de Cynthia, dejando un rastro salado a su paso. Parecía que le costaba controlar la respiración.

«Yo... he intentado decírselo», contestó en voz baja. «A mí tampoco me escucha. Le escribí una carta. Le dije que dejara de buscarme. Pero no va a parar. No va a hacerlo».

«Entonces, díselo otra vez», le urgió la voz. «¡Díselo ahora!».

Cynthia Heat miraba directamente a la cámara, que había vuelto a acercarse la

imagen. Nikki sentía esa mirada en un lugar profundo de sus entrañas. Aquella era su madre, que le estaba hablando. Y era real.

«Nikki, cariño. Sé... Sé que he sido una madre horrible. Pero tienes que creerme cuando digo que he hecho lo que he hecho solo por protegerte. Así que, ahora, por favor..., por favor, deja que siga protegiéndote. Olvídate de mí. Continúa con tu vida. Disfruta de tu marido. Ten hijos. Acepta ese puesto en Washington. Haz lo que sea que te haga feliz. Eso es todo... Es todo lo que siempre he querido para ti. Por favor».

En ese momento, apareció un punto rojo en su frente.

«Es suficiente», dijo la voz.

Y Cynthia Heat, que obviamente podía ver el arma cuyo láser la apuntaba ahora, cerró la boca.

«Nikki Heat», continuó la voz. «Ya has oído a tu madre. Hazle caso. Házselo o en el siguiente vídeo que recibas estaré apretando el gatillo. Para demostrar tu intención de que vas a obedecer, vas a salir del país. Ahora. Te hemos comprado dos billetes para ti y tu esposo en Alitalia. Te esperan en el mostrador del aeropuerto Kennedy. Con esos billetes irás a Roma y, después, a Amalfi, donde te quedarás tres semanas sin ponerte en contacto con nadie. Cuando regreses, retomarás tu vida como siempre. El vuelo sale a las dos de esta tarde. Estarás en ese avión o tu madre morirá. Te estaremos vigilando».

Cynthia Heat lanzó a la cámara otra mirada ardiente.

«Por favor, Nikki. Por favor, por favor. Sigue con tu vida. Has vivido diecisiete años sin mí. Por favor, sigue haciéndolo...».

Y así terminaba el vídeo: con la madre de Nikki Heat suplicándole a su hija que olvidara que había existido nunca.

Aquel era el peor de los tratos, de esos que ni siquiera el diablo ofrecería.

Si no dejas de investigar un caso que puede acabar con el regreso de tu madre sana y salva, morirá.

Pero, si dejas el caso, ya nunca formará parte de tu vida. Así que será como si estuviese muerta de todos modos.

Dos opciones. Las dos malas. Y el tiempo se agotaba antes de que tuviese que decidir entre ellas.

Heat se hundió en la cama con el peso invisible de la vida de su madre sobre sus hombros.

—¿Es muy estúpido preguntarte si estás bien? —preguntó Rook.

Heat se apretó con más fuerza la sábana alrededor de su cuerpo.

—No —contestó—. Pero la respuesta a tu pregunta es: no, no estoy bien.

—Ya veo —dijo él—. ¿Has pensado qué quieres hacer?

—Aún no he pensado nada. Lo único que parece que puedo hacer ahora mismo es sentir. Y no me preguntes qué siento, porque lo único que sé es que me cuesta mucho

buscar una palabra para ponerle nombre.

Rook no contestó de inmediato. Se levantó de la cama, se puso unos pantalones y, a continuación, la miró.

—Quiero volver a ver el vídeo —dijo.

—Yo no estoy segura de poder hacerlo.

—Lo entiendo. ¿Por qué no te das una ducha? Es un vídeo corto. Pásamelo para que yo pueda verlo unas cuantas veces mientras tú te lavas. Después, prepararé un café y decidimos qué hacer.

—Ojalá no hablaras en plural. Ya es bastante malo que mi madre esté en peligro. No quiero que tú...

—Demasiado tarde. Ya estoy dentro. Ahora, pásame el vídeo.

Heat estaba tan debilitada que cumplió la petición de Rook y, después, entró en el baño. Abrió el grifo con el agua lo más caliente que podía soportar y, después, se metió debajo de ella con la esperanza de que hiciera desaparecer parte de su tristeza.

Pero no había suficiente agua en todos los océanos que pudiera lograrlo, ni tampoco suficiente calor en el sol. Heat se sentía perdida, desgraciada y abatida. Pero, más que eso, sentía la gran impotencia de su situación.

Se trataba de una sensación que rara vez había experimentado. Desde el día en que ingresó en la Academia de Policía, el único mensaje que le habían recalcado a la cadete Heat era que podía hacer algo con el mal que había en el mundo. Podía cazar a los ladrones. Podía castigar a los delincuentes violentos. Podía llevar ante la justicia a los asesinos.

Como policía, no solo era una sugerencia que podía hacer algo con los malos. Era el deber que había jurado cumplir.

Y, sin embargo, ahora se enfrentaba a la peor calaña de tipos malvados. Le decían que no podía hacer nada. Le ordenaban que cogiera su visión del mundo y la metiera en una centrifugadora. A Nikki Heat no se le daba bien sentirse indefensa.

Por fin, salió de la ducha, no porque se sintiera algo mejor, sino porque consideraba que ya le había concedido bastante tiempo a Rook para ver aquel vídeo tan terrible unas cuantas veces más y llegar a cualquier conclusión que necesitara al respecto.

Después de secarse y envolverse la toalla por debajo de los brazos, regresó a la habitación. Rook se había puesto un albornoz con el logotipo del hotel. Miraba el vídeo con atención, aunque le había quitado el sonido para que ella no escuchara las súplicas de su madre ni aquella desagradable voz distorsionada. Era tanta su concentración que ni siquiera levantó los ojos cuando ella se quitó la toalla para ponerse la ropa —un traje pantalón azul marino— que Rook le había traído de casa.

Por fin, él dejó el teléfono y anunció:

—Vale, creo que tengo controlado el vídeo. Lo he visto seis veces. Cuatro con sonido, dos sin él.

—¿Y? —preguntó Heat.

—Creo que la Serpiente es el Increíble Hulk.

Cuando ella se dio cuenta de que Rook hablaba en serio, se llevó la mano a la frente, pues sentía que le iba a empezar a palpar en cualquier momento. Estaba acostumbrada a las teorías locas de Rook y a sus suposiciones sin sentido. Incluso había llegado a reconocer a regañadientes que, a veces, eran acertadas. Pero esto era absurdo, incluso tratándose de Rook.

—Rook, no estoy segura de poder permitirme un viaje a la ciudad de la locura en este momento.

—No es un viaje a la ciudad de la locura. Ni siquiera te estoy diciendo que entres en la autopista que lleva hasta allí. Límitate a oírme. En el primer mensaje de la Serpiente te decía que podía ser tu amigo o tu enemigo y que tú decidías. ¿Tengo razón?

—Sí.

—De primeras, es muy propio del Increíble Hulk. En ese momento, sigue siendo el doctor Bruce Banner. Está tranquilo. Es racional. Intenta usar la lógica contigo. Sí, hay una amenaza implícita, pues puede convertirse en la Masa, pero aún sigue siendo todo muy inofensivo.

—De acuerdo —contestó Heat, incapaz de creer que de verdad estuviese entrando al juego.

—Después, llega la amenaza más manifiesta: hazlo como yo te digo o sufrirás. Claramente, se trata de un pequeño incremento. Pero aún hay una vacilación. El doctor Banner se está resistiendo a la transformación con todas sus fuerzas. Incluso alguien que no es tan apasionado de los cómics de Marvel como yo...

—Eso es como decir todo el mundo por encima de los doce años de edad, Rook.

—Es cierto. Pero, como decía, tienes que reconocer que este es un comportamiento típico de Hulk. Prácticamente, es como si dijera: «No me hagas enfadar. No te va a gustar que me enfade». En el fondo, el doctor Banner no quiere convertirse en la Masa. Rompe una bonita camisa cada vez que lo hace. Pero sabe que si las cosas van en cierta dirección, es probable que no pueda seguir controlándose. Hay todavía una sensación de remordimiento. ¿Me sigues?

—Supongo.

—Bien. Porque tu siguiente comunicación con la Serpiente ha sido todavía más propia de Hulk. Ten en cuenta que el siguiente contacto no fue el asesinato de Bob Aaronson. Sabemos seguro que eso lo hizo Callan. Y Callan no puede ser la Serpiente porque los muertos no envían mensajes con vídeos. El siguiente fueron esos disparos que te hizo. Disparos que falló.

—Y falló solo porque yo estaba esquivando a unos borrachos que volvían de un restaurante.

—No. Yo diría que falló a propósito. Si de verdad trataba de matarte, podría haber tenido mala suerte por culpa de los borrachos. Pero le habría dado a alguno de ellos. Pero estaba apuntando alto, cosa que es muy de la Masa.

—Porque...

—Porque la Masa hace lo posible por no hacer daño a la gente. Por mucha rabia que tenga, por muy verde que se le vuelva la piel, nunca hace daño a gente inocente.

—Esto es ridículo.

—No. Es completamente cierto. Creo que en los libros de psicología han cometido un grave error por no haber identificado este comportamiento antes. Podrían llamarlo el Síndrome del Increíble Hulk. El SIH. El actor Lou Ferrigno podría ser el famoso que se convirtiera en portavoz de la enfermedad. En fin, ¿por dónde iba?

—Por lo de volverse verde.

—Exacto. Y eso nos lleva a nuestro último contacto con la Serpiente. Este vídeo. De nuevo, nadie sufre en realidad ningún daño. Piénsalo: si la Serpiente quisiera ir en serio, ¿no le daría primero una pequeña paliza a tu madre? ¿No le cortaría algún miembro, le haría alguna magulladura en la cara o le infligiría dolor de verdad? Eso haría que el vídeo fuera cien por cien más escalofriante y, por tanto, un mil por cien más efectivo. Sabrías, sin duda alguna, que la Serpiente es un tipo cruel que está dispuesto a cometer crueldades. Pero no lo hace. Porque, en el fondo, sigue siendo el doctor Bruce Banner, un ser humano apacible y muy decente.

—Por favor, ¿puedes explicarme todo esto sin enmarcarlo en un contexto de superhéroes? —preguntó Heat.

—Sí. Es un farol. La serpiente sisea, pero no muerde.

—No sé, Rook. Mi madre no se asusta fácilmente y parecía bastante asustada.

—Lo cierto es que yo no estoy tan seguro de que eso sea así. En realidad, este vídeo es la confirmación definitiva de que tengo razón.

—¿En qué sentido?

—Creo que sigue un guion.

—¿Un guion? Pero si así fuera, mi madre estaría... colaborando con su raptor.

Rook había empezado a pasearse a un lado y otro por el pequeño trozo de moqueta del hotel que había delante de la cama.

—Bueno, aún no me atrevo a decir tanto. Pero sí creo que el objetivo final de cada uno está ligado al del otro. En cierto modo, eso ya lo sabíamos. Antes de que la raptaran, te había escrito esa carta. Así que, cuando el secuestrador le dice que te convenza para que dejes el caso, lo único que está haciendo es reforzar algo que ella quiere de todos modos.

—Pero eso no significa que en el vídeo sigan un guion.

—Creo que no opinarías lo mismo después de verlo con más atención, especialmente cuando el sonido está apagado —contestó Rook adoptando un tono de clase magistral—. Con el sonido, es demasiado fácil distraerse con el espeluznante tono de esa voz y por las cosas que dice. Pero cuando lo silencias, solo tienes que mirar el lenguaje corporal. Es entonces cuando de verdad puedes ver de qué hablo. Verás, deja que te lo enseñe.

Toqueteó un momento su teléfono y puso el vídeo en el momento en el que acaban de mencionar el nombre de Nikki, cuando a Cynthia se le llenan los ojos de lágrimas. Pulsó el botón de reproducción y le pasó el teléfono silenciado a Nikki. A continuación, se puso detrás de ella para verlo juntos.

Para Nikki no era más que la misma película mala una vez más, pero esta vez silenciada. No sabía qué era lo que Rook podía estar viendo en aquella pequeña pantalla. Pero sintió casi literalmente cómo la excitación de él aumentaba justo antes de que Cynthia comenzara a hablar.

—Ahí —dijo él apuntando con el dedo—. Justo ahí. Mira cómo se inclina hacia delante un poco justo antes de hablar. Es como si supiera que ahora es su turno para intervenir. Su cuerpo muestra la expectación por estar a punto de decir una frase. ¿Cómo iba a saberlo a menos que lo hubiesen decidido con antelación?

Nikki seguía mirando a Cynthia sentada e inmóvil. Rook volvió a excitarse justo cuando los labios de Cynthia empezaban a moverse.

—Ahí lo tienes otra vez —señaló—. ¿No lo ves?

Sí que lo vio. Es más, por su formación teatral sabía que aquello era una característica que, a veces, hay que quitarle a los actores principiantes que se adelantan a la intervención de sus compañeros en lugar de reaccionar a sus palabras después de que las pronuncien.

—Sí que lo veo —contestó Heat—. Tienes razón. Es como si se lo hubiesen dicho antes.

Rook, aún con tono de catedrático, estaba realmente encantado con su alumna.

—Pues ahí lo tienes. Y luego está también lo del billete de avión. O sea, en serio, ¿qué clase de tipo malvado te regala un viaje gratis a la costa amalfitana? No me malinterpretes, me gusta su estilo. Y conozco un restaurante estupendo en Amalfi si quieres aceptar su oferta. Pero no es precisamente coherente con una persona que, en realidad, tiene planeado meterle a tu madre una bala en la cabeza. Un verdadero malhechor no se molesta en ofrecerte una zanahoria así. Lo único que le preocuparía sería el palo.

Dejando de lado lo absurdo de la analogía con la Masa, Heat se dio cuenta de que estaba de acuerdo con Rook.

—Muy bien. Digamos que es un farol —convino—. ¿Cómo afecta eso a que sigamos adelante?

—No afecta en nada —contestó Rook—. La Serpiente va a seguir amenazándote. Tú no le hagas caso y continúa con tu investigación.

—Dicho de otro modo, desafiamos su farol y rezamos por que sea una amenaza vacía de verdad.

—Exacto.

Heat tomó aire y contuvo la respiración. Se había fiado de las corazonadas de Rook muchas veces en el pasado. Unas habían salido bien. Otras no.

La diferencia esta vez estaba en las consecuencias de equivocarse. Esto no era la

investigación de un asesinato donde hacer caso a Rook implicaría la posibilidad de apartarse un tiempo del camino acertado antes de volver a retomarlo.

Esta vez se trataba de la vida de su madre.

Y, sin embargo, sabía que Rook tenía razón. Desde el principio, había visto algo raro en lo relativo a la Serpiente. Heat no tenía todavía ni idea de quién era ni de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Pero, en el fondo, no creía que fuese a matar a su madre.

Heat soltó el aire.

—Espero que tengas razón —dijo.

Rook la miró con expresión seria.

—Yo también.

## STORM

Derrick Storm lamentó tener que dejar el Ford Expedition —y su munición— en la zona de estacionamiento limitado del aeropuerto Reagan National.

Pensó por un momento en tratar de pasar de contrabando el lanzagranadas y unas cuantas granadas por el arco de seguridad, seguro de que la Agencia de Seguridad en el Transporte no se daría cuenta si era lo suficientemente astuto como para desviar la atención hacia algo que de verdad hiciera saltar la alarma, como un bote de champú de diez centilitros.

Pero, al fin y al cabo, tenía amigos en Nueva York que podrían proporcionarle armas en caso de necesidad. Además, no quería quedarse sin champú.

Así pues, libres de todo tipo de trabas, Derrick y Carl Storm consiguieron dos asientos en el Delta Shuttle de las ocho de la mañana. Cincuenta y nueve minutos después, aterrizaron en LaGuardia. Otros veinte minutos más tarde, fueron a una agencia de alquiler de coches y se dirigieron al este por la autopista Grand Central. Derrick seguía las instrucciones del GPS hacia la dirección de la calle Dartmouth en Queens que su padre le había dado.

—¿Me vuelves a explicar quién es este tipo? —preguntó Derrick.

—Albert Gorithem —respondió Carl—. Puedes llamarle Al.

—«You Can Call Me Al», como la canción de Paul Simon.

—Estoy bastante seguro de que Al no sabe que existe Paul Simon. No está precisamente a la última en cuestión de novedades.

—Papá, Paul Simon no ha sido novedad en los últimos treinta años.

Carl Storm se limitó a refunfuñar.

—¿Estás seguro de que va a querer vernos? —preguntó Derrick—. ¿Quedasteis como amigos?

—Sí. Los mejores. Éramos así.

Carl cruzó su dedo corazón por encima del índice.

—Y va a poder descodificar el CD —dijo Derrick tratando de mostrar su confianza planteándolo como una afirmación y no como una pregunta.

—Si alguien puede, ese es Al. Antiguamente, era el mejor.

—¿Y qué le pasó?

—Lo mismo que nos ha pasado a todos —respondió Carl—. Nos hemos hecho viejos, obsoletos. Luego llegó algún mocoso y convenció a todos de que podía hacer mejor el trabajo. Además, Al tenía ciertas... excentricidades que sacaban lo mejor de él.

—¿Eso de no tener teléfono?

—Entre otras cosas, sí.

—No vamos a encontrárnoslo dando vueltas alrededor de su casa con un sombrero de papel de aluminio, ¿verdad?

Carl hizo una pausa que a Derrick le pareció demasiado larga antes de responder.

—No lo creo, pero...

—Vaya, perfecto.

—Oye, este tipo es un virtuoso en lo que se refiere a descodificación, ¿vale? Pero, a veces, si se quiere disfrutar del arte hay que soportar al artista.

Derrick estaba atravesando el centro de la punta oeste de Long Island con cinco carriles de caos apenas controlado. Avanzaba a ciento veinte, luego a sesenta y, después, de nuevo a ciento veinte. Mientras lo hacía, serpenteaba por los carriles, se apartaba de otros coches, hacía rugir el motor entre los huecos de tráfico que no parecían apropiados para ningún vehículo mayor que un triciclo y, luego, dejaba un gran espacio por delante de él.

Para Derrick, aquella era una prudente medida preventiva ante un posible seguimiento. Para la mayoría de los neoyorquinos, era simplemente la forma habitual de conducir.

Al pasar por Citi Field, la sede del equipo de béisbol profesional que siempre ocupaba el segundo puesto, se dio cuenta de que un coche —un sedán azul de tamaño medio con un logotipo de Mazda en la rejilla— parecía estar siguiendo sus movimientos, acelerando cuando él lo hacía y rezagándose cuando no pisaba el acelerador. Iba unos coches por detrás, nunca en el mismo carril, tratando de actuar con disimulo. El sensible olfato de Derrick había detectado un posible seguimiento.

La salida para la casa de Al Gorithem iba a llegar pronto. Si el Mazda azul le estaba siguiendo, no quería llevar a sus acosadores adonde él se dirigía. Al mismo tiempo, no había mejor forma de confirmar que le seguían que hacer los giros que el GPS le decía que venían a continuación.

—Puede que tengamos compañía —dijo Derrick.

—¿A qué te refieres?

—Hay un coche azul al que parece que le hemos gustado.

—¿Desde cuándo?

—Desde el aeropuerto.

Carl se quedó pensando un momento.

—¿Crees que tus amigos de lo Siete de Shanghái han encontrado el modo de colocarte otro aparato de seguimiento?

—No. Los de la CIA lo habrían visto al comprobar si llevaba micrófonos ocultos. Y no sería propio de Jones decirles que lo dejaran. No quiere que nadie sepa dónde está el Cuchitril, ni siquiera los que trabajan con él. Lo más probable es que los Siete de Shanghái hayan entrado en el sistema informático de Delta. He visto a los frikis hacerlo. Acceden y se descargan las listas de pasajeros.

—De ser así, habrán sabido a qué hora aterrizábamos y habrán hecho que alguien

estuviese allí para seguirnos al salir del aeropuerto de LaGuardia.

—Y después, una vez que han visto adónde vamos, han tenido tiempo de reunir a más hombres para acabar con nosotros —concluyó Derrick.

—En ese caso, propongo que despistemos a este tipo entre las calles. No debería ser difícil. Ya sabes cómo es el barrio de Queens. Quienquiera que diseñara esas calles o tenía un gran sentido del humor o sufría de vértigo.

—Vale, pues allá voy —dijo Derrick.

Tomó la salida hacia la casa de Al y permaneció en la vía de servicio de la autopista Grand Central durante un momento. El coche azul hizo lo mismo.

Giró a la derecha en la calle 69. El Mazda hizo lo mismo. Pero también muchos otros coches. Era la primera calle principal después de la salida.

—¿Sigue detrás? —preguntó Carl.

—Sigue —confirmó Derrick.

—Bien, para en esos almacenes —propuso Carl—. Vamos a echarle un vistazo a este tipo.

Derrick obedeció. El coche pasó por su lado. Era una mujer vestida con un hiyab que le cubría el pelo y el cuello.

—¿Crees que a los Siete de Shanghái les ha dado por contratar a mujeres musulmanas para hacer su trabajo sucio? —preguntó Derrick.

—Lo dudo.

—Vale, pues consideremos que ha sido una falsa alarma.

Salieron de nuevo a la calle 69. El Mazda azul no volvió a aparecer. Derrick pensó por un momento que un Toyota 4Runner podría estar acechándoles. Después, se marchó y quizá —solo quizá— un Chrysler 300 le sustituyó.

A continuación, Derrick pensó que todo aquello no eran más que paranoias. Un seguimiento de tres coches exigía entrenamiento, sincronización y disciplina. Era difícil llevarlo a cabo sin un alto grado de coordinación. Ni los agentes más experimentados de la CIA lo habían conseguido. Estaban a salvo.

Tras una serie de giros, enseguida estuvieron atravesando la calle Dartmouth, tan agradable y rodeada de árboles como debía ser tratándose de una calle que llevaba el nombre de esa gran institución de estudios superiores. Derrick encontró un hueco en mitad de la manzana y aparcó en paralelo.

A la izquierda había una fila de casas de ladrillo ordenadas y bien conservadas que habían sido construidas alrededor de la misma época —probablemente tras la Segunda Guerra Mundial, con la generosidad de la G. I. Bill, la ley aprobada para ayudar a los soldados retirados— y habían permanecido más o menos idénticas.

Salvo una. La parte inferior de la cubierta estaba decorada con un trío de gárgolas de estilo medieval. Su tejado tenía espirales de alambre de concertina por los bordes. Varios carteles de NO PASAR adornaban el jardín, cubierto de plantas que necesitaban poca agua para no tener que cuidar el césped. Había barrotes en puertas y ventanas. Las cortinas estaban echadas.

—¿Por qué creo que hemos encontrado la casa? —preguntó Derrick.

—Ya veo que sigues conservando tus dotes de detective privado —observó Carl—. Ahora quédate detrás y deja que yo lleve la voz cantante. Puede que esto se ponga raro.

Carl recorrió el corto camino de cemento, subió las escaleras y, a continuación, llamó al timbre.

No pasó nada. No hubo sonido ni zumbido. Carl volvió a pulsar el botón, con más fuerza esta vez. Pero no oyó nada.

Tenía sentido que un hombre que quería que le dejaran en paz hubiese desconectado el timbre de la puerta. Así que Carl abrió la puerta de tela metálica y tocó con los nudillos en el estrecho hueco entre los barrotes que cubrían la puerta.

Después, volvió a tocar. Y otra vez más.

—Puede que no esté en casa —sugirió Derrick desde la acera.

—No. Está en casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Al es un poco recluido.

—¿Un poco recluido?

—Vale, lo último que supe es que no había salido de su casa desde 1998.

—Ay, papá...

Carl volvió a llamar. Y otra vez.

—¡Al! —gritó—. Al, soy yo. Carl Storm. Del Buró.

Siguió llamando. Nada.

—Voy a seguir llamando hasta que abras —gritó Carl.

Para demostrarlo, golpeó la puerta diez veces en una rápida sucesión.

Por fin, desde el interior se oyó una voz tensa y aguda.

—Vete.

«Derrick Storm, te presento a Albert Gorithem».

—Al, necesito tu ayuda —dijo Carl—. Vamos, abre.

—Estás con ellos. Sé que estás con ellos. Lárgate.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Carl.

—Lo sabes muy bien. Ahora, vete. No vas a convencerme para que te abra.

Derrick miraba a su padre con media sonrisa en la cara.

—Papá, sé que me has dicho que erais así. —Colocó su dedo corazón por encima del índice—. Pero a mí me parece más bien esto. —Giró la mano hasta que solo el dedo corazón sobresalía de ella.

Carl no le hizo caso.

—Al, vamos, amigo. Es muy importante. Necesito que descifres un encriptado antiguo. Eres el único que puede ayudarnos.

Durante un momento, una de las cortinas de la sala de estar se abrió para volver

de inmediato a su lugar.

—Los de la CIA no han sabido por dónde meterle mano —continuó Carl y, a continuación, hizo un importante cambio de estrategia, pasando de la súplica al desafío—. Supongo que a ti también te pasará lo mismo.

Derrick prácticamente pudo notar cómo Gorithem se removía al otro lado de la puerta.

—Hay un hombre que siempre quiere entrar en mi casa a estas horas —dijo Gorithem—. Es de lo más insistente. Viene todos los días excepto los domingos. ¿Cómo sé que no trabajas para él?

—Al, ese hombre que intenta entrar todos los días en tu casa es el cartero.

—Ese es su disfraz. A mí no me engaña.

—Muy bien. Oye, no soy él, ¿vale? —dijo Carl—. Mírame. Sé que estoy viejo, pero soy Carl Storm. Mírame.

La cortina volvió a abrirse durante un momento.

—¿Cómo sé que no eres nadie que se parece a Carl?

—Por el amor de Dios.

—Junio de 1996. Minnesota. ¿En qué caso estabas trabajando?

—Porno infantil —respondió Carl—. Tú habías averiguado que esos psicópatas se intercambiaban fotos incluyéndolas en lo que parecían inocentes fragmentos de datos de investigaciones. Las intercambiaban utilizando el protocolo de transferencia de archivos. Yo fui a Duluth para arrestar a aquel hombre. Vivía en la buhardilla de sus padres y lo hacía todo a través de un servidor que había fabricado él mismo. Eh... Se apellidaba Willis. Vernon Willis.

Durante un breve momento no se oyó nada en el interior.

—Ese caso tuvo mucha publicidad. Puede que hayas leído alguna noticia de aquello.

—Al, deja ya de...

—Seattle, 1986. ¿Qué caso cerraste?

Carl frunció el ceño. Se puso las manos en la cadera y levantó los ojos al cielo.

—Esa es una pregunta con trampa —dijo por fin—. Yo no tuve ningún caso en Seattle en 1986.

—¡Mentiroso! ¡Farsante! ¡Impostor! —gritó Gorithem—. ¡Lo sabía! ¡El verdadero Carl Storm no habría olvidado nunca el secuestro de Bessinger!

—Por el amor de... ¡El secuestro de Bessinger fue en el 87, idiota! Klaus Bessinger. Su padre era el violinista principal de la Orquesta Sinfónica de Seattle y le habían prestado un Stradivarius valorado, más o menos, en medio millón de dólares. Los secuestradores querían intercambiar el violín por el niño. Engañamos a los secuestradores con un violín que pedimos prestado a una profesora de Suzuki que se llamaba Jennifer Kovarovic. La trampa funcionó y el secuestrador al que cogimos delató a sus compañeros después de enseñarle unas imágenes de muerte por electrocución y prometerle que eso era lo que le iba a pasar si no colaboraba.

Gorithem se quedó pensando un momento.

—¿Cómo sé que no te has estudiado algunos de los casos más importantes de Carl Storm para tener una respuesta por si yo te preguntaba?

—Vamos, Al. ¿Quieres dejarlo ya y...?

—Mi fiesta de jubilación. ¿Qué tipo de tarta pusieron?

—Otra pregunta trampa. No tuviste ninguna fiesta de jubilación. Dejaste de salir de casa varios años antes. Tuvimos que enviarte la tarta por correo. Se decía que la dejaste en el porche delantero porque estabas seguro de que el agente especial que te la envió la había envenenado.

—Esa tarta estaba envenenada. Uno de los perros del vecindario se la comió y juro que nunca más volví a ver a ese perro.

De repente, la puerta de la casa se abrió. Apareció un hombre delgado de unos setenta años. Su piel era tan pálida que prácticamente resultaba translúcida. Tenía el pelo apelmazado por un lado, quizá por la almohada, y levantado por el otro. Llevaba unos calcetines negros sin zapatos, unos pantalones escoceses cortos y una camisa azul a cuadros abierta que mostraba el ralo pelo del pecho.

—¡Date prisa! —le ordenó—. Ese, entre comillas, cartero puede llegar en cualquier momento.

Carl entró rápidamente. Derrick se dispuso a seguirle, pero Gorithem sacó un brazo delgaducho para bloquearle el paso.

—Espera. ¿Quién es este?

—Es mi hijo, Derrick.

Gorithem levantó los ojos hacia Derrick.

—El día que naciste, ¿qué marca de puros repartió tu padre en la oficina?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Derrick.

—Cohiba —respondió Carl—. Déjalo ya, Al. Tenemos trabajo.

El interior de la casa de Albert Gorithem resultó ser tan extraño como él mismo. Toda la planta de abajo había sido convertida en un gran taller.

El suelo era de baldosas. Olía a productos de limpieza. Las paredes estaban cubiertas de pizarras blancas llenas de ecuaciones multivariantes, todas ellas escritas con una letra increíblemente pequeña y salpicadas de letras griegas que Derrick conocía por las fiestas en las hermandades de la universidad.

En medio de la habitación había un gran despliegue de ordenadores de distintos tamaños y antigüedad, todos ellos conectados entre sí a través de una jungla de cables que les salían por detrás. Si Gorithem se había enterado de la invención de las conexiones inalámbricas, no se notaba.

Solo había una silla: la que estaba delante de los ordenadores. Ninguna otra cosa sugería que las comodidades hubiesen sido tomadas en cuenta más que de refilón.

Por el contrario, la seguridad sí que había recibido abundante atención. Colgadas

del techo había una serie de pantallas de televisión que mostraban distintos ángulos del jardín de piedras de la fachada, los pequeños callejones a ambos lados de la casa y el diminuto espacio que había detrás. Nadie podía entrar a escondidas en la casa de Al Gorithem.

—Apuesto a que no habéis visto ninguna de esas cámaras al entrar —dijo Gorithem claramente orgulloso de sí mismo.

—No —contestó Derrick.

—Las gárgolas. Están escondidas dentro de las gárgolas. Lo cual quiere decir que están protegidas con piedra. Haría falta un martillo neumático para inutilizarlas.

—¿En qué estás trabajando, Al? —preguntó Carl.

—Es confidencial —contestó—. De hecho, te pido que no mires las pizarras. Algunos matemáticos de Berkeley darían lo que fuera por echarles un vistazo. No quiero que les soples en qué ando metido.

—Sí, no corres ningún peligro —le tranquilizó Derrick.

—Os invitaría a tomar asiento, pero... —Gorithem miró por la habitación, que estaba desprovista de muebles salvo la única silla.

—No pasa nada —respondió Carl—. Más vale que vayamos al grano.

—Creía que te habías jubilado —dijo Gorithem.

—Lo hie. —Carl señaló a Derrick con el pulgar—. Él no.

—¿Y por qué le iba a ayudar?

—Porque te lo pido yo y soy la única razón por la que no te echaron antes de que cumplieras los veinte años en la agencia —contestó Carl—. ¿Te acuerdas de San Antonio?

—Ah. Sí —dijo Gorithem.

—Y Branson.

—Sí, sí. Vale. ¿Qué es eso que no puedes descodificar?

Carl hizo una señal con la cabeza y Derrick sacó el CD de su chaqueta, donde lo había tenido guardado y a salvo junto a su pecho. Se lo pasó a Gorithem, que se sentó sin decir nada e insertó el disco en el lector de uno de sus ordenadores.

Pulsó unas cuantas teclas y, a continuación, frunció el ceño a la vez que dos de las pantallas que tenía delante se llenaban de una incomprensible serie de números, letras y símbolos.

Para los Storm, aquello era ilegible. A Derrick le habría costado menos descodificar un huevo. A Carl le habría resultado más fácil ponerlo.

Pero los ojos de Gorithem se posaron sobre la pantalla como si se tratara de una lectura tan fácil y agradable como la de una novela clásica de Stephen Cannell.

—Sí, sí —comentó—. Llevaba tiempo sin ver esto. Tenías razón cuando dijiste que es antiguo. Esto ya no lo usa nadie. Ah, es una joya.

—Entonces, ¿puedes descifrarlo? —pregunto Derrick.

—¿Que si puedo? —repitió Gorithem ofendido—. ¿Has oído al muchacho, Carl? Que si puedo descifrarlo. ¿Qué intentas decir? ¿Que solo soy un aspirante a Whit

Diffie?

Derrick y Carl intercambiaron miradas de incomprensión.

—Por favor, fingid que sabéis que es el padre de la criptografía con clave pública o perderé el respeto por vosotros —dijo Gorithem.

—Ah, sí.

—En fin, a lo que nos enfrentamos aquí es a una mezcla de MD5 y AES. Es de 128 bits, así que os va a costar entrar en este pichón. Y utiliza elementos del cifrado por bloques Rijndael. Antes de que apareciera el WAP2, yo creía que podría tener futuro, pero lo cierto es que no enganchó más que a entusiastas como yo. Se lo conoce como Cifrado Bridget Dos, o simplemente con la abreviatura B2.

—¿El Bridget Dos? —preguntó Derrick—. ¿Es que lo creó una mujer que se llamaba Bridget?

—No, no. Lo creó un hombre que le puso el nombre de la única chica con la que se acostó en su vida, con la esperanza de repetir con ella.

—¿Le funcionó?

—Por supuesto que no —bufó Gorithem—. En fin, puede que esto me lleve un tiempo. Así que vamos a ello.

## HEAT

La llamada debió de sonar cuando Heat estaba en la ducha o mientras Rook estaba analizando el vídeo.

Pero en cuanto Heat vio que tenía una llamada perdida, que le habían dejado un mensaje y que el que llamaba era John Null, el director de campaña de Lindsay Gardner, se dispuso a escuchar de inmediato el buzón de voz.

«Nikki Heat, soy John Null. Lindsay está deseando reunirse con usted. Tenemos un mitin importante en Phoenix esta noche pero podría incluirla en su agenda antes de irnos. O, mejor aún, podría venirse con nosotros. Lo que le venga mejor. Llámeme».

Heat estaba a punto de salir del hotel y dirigirse a la comisaría. Sin decir nada, le dio el teléfono a Rook, que llevaba aún puesto el albornoz.

Todavía tenían que hablar de la oferta de trabajo y de sus implicaciones. Como si no tuviese ya demasiadas cosas en la cabeza.

Rook escuchó el mensaje y, después, le devolvió a Heat el teléfono.

—¿Qué opinas? —preguntó ella.

—Creo que le gustas. Por cierto, ¿es más fuerte que yo?

—Para. Me refiero al trabajo.

Rook se rascó el mentón un momento.

—Creo que si la futura presidenta de Estados Unidos te ofrece un puesto, sería una estupidez no pensárselo en serio.

—Sí, pero... Es decir, ya tengo mucho trabajo administrativo. ¿Te imaginas lo que sería con ese puesto?

—También contarías con más recursos. Podrías delegar en otros las cosas que no te gustaran.

—Sería un puesto bastante mediático. No estoy segura de que eso me guste.

—No sé si te has dado cuenta, pero me parece que en este trabajo también atraes mucha atención —apuntó Rook—. Es cierto que yo soy culpable en parte...

—En gran parte.

—En gran parte. Pero lo que quiero decir es que eso te va a pasar allá donde vayas.

Heat miró por la pequeña ventana a la calle 79.

—¿Y qué opinas de vivir en Washington D. C.?

Rook hizo el gesto de escribir sobre un teclado.

—Esto lo puedo hacer en cualquier sitio. Es una de las ventajas de mi trabajo. Seguro que en *First Press* no les importa que mis artículos tengan más relación con Washington.

—Entonces, ¿crees que debería aceptarlo?

—Creo que no es decisión mía. Es tuya. Haz lo que creas que es mejor. Yo te apoyaré decidas lo que decidas. Lo sabes.

—¿Crees que mi madre se mudaría a Washington con nosotros? Es decir, ya sabes..., suponiendo que esto termine bien.

—Es una buena idea —contestó Rook antes de besarla en la frente—. Y ahora, como ya he abandonado toda esperanza de echar otro polvete rápido antes de ir a trabajar, voy a meterme en la ducha.

Heat le agarró antes de que él se pudiera mover y le besó con más intensidad.

—Hay más de esto. Pero será más tarde. Ahora, vete —dijo ella dándole una palmada en el culo.

Heat salió del hotel con paso enérgico. Llamaría a DeJesus para ver si había encontrado alguna correspondencia de las huellas. Después, intentaría tener una reunión privada con Feng que, con suerte, estaría cansado tras una noche de interrogatorios por parte de todas las fuerzas del orden.

A pesar de la falta de sueño, Heat sentía mucha más energía que cuando había recorrido el mismo camino la noche anterior, o incluso que cuando había visto por primera vez el vídeo de su madre.

Rook tenía razón. Estaba cada vez más segura de ello. En realidad, la Serpiente no iba a hacerle daño a su madre. La verdadera amenaza era el poseedor de esas huellas dactilares. O quien hubiese contratado a Callan. En cualquier caso, estaba cerca de conocer la identidad de esas personas y llevarlas ante la justicia.

Mientras aumentaba el ritmo de sus pasos, Heat reconoció el comienzo de una de las emociones más delicadas a las que un detective se tiene que enfrentar: la esperanza.

En ciertos aspectos, es el más necesario de los sentimientos. Estimula al detective y le da confianza. Tiene que creer que puede resolver un caso o, de lo contrario, nunca lo conseguirá.

Y, sin embargo, también entraña cierto peligro. La esperanza levanta a las personas.

Y eso hace que la caída sea mucho más dolorosa.

—¿Qué quiere decir con que Feng ya no está bajo custodia? —gruñó Heat al teléfono.

Había sido lo primero que había hecho nada más sentarse en su mesa: una llamada rápida a la comisaría Trece para preguntar cuándo podía reunirse un rato con Feng, o, lo que sería aún mejor, pedir que le llevaran a Feng a la Veinte, donde podría hablar con él en los familiares confines de la sala de interrogatorios número 1.

Pero le dijeron que llegaba demasiado tarde.

—Ese hombre y su cuadrilla de matones mataron a una persona anoche —

continuó—. Lo hicieron delante de mis ojos. La gente no mata a alguien y, después, se libra de la custodia policial diciendo sin más: «Uy, no volveré a hacerlo». Son ciudadanos extranjeros, por el amor de Dios. Ni siquiera deberían llevar armas. Un incidente así tarda días en desenredarse, no unas horas.

—Lo siento, señora —repuso el detective del turno de día—. No tengo más información. La orden vino de arriba antes de que yo llegara esta mañana.

—¿De dónde vino?

—Creo que directamente del despacho del director adjunto.

—Vaya, eso es perfecto. —Heat colgó el teléfono con un golpe.

Esperó medio segundo y, a continuación, lo volvió a coger y llamó a Zach Hamner. El primer ayudante administrativo del director adjunto de asuntos legales de la policía de Nueva York respondió con un oficioso: «Aquí Hamner».

—¿Qué narices pasa, Hamner? —preguntó Heat.

—Vaya, buenos días, comisaria Heat —dijo él con fingida amabilidad.

—Que te den. ¿Por qué ha soltado el director al coronel Feng?

Hamner respondió a la pregunta como si llevara toda la mañana esperándola.

—¿Y a ti qué te importa?

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes de sobra que sí me importa.

—¿Porque eras testigo? ¿O porque Bart Callan te hizo parecer como una ridícula estúpida al convertirte en una dama angustiada que necesitaba que la rescataran tras haberte quitado tu arma de servicio? Sinceramente, comisaria, deberías darme las gracias por haber escondido este asunto debajo de la alfombra y haberme asegurado de que no vaya a llamar más la atención en el departamento. Ni en los medios.

—Entonces, ¿has sido tú?

—Considéralo una decisión en grupo que ha tomado un equipo cuyo número de miembros puede ser o no mayor de uno —contestó Hamner—. Y no es que te merezcas ninguna explicación, pero, como el director ya está soñando con todo el dinero del Departamento de Seguridad Nacional que vas a destinarle, sí, hemos dejado libre a Feng. Y lo hemos hecho por tres buenos motivos, por lo menos.

»En primer lugar, estaba aquí con un visado diplomático y tiene inmunidad. Dos, creía, y con razón, que las vidas de dos personas, una oficial de la policía y un civil, estaban en serio peligro. Y parte de lo que corrobora esa afirmación procedió de tu boca, comisaria. Tres, el hombre al que ha matado era un fugitivo armado que suponía un claro peligro para la ciudadanía. ¿De verdad tengo que continuar?

Heat agarraba el teléfono con tanta fuerza que el antebrazo empezaba a dolerle.

—Ah, la verdad es que se me acaban de ocurrir más —dijo Hamner, claramente disfrutando de aquello—. Cuatro, nuestros amigos del Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos estaban prácticamente dispuestos a colocarle una medalla a Feng en el pecho porque les ha ahorrado la vergüenza de no ser capaces de localizar a un notorio fugitivo. Y cinco, Feng ha hecho una llamada telefónica a la Embajada de China, donde han empezado a hacer más llamadas a personas bastante importantes en

plena noche. Era imposible que nuestro gobierno quisiera arriesgarse a sufrir un incidente con la otra superpotencia del mundo por un asunto así. Joder, los chinos están haciendo islas enteras en el sur del mar de China para después llenarlas de misiles incumpliendo descaradamente el derecho internacional y más tratados de los que se me puedan ocurrir y lo único que hacemos al respecto es lanzar advertencias y, en ocasiones, enviar un acorazado para dejarnos ver. ¿Crees que el tío Sam va a detener a unos diplomáticos chinos por, básicamente, habernos hecho un favor? Ni en sueños.

»Y bien, ¿alguna otra pregunta?

—No. Creo que ya está.

—Bien. Por cierto, estabas estupenda ayer en la televisión, comisaria Heat. Representabas de verdad el...

Heat colgó. Escribió con rabia un mensaje rápido a Storm:

FENG ESTÁ LIBRE. MANTENTE ALERTA. ¿QUÉ TAL VA LA  
DESCODIFICACIÓN?

Poco después, Storm respondió con otro mensaje:

ESTAMOS HACIENDO PROGRESOS. OTRA HORA. PUEDE QUE DOS. GRACIAS  
POR AVISAR DE LO DE FENG.

Heat se puso de pie. Había algo más que podía hacer con relación a Feng. Puede que cuando Storm consiguiese descodificar el CD y supieran por qué los Siete de Shanghái estaban tan ansiosos por recuperarlo, Feng dejara de ser importante.

O quizá terminara con sus jefes en prisión. Las extradiciones desde China no eran imposibles. Y lo que era aún mejor, si conseguía localizarlo mientras siguiera en el país, no sería necesaria ninguna extradición.

Con ese cabo aún suelto, Heat bajó a los dominios de Benigno DeJesus.

Lo encontró revolviendo un café, pensativo y mirando el líquido oscuro como si en él tuviera todas las respuestas de la vida. Heat deseó que fuera así de fácil. Golpeó suavemente la puerta aunque estaba abierta.

—Ah, hola, comisaria —la saludó—. Estaba a punto de llamarte para hablarte de esas huellas.

—¿Con buenas o malas noticias? —preguntó ella.

—Me temo que lo último. Las he pasado por nuestro sistema y no ha salido nada, por supuesto. Después fui al IPG.

DeJesus no tenía que molestarse en explicarle que la División de Servicios de Información de Justicia Penal del FBI había desarrollado lo que se conocía como sistema de Identificación de Próxima Generación para albergar todos sus datos biométricos. La joya de la corona del IPG era la Tecnología Avanzada de Identificación de Huellas Dactilares, que aseguraba tener un porcentaje de precisión

superior al 99,6 y que incluía más de cien millones de entradas exclusivas. Además, DeJesus podía acceder al Catálogo de Individuos de Especial Interés, en el que se incluían agresores sexuales convictos, sospechosos de terrorismo y una multitud de otros personajes despreciables.

—¿Y tampoco has obtenido nada? —preguntó Heat.

—No exactamente —respondió DeJesus—. Hay una correspondencia. Pero es información confidencial.

Claro que lo era. Probablemente ese era el motivo por el que Cynthia Heat no había podido hacer nada con las huellas diecisiete años atrás. Se había dado contra el mismo muro con el que se daba ahora su hija.

—¿Cómo que confidencial? —preguntó Heat.

—Se necesita algo llamado Autorización T-A1.

—¿Qué es eso?

—Yo no lo había visto antes, así que he tenido que llamar al FBI de Washington para preguntar. Resulta que el T-A1 es el nivel de confidencialidad más alto. Al parecer, se creó durante la Administración de Nixon, imagínate. Y no se usa ya muy a menudo. De hecho, el agente con el que he hablado tampoco lo había visto nunca. Pero implica que solamente el presidente, el vicepresidente, el Estado Mayor y los miembros del gabinete presidencial pueden acceder a él.

En cuanto pronunció la palabra «gabinete», Heat se llevó la mano a la boca.

Ella no era miembro del gabinete. Todavía. Pero como directora del Departamento de Seguridad Nacional, lo sería. Eso significaba tener que esperar unos meses para poder actuar... Pero ¿qué eran unos cuantos meses más comparados con diecisiete años? ¿Podría su madre aguantar tanto tiempo? ¿Podría incluso subirse a ese avión hasta Amalfi y hacer que la Serpiente creyera que estaba abandonando el caso cuando, en realidad, simplemente estaba manteniendo un perfil bajo durante un tiempo?

—¿Qué ocurre? —preguntó DeJesus al ver su evidente turbación.

—Nada —respondió Heat—. Es que... tengo que hacer una llamada. Buen trabajo, DeJesus.

—De acuerdo, comisaria. ¿Quieres que guarde los billetes como prueba?

—No. ¿Por qué no me los das a mí?

Él le entregó el sobre a Heat que, de inmediato, empezó a subir las escaleras hacia su despacho.

Directora de Seguridad Nacional. ¿Podría Nikki Heat, que anteriormente había sido policía de patrulla, ascender de verdad a uno de los puestos más altos de las fuerzas del orden de Estados Unidos?

Cuando llegó a su despacho, cerró la puerta y trató de recuperar la compostura. Respiró despacio unas cuantas veces para tranquilizarse.

Casi sin pensar, se sentó en la mesa, abrió el cajón de arriba y se dispuso a meter en su interior el sobre. Después, se pensó lo aconsejable de aquella acción. George había tenido los billetes escondidos en el lugar más seguro que encontró, un compartimento oculto que nadie conocía en un lugar al que la gente tenía prohibido acceder. Dejar los billetes en el cajón de una mesa, aunque fuera en la seguridad de una comisaría de policía, no era darle apenas el mismo nivel de importancia.

Sin saber qué otra cosa podía hacer con él, Heat se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta de su traje. Eso tendría que valer por el momento, hasta que encontrara un lugar mejor. Una caja de seguridad podría ser una buena solución.

Respiró hondo unas cuantas veces más y pensó en las circunstancias que la habían conducido hasta esa situación. Todo aquel proceso, desde el asesinato de su madre tantos años atrás hasta los chanchullos más recientes de Piernas Kline, la redada de Storm contra los Siete de Shanghái, su conocimiento de la existencia de aquellos billetes y de su importancia y la oferta de trabajo de Lindsay Gardner se fue desarrollando en su mente.

Nikki Heat no creía en el destino, la providencia ni el sino. Creía que siempre había una explicación para sucesos en apariencia inexplicables, aunque no pudiera necesariamente encontrarla de inmediato. El misticismo, el ocultismo y el vudú eran ámbitos que dejaba para Rook, que siempre se asía a lo sobrenatural con especial entusiasmo. Sabía por experiencia que si un asesino desaparecía misteriosamente sin dejar rastro, no era porque se tratase de un fantasma. Era porque nadie se daba cuenta de que aún seguía escondido en el armario.

Pero Heat sentía una extraña atracción gravitatoria hacia lo que estaba a punto de hacer a continuación, como si todas las estrellas del universo se hubiesen alineado para conducirla en esa dirección.

Sacó su teléfono móvil y llamó rápidamente a un número con el prefijo de zona 202.

—John Null —escuchó.

—John, soy Nikki Heat.

—Comisaria Heat, ¿cree usted en la percepción extrasensorial?

—Eh..., no. ¿Por qué? —preguntó Heat, completamente asustada.

—Porque estaba a punto de llamarla otra vez —contestó—. A Lindsay le han cancelado un almuerzo y quería saber si podríamos verla entonces. ¿Podría venir a mediodía?

—Claro. ¿Dónde están?

—En la sede de la campaña. Estamos en el Marlowe.

El Marlowe estaba en el distrito financiero.

—Sí, creo que puede darme tiempo a llegar —dijo Heat.

—Genial. La vemos en un rato.

Heat colgó el teléfono y salió apresuradamente del despacho mientras les decía a los Roach que tenía una cita para comer, sin decir con quién, y que volvería en pocas

horas. Envió un mensaje rápido a Storm con los resultados de las huellas digitales confidenciales. Escribió un mensaje aún más breve a Rook para decirle adónde iba y gastó la mayor parte de sus ciento sesenta caracteres en recordarle que no podía contarles nada a sus amigos reporteros.

Después, tomó el metro en dirección al centro financiero. El Marlowe era una de las joyas del sur de Manhattan, un testimonio de noventa y dos plantas del éxito del experimento americano.

Ciertos miembros de la prensa liberal se lo habían hecho pasar mal a la candidata Gardner por la elección de la sede central de su campaña. El Marlowe era el hogar de algunos de los principales engranajes de la maquinaria financiera de la nación, el tipo de bancos, compañías de inversiones de riesgo y fondos de cobertura que habían hecho del capitalismo una criatura tan despiadada.

Eran las bestias a las que Gardner estaba intentando domesticar en su esfuerzo por diluir la fuerte concentración de riqueza entre un muy reducido y selecto grupo. Pero Gardner se había defendido diciendo que, si alguna vez reformaba el zoo, necesitaría la ayuda de los animales. De ahí su elección del Marlowe.

Cuando Heat se acercaba al edificio, faltaban tres minutos para las doce del mediodía. Estaba encantada de ver que no había miembros de la prensa apostados en el exterior. Empujó las puertas giratorias de latón y se dirigió a la recepción, que tenía la orden de documentar a todos los que fueran de visita a la sede de la campaña de Gardner y enviarlos a la planta ochenta. Nikki enseñó su placa de la policía de Nueva York y, a continuación, subió.

Cuando salió del ascensor, John Null la estaba esperando en el vestíbulo. Llevaba un traje a medida distinto al del día anterior, pero que le quedaba aún mejor a su largo cuerpo.

—Muchas gracias por venir, comisaria —dijo a la vez que le brindaba una sincera sonrisa y un saludo torpe—. Lindsay está lista para recibirla. Si permite que le registren estos caballeros un momento, podremos pasar. Lo siento, ni siquiera los comisarios condecorados del Departamento de Policía de Nueva York pueden librarse del Servicio Secreto.

Hizo una señal con la cabeza hacia el trío de hombres con trajes oscuros que estaban agrupados junto a un detector de metales. Cada uno de ellos estaba armado, aunque sus armas no eran visibles. Llevaban auriculares conectados con cables muy enrollados que desaparecían por detrás de sus espaldas. Sin muchos aspavientos, los integrantes del Servicio Secreto cogieron su teléfono, tras explicarle que tenían que guardarlo porque podría ser utilizado para detonar explosivos, y su pistola, una amenaza algo más obvia.

Heat no podía creerse que estuviera quedándose sin su arma reglamentaria por tercera vez en el mismo día. No la hacía sentir menos desnuda que en las otras dos ocasiones.

Pero no había tiempo para preocuparse por ello. Ella y Null atravesaron el

detector de metales. A continuación, Null la acompañó a través de varias puertas dobles. Se encontraron de inmediato ante una mampara tras la cual estaría sentado un recepcionista, si lo hubiese. La mitad del espacio de la planta quedaba a la derecha. La otra mitad, a la izquierda.

Null fue hacia la izquierda y entró en un enorme espacio abierto que estaba amueblado con un laberinto de mesas, todas ellas pegadas unas contra otras en grupos de distintos tamaños. Algunos de los cubículos estaban vacíos, mientras que otros estaban llenos de grupos de jóvenes de aspecto idealista cuyo inocente entusiasmo hizo que Heat se acordara de los vídeos de sectas que había visto.

—Ocupamos tres plantas del edificio —le explicó Null—. Arriba tenemos los puestos telefónicos y abajo el correo publicitario. Esta es la de en medio. Algunas de las personas que está viendo son miembros del personal, pero la mayor parte son voluntarios. Lindsay los trae de todos lados. Se dividen en dos grupos: los verdaderos creyentes, que quieren formar parte de algo más grande que sus propias vidas, y los oportunistas, que quieren un puesto de trabajo en su Administración cuando todo esto termine.

Se rio de su propia broma mientras seguían atravesando la sala. Ninguno de los voluntarios pareció reconocer a Heat ni darse cuenta de su presencia.

—A veces, llamamos a esto la colmena —dijo él mientras continuaban su recorrido hacia la parte de atrás—. Por el zumbido que provocan. Por la miel que fabrican. Somos una gran colonia feliz y consideramos a Lindsay la abeja reina. Y mire por dónde...

Habían llegado a un despacho cuya puerta estaba cerrada. Null la abrió, asomó la cabeza al interior y, después, pasó a una sala vacía con una mesa en la que había un ordenador y un panel de pantallas que mostraban distintos ángulos de las dos salas principales. Vistas desde ahí, las personas que trabajaban diligentemente en la colmena parecían de verdad abejas obreras.

Al llegar a la siguiente puerta, tocó suavemente con los nudillos, pero no esperó respuesta antes de abrirla.

—Aquí está —fue lo único que dijo.

A continuación, miró a Heat.

—Muy bien —añadió—. Lindsay está lista para recibirla.

## STORM

No parecía posible que Al Gorithem pudiera parecer más loco que al comienzo de su encuentro, con su palidez de estar encerrado, su cabello desgreñado y sus gárgolas con cámaras de seguridad.

Pero, de algún modo, a medida que se acercaba a la descodificación del CD, se iba volviendo aún más maníaco.

Empezó a botar en la silla de forma arrítmica, meciéndose a izquierda y derecha como si estuviese tratando de esquivar puñetazos que le propinara un peso pesado o como si estuviese capeando un terremoto de ocho grados de magnitud. De vez en cuando se metía la mano por la camisa abierta para rascarse el pecho de pelo blanco o acariciarse el michelín fofo que le asomaba por encima de la cintura.

Tenía los ojos clavados en uno de los varios monitores en los que tenía activados sus programas, excepto cuando los posaba brevemente en las imágenes de la cámara de seguridad, cosa que hacía con frecuencia, aunque lo más parecido que hubo a un intruso fue una ardilla del barrio que pasó cerca.

Pero era un comportamiento completamente normal comparado con los momentos en que empezaba a hablar con la pantalla.

—¡Así es, pequeña, ven con papá! ¡Ven aquí! —le rogaba a veces—. ¡Bridget, mala puta, no me hagas esto! —le regañaba otras.

Otras veces, se mofaba:

—Crees que me puedes venir con ese juego, pero te he pillado. No puedes jugar conmigo al escondite. Soy una serpiente venenosa. Soy la mamba negra del escondite.

Y así más y más. Derrick y Carl intercambiaban miradas cuando su monólogo se volvía especialmente raro («¡Crees que voy a pararme a silbar en el cementerio, pero voy a pasar de largo!») o especialmente tópico («Tú eres basura, pero yo soy el triturador de basura, cariño») o cuando empezaba a repetir un nombre sin razón aparente («Edilberto, Edilberto, Edilberto»).

La única interrupción fue la visita del cartero, al que Gorithem vio llegar a través de las cámaras. Se subió a lo que llamaba su «habitación del pánico» de la planta de arriba antes de que Carl Storm pudiera convencerle de que siguiera con el trabajo.

Pasó una hora. Después, dos. Se acercaba el mediodía, pero estaba claro que Gorithem no era consciente del paso del tiempo, de la necesidad de comer ni de cualquier otra cosa que no fuesen las distintas pantallas que tenía delante.

Supieron que se estaba acercando cuando su monólogo se fue volviendo cada vez más exultante («¡Sí, sí, sí!»). Y al fin, cinco minutos después de las doce, anunció:

—Vale, ya está.

Derrick, que estaba sentado en el suelo junto a la ventana, y Carl, que se había estado paseando de un lado a otro porque le dolía el trasero de estar en el suelo, corrieron hasta la montaña de ordenadores.

—¿Sabéis? Debo decir que hay una buena razón por la que el WAP2 derrotó al B2. Lo cierto es que Bridget tiene algunos defectos —explicó Gorithem—. Si me permitís un momento, os voy a mostrar el proceso que he seguido para conseguirlo.

—No —contestaron Derrick y Carl exactamente al mismo tiempo.

—Vale, vale. Madre mía —dijo Gorithem levantando el brazo como si fuese un escudo—. Entonces, ¿qué queréis?

—Eso depende. ¿Qué hay ahí?

—Solo un archivo con extensión WAV. Un archivo de audio. Tiene fecha de 27 de octubre de 1999.

Derrick pensó en la línea temporal que había establecido en su cabeza con el año 1999. El 27 de octubre era tres semanas antes del anuncio del acuerdo comercial que facilitó que los Siete de Shanghái pasaran a ser legales. Y cuatro semanas antes de que Cynthia Heat desapareciera. Lo que quiera que fuera esto podría haber precipitado los acontecimientos.

—Genial. Si me lo envías por correo electrónico, nos podremos ir —dijo Derrick.

—¿Enviártelo? ¿Cómo? ¿Por internet? —preguntó Gorithem, de repente más pálido de lo habitual.

—Pues sí. ¿Cómo si no vas a...?

—¿Estás loco? —gritó—. Esta red que he creado es como un bosque prístino donde cada brizna de hierba y cada árbol solo se ha alimentado del manantial más puro. Nunca ha sido atendido por ninguna mano que no fuera la mía. Internet es..., es una cloaca. Es mugre digital. Es como si cogieras ese bosque, lo rociaras con agua contaminada y luego hicieras que la humanidad entera defecara en él todos los días durante...

—Vale, vale. Tranquilo —le interrumpió Derrick a la vez que levantaba las manos como un agente de tráfico—. ¿Por qué no lo escuchamos y después nos preocupamos de lo demás?

—Eso está hecho —dijo Gorithem antes de pulsar el «Play».

Empezaba con un tono de línea que parecía extranjero, no con el habitual de 350/440 hercios de un teléfono fijo. Después, se oía cómo se pulsaba una larga serie de botones. Como si fuese un prefijo de un país seguido de un prefijo de zona y, después, un número.

A continuación:

«¿Sí?». Una voz de mujer. Estadounidense.

«Hola». Una voz de hombre. Chino.

Ambas voces se oían claramente.

«¿Tu línea es segura?», preguntaba ella.

«Sí. La he comprobado antes», contestaba él.

Una pausa. Después, volvió a hablar el hombre.

«¿Está ya?».

«Bueno, eso depende».

«¿Sí? ¿De qué?».

«De lo que sea válido para ti», respondía ella.

«Pero ¿estás segura de que tienes los votos?».

«Tengo los votos. Aseguré el último anoche. El senador principal de Colorado ha dicho que intercambia su voto a la OMC por mi voto a un proyecto falso de una presa hidroeléctrica».

—Para —dijo Derrick y, a continuación, miró a su padre—. Con lo de OMC supongo que se refiere al proyecto de ley que permitió que China entrara en la Organización Mundial del Comercio.

—Eso mismo pienso yo —confirmó Carl.

Derrick hizo una señal con la cabeza a Gorithem para que continuara con la reproducción.

«Entonces, ¿son cincuenta y un votos?», preguntaba el hombre. «¿No vamos a necesitar al vicepresidente?».

«Exacto. Cincuenta y uno asegurados y a punto de hacerse realidad».

«¿Y qué honorarios estás proponiendo?».

«Cincuenta millones de dólares», respondía ella con serenidad. «Un millón por cada voto. El mío lo doy gratis».

«Eso es excesivo. Algunas de esas personas iban a votar de todos modos a la OMC».

«Cincuenta millones», repetía ella. «Cincuenta millones o el senador de Colorado cambiará de opinión. También los de Kentucky, Washington, Indiana y, al menos, otros tres estados más. No me estoy andando con ningún juego».

«Pero nosotros nunca..., nunca hemos tenido que pagar nada parecido».

«Porque nunca os habéis beneficiado tanto. Va a haber un montón de empresas estadounidenses deseosas de lanzaros su dinero. Si sois listos, tú y tus amigos de Shanghái recuperaréis vuestra inversión en los tres primeros meses. Te estoy ofreciendo una ganga».

Se producía una pausa al otro lado de la línea. Después, contestaba el hombre:

«Muy bien. Cincuenta millones».

«Puedes hacer una transferencia a mi cuenta de las Caimán».

«Nada de transferencias. En efectivo».

«¿En efectivo? ¿Estás de broma?».

«Nuestros negocios en Estados Unidos son en efectivo. O así o nada».

«Bien. En efectivo».

«Tardaremos un poco en reunirlo. Te lo entregaremos en diez días».

«Puedo ser paciente. Pero no tendrás tu voto hasta que yo reciba mi dinero».

«Entendido», decía el hombre.

«Más te vale».

Por un momento, los tres hombres que se encontraban en aquella extraña casa de Queens —uno sentado y dos de pie— se quedaron mirando a la pantalla.

Eran conscientes de que acababan de escuchar la negociación de un soborno de cincuenta millones de dólares. El hombre chino era claramente miembro de los Siete de Shanghái. Más tarde podrían averiguar de quién se trataba.

Era la identidad de la mujer lo que les tenía un poco sorprendidos. Su voz era inconfundible. Era fuerte y autoritaria, pero algo tranquila. Incluso un hombre que no hubiese salido de casa desde 1998 podría reconocer a quién pertenecía.

A la candidata a la Casa Blanca Lindsay Gardner.

Carl Storm fue el primero en romper el silencio.

—Apuesto lo que sea a que recibió los cincuenta millones y que todos eran falsos —dijo—. Por aquel entonces, hacían las mejores falsificaciones.

—Al igual que ahora —añadió Derrick—. Así que ella recibe los cincuenta millones y no se da cuenta de que son falsos. Sabe que no puede hacer nada con ellos de forma inmediata. Quizá algún día encuentre el modo de ingresar parte en una cuenta en algún paraíso fiscal. Pero ni siquiera entonces podría hacer uso de ese dinero. La declaración de la situación financiera que se exige a los senadores estadounidenses haría muy difícil traer el dinero de vuelta. No podrá tocarlo hasta que no deje el puesto. A largo plazo, se trata del dinero de su jubilación. A corto plazo, es su dinero de bolsillo. Es el lujo de no tener que preocuparse por los gastos diarios. Lo usa para la gasolina, la compra, la ropa, las cosas pequeñas. Todo compras por debajo de los diez mil dólares, todo en efectivo para que nadie pueda...

Entonces, Derrick chasqueó los dedos.

—Claro —exclamó—. Cynthia Heat daba clases de piano a los hijos de Lindsay Gardner. La senadora incluso habló de eso durante la rueda de prensa del otro día. Apuesto a que pagaba a Cynthia con esos billetes falsos. Cynthia descubrió que lo eran y empezó a investigar. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a estar una senadora de Estados Unidos pagando con dinero falso? Es imposible que Cynthia lo dejara pasar.

—Parece que esa Cynthia Heat es toda una mujer —dijo Carl. Y no era la primera vez.

—Así es. El problema, según uno de los mensajes que he recibido hoy de Nikki, es que Cynthia le enseñó los billetes a Bart Callan, que formaba parte de una especie de cuerpo especial contra las falsificaciones en el extranjero...

Derrick volvió a chasquear los dedos.

—Claro. Nikki también me habló de esto en un mensaje. Callan le dijo que Cynthia acudió a él con los billetes falsos cuando él estaba en ese comando especial. Callan se dio cuenta de que le acababan de poner en la mano una oportunidad única

de sobornar a una senadora de Estados Unidos. Pero solo si conseguía silenciar a Cynthia Heat. En ese momento, Gardner y Callan se convirtieron en una especie de socios y los dos necesitaban que Cynthia Heat muriera: Gardner lo necesitaba para que su secreto permaneciera a salvo; Callan para poder mantener su influencia sobre Gardner y que esta siguiera siendo valiosa para él. Por eso, Callan fue a por Cynthia y también por eso Cynthia necesitaba fingir que estaba muerta. Mientras Lindsay Gardner siguiera viva y en la vida pública, Cynthia constituía una enorme amenaza. Mientras tanto, Cynthia se vio entre la espada y la pared. Sabía que Lindsay Gardner estaba metida en algo sospechoso. Pero no podía probar del todo que Gardner hubiese estado haciendo circular billetes falsos, porque los resultados de las huellas digitales eran siempre confidenciales para un nivel que excedía en mucho su categoría.

—Entonces, ¿crees que Callan ha estado trabajando para Gardner todo este tiempo? —preguntó Carl.

—Sí —contestó Derrick—. Y puedo demostrarlo.

Sacó el reluciente teléfono nuevo que le habían dado en intendencia y marcó el número directo de Jedediah Jones.

—¿Qué pasa, Storm? —preguntó Jones con un gruñido.

—¿Aún quieres acabar con los Siete de Shanghái?

—Creo que eso ya te lo he dejado claro.

—Bien. Voy a poder darte la prueba que quieres en las oficinas de Nueva York dentro de una hora. Pero antes necesito una cosa.

—¿Qué es?

—Ese amigo del que hablabas era la senadora Lindsay Gardner, ¿verdad?

Hubo un silencio al otro lado del teléfono.

Derrick continuó.

—Ahora mismo estás sopesando si deberías delatarla o no porque está a punto de ser presidenta. Y es bueno que la presidenta sienta que te debe algunos favores. Pero te aseguro que su candidatura está a dos horas de terminar. Porque después de ir a las oficinas, iré al *New York Ledger*. Tengo una grabación de ella en la que pide a los Siete de Shanghái que le paguen cincuenta millones de dólares por dar el voto a la ley del comercio.

—¿Estás seguro de que la grabación es auténtica?

—Y de buena calidad. Lo único que tienes que hacer es escucharla. No hay duda de que es ella. Ya sabes que nadie puede imitar la voz de Lindsay Gardner aparte de Lindsay Gardner.

Jones se rio entre dientes.

—Vaya, vaya. Parece que una bibliotecaria me la ha jugado.

—Entonces, sí que fue Gardner.

—Me llamó no hace mucho y me dijo que era amiga de la madre de Bart, que estaba preocupada por que el pobre Bart lo estuviese pasando mal en prisión —le explicó Jones—. Lindsay me dijo que era consciente de que no podía salir de ella la

petición de un traslado. No durante las elecciones. Si salía a la luz, la crucificarían. Así que me pidió que lo hiciera yo.

—Y tú estuviste encantado de obedecer —dijo Storm.

—En aquel momento, ella iba por detrás de Piernas Kline en las encuestas. Pero aunque no saliera elegida, iba a tener mucha influencia en el Senado.

Jones volvió a reírse, algo raro en un hombre cuya risa solía escucharse normalmente una vez al mes.

—¿Qué pasa? —preguntó Derrick.

—Me parece que la bibliotecaria me la ha jugado dos veces —contestó Jones—. Durante esa misma conversación, ella me dio el soplo de la operación de falsificación de billetes falsos de los Siete de Shanghái que tú asaltaste. Me dijo que no le preguntara cómo lo sabía, pero que sabía de buena tinta que era verdad y que yo debía ocuparme de ello discretamente, de forma extraoficial, porque no quería correr el riesgo de poner en peligro las relaciones entre Estados Unidos y China. Por eso te llamé. Y tú cumpliste. Como haces siempre.

Apareció un destello en los ojos de Derrick.

—Seguiré en contacto —se limitó a decir. Después, colgó.

Todo tenía sentido. Gardner llevaba diecisiete años esperando a que los Siete de Shanghái volvieran a realizar actividades ilegales para poder acabar con ellos. Era su venganza por haberla comprado con billetes falsos tantos años atrás.

¿Y Callan? Él había estado supervisando la campaña presidencial de Gardner desde prisión, a la espera del momento perfecto para hacer su amenaza. Que lo sacaran de allí o contaría todo lo que sabía. Gardner se dio cuenta de que si quería llegar a la presidencia, tenía que ayudarle. Y entonces, en cuanto salió, Callan empezó a buscar los billetes falsos que tenían las huellas dactilares de Lindsay Gardner. De esa forma, él tendría el poder sobre la presidenta de Estados Unidos.

Luego estaban los Siete de Shanghái, que habían guardado durante diecisiete años esa grabación en la que Gardner aceptaba el soborno, y que también habían estado esperando el momento perfecto para lanzar la noticia. Incluso cabía la posibilidad, bastante segura, de que los Siete de Shanghái se hubiesen puesto en contacto con ella para avisarla de la existencia de esa grabación. Eso era lo que habría hecho que Gardner decidiera que había llegado el momento de ir contra ellos. Y utilizó a su amigo Jedediah Jones para que hiciera el trabajo sucio.

Pero ahora todo se iba a resolver. Derrick Storm tenía el CD con la grabación. Nikki Heat tenía los billetes con las huellas de Gardner, que dejarían de ser clasificados cuando el fiscal general —que, al fin y al cabo, era miembro del gabinete— decidiera que esa grabación exigía una investigación a fondo. Quizá Cynthia Heat pudiera incluso testificar cuando saliera de su escondite.

Derrick dirigió su atención al ordenador de Gorithem. No le gustaba que aquella grabación, una prueba tan fundamental, existiera tan solo como una serie de ceros y unos en un endeble trozo de plástico. Al menos, quería que esos ceros y unos del

archivo WAV se duplicaran para que hubiese una copia de seguridad.

Miró a Gorithem.

—Ahora que lo has descodificado, podemos tratar el archivo como cualquier otro, ¿verdad?

—Así es.

—Estupendo. En ese caso, ¿te importaría hacer una copia de la grabación y meterla en tu ordenador para que el CD no sea la única copia?

Gorithem le miró como si acabaran de pedirle permiso para que metieran en su sala de estar una oficina de correos.

—¿Y contaminar mi red? Ni hablar. Ese archivo puede tener todo tipo de...

—Vale, vale. Tranquilo.

—¿Queréis volver a escucharlo? —preguntó Gorithem.

—No. Ya hemos oído suficiente.

Gorithem sacó el CD y se lo dio a Derrick, que volvió a meterlo con cuidado en el estuche.

Derrick miró entonces a su padre.

—Muy bien —dijo—. Tenemos que irnos.

Mientras Carl y Al Gorithem se despedían, Derrick hizo una llamada a Nikki Heat.

No hubo respuesta. Le envió un mensaje:

EL CD ES UNA GRABACIÓN DE LINDSY GARDNER ACEPTANDO UN SOBORNO DE 50 MILLONES DE DÓLARES DE LOS 7S. SÍ, LINDSY GARDNER. ESOS BILLETES QUE ESTÁN EN TU POSESIÓN CONTIENEN SUS HUELLAS DACTILARES. TU MADRE LO SABÍA PERO NO PODÍA PROBARLO PORQUE ERA MATERIAL CLASIFICADO. AHORA EN NUEVA YORK. TE LO EXPLICO TODO MÁS TARDE. LLÁMAME INMEDIATAMENTE. URGENTE.

Tras dar las gracias a Gorithem, los Storm volvieron a la calle, entrecerrando los ojos bajo una luz solar que parecía increíblemente brillante tras el rato que habían pasado encerrados en esa cueva.

Automáticamente, Derrick miró a su alrededor, como le habían enseñado a hacer, en busca de amenazas. No vio ninguna. Oyó el canto de un pájaro. A una o dos manzanas, alguien estaba utilizando un soplador de hojas. Más allá, se oía, aunque sin verse, el sonido de un 727 haciendo su descenso hacia el aeropuerto de LaGuardia.

Se trataba de un día normal en un barrio normal de Nueva York. Y sin embargo...

Había algo raro. Derrick lo notaba. ¿Los estaban vigilando? ¿Estaban a punto de sufrir una emboscada? ¿O se trataba de nuevo de simple paranoia?

Esperó, asimilando toda la información de lo que tenía alrededor, hasta las moléculas de aire que se metían por su nariz. Si alguien podía oler que algo iba mal, ese era Derrick Storm. Volvió la cabeza a un lado y a otro. Aguzó ligeramente los

oídos.

Pero lo cierto era que no había nada. Se había equivocado en lo de que les seguían desde el aeropuerto. Y se equivocaba ahora.

Dios dos pasos por el camino de entrada de cemento hacia el coche de alquiler. No pasó nada. Estaban bien. Ese pájaro no era para ellos más peligroso que el 727.

Tres pasos más. Aún nada. Situación absolutamente normal. Se meterían en el coche, irían hasta Manhattan... No, mejor aún, buscarían un lugar donde poder utilizar un ordenador y subirían el archivo de sonido a la nube. También podía enviárselo por correo a sí mismo, a su padre (Carl Storm seguía utilizando una dirección de AOL) y a Heat, para que hubiese más copias en servidores seguros. Después, podrían ir a las oficinas de la agencia en Nueva York.

Otro paso. Derrick estaba cogiendo las llaves para abrir el coche de alquiler. Estaba quizá a cinco pasos de ese refugio de acero y cristal laminado.

A continuación, miró de nuevo. Al otro lado de la calle había un Mazda azul. ¿Estaba loco o era el mismo coche que les había estado siguiendo por la autopista Grand Central?

Mientras buscaba la respuesta, vio algo por el rabillo del ojo. Un Toyota 4Runner estaba aparcado un poco más allá.

Un seguimiento con tres coches exigía entrenamiento, sincronización y disciplina. Pero eso no significaba que fuese imposible.

La emboscada estaba a punto de ocurrir. Lo sentía. Dirigió su mano hacia donde normalmente llevaba a Harry el Sucio, pero la pistola no estaba allí. Esa mañana se había montado en un avión y no había tenido tiempo de volver a armarse.

—Papá, co...

Pero antes de que el resto de la palabra «corre» saliera de su boca, Al Gorithem abrió la puerta de su casa.

—¡Vienen a por vosotros! —gritó—. ¡Vienen a por vosotros!

Derrick se giró hacia él a tiempo de ver a Gorithem poco antes de que cerrara de golpe la puerta.

Entonces, salieron dos hombres armados del lateral de la casa de al lado de la de Gorithem. De su escondite tras el 4Runner salieron dos más. La mujer del hiyab, que empuñaba con toda tranquilidad un AK-47, estaba rodeando el lateral del coche azul.

—Manos arriba —ordenó uno de los hombres que había salido de la casa de al lado—. No hagas nada raro, Storm.

Derrick solo pensaba en qué quería hacer con las manos cuando oyó el chirrido de un motor encendiéndose a unas tres mil quinientas revoluciones por minuto. El Chrysler 300 apareció rugiendo por la calle y se detuvo al lado del coche de alquiler, bloqueando cualquier camino de huida que pudieran tomar.

Les superaban en cinco a dos. Estaban rodeados. Estaban desarmados.

La puerta del Chrysler 300 se abrió y se cerró. Un hombre rodeaba el lateral. Tenía un cigarro en la boca. El olor a clavo ya se notaba en el aire.

—Señor Storm, me alegra mucho volver a verle —dijo el coronel Feng con sus cuerdas vocales tan rasposas como siempre—. Ahora me va a dar el CD.

Derrick sabía que no tenía alternativa. Se metió la mano en la chaqueta, sacó la única copia conocida del archivo de audio que suponía la prueba definitiva de la gran corrupción de Lindsay Gardner y se la dio a un hombre que la utilizaría para los propósitos más malvados.

## HEAT

—Es un enorme placer conocerla por fin, comisaria Heat —dijo Lindsay Gardner con esa voz suya tan característica.

Gardner se puso de pie, rodeó su mesa y estrechó la mano de Nikki Heat con firmeza.

—Lo mismo digo, senadora —contestó Heat a la vez que sentía el cálido tacto de aquella mujer.

—¿Le ha gustado el recorrido con John?

—Le he hablado de la colmena y todo —comentó Null.

—Ah, entonces prácticamente ya forma parte de ella —dijo Gardner mientras hacía un gesto con la cabeza a Null que él interpretó como su permiso para marcharse—. Por favor, tome asiento —añadió cuando se cerró la puerta.

Señaló dos sillones que había frente a su mesa. Heat eligió el que estaba más cerca de la ventana. Ofrecía una amplia vista de Battery Park, la estatua de la Libertad y la bahía que quedaba más allá, hasta el tenue contorno de Sandy Hook.

—Gracias, senadora —contestó Heat.

Aunque las dos habían compartido brevemente escenario en una rueda de prensa, eso no era lo mismo que verse cara a cara. Al tener la oportunidad de observar de verdad a Gardner, Heat tuvo la impresión de que la candidata parecía más joven en persona que en televisión. Sus mejillas eran de un saludable color rojo y sus ojos de un azul tranquilizador.

—Lo siento, no iba a mencionarlo, pero lo cierto es que esto resulta... Quiero decir, resulta increíble —dijo Gardner—. Siento como si estuviese mirando a un clon más joven de la señora Heat. De Cynthia. Supongo que ya se lo han comentado antes.

—Muchas veces.

—Es un cumplido, créame. Su madre era una mujer realmente hermosa.

«Aún lo es», pensó Heat, aunque mantuvo la sonrisa en su rostro.

—Y una mujer con mucho talento. La verdad es que me gustaba mucho. Siempre pensé que era demasiado inteligente como para dedicarse solamente a dar clases de piano.

Gardner dejó que aquellas palabras flotaran un momento en el aire y, a continuación, puso fin a la pausa antes de que supusiera un vacío en la conversación.

—Lo siento, no quería que esto pareciera un cumplido ambiguo. Sé que enseñar a tocar el piano es lo que ella decidió hacer y yo doy las gracias porque fuera así. Se le daba de maravilla. Solo digo que tenía un aura de mujer muy competente, como si pudiera haber hecho en su vida lo que hubiese querido. Siempre me pregunté si

tendría otra profesión antes de la de profesora.

«¿Es que Gardner lo sabe?», se preguntó Heat. «No es posible. Ni siquiera los senadores de Estados Unidos estaban al corriente de los detalles de la red de niñeras. Solo está tratando de ser educada».

—Bueno, fue concertista durante un tiempo —contestó Heat—. Después, decidí dar clases de piano a familias acaudaladas de toda Europa porque era una forma maravillosa de poder ver el mundo y experimentar distintas culturas. Cuando me tuvo, decidí que había llegado el momento de sentar la cabeza. Creo que era lo que sabía hacer y lo que le gustaba, así que lo hizo. Le encantaba ver los avances de sus alumnos.

—Fue una enorme tragedia lo que le pasó. Recuerdo que asistí a su funeral. Todos los padres de sus alumnos nos conocíamos un poco por los recitales y demás. Estábamos todos estupefactos. En aquella época creíamos que se había tratado de un atraco a una casa al azar, claro. Aún no había salido a la luz nada sobre Carey Maggs.

«Como tampoco ha salido nada sobre ese Bart Callan», pensó Heat.

—No es que eso le quite dramatismo —prosiguió Gardner—. En fin, lo dejo ya. Seguro que no quiere oír estas cosas.

—No pasa nada —la tranquilizó Heat.

—Sí, claro. Y bien. Hablemos de lo que tenemos entre manos. Siento haberla pillado desprevenida con el puesto de Seguridad Nacional. Normalmente no es así como me gusta hacer los ofrecimientos de un puesto de trabajo. Creo que fue simplemente la emoción del momento, al saber que era usted hija de Cynthia Heat y tener, al verla, la misma sensación que tuve con su madre, como que podría encargarse de todo tipo de cosas. Y luego, el modo en que destapó aquel fraude de Piernas Kline...

—Conté con mucha ayuda.

—Bueno, sí, por supuesto. Ningún líder es mejor que las personas que le rodean. Pero cuando un líder consigue resultados con regularidad, no es por casualidad. Poco después de subir a aquel podio ayer, me invadió la sensación de que quería que usted tuviera un papel importante en mi Administración. Por favor, acepte mis disculpas por haberla puesto en un aprieto así.

—Por supuesto. No es ningún problema. Me siento halagada.

—Bien. Debería estarlo. Y tengo que decirle que mi equipo ha estado investigándola durante las últimas veinticuatro horas y el informe que me han entregado sobre su persona es... Bueno, hay muchas cosas sobre usted que no han salido en el *First Press*. Y todas impresionantes. Muy impresionantes.

—Gracias.

Gardner se inclinó un poco hacia delante, acortando el espacio entre las dos.

—Esto es un poco impertinente por mi parte, pero supongo que..., en fin, he visto demasiada mierda a lo largo de mi carrera como para no ser capaz de reconocerla cuando la veo. Lo cierto es que me sorprende que una persona que ha logrado tal

nivel de excelencia no haya llegado un poco más lejos. No trato de despreciar lo que ha hecho, lo de ser la primera mujer que dirige la comisaría Veinte y todo eso, pero ¿cómo es que no ha conseguido un puesto más elevado en la central? ¿Por qué no es usted directora adjunta o no tiene un papel más importante en la cadena de mando?

—No estoy segura de poder responder a eso —contestó Heat.

—Pues yo sí. Es porque no es usted una de esas personas que logra esos puestos. Es una mujer. Lo mismo pasa en el Senado. En realidad, en cualquier institución dominada por hombres. Si se trata de un hombre que consigue muchos logros, cuidan para que se le dé mayor responsabilidad. Si es una mujer quien hace lo mismo, se le da una palmadita en la cabeza y, después, se palmean ellos las espaldas y dicen: «Qué bonito es que estemos permitiendo que esta chica colabore un poco. Esperemos que no se vuelva loca la siguiente vez que tenga el periodo».

Gardner y Heat compartieron unas risas.

—Bueno, debo serle sincera, senadora. No siempre he buscado ascensos con todo el entusiasmo que podría haber mostrado. La verdad es que incluso me resistí a convertirme en comisaria.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gusta el trabajo de policía, pero no el administrativo.

—¿Ve? Eso es exactamente lo que busco en mi gabinete —dijo Gardner, acentuando la palabra «exactamente» con un gesto de manos—. Quiero personas dinámicas, no burócratas. Quiero personas que tengan carácter impaciente, no gente que se deje atar durante el proceso. Por eso trato de buscar fuera de Washington siempre que puedo. Quiero que mi Administración se llene de personas que desafíen la situación actual. Quiero pensadores valientes e independientes. Y si le soy del todo franca, quiero mujeres que se enfrenten a ello sabiendo que no tienen que preocuparse más por el techo de cristal. Porque si hay algo que puedo prometer de la Administración de Lindsay Gardner es que ese techo de cristal por fin se ha hecho añicos.

»Sé que esto es repentino —continuó—. Y sé que aún tengo que ganar las elecciones. Pero ¿qué me dice? ¿Quiere ser mi directora del Departamento de Seguridad Nacional?

Heat se dio cuenta de que también se había inclinado hacia delante. Pudo ver por qué Gardner había tenido tanto éxito en la política. Era afable y persuasiva. También estaba bien preparada. ¿Podría verse Heat trabajando para esa mujer?

Y entonces se dio cuenta de que ni siquiera le hacía falta plantearse la pregunta. Trabajar para Lindsay Gardner significaba resolver el enigma que rodeaba a su madre.

—Sí. Sí que quiero —contestó—. Me encantaría dirigir el Departamento de Seguridad Nacional para usted. Y debo decir que me gusta usted de verdad...

Detrás de ella, la puerta se abrió.

—Siento interrumpir. Me temo que hay un asunto urgente, Lindsay.

Era John Null. Su rostro tenía una extraña palidez mientras atravesaba la sala y

rodeaba la mesa. Se sacó un teléfono del bolsillo.

Heat estuvo segura de que no fueron más que imaginaciones suyas, pero se parecía a su teléfono, el que les había dejado a los del Servicio Secreto. Era del mismo tamaño y tenía la misma funda negra. Seguramente se trataría de una coincidencia. Había muchísimos teléfonos en el mercado. Esa funda negra se vendía en miles de tiendas.

Gardner estaba leyendo algo en la pantalla. La piel que rodeaba sus ojos azules se arrugó uno o dos milímetros.

Levantó la vista hacia Null y le habló con la misma voz tranquila pero autoritaria de bibliotecaria.

—¿Por qué no te llevas a los voluntarios? No necesitamos testigos.

«Testigos», pensó Heat. «¿Testigos de qué?».

Entonces, Gardner abrió uno de los cajones de su mesa y sacó lo que Heat reconoció de inmediato como una Walther PPK.

—Lo siento, comisaria Heat —dijo Gardner—. Parece que ha habido un cambio en las prioridades de mi Administración.

## STORM

Lo último que hizo el coronel Feng antes de marcharse fue pinchar el neumático delantero izquierdo del coche alquilado de los Storm.

—No puedo dejar que nos sigan —explicó—. Tienen suerte de que sea este un lugar muy poblado y de que no podamos meterles un tiro. Adiós, Derrick Storm.

A continuación, tras darle una última calada a su cigarro de clavo, lo lanzó al jardín pedregoso de Al Gorithem. Él y sus matones se metieron en sus vehículos —el Mazda azul, el Chrysler 300 y el Toyota 4Runner— y desaparecieron calle abajo.

Carl Storm miró a su hijo.

—No se puede decir que esto haya terminado especialmente bien para los buenos.

—Yo incluso diría que ha ido bastante mal.

—¿Tienes alguna idea de cómo mejorar esta situación?

—Sí. Creo que tú deberías empezar por cambiar esa rueda mientras yo intento contactar con Nikki Heat por teléfono. Voy a pedirle que busque esos tres vehículos. Cada segundo que pase resultará más difícil darles alcance. No podemos dejar que se escapen.

Mientras Carl Storm ejecutaba una versión más lenta, más malhumorada y más soez del equipo de boxes de la carrera de 500 Millas de Indianápolis, Derrick marcó el número del móvil de Heat.

Sonó un tono, dos y unos cuantos más.

Esperó un momento y, después, lo intentó de nuevo. Más tonos.

Derrick empezó a maldecir. No podía llamar a la comisaría de zona del Departamento de Policía de Nueva York y explicarles todo. Tardaría demasiado tiempo. Y terminaría con alguien riéndose de él al otro lado del teléfono.

Del mismo modo, tampoco podía llamar a Jones. Cuando se creó la CIA, su misión era estrictamente internacional. Lo cierto era que el hecho de que la agencia operara a nivel nacional era ilegal. Como trabajador independiente, Derrick Storm podía no hacer caso de esa prohibición. La misma agencia la ignoraba a todas horas. Aun así, siempre existía la amenaza acechante de que hubiese una investigación del Congreso o criminal que estudiara a la agencia e incluso a Jones. Como consecuencia de ello, Jones solamente implicaba a las fuerzas del orden locales como último recurso.

Pero si la orden procedía de Heat, no habría problema. Trató de llamarla de nuevo. Mismo resultado.

—Algo no va bien —dijo Derrick.

—Joder, desde luego que algo no va bien —respondió Carl, al que ya le costaba

trabajo respirar—. Los pernos de esta rueda los apretó un puñetero gorila. ¿Puedes ayudar a este anciano?

—Claro, ¿por qué no coges el gato para tenerlo listo cuando yo haya acabado?

Derrick cogió la llave y tiró en sentido contrario a las agujas del reloj hasta que, con un chirrido de protesta, cedió el primer perno. Mientras repetía el procedimiento, siguió pensando en Heat.

No había respondido al último mensaje, pese a que él había dejado clara la urgente necesidad de que le llamara. Y ahora no respondía a sus llamadas. Tenía que haber otra forma de localizarla.

Por supuesto. Su novio. Un momento. ¿Era ya su marido? Derrick Storm había tenido un encuentro casual con Jameson Rook unos años antes, la misma noche en que Storm conoció a Nikki Heat, junto al cadáver de un traficante de divisas. Storm y Rook se quedaron impresionados por la inteligencia del otro y se habían hecho cumplidos sobre su buen aspecto. Pero no habían intercambiado datos de contacto.

Pero eso podía solucionarse con bastante facilidad.

—Ya está —dijo Derrick mientras aflojaba el último tornillo—. Con esto bastará. ¿Puedes seguir tú? Tengo que hacer otra llamada.

Mientras Carl refunfuñaba por la ingratitud de su único hijo por permitir que su viejo hiciera todo el trabajo, Derrick marcó el teléfono del Cuchitril.

—Necesito unos números de teléfono —le dijo al primer friki que le atendió—. El nombre del caballero es Jameson Rook. Sería estupendo que me dieras el de su casa y el de su móvil.

Apenas unos segundos después, Derrick estaba tomando nota de un par de números de diez dígitos. Le dio las gracias al friki, colgó y marcó el número de la casa en primer lugar.

—Aquí Jameson Rook —contestó una voz calmada.

—Jameson, soy Derrick Storm.

Los dos hombres dedicaron unos momentos a confirmar su mutua admiración y, a continuación, fueron rápidamente al grano.

—¿Está Nikki contigo? —preguntó Storm.

—No. Está en una reunión.

—¿Con quién?

—Me temo que no puedo darte esa información.

—¿Y puedes interrumpir tú esa reunión? Te aseguro que es un asunto de extrema urgencia.

—¿Y eso por qué?

—He oído una grabación en la que la posible próxima presidenta de Estados Unidos negociaba un pago de cincuenta millones de dólares por dar un voto en nombre de los Siete de Shanghái y ahora van a usar esa grabación para chantajearla.

Por tercera vez en este milenio, Rook se quedó literalmente sin palabras.

—¿Hola? —preguntó Storm a la vez que miraba su teléfono para ver si la llamada

se había cortado—. ¿Sigues ahí? ¿Hola?

Rook consiguió hablar por fin:

—Lindsay Gardner.

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Es con quien está Nikki ahora mismo.

Derrick fue rápidamente hasta el *loft* de Rook sin tener en cuenta las normas de tráfico de Nueva York, ni de la ciudad ni del estado.

Por el camino, Storm y Rook se fueron contando todo lo que sabían —o, en el caso de Rook, todo lo que Heat le había contado— sobre su investigación conjunta. Rook daba vueltas por su *loft* mientras hablaba. Gracias al milagro del Bluetooth, Storm escuchaba la voz meliflua de Rook por los altavoces de su coche.

El ingenio combinado de Rook y Storm al juntar sus dos cerebros constituía una prueba de la brillantez de su creador. No tardaron mucho en llegar a la conclusión de que necesitaban recuperar las dos pruebas: el CD en el que Gardner aceptaba el pago por los votos que iba a dar y los billetes que demostraban que el pago se había realizado de verdad.

Sin los billetes, Gardner podría declarar que aquella conversación con uno de los miembros de los Siete de Shanghái había sido un ardid, un subterfugio para intentar que el Partido Comunista (al que estaban vinculados los Siete de Shanghái) se mostrara más dispuesto a firmar el trato con la esperanza de que ella pudiera negociar unas condiciones más favorables. Podría alegar que no había pruebas de que el intercambio se hubiera realizado de verdad.

Y, de hecho, probablemente no tuviera sentido acudir a las autoridades para pedir una orden de registro para buscar los billetes que quedaban. Rook y Storm concluyeron que era casi seguro que Gardner había destruido los billetes poco después de ver que eran falsos. Los billetes estadounidenses no son el papel que mejor arde por culpa del lino. Pero podía conseguirse con la ayuda de algún líquido inflamable.

Al mismo tiempo, sin la conversación telefónica, Gardner podría decir que no tenía ni idea de cómo habían llegado a sus manos los billetes falsos que tenían sus huellas digitales y que se los habría pasado a la profesora de piano de sus hijos sin darse cuenta.

El CD y los billetes. El caso contra Gardner quedaría incompleto sin ambas cosas. Y, por el momento, ni Rook ni Storm tenían idea de dónde estaban ni el uno ni los otros.

Suponían que Heat sí sabría dónde estaban los billetes. En cuanto a la grabación, pensaban que los Siete de Shanghái tendrían otras copias del archivo de audio. Por tanto, Feng no tendría la necesidad de guardar con especial recelo el CD que ahora estaba en su posesión. Simplemente, había querido quitárselo a Storm porque, si el

archivo salía a la luz, perdería su valor. No se puede chantajear a nadie con la amenaza de la publicación de una grabación que todo el mundo ha oído ya.

—La buena noticia es que el CD va a llegar a Lindsay Gardner antes o después —predijo Rook—. Apuesto a que Feng se dirige hacia allí ahora mismo.

—Lo que significa que tenemos que encontrar a Lindsay Gardner antes de que lo haga él —añadió Storm.

—Eso te ha hecho ganar unos puntos extra, porque si encontramos a Lindsay, lo más probable es que encontremos a mi mujer —apuntó Rook.

—¿He dicho ya que tu intelecto es deslumbrante? —preguntó Storm.

—Sí —contestó Rook—. Y espero que me permitas devolvarte el cumplido diciendo...

—¡Vale, dejadlo ya, gilipollas! —les interrumpió Carl Storm—. Si sigo escuchando esta basura voy a vomitar.

—Venid sin más —sugirió Rook—. Pensaremos en un plan cuando lleguéis.

Los Storm deberían haber tardado, al menos, veintiocho minutos en llegar al *loft* de Rook en Tribeca desde Queens.

Con Derrick al volante, lo hicieron en veintidós. Palió la dificultad de buscar aparcamiento al meter el coche de alquiler delante de una boca de incendios. A continuación, él y su padre subieron en un montacargas hasta la casa de Rook.

Cuando entraron, encontraron a Rook delante de su ordenador con la pantalla partida.

En una ventana tenía abierta la aplicación de Buscar mi iPhone. Rook apuntó hacia el punto verde del mapa, que estaba ampliado al máximo. Mostraba el punto en la esquina suroeste de un edificio del sur de Manhattan.

—Lleva allí desde que he empezado a vigilarla —dijo Rook—. Unos veinticinco minutos ya.

—Eso es el Marlowe, ¿no? —preguntó Derrick.

—Por supuesto que sí. El cuartel general de la campaña de Gardner.

—Le envié un mensaje antes de llamarte en el que le contaba lo de la grabación. Si ha mirado su teléfono, sabe lo del soborno.

—Pero no sabemos si lo ha mirado —dijo Rook.

—Es verdad. Y lo que es más importante, no sabemos si Gardner sabe que ella lo sabe.

—Por tanto, puede que todavía siga tratándose de una reunión normal entre la principal candidata a la presidencia y un futuro miembro de su gabinete.

—O puede que tu mujer sea ya una rehén —sugirió Derrick.

Los dos dedicaron un momento a pensar en aquello. Carl señaló la otra mitad de la pantalla, a un vídeo en pausa en el que una mujer estaba atada a una silla.

—¿Quién es? —preguntó Carl.

—Es Cynthia Heat —contestó Rook—. La madre de Nikki.

—Puede que ahora mismo no sea muy políticamente correcto decir esto, pero es

guapa —observó Carl.

—Sí. Y está en apuros —añadió Rook. Miró a Derrick—: ¿Te ha hablado Nikki de la Serpiente?

Derrick le dijo que no. Rook puso rápidamente al día a los Storm y, a continuación, les reprodujo el vídeo.

Al terminar, fue Derrick el primero en hablar.

—¿Por qué crees que está en apuros? —preguntó.

Rook no compartió de inmediato sus propias dudas sobre el papel de Cynthia en el vídeo. En lugar de ello, miró a Derrick con curiosidad.

—Es lo que se suele pensar cuando se ve a una mujer atada a una silla y se oye que su vida corre peligro, ¿no?

—Sí, pero eso es un nudo de fugitivo —contestó Derrick señalando al nudo que ataba sus muñecas a la silla.

—No te sigo —dijo Rook.

—Un nudo de fugitivo. También llamado nudo de forajido, nudo de fuga o, de manera más prosaica, vuelta de tirón. Cuenta la leyenda que lo inventaron los forajidos que huían a caballo y querían desatar a sus caballos rápidamente. Los verdaderos entusiastas de los nudos pondrían objeciones a esa historia pero no cabe duda de que ella podría tirar todo lo que quisiera o hacerlo por aquí o por aquí —señaló dos puntos de las muñecas de Cynthia Heat— y no podría irse a ningún lado.

»Pero ¿ves ese trozo suelto de ahí? —continuó.

—Sí —contestó Rook.

—Si tiras de ese extremo, el nudo se desata al instante. Lo mismo que haría un forajido que quiere huir tras un robo.

—Entonces, ¿Cynthia podría desatar ese nudo cuando quisiera?

—Eso es. No sé qué está pasando ahí, pero esa mujer no está siendo retenida en contra de su voluntad —dijo Derrick—. Puedo ir más allá incluso y decir que probablemente haya sido ella misma quien ha hecho el vídeo, sin ayuda externa. Por eso ha tenido que usar un nudo que pareciera difícil pero que, en realidad, es fácil de deshacer. De ahí el nombre de nudo de forajido.

Llegó entonces el turno de Rook para contar su creencia de que el vídeo seguía un guion. Tras quitarle el sonido, volvió a reproducir el vídeo que mostraba a Cynthia inclinándose hacia delante esperando las preguntas.

—Esto es también una prueba más de la teoría de que el vídeo lo ha hecho ella sola —dijo Rook—. Grabó previamente la otra parte de la conversación; después, cronometró bien las pausas para que pareciera que se trataba de una conversación real. Pero ella sabía que tenía un tiempo limitado para decir sus frases. De ahí que se inclinara hacia delante.

Carl Storm negaba con la cabeza.

—Desde luego, es toda una mujer.

Los otros dos hombres no le hicieron caso.

—Permíteme que puntualice algo que es obvio —dijo Derrick—. Pero las amenazas falsas..., los errores al disparar..., la oferta de unas vacaciones a cambio de que abandone la investigación..., añadido a que este vídeo es de producción propia, hace que parezca que Cynthia Heat es la Serpiente. ¿Llevo razón?

—Eso creo —contestó Rook—. Y hay una forma de averiguarlo.

Sacó su teléfono y añadió el número con el prefijo 646 como contacto. Después, empezó a redactar un mensaje de texto nuevo para enviarlo a ese número.

QUERIDA SEÑORA HEAT, PUEDE QUE ESTO RESULTE UNA EXTRAÑA FORMA DE CONTACTAR CON SU YERNO POR PRIMERA VEZ, PERO NIKKI ESTÁ EN APUROS. ESTÁ EN UNA REUNIÓN CON LINDSY GARDNER Y ES POSIBLE QUE LA HAYAN RETENIDO ALLÍ COMO REHÉN. ¿PODRÍA DEJAR DE SER LA SERPIENTE Y AYUDARNOS A SACARLA DE ALLÍ?

Rook pulsó el botón de «Enviar».

—¿Crees que eso servirá? —preguntó Derrick.

—Los escritores solo podemos juntar las palabras. No podemos controlar el impacto que tengan en el lector —respondió Rook.

Volvieron a mirar el punto verde e inmóvil de la pantalla durante unos cinco segundos. A continuación, el móvil de Rook le alertó de la llegada de un mensaje.

Rook lo leyó en voz alta para los otros dos:

ENSEGUIDA VOY. CH

## HEAT

El ruido de fuera tardó un rato en ir desapareciendo poco a poco a medida que los voluntarios y trabajadores abandonaban el edificio.

Heat no sabía qué les habrían dicho. Probablemente que se trataba de una cuestión de seguridad. O que necesitaban a gente en un mitin que después, por algún motivo, no se materializaría.

Lindsay mantenía la Walther apuntando a Heat todo el tiempo. Tras su inicial ataque de rabia —«¿Qué hace?», «¿A qué viene todo esto?», «¿Por qué cree que va a salirse con la suya?»—, a Heat le ordenaron que permaneciera en silencio y sentada.

Pasó ese tiempo moviendo los ojos entre Gardner y la ventana. ¿Qué era lo que podría obligar a una candidata a la presidencia a apuntar con un arma a una comisaria de la policía de Nueva York a la que estaba tratando de contratar para un puesto?

¿Qué pretendía conseguir? ¿Cuál era su objetivo? ¿Y qué había hecho Heat para convertirse en una amenaza para aquella mujer poderosa que pronto lo sería aún más?

Era desconcertante. A menos que se tratara de alguna especie de prueba extraña, la entrevista de trabajo más intensa y estresante de la historia. ¿La estaban grabando y evaluando para ver cómo se enfrentaba al estrés?

Heat decidió que lo único que podía hacer era mantener la calma y estar alerta.

Después de unos veinte minutos, que es mucho tiempo para tener a alguien apuntándote a la cara con una pistola, Null volvió a aquella sala privada.

—Muy bien. Hemos evacuado esta planta y también la de arriba y la de abajo —informó.

—Estupendo —contestó Gardner—. Ahora vayamos al grano, comisaria Heat. Me han informado de que tiene en su posesión unos billetes falsos. Démelos.

En cuanto las palabras «billetes falsos» salieron de la boca de Gardner, fue como si una serie de clavijas y llaves se pusieran en línea desvelando toda la verdad.

—Usted le dio esos billetes a mi madre —dijo Heat con una mezcla de rabia y sorpresa—. Esas son las huellas que hay en ellos. Por eso clasificaron los resultados.

—No estoy aquí para hablar de historia antigua —respondió Gardner—. No tiene ni idea de los problemas que estos billetes me han causado a lo largo de los años.

—Provocados por usted —replicó Heat—. Mi madre...

Hubo más exclusas que se abrieron.

—Un momento. Callan trabajaba para usted, ¿verdad? Por eso estaba tan empeñado en recuperar los billetes. Usted lo mandó a por mí.

—Trabajaba para mí... Me amenazaba... Se acostaba conmigo... Siempre ha sido difícil de explicar. Bart Callan y yo teníamos una relación complicada —dijo Gardner

con una expresión en su rostro entre la sonrisa y el desprecio—. Aunque no puedo decir que haya lamentado su muerte. Ahora que por fin tengo los billetes, el hecho de que él ya no esté me ha liberado para siempre de los recurrentes dolores de migraña. Y ahora —levantó un poco más la pistola—, ¿va a darme esos billetes o voy a tener que registrar su cadáver para conseguirlos?

—¿Qué importa eso? Va a matarme de todos modos —contestó Heat.

—Es posible —repuso Gardner. Después, inclinó un poco la cabeza hacia un lado y levantó el tono de su voz ligeramente—. O puede que usted quiera colaborar y formar parte de mi reducido círculo de confianza junto con John.

Null miró a Heat con la misma sonrisa que la primera vez que la vio antes de la rueda de prensa. En aquel momento, ella había creído que era una sonrisa sincera. Ahora veía la verdad. Los sociópatas siempre tienen las sonrisas más auténticas. Nada les remuerde la conciencia porque lo cierto es que no tienen conciencia como el resto de la gente. No sienten el menor remordimiento por ninguna de las cosas terribles que hayan hecho o que tengan pensado hacer.

—Me vendría muy bien una mujer con su capacidad para que me ayudara desde dentro —continuó Gardner—. Soy una buena jefa. Pregúntele a John.

Null asintió.

—Y aparte de eso, he... he hecho muchas cosas buenas como senadora. Y podré hacer muchas más aún como presidenta. Usted podría formar parte de eso.

—Si es tan buena, ¿por qué me está apuntando a la cara con una pistola? —preguntó Heat.

Gardner bajó ligeramente la pistola.

—Mire, yo... Sé que le costará creerlo, pero siento mucho todo esto. Yo no... no soy una mala persona. Solo... he cometido errores. Eso lo admito sin reparos. Y según parece, en este juego los errores siempre se van agravando. Empiezan como pequeños guijarros y, antes de darte cuenta, se han convertido en peñascos que corren colina abajo hacia ti.

—¿Errores? ¿Qué tipo de errores? —preguntó Heat, tanto para que siguiera hablando como para escuchar lo que pudiera confesar. No tenía intención alguna de trabajar para esa mujer ni convertirse en parte de ningún círculo en el que ella estuviera.

Gardner dejó la mirada perdida y, a continuación, se mofó:

—Haber empezado como bibliotecaria fue uno de ellos.

—¿Y por qué?

—Porque eso quiere decir que destrocé toda mi vida —respondió—. Si por lo menos hubiese sido abogada o si hubiese trabajado en un banco de inversiones, me habrían dado alguna palmada en la espalda. Pero no, tenía que ser empleada del gobierno. Y rápido. ¿Tiene idea de lo caro que resulta ser senador de Estados Unidos? Y no hablo solamente de lo que cuesta dirigir una campaña. Al menos, para eso se puede uno rebajar y suplicar a los amigos ricos que cubran esos gastos. Le estoy

hablando de la ropa. Los viajes que no puedes pedir al gobierno que te pague porque te preocupa que tus oponentes lo utilicen en una investigación. Los regalos que tienes que hacer a las personas que te ayudan o a las que quieres que te ayuden. Las donaciones benéficas. Las expectativas son infinitas.

»La mayor parte de mis compañeros del Senado son miembros del club del esperma afortunado. Proceden de familias con dinero y hacen aún más dinero. Unos pocos lo han conseguido por sus propios esfuerzos, pero casi todos tienen montones de pasta. ¿Sabía que la fortuna media de un senador de Estados Unidos es de unos doce millones de dólares? ¡Doce millones de dólares! Nunca he podido competir con eso.

—Así que empezó a falsificar billetes —dijo Heat con incredulidad a la vez que una puerta se abría a su espalda.

—No —respondió una voz ronca detrás de Heat—. Nosotros lo hicimos. Ella solo fue lo suficientemente crédula como para aceptarlos como soborno. Nos dio a cambio una ley de comercio por cincuenta millones de dólares, todo perfecto... y perfectamente falso.

Gardner se sonrojó. Feng iba vestido con la misma ropa barata que llevaba puesta cuando Heat lo había visto esa mañana, aunque ahora le había añadido una chaqueta de Ralph Lauren de imitación. Tenía un cigarro de clavo recién encendido en la boca. Dio una larga calada y, a continuación, echó el humo al aire.

—Disculpe, no sabía que tenía compañía —añadió—. Qué inesperado placer encontrármela, comisaria Heat. Aunque parece que no ha venido por elección propia.

—¿Qué quiere, Feng? —preguntó Gardner pronunciando su apellido con una hostilidad que casi sonó a insulto.

—Le gustará saber que volvemos a estar en posesión del CD —contestó Feng—. Se lo he quitado a Derrick Storm yo mismo hace un rato.

—Eso es estupendo. Pero llega tarde —dijo Gardner—. Él ya ha oído la grabación. Lo sabe todo. Creía que usted había dicho que la encriptación era fiable.

Feng expulsó otra nube de humo.

—Parece ser que ha encontrado a uno de los pocos hombres en el mundo capaces de descodificarla. Pero no hay que preocuparse mucho.

—¿No hay que preocuparse? —explotó ella—. Quizá usted no. Pero ¿y si...?

—Nuestros servicios de inteligencia nos han dicho que el hombre que lo ha descifrado es un conocido ermitaño que sufre varias enfermedades mentales, incluida una paranoia extrema —le explicó Feng—. Nunca sale de su casa. Sus ordenadores no están conectados a internet. No tiene contacto con el mundo exterior más allá del pedido semanal a la tienda. Está obsesionado con resolver teoremas matemáticos que han confundido a la humanidad durante cien años o más. No hay que preocuparse.

—Pero ¿y Storm? Él lo sabe.

—Sí, lo sabe. Pero le aseguro que no ha podido hacer una copia. Así que ¿qué va a hacer? Sin la grabación solo va a ser un desconocido que cuenta historias

fantásticas sobre una de las mujeres más queridas en el mundo. Puede usted estar tranquila de que el daño ya no existe.

—Fiarme de los Siete de Shanghái —se burló ella—. Eso ya lo he sufrido antes. No voy a volver a hacerlo.

—Fue una desgracia que usted descubriera que esos billetes habían salido de nuestra imprenta y no de la Casa de la Moneda estadounidense —dijo Feng—. Lo cierto es que usted podría haberlos usado con impunidad. Siempre he sentido curiosidad: ¿cómo supo su verdadera procedencia?

Gardner contestó inclinando la cabeza hacia Heat.

—Su madre era la profesora de piano de mis hijos. Resulta que además de enseñar a los niños a tocar canciones infantiles, también era una agente secreta del gobierno con conexiones y recursos del más alto nivel.

Gardner lanzó a Heat una mirada de mujer a mujer, como si fuesen dos amigas que han quedado a almorzar.

—A esto me refería con lo de guijarros que se convierten en peñascos, Nikki.

—Pues qué desgracia la suya —dijo Feng—. Bueno, ya no importa, ¿verdad? Creo que fue un cantante norteamericano quien dijo primero aquello de «Todos los caminos llevan a donde estamos».

Feng se rio de su propio ingenio. Después, sacó el CD del bolsillo de su chaqueta.

—Como puede ver, hemos recuperado lo que nos robaron. Todas las copias de su pequeña conversación con mi jefe vuelven a estar bajo nuestro control. Confío en que esto quiera decir que podemos contar con su colaboración cuando acudamos a usted.

—¿Tengo otra alternativa?

—No. Pero le aseguro que la compensaremos bien por su cooperación —contestó Feng—. ¿Quiere comprobar que este es el original?

Gardner miró a Null, quien pareció entender su orden tácita de inmediato.

—Venga conmigo, coronel —dijo Null. Los dos hombres se dispusieron a salir de la habitación.

—Ah, John, ¿serías tan amable de volver para que puedas convencer a la comisaria Heat de lo que es mejor para ella?

—Por supuesto, Lindsey.

Null mostró el camino a Feng con un movimiento de mano y, a continuación, cerró la puerta al salir.

Heat esperó a que se hubiesen ido y, después, miró a Gardner con la misma expresión de «no juegues conmigo» que los sospechosos solían ver en la mujer que se había convertido en la mejor interrogadora del Departamento de Policía de Nueva York.

—Así que eso fue el comienzo de todo esto —empezó Heat—. Aceptó un soborno.

—Sí, acepté un soborno —respondió Gardner—. Pero era por una ley que probablemente iba a aprobarse de todos modos. Y se trataba de una ley que ha sido

beneficiosa para mucha gente. Ha facilitado la expansión de infinidad de negocios americanos en China y les ha permitido ganar quién sabe cuántos miles de millones de dólares. Eso es dinero para los bolsillos estadounidenses, Nikki. Y luego está lo que ha significado para acercar culturalmente a dos países muy distintos. Es decir, ¿de verdad quiere saber por qué los chinos no se arriesgarían nunca a entrar en guerra con nosotros? No es porque tengamos el ejército mejor entrenado ni el más avanzado tecnológicamente. Es por esto.

Gardner sacó su teléfono del bolsillo.

—Los chinos ricos son adictos a los iPhones. Tienen que hacerse con el último modelo. Y son adictos a Starbucks, a la Coca-Cola, al Marlboro y a todo lo que les llega cuando exportamos el capitalismo americano. Todo eso empezó o se potenció gracias a esa ley.

»Y sí, acepté un soborno. No debí hacerlo. Lo sé. Pero pensé, Dios mío, todos los demás van a ganar montones de dinero con esto. ¿Por qué yo no? Estaba harta de tener que enfrentarme a un puñado de millonarios que no se lo pensaban dos veces antes de dejar caer quinientos dólares sobre la mesa de la cena mientras yo estaba allí sentada preocupada por que me devolvieran los cheques. Y sí, si me hubiese salido del Senado, podría haber utilizado mis contactos para hacer dinero, pero... En fin, en ese momento habrá dejado de tener la capacidad de apoyar buenas leyes y de ayudar a los electores y de hacer todas esas cosas que me encantaba poder hacer cuando estaba en el Senado.

—Así que usted aceptó un soborno que le permitió seguir haciendo obras buenas.

—Algo así. Suena como si estuviese tratando de justificar un comportamiento completamente indefendible, pero... no soy una mala persona, Nikki. Se lo prometo. Si viene a trabajar para mí, lo verá.

De nuevo, Heat no tenía intención de hacerlo. Pero también reconoció que decir lo contrario la colocaría en el camino hacia un sueño largo y bajo tierra.

Heat repasó todos los trucos que había aprendido como aspirante a actriz profesional y trató de meterse por completo en el papel que estaba a punto de interpretar: el de la traidora agradecida.

—¿Y qué..., qué implicaría exactamente trabajar para usted? —preguntó.

—Pues, en última instancia, como mi directora del Departamento de Seguridad Nacional, formaría parte de mi gabinete, claro. Y eso la convertiría en una voz absolutamente indispensable. De manera más inmediata, espero que usted entre en la colmena como..., bueno, supongo que podría decir como una segunda reina. Y aparte de eso, en fin, lo cierto es que usted me gusta, Nikki. Tendría tanta responsabilidad como pudiese abarcar.

—Qué bien. Pero a lo que de verdad me refería era a qué implicaría a partir de todo lo que me acaba de contar.

—Ah, sí —contestó Gardner mientras bajaba un momento la vista a su ordenador portátil. Heat interpretó aquella acción como una muestra de vergüenza. También

podría haber sido una brecha: Heat podría haber arremetido contra el otro lado de la mesa en dirección a la pistola y...

Entonces, Gardner levantó los ojos.

—Bueno, necesitaría saber que puedo confiar en usted al cien por cien. Que puedo acudir a usted cuando necesito algo, lo que sea. Que usted no romperá el círculo de confianza en modo alguno.

—Entiendo —dijo Heat.

—Le estoy hablando de lealtad absoluta. Es decir, mire, al final sería lo más beneficioso para usted. En el momento en que empiece a trabajar para mí, seríamos inseparables. Si yo me viera envuelta en un escándalo porque... indiscreciones mías saliesen a la luz, usted también se vería manchada, aunque no estuviese involucrada directamente.

—Sí, supongo.

—Así que tendría que asegurarse de que nada de esto... —hizo una pausa para hacer un gesto circular alrededor de su mesa— se sepa. Habría que acometer de inmediato un control de daños. Por ejemplo, ese tal Derrick Storm que le ha enviado este mensaje. ¿Quién es?

Por la forma en que Gardner hizo la pregunta, Heat pudo ver que no sabía realmente nada de Storm. Feng no debía de haberle contado nada. Y Heat sabía que Jedediah Jones haría todo lo posible para asegurarse de que Storm siguiera manteniendo un perfil bajo. Los frikis borrarían las huellas de Storm para que sus actos no dejaran marca en el mundo real, en el virtual o en cualquier punto intermedio.

—Es un detective privado —contestó Heat—. Le he contratado para que me ayude con esto.

—¿Cree que se le podría ocurrir a usted alguna historia para mitigar su curiosidad? —preguntó Gardner.

—Seguro que sí. Podría decirle que he llegado a la firme conclusión de que la grabación era una falsificación muy bien hecha y que debería olvidarse de todo este asunto. Y..., bueno, al fin y al cabo, trabaja para mí y soy yo la que paga sus facturas. Si le digo que no hay nada más que investigar, dejará de hacerlo.

—Sí, sí —dijo Gardner—. Eso sería estupendo. ¿Podría hacerlo ahora?

—Estaré encantada —contestó la gran actriz.

—¿Me permite mirarlo antes de enviar el mensaje?

—Por supuesto.

Gardner empujó el teléfono de Heat hacia ella por encima de la mesa mientras mantenía levantada la pistola en todo momento, pero de una forma más despreocupada que antes. Heat seguía intentando estar alerta a cualquier descuido de Gardner para atacar.

Con un ojo en Gardner y el otro en la pantalla, Heat escribió:

RESULTA QUE LA GRABACIÓN ES UN ENGAÑO. NADA MÁS QUE INVESTIGAR. GRACIAS POR TU AYUDA. POR FAVOR, ENVÍAME TU FACTURA CUANTO ANTES A LA DIRECCIÓN DE MI COMISARÍA DE LA CALLE 80. ¡HA SIDO UN PLACER TRABAJAR CONTIGO!

Heat dio la vuelta al teléfono y lo acercó de nuevo a Gardner. La candidata asintió, satisfecha, y pulsó la tecla de envío.

—Ha sido un buen comienzo. Ahora, los billetes. Tenemos que destruirlos. No es bueno que sigan circulando por ahí.

—Por supuesto que no —confirmó Heat.

Buscó en la chaqueta de su traje, abrió rápidamente el sobre y sacó cuatro billetes. Los colocó sobre la mesa.

—Estupendo. Ha sido fácil, ¿no? —dijo Gardner con su mejor sonrisa de bibliotecaria, como si Heat fuese una estudiante que acabara de devolver el libro número treinta de su lista de lecturas para el verano.

Gardner sacó un pañuelo y limpió ambos lados de cada billete hasta que el polvo de las huellas —y las huellas mismas que habían sacado a la luz— hubieron desaparecido por completo. A continuación, dejó caer los billetes en una trituradora, que los masticó hasta hacerlos desaparecer.

Cuando terminó, Null entró en la sala. El teléfono de Heat sonó.

—Supongo que es la respuesta de Derrick Storm —dijo Gardner—. ¿Le importa si la miro?

Gardner ya había cogido el teléfono.

—Adelante —respondió Heat.

Gardner leyó la respuesta de Storm en voz alta: «Recibido. Me alegra saberlo porque eso significa que aún puedo votarla a ella y no al otro. ¡Te enviaré por correo electrónico la factura en cuanto pueda!».

Despacio, Gardner bajó la pistola hasta la mesa.

—Bueno, eso lo deja todo resuelto, ¿no?

—Sí —contestó Heat, sintiendo como si acabara de realizar una actuación digna de un premio Tony—. Así es.

—Deberíamos darnos un apretón de manos para sellarlo —dijo Gardner poniéndose de pie y extendiendo la mano—. Después le pediré a John que la acompañe a la calle.

Gardner hizo otro gesto con la cabeza que, aparentemente, solo Null podía interpretar.

Heat se puso de pie y se dispuso a acercar su mano a la de Gardner.

Pero en el momento en que se levantó de la silla, Heat sintió que una cuerda le rodeaba los brazos y el torso y, después, se apretaba por su espalda. Null, que tenía en sus manos el otro extremo de la cuerda, tiró con la fuerza suficiente para que Heat cayera.

—¿Está listo el helicóptero? —preguntó Gardner.

—Con el tanque lleno y listo para salir —contestó Null—. Tiene para recorrer unos quinientos treinta kilómetros.

—Bien. Vamos a sacarla de nuestra plataforma continental y podemos tirarla desde una altura de cuatrocientos cincuenta metros. La caída la matará. Los tiburones se comerán lo que quede de ella.

Gardner salió de detrás de su mesa y miró a Heat. Null se acercaba con lo que Heat supo que era una pistola eléctrica, cargada y lista para dejarla aturdida.

—Lo siento, Nikki —dijo Gardner un momento antes de que Null apretara el gatillo—. Solo puede haber una reina en esta colmena y soy yo.

## STORM

Carl Storm no podría haber estado más inquieto si hubiese sido un niño de cinco años atrapado en una habitación y lejos del árbol la mañana de Navidad.

—Espera. ¿Cynthia Heat viene para acá? ¿Ahora? —preguntó.

—Sí. ¿Qué pasa? —preguntó Rook.

—¿Tienes caramelos de menta o pasta de dientes para dejarme? —preguntó Carl.

—Creo que tengo un frasco de Binaca —contestó Rook—. Puede que sea viejo, pero...

—Dámelo —dijo Carl.

Rook desapareció en dirección a su baño. Derrick miraba a su padre, avergonzado.

—Papá, en serio. No creo que un aliento fresco sea en este momento la principal preocupación de nadie.

—Eso lo dirás tú, hijo. Mi aliento huele a ardilla muerta. Tengo que hacer algo al respecto antes de que ella llegue.

Rook regresó con el espray bucal y se lo lanzó a Carl, quien rápidamente se roció una buena dosis en la boca.

—Gracias —dijo—. Toma.

Carl se lo iba a devolver, pero Rook levantó las dos manos.

—Quédeselo. Por si surge luego alguna emergencia.

—Gracias —contestó Carl.

Justo en ese momento, sonó el portero automático. Rook se acercó a él.

—¿Sí? —dijo—. Ha llegado Cynthia Heat.

Rook apretó el botón para dejarla entrar.

—Ha sido rápida.

—Os lo he dicho antes —dijo Carl—. Es toda una mujer.

Derrick no tuvo tiempo para procesar las consecuencias del instantáneo encaprichamiento de su padre por la madre de Nikki Heat. Había llegado ya y estaba tocando el timbre.

Rook abrió la puerta. A continuación, por un momento, los tres hombres se quedaron mirándola.

Para Rook y el más joven de los Storm no era simplemente que las dimensiones, los rasgos y la tez de Cynthia fuesen muy parecidos a los de Nikki. También se movía de la misma forma. Respiraba de la misma forma. Sus pequeños gestos eran iguales. Incluso la forma de apoyar su peso sobre los talones de sus pies, como si estuviese preparada para lo que pudiese venir. El parecido era más que notable. Incluso

sobrepasaba lo asombroso para convertirse en inquietante.

Especialmente para Rook, era como si Nikki Heat —la mujer a la que amaba desde hacía años, la mujer a la que creía conocer mejor que ningún otro— se revelara ante él de una forma nueva. Porque, por primera vez, comprendía de dónde venía.

Para el mayor de los Storm, cuya mandíbula cuadrada se había quedado abierta, de repente, el interés al observar a Cynthia Heat era algo más simple, más primario, más elemental.

Cynthia entró al apartamento y agarró las dos manos de Rook.

—Jameson —dijo con una voz ligeramente más profunda y madura que la de Nikki—. Es maravilloso conocerte por fin. No... No sé ni siquiera por dónde empezar a darte las gracias por la forma en que has querido y protegido a mi hija. Tenemos que recuperar mucho tiempo perdido.

—Y lo haremos. Pero lo primero es lo primero.

—Desde luego —dijo ella. Se acercó a los Storm.

—Tú debes de ser Derrick Storm —dijo mientras le estrechaba la mano—. Debo ser sincera. He oído muchas cosas sobre ti. Supongo que eres uno de esos mitos de los servicios secretos que aparecen de vez en cuando.

—Yo podría decir lo mismo de usted —contestó Derrick—. Algunos de los golpes que dio con la red de niñeras son legendarios.

Después, Cynthia miró a Carl.

—Vaya, ¿quién es este caballero tan atractivo?

—Carl Storm, señorita —respondió él—. Encantado de conocerla.

—Encantada. Realmente encantada —dijo ella con una sonrisa. A continuación, se giró hacia los otros dos—. Y bien, ¿a qué nos enfrentamos?

—¿Qué tal si te lo explico de camino al Marlowe? —sugirió Rook.

—Pragmatismo —dijo Cynthia—. Me gusta eso en un yerno.

Derrick miró a Rook.

—Ya que somos pragmáticos, no tendrás por casualidad ningún arma por aquí, ¿verdad?

Rook levantó en el aire una pluma Montblanc Hemingway de la Edición Escritores.

—Claro que sí.

Derrick negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Vámonos.

—Espera —dijo Rook antes de acercarse rápidamente a un armario que tenía al lado. Sacó un chaleco antibalas con la palabra «PERIODISTA» estampada en él con letras grandes y adornada con un par de réplicas diminutas de Premios Pulitzer.

—Ya está —dijo—. Estoy listo.

El coche de alquiler de los Storm seguía delante de la boca de incendios donde lo

habían dejado. Los cuatro se metieron en él: Derrick y Carl Storm, Cynthia Heat y Jameson Rook, todos ellos empezando ya a sentirse como una especie de gran familia americana, moderna y extraña.

Derrick conducía. Los otros tres se alternaban entre agarrarse cuando él tomaba las curvas y poner a Cynthia rápidamente al corriente de todo lo que sabían a toda velocidad. No resultó difícil. Ella ya tenía mucha información. Había sido su historia durante diecisiete años.

Se estaban acercando al Marlowe cuando el teléfono de Derrick sonó con la llegada de un mensaje.

Derrick se lo pasó a Rook para que lo leyera en voz alta.

—«Resulta que la grabación es un engaño. Nada más que investigar. Gracias por tu ayuda. Por favor, envíame tu factura cuanto antes a la dirección de mi comisaría de la calle 80. ¡Ha sido un placer trabajar contigo!».

Cuando terminó, Rook no dudó en su análisis.

—Vale, ahora no cabe duda de que es una rehén —dijo—. Ha terminado con signos de exclamación. Creo que nunca he visto a esta mujer utilizar ninguno.

—Eso es porque no la conociste en su tercer curso —replicó Cynthia—. Por suerte, dejó de usarlos en cuarto.

—La calle 80 es algún tipo de código —señaló Derrick—. La comisaría está en la 82.

—Nos está diciendo que está en la planta ochenta —apuntó Rook—. Sabe que yo tengo instalada la aplicación de Buscar mi iPhone. Pero que no tiene 3D. Así que nos está dando el dato definitivo.

—Tenemos que contestar —afirmó Derrick a la vez que apretaba el acelerador para adelantar a un taxi.

—Quien sea que envíe este tipo de tonterías quiere que entremos al trapo —observó Carl—. Así que vamos a hacerlo. Debemos suponer que Lindsay Gardner, o quien sea que esté reteniendo a Nikki, va a leerlo. No podemos arriesgarnos a alertarles de que sabemos que Nikki está en apuros. El factor sorpresa es nuestra única ventaja ahora mismo.

—Atractivo y con intuición —observó Cynthia Heat—. Vaya, vaya. Menuda joya.

—Estoy de acuerdo —dijo Rook. A continuación, se explicó—: Es decir, estoy de acuerdo con Carl en que hay que seguir el juego. O sea, no me malinterpretéis. También estoy de acuerdo con Cynthia. Pero quizá no tanto. No se ofenda, señor Storm.

—No te preocupes —le tranquilizó Carl.

—Vale, vamos a ello —prosiguió Rook, leyendo después su respuesta en voz alta a la vez que la escribía—: «Recibido. Me alegra saberlo porque eso significa que aún puedo votarla a ella y no al otro. ¡Te enviaré por correo electrónico la factura en cuanto pueda!».

Los demás estuvieron de acuerdo mientras Rook añadía:

—Confío en que habréis notado por mi tono al final que he terminado con signos de exclamación. Por supuesto, lo que espero es que Nikki lo considere como una especie de «mensaje recibido». Como escritor, soy especialmente sensible a los signos de puntuación, claro está. Pero lo cierto es que Nikki...

—¡Rook! ¡Envíalo de una vez! —saltó Cynthia, pronunciando esas palabras exactamente con el mismo timbre, cadencia y ritmo con que lo habría hecho Nikki.

—Hecho —murmuró Rook justo cuando aparecía ante ellos el Marlowe.

Derrick llevó el coche de alquiler a la zona de carga y encendió los intermitentes. Era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

Corrieron al interior del edificio y enseñaron su identificación a un aburrido guardia de seguridad que llevaba meses enviando a un flujo continuo de voluntarios y contratados hasta el cuartel general de la campaña de Gardner en la planta ochenta. No pareció notar que estos cuatro rostros eran nuevos.

Se apiñaron junto al ascensor mientras esperaban a que bajara.

—¿Creéis que saben que venimos? —preguntó Rook.

—No habríamos pasado tan fácilmente por la barrera de seguridad si lo supieran —contestó Carl.

—Todavía tenemos que engañar a los del Servicio Secreto que nos estarán esperando cuando salgamos del ascensor —dijo Derrick—. Lo habitual es que tengan al menos a tres agentes con un detector de metales. Y vamos a tener que ocuparnos de ellos sin hacer ruido, porque seguro que hay otros cerca.

—No es mucho inconveniente —repuso Carl—. Yo he trabajado alguna vez con esos tipos. Cuando están en un evento público se lo toman muy en serio. Pero cuando es un día cualquiera de trabajo, se aburren un poco.

—Aun así, no tenemos armas —observó Derrick—. Me da igual lo aburridos que estén. No vamos a poder anularlos.

—No, vamos a hacerlo a la antigua usanza —propuso Carl.

—Dios mío —se quejó Derrick dándose una palmada en la frente—. Ya estamos otra vez.

—Muestra un poco de respeto por tu padre —le riñó Cynthia—. ¿Qué tiene pensado, Carl?

—Eso depende. ¿Cómo se le da la lucha cuerpo a cuerpo, Cynthia?

—A esos agentes del Servicio Secreto, ¿quiere dejarlos aturdidos, inconscientes o muertos?

—Inconscientes me servirá.

—No hay problema.

Carl sonrió.

—Está decidido. El escritor va a fingir un ataque al corazón. Hazlo a lo grande y con mucho ruido para distraerlos. En el momento en que él se apriete el corazón, los otros tres vamos a elegir a un hombre y a dejarlo fuera de juego. ¿Os parece?

Estuvieron de acuerdo. El ascensor llegó y montaron en él.

—¿Por qué soy yo quien tiene que fingir un ataque al corazón? —preguntó Rook mientras subían.

—¿Has entrenado durante años para golpear a un ser humano de tal forma que su cerebro active un abrumador número de neurotransmisores en el mismo instante de modo que su sistema nervioso se sobrecargue y le provoque una parálisis temporal? —preguntó Carl.

—No. Pero una vez escribí sobre eso.

—Pues ahí tienes la razón. Si nosotros les damos, quedarán bloqueados. Si les das tú, no harás más que cabrearles.

—Entendido —dijo Rook, que continuó el ascenso en silencio.

Cuando se abrieron las puertas, había, tal y como Derrick había predicho, tres agentes del Servicio Secreto de guardia. Y, tal y como Carl había predicho, parecían bastante aburridos.

Derrick fue el primero en salir del ascensor.

—Buenos días, caballeros. Hemos venido para presentarnos voluntarios a la campaña de Gardner.

—Lo siento —respondió uno de los agentes—. Nos han ordenado que por ahora no haya más voluntarios.

Los otros tres habían entrado ya en el vestíbulo. Estaba claro que Derrick iba a derribar al agente con el que estaba hablando. Con un mínimo contacto visual, Carl y Cynthia se asignaron los otros dos.

—¡Pero hemos venido desde Omaha! —protestó Derrick—. Mi familia estaba deseando echar una mano. Estos son mis padres, Fred y Ginger. Y este es mi hermanastro, Alexander. Somos grandes admiradores de la...

Rook dejó escapar un gemido angustioso e inclinó el cuerpo hacia delante. Todos los agentes le miraron.

—Señor, ¿está usted...? —empezó a decir uno de ellos.

Rook volvió a gritar y, a continuación, se agarró el corazón con la mano. En el momento en que se tocó el pecho, Carl, Derrick y Cynthia se pusieron en acción.

Cynthia levantó la pierna en el aire y dio una patada en la sien de su oponente que recordó a las destrezas de su hija.

Derrick asestó un demoledor golpe con la mano en el cuello.

Carl, siempre fiel a la antigua usanza, le dio un puñetazo a su hombre en la mandíbula, golpeándole en el punto exacto en el que el hueso se junta con el oído.

Los tres agentes cayeron inconscientes.

—Buen trabajo —dijo Derrick—. Cogedles las pistolas y quitadles los dispositivos de comunicación para que no puedan pedir refuerzos cuando recuperen la conciencia. Es probable que tengan que informar con regularidad, pero esperemos contar con algo de tiempo antes de que nadie se dé cuenta de que no responden. Vamos a esposarlos al detector de metales. Eso los mantendrá ocupados un rato cuando se despierten.

Rook se había vuelto a incorporar y miraba fijamente a Derrick.

—¿Alexander? ¿En serio? —preguntó.

—¿Qué tiene de malo Alexander?

—Es mi segundo nombre. Y lo odio.

—Muy bien, ¿qué quieres la próxima vez?

—Edgar —respondió Rook con decisión.

—Pues Edgar será.

A poca distancia, Carl miraba a Cynthia deslumbrado.

—Es usted toda una mujer —dijo.

Ella le miró con una sonrisa provocativa.

—No tiene ni idea.

Tras dejar a los tres agentes inconscientes atados al detector de metales, los cuatro aspirantes a rescatadores atravesaron con sus nuevas pistolas en mano las puertas que daban acceso a la sede de la campaña de Gardner.

Se encontraron enseguida con el tabique.

—Vale, ¿dónde está? —preguntó Derrick.

—Sigue en el rincón suroeste —contestó Rook con su teléfono en la mano.

—Es por aquí —dijo Derrick dirigiéndose hacia la izquierda—. Vamos.

Los otros tres le siguieron. Entraron de inmediato en un gran espacio lleno de mesas que habían sido dispuestas sin ningún orden específico.

No había nadie sentado en ellas ni de pie, ni tampoco pasando junto a ellas, como claramente debería ser. Eso hacía que la sala tuviera un aspecto siniestro y apagado, como una colmena de abejas que no tuviera más que una serie de agujeros con forma de panal.

—¿Dónde están todos? —preguntó Derrick con el arma aún en alto.

—Esto me da mala espina —dijo Rook, que seguía desarmado pero que, de algún modo, compensaba su falta de armas con su chaleco antibalas de periodista.

—Seguid andando —les instó Carl—. Está claro que Nikki no está aquí. Eso es lo importante.

Atravesaron la sala con cautela. Derrick iba el primero, con Rook detrás de él. Carl y Cynthia iban a la retaguardia.

Cuando llegaron al despacho de la esquina, Derrick se detuvo, se llevó un dedo a los labios y escuchó tras la puerta.

No oyó nada. Despacio, para que cualquiera que estuviese al otro lado no lo notase, giró el picaporte de la puerta. Una vez estuvo seguro de que el mecanismo de cierre ya no tocaba el quicio, abrió la puerta y entró apuntando con la pistola.

No había nadie. Se giró para enfrentarse a cualquier enemigo que pudiera estar detrás de la puerta. Pero ese espacio también estaba vacío.

Carl había entrado ya para cubrir a su hijo. Rook los siguió después, al igual que

Cynthia, que se quedó junto a una mesa con un monitor encima de ella. La pantalla mostraba diferentes imágenes de las habitaciones de fuera, aún vacías.

El aire olía a cigarrillos de clavo. Derrick se apuntó a la nariz. Carl asintió al reconocer el olor y lo que eso significaba: el coronel Feng había estado allí recientemente.

Nadie hablaba, conscientes de que era probable que Nikki estuviese retenida tras la siguiente puerta, quizá a manos de Feng. Derrick caminaba con toda la suavidad que le era posible y, de nuevo, aguzó el oído. Estaba tan concentrado en la puerta y en lo que pudiera haber tras ella que ni siquiera vio al hombre delgado que se levantaba tras la mesa hasta que tuvo su pistola apuntando a la parte posterior del oído derecho de Cynthia Heat.

—Tire el arma —ordenó una voz rasposa—. Tírela. ¡Ya! Y levante las manos.

Cynthia bajó despacio el arma y la dejó en la mesa. Feng la tiró al suelo mientras ella levantaba los brazos.

Los tres hombres se giraron hacia Feng, que se había movido de tal modo que Cynthia hacía de escudo ante los otros dos que estaban armados, por lo que ninguno de ellos tenía un buen ángulo de disparo.

—Usted. Usted. Tiren sus armas —volvió a ordenar Feng.

—No tiene posibilidades, Feng —dijo Derrick—. Si le dispara, le garantizo que la próxima bala que salga volando saldrá de mi pistola y se incrustará en su cabeza.

—¡Tírenlas! —gritó Feng—. ¡Tírenlas!

—Eso no va a pasar —insistió Derrick a la vez que trataba de ver si podía apuntar a alguna parte de aquel empalagoso comunista. Pero Feng era bajito. Cynthia era, en realidad, un poco más alta. Y él se aprovechaba de su falta de estatura. Derrick no podía hacer anda.

Feng tenía aún en la boca un cigarrillo de clavo sin acabar. Dio una calada.

—Entonces, le voy a decir yo lo que va a pasar, Derrick Storm —replicó Feng con un bufido—. Tengo mejores cosas que hacer que matar a esta mujer. Pero tampoco tengo intención de que me maten a mí. Así que voy a salir de la habitación con esta mujer como rehén. No me van a perseguir, a menos que quieran verla muerta. Después, saldré del edificio. Ella volverá con ustedes sana y salva cuando yo me haya perdido por las calles del bajo Manhattan. ¿Trato hecho?

Derrick podía ver la silueta del CD sobresaliendo por la chaqueta barata de Feng. Odiaba perder la oportunidad de recuperarlo.

Pero eso le parecía ahora un problema de otro tiempo, una misión futura que él y Jones podrían preparar. Mantener a Cynthia con vida era más importante.

—Bien —respondió Derrick—. Pero no olvide lo que le digo. Si le arranca un solo pelo de la cabeza, pasaré el resto de mi vida persiguiéndole. Y no descansaré hasta que usted y tres generaciones de su familia estén bajo tierra.

—Claro, claro —replicó Feng—. Los americanos, siempre tan valientes cuando hay que rescatar a una mujer. Ahora nos vamos a ir.

Despacio, se dispuso a salir de la habitación, cuidando de su posición en todo momento. Estaban a punto de salir por la puerta cuando Carl Storm rompió el silencio.

—Espere —dijo—. Antes me gustaría besarla como despedida.

Feng puso expresión de rabia.

—No va a hacer nada de eso.

—Lo siento, amigo —insistió Carl—. Llevo media vida esperando conocer a una mujer tan increíble como esta. Y no voy a dejarla marchar sin, al menos, un beso. Puede dispararme por intentarlo. Pero le garantizo que, si lo hace, mi hijo se asegurará de que no soy el único que muere hoy.

Derrick no tenía ni idea de qué era lo que tramaba su padre, pero añadió:

—A mí me parece razonable, Feng.

—Incluso voy a tirar mi arma —se ofreció Carl.

—Bien —espetó Feng—. Que sea rápido.

Carl lanzó su arma al rincón.

—Primero tengo que refrescarme el aliento, si no le importa —continuó, sacando el Binaca del bolsillo—. No quiero que la primera impresión que cause sea mala.

Se roció la boca. Después, miró a Cynthia.

—¿Quiere un poco? —preguntó.

—Probablemente lo necesite —confirmó Cynthia.

—Abra bien —dijo Carl a la vez que se acercaba a Cynthia con el bote de Binaca en alto.

Y entonces, en el último momento, desvió su objetivo y lo roció sobre el rostro de Feng.

Uno de los ingredientes del Binaca es el alcohol desnaturalizado 38-F. Aunque esté desnaturalizado, sigue siendo altamente inflamable. Y, en este caso, no decepcionó.

En el momento en que el chorro de espray dio contra el extremo encendido del cigarro de Feng, se prendió fuego, convirtiéndolo en un soplete que salpicó en la cara de Feng. Soltó un rugido y se revolvió, llevándose instintivamente las manos a la cara para tratar de apagar las llamas.

Derrick Storm esperó hasta que su objetivo, que no paraba de moverse, se apartara de Cynthia, quien colaboró haciéndose a un lado. Cuando estuvo seguro de que tenía un tiro limpio, Derrick asestó tres balas en pleno rostro de Feng.

El hombre murió al instante, cayéndose sobre la puerta. Derrick se acercó a él y le sacó rápidamente el CD del bolsillo para metérselo en el suyo.

Carl se había acercado a Cynthia y la ayudó a levantarse del suelo.

—Mi héroe —dijo ella para, después, añadir insinuante—: ¿Eres igual de ingenioso en todo lo que haces?

Carl agitó sus oscuras cejas.

—No sabes cuánto.

De todos ellos, fue Rook quien actuó con más seriedad y sin perder de vista la misión que tenían entre manos.

Puso fin al momentáneo espíritu de celebración que se había adueñado de todos diciendo:

—Chicos, siento ser un aguafiestas, pero sabéis que quien sea que esté en esa otra habitación sabe ya que estamos aquí.

Carl había recuperado su pistola. También Cynthia.

—No hace falta que finjamos que aún contamos con el factor sorpresa —dijo Derrick.

Se acercó a la puerta a la que antes se había aproximado de puntillas y la derribó de una patada. Entró en el despacho de al lado con la pistola en alto. Pero con un vistazo a la habitación vio que estaba vacía.

—¡Despejado! —gritó.

Sus ojos se posaron en el teléfono con la funda negra que estaba sobre la mesa. Cuando entraron los otros tres, miró a Rook.

—¿Es el teléfono de tu mujer?

—Desde luego, lo parece —contestó Rook con tono sombrío. Nadie tuvo que molestarse en decir en voz alta el resto.

La aplicación de Buscar mi iPhone había funcionado y lo había encontrado. A quien no había encontrado era a la dueña del teléfono.

—¿Y dónde está? —preguntó Rook con expresión de auténtica tristeza.

La respuesta llegó desde doce plantas más arriba, donde se oyó en ese momento el inconfundible sonido de las aspas del helicóptero batiéndose en el aire.

—Siento decir que creo que es ella haciendo un mutis que no desea —dijo Derrick.

Corrieron a la ventana a tiempo de ver un helicóptero Bell 407 alejándose del edificio. Era rojo, blanco y azul y estaba adornado con las palabras LINDSY UNO en el lateral.

Era imposible ver quién estaba en el interior. Pero no costó suponer que el helicóptero llevaba a una hija, una esposa y una amiga, todas ellas encarnadas en la persona de Nikki Heat.

—Dios mío —murmuró Carl—. ¿A alguno se os ocurre algo? Porque después de lo del Binaca, me he quedado sin ideas.

Hubo un silencio mientras el helicóptero se alejaba en el aire en dirección a la desembocadura del río Hudson, el puente Verrazano y el océano que se extendía al otro lado.

—Las Aventuras Aéreas del Capitán Tyler —dijo entonces Rook.

—¿Qué es eso? —preguntó Derrick.

—Es un amigo que tiene un hidroavión en el muelle 11.

—Eso está a tres manzanas de distancia —intervino Cynthia—. Vamos.

Rook llamó mientras salían para avisar al capitán Tyler de que iba a necesitar canjear su cheque regalo de una forma inesperada y algo urgente.

Tras recorrer tres manzanas a toda velocidad, oyeron los seis cilindros de un motor Continental IO-550-N. La nave que envolvía ese motor, un Seawind 300C, era el mejor hidroavión y el más moderno del mercado. Tenía plazas para cuatro adultos y, con una potencia del cien por ciento, alcanzaba una velocidad máxima de trescientos veinte kilómetros por hora, unos treinta kilómetros más rápido que un Bell 407, que era todo lo que importaba en ese momento. Que el avión hubiese sido adaptado especialmente para practicar paracaidismo era una ventaja más.

—Bienvenidos a bordo —gritó el capitán Tyler entre el ruido mientras Rook y compañía subían con la respiración entrecortada tras la carrera—. Abróchense todos los cinturones de seguridad. Vamos a elevarnos rápidamente en el aire.

—Gracias, amigo —respondió Rook—. ¿Le has echado un vistazo a ese helicóptero como te he pedido?

—Más que eso, lo he encontrado en el radar. Llevan una dirección sur-sureste a unos doscientos kilómetros por hora.

Rook le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo. Te debo una.

—Un artículo sobre las Aventuras Aéreas del Capitán Tyler en el *First Press* me servirá —contestó Tyler.

—Hecho. Ahora, despeguemos.

—Sí, sí.

El Seawind se puso enseguida en marcha por el río Hudson. Una vez que tuvo los trescientos treinta metros de agua por delante que requería, Tyler pisó a fondo los motores y el avión despegó.

Subieron de forma continuada hasta los mil quinientos metros. A continuación, Tyler puso el piloto automático y se volvió hacia sus pasajeros.

—Muy bien, voy a mantener la velocidad constante. Vamos a reducir la distancia con ellos, pero despacio. Y nos llevan una ventaja de unos treinta kilómetros. En unos cincuenta minutos, más o menos, los habremos alcanzado.

## HEAT

La pistola eléctrica había dejado a Nikki Heat incapacitada en, al menos, dos aspectos.

Primero había sido el impacto inicial: cincuenta mil voltios de ferocidad que le frieron el cerebro y la alejaron de la capacidad de controlar tanto su mente como su cuerpo.

Después, vino lo que le había permitido a John Null apresarla rápidamente. Una vez que Heat era incapaz de resistirse, el director de campaña la ató como un ciervo de ocho puntas que pensara lanzar sobre su camioneta, amarrándole los pies por los tobillos y las manos por las muñecas y atando después ambos nudos entre sí de forma que el cuerpo le quedaba doblado como una parábola.

La echó sobre un carrito que había cogido de la planta setenta y nueve, como si no fuese más que un saco de cartas de propaganda de la campaña y, a continuación, la llevó a un viaje en ascensor tan desorientador que ella no sabía seguro si estaban subiendo o bajando.

Después, salieron a la azotea y Heat oyó el batir de las astas del helicóptero que la llevaría hasta su muerte en el agua.

En aquel momento, Heat había recuperado cierta capacidad, la suficiente para, al menos, retorcerse hasta ponerse en una postura en la que pudiera ver el cielo azul por encima de ella. Sintió la corriente descendente de las astas contra su cara mientras Null la llevaba hasta el helicóptero.

El carrito se detuvo. Entonces, Heat sintió cómo la elevaban y la giraban hasta que salió del carro y la dejaban bruscamente en el suelo del helicóptero. La puerta del compartimento de carga se cerró con un golpe tras ella y, después, oyó otras dos puertas que se abrían, ambas en la parte frontal de la nave.

—¿Estás dentro? —gritó Null por encima del rugir de los motores.

—Sí, vámonos de aquí —respondió Lindsay Gardner.

El silbido de las turbinas se volvió más fuerte y, entonces, Heat sintió una presión hacia abajo. Estaban en el aire.

La capacidad de movimiento de Heat en el suelo del helicóptero era limitada. Podía girarse a izquierda y derecha, sin que eso le sirviera de mucho.

Cuando se quedó sobre su lado izquierdo, pudo ver el interior de la cabina, donde Null estaba en los controles y Gardner se había atado al asiento del copiloto. A su derecha, solo podía ver los bajos de los asientos traseros.

Tiró de sus cuerdas, que eran gruesas. Pero solo logró que la áspera cuerda se hundiera más en su piel. Tampoco consiguió nada intentando coger con los dedos las

cuerdas o cualquier otra cosa que le fuera útil.

Heat estudió su entorno más inmediato, en busca de algo afilado contra lo que frotar las cuerdas. Si pudiera liberar al menos una mano, todo cambiaría. Pero lo único que pudo ver eran los rectángulos redondeados de las patas de los asientos de acero inoxidable que estaban clavados al suelo.

Heat sintió pánico al notar que el helicóptero ganaba altura. Ya había estado en situaciones difíciles a lo largo de su vida. Pero, normalmente, había salidas de emergencia, por muy pequeñas que fuesen.

No había forma de escapar de esta otra. Solo tenía la vaga esperanza de que Storm hubiese sabido interpretar el mensaje como una llamada de auxilio.

Pero ¿y qué? De todas las naves que surcaban el cielo del área metropolitana de Nueva York en cualquier momento, ¿cómo iba él a saber en cuál se encontraba ella? ¿Y qué podría hacer al respecto?

Los minutos pasaron como si fueran horas. Heat no podía evitar preguntarse si serían los últimos que estaría viviendo. Chocar contra el agua tras una caída de un kilómetro y medio sería como caer sobre hormigón. Su cuerpo quedaría destrozado por el impacto.

Aun si por algún absurdo milagro sobrevivía a la caída, lo cual era de lo más improbable, todo indicaba que estaría en medio del océano, a más de ciento sesenta kilómetros de la costa, con muy pocos barcos cerca y sin poder utilizar las manos ni los pies.

Podría flotar haciendo el muerto. Pero, siendo realista, ¿cuánto tiempo duraría allí? El océano Atlántico en el mes de octubre no estaría a más de diez grados de temperatura. El cuerpo humano se enfría veinticinco veces más rápido en el agua que en el aire. Había visto las gráficas de tiempo de supervivencia en el agua. A esa temperatura, la hipotermia llegaría en una o dos horas. En algún momento, se quedaría inconsciente. Y, entonces, todo habría terminado.

Los pensamientos macabros invadieron su mente. Se imaginó a Rook, a Raley y a Ochoa investigando incansables todos los aspectos de su desaparición hasta que, poco a poco, y con enorme angustia, tuvieran que reconocer que lo que estaban investigando en realidad era su muerte. ¿Podrían culpar a Gardner de alguna forma?

Probablemente no. En la campaña de Gardner dirían seguramente que la de Nikki Heat había sido una desaparición misteriosa. Una enorme tragedia, diría el portavoz de Gardner. Pero, en última instancia, eso no tendría nada que ver con la candidata.

A nivel oficial, Nikki Heat sería considerada como persona desaparecida hasta que, en algún momento futuro, el ayuntamiento emitiera su certificado de defunción. ¿Celebrarían al menos un funeral? ¿Enterrarían una caja vacía? ¿Acudiría su madre a la ceremonia de incógnito? Eso sería algo irónico.

Heat volvió al presente. Tenía que haber alguna forma de poder encontrar una oportunidad para sobrevivir. Buscó en los bajos del asiento de atrás hasta que encontró un atisbo de esperanza. Había un tornillo algo suelto. Si se movía hasta

colocarse en la posición adecuada quizá pudiera frotar la cuerda contra el tornillo y deshilarla un poco.

Puede que no consiguiera nada. Pero eso era mejor que quedarse quieta.

Heat empezó a moverse con toda la fuerza que sus ataduras le permitían, lo cual no era mucho. Su capacidad de movimiento era pequeña. No podía hacer mucha palanca. Aun así, perseveró.

No había habido ninguna conversación en la parte delantera. Al menos, no hasta después de unos cuarenta minutos en el aire.

—Nos siguen —gritó Null entonces.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Gardner.

—He visto una señal en el radar que sigue nuestra misma trayectoria. Se está acercando.

—¿Qué es?

—No sé decirte. No creo que sea un helicóptero. Se mueve demasiado rápido.

—¿Cuánto tiempo queda hasta que estemos sobre aguas profundas?

—Otros cinco minutos, más o menos.

—¿Y si la dejamos caer ya? —preguntó Gardner.

—Podríamos hacerlo —contestó Null—. Pero habría más posibilidades de que encontrarán su cuerpo. Podría flotar y ser arrastrado hacia la costa con la marea.

—Entonces, sigue avanzando —ordenó Gardner—. Probablemente se desvíen.

Heat sintió una oleada de pánico que hizo que frotara sus cuerdas con más rapidez. Se habían calentado por la fricción que estaba generando. De vez en cuando, el tornillo atrapaba otra pequeña hebra y se soltaba.

Otra media hora, y estaba segura de que podría liberarse. Pero no tenía tanto tiempo. Siguió frotando de todos modos.

—No se desvían —dijo Null dos minutos después—. Puede que nos queden cuatro o cinco minutos hasta que nos alcancen.

—Cambia la trayectoria —le ordenó Gardner—. A ver si nos siguen.

—Hecho —contestó.

Heat sintió que el helicóptero se inclinaba y, a continuación, volvía a nivelarse. Siguió frotando las cuerdas, aunque los músculos le dolían ya por el esfuerzo. Pensó que ese dolor de músculos no sería ninguna molestia cuando estuviese muerta.

De vez en cuando, comprobaba los nudos. Seguían igual de firmes que antes.

—Han cambiado de trayectoria con nosotros —anunció Null dos minutos después—. Nos van a alcanzar en cualquier momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Gardner. Heat pudo ver que estiraba el cuello por la ventana y que había visto a sus perseguidores.

—No tiene tren de aterrizaje. Es una especie de hidroavión.

—¿Crees que saben lo de nuestra pasajera?

—Puede que sí. Puede que no. En cualquier caso, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Null.

—Deshacernos de las pruebas, por supuesto. ¿Crees que el agua es ya suficientemente profunda?

—Sí. Ha cambiado de color hace uno o dos minutos. Ya hemos salido de la placa continental. A partir de ahí, tiene una fuerte caída. Pero espera.

—¿Qué? —preguntó Gardner.

—¿No nos van a ver?

Gardner hizo una pausa.

—Pon el helicóptero a planear. Esperaré a que nos hayan pasado. A menos que su avión lleve espejos retrovisores, no podrán ver caer el cuerpo.

—Pero sí que sabrán que este es el helicóptero de la campaña.

—Diremos que alguien lo ha robado y se lo ha llevado de paseo.

—¿Estás segura?

—Sí. Ponte a planear.

El movimiento hacia delante del helicóptero fue deteniéndose poco a poco. La nave estaba ahora flotando en el aire. Heat abandonó sus esfuerzos con las cuerdas y dejó caer su cuerpo hacia la parte delantera justo a tiempo de ver cómo Gardner se desabrochaba el cinturón del asiento.

La senadora se retorció para poder pasar por el estrecho hueco que había entre el asiento del piloto y el del copiloto. Se arrodilló junto a Heat un momento.

—No es nada personal —dijo Gardner—. Habría sido usted una buena directora del Departamento de Seguridad Nacional.

Heat no le dio el placer de responder.

Gardner se puso de pie, agarró la cuerda que ataba las manos y los pies de Heat y deslizó su cuerpo por el suelo. A continuación, abrió la puerta de carga.

El terror era ahora aún más real. El viento entró con una sacudida en el interior de la cabina del helicóptero. Heat pudo ver cómo el océano se extendía por debajo de ellos, liso, azul e infinito en todas direcciones hasta que caía por el horizonte.

Gardner se había cambiado de sitio y ahora la empujaba desde atrás, aún más cerca del borde.

Los pies y las manos de Heat salieron primero por la puerta. Otro empujón y saldrían también los brazos y las piernas. Heat no podía hacer nada por evitar lo que estaba a punto de suceder.

—¿Ya? —gritó Gardner.

—Están a punto de pasar justo por encima —contestó Null—. Contaré desde tres.

Durante unos exasperantes segundos, Heat estuvo colgada del borde sintiendo el abismo por debajo de ella. Pensó que quizá su vida le pasaría por delante de los ojos. Pero lo único que veía era el fuselaje del helicóptero. Tiró impotente de sus cuerdas por última vez.

—Vale. Allá vamos —dijo Null—. Tres..., dos..., uno.

Gardner empujó. Heat sintió cómo su cuerpo se volcaba por el filo.

Estaba cayendo. Y no había nada más que el aire frío de octubre entre ella y el

mar, un kilómetro y medio por debajo.

## STORM

Durante la mayor parte del vuelo hubo poca conversación a bordo del Seawind 300C.

El capitán Tyler estaba concentrado en alcanzar toda la velocidad que pudiera con el avión. Los pasajeros estaban inmersos en sus pensamientos.

El helicóptero, que al principio no había sido más que una señal luminosa en el radar, entró por fin en su campo de visión. Al principio, era poco más que un alfiler oscuro bajo el azul del cielo. Después, poco a poco, se fue haciendo más grande a medida que el Seawind lo alcanzaba.

Estaba todavía a un kilómetro y medio más o menos cuando Derrick Storm rompió el silencio.

—Me siento como un perro que corre detrás de un coche. No sé qué voy a hacer cuando lo alcancemos.

—Yo había supuesto simplemente que íbamos a seguirles y que improvisaríamos cuando averiguáramos qué hacen —dijo Cynthia Heat.

—Sí, pero ¿por qué están alejándose tanto mar adentro? —preguntó Rook—. No sé cuánto puede volar un pájaro de ese tamaño, pero no hay nada donde aterrizar por aquí. Si se alejan demasiado no tendrán gasolina para volver a tierra. ¿Qué hacen aquí?

Hubo un silencio por respuesta hasta que habló Carl.

—Se dirigen hacia las aguas profundas —dijo—. Después, tirarán a Nikki del helicóptero.

Cynthia Heat ahogó un grito. Rook palideció.

Derrick habló a continuación.

—Mi padre tiene razón. Si se lanza un cuerpo sobre las aguas poco profundas, se hunde al principio, pero luego flota a medida que aparecen los gases de la descomposición. Y después, es imposible saber adónde irá. En aguas más profundas y frías, la descomposición es mucho más lenta. El cuerpo se sumerge y se queda hundido.

Aquello era demasiado para la madre y el marido de Nikki Heat.

—¿Cuánto tiempo queda hasta que pasemos la placa continental? —preguntó Derrick al capitán Tyler.

—No queda mucho ya —respondió Tyler—. Probablemente cuando les alcancemos. Han cambiado su trayectoria hace unos dos minutos, así que yo también lo he hecho. Otros dos o tres minutos más y estaremos por encima de ellos.

—¿Y qué están pensando ahora mismo? —preguntó Derrick mirando de nuevo a su padre—. ¿Cómo van a hacerlo?

—Bueno, ya deben saber que les estamos siguiendo. Han cambiado su trayectoria y nosotros también. Además, no hay nada más en este espacio aéreo, sobre todo a esta altitud. No podemos escondernos entre las nubes como el Barón Rojo y, después, caer sobre ellos.

—Entonces, saben que vamos tras ellos —continuó Derrick—. Lo cual significa que van a esperar a lanzar el cuerpo cuando crean que no podemos verlo.

—Y eso ocurrirá justo cuando pasemos por encima de ellos. Estarán en nuestro ángulo muerto en ese momento. Esa es la mejor ocasión para hacerlo.

—Pues, entonces, me parece que voy a tener que prepararme para salir tras ella —dijo Derrick—. Capitán Tyler, dígame dónde tiene su equipo de paracaidismo.

Carl sonrió.

—Supongo que al final va a ser bueno que te gusten todas esas tonterías de héroe de acción.

El capitán Tyler le indicó a Derrick un compartimento de la parte trasera del avión que contenía todo un equipo de alta gama de paracaidismo. Derrick escogió un Javelin Odyssey que tenía un paracaídas lo suficientemente grande como para un salto de dos personas y se lo puso de inmediato. Lo comprobó una vez. Luego otra. Todo parecía estar en su sitio.

Sacó el CD de su bolsillo y se lo lanzó a Rook.

—Hazme el favor de guardar esto. He sufrido mucho para conseguirlo como para saltar con él desde un avión.

—Por supuesto —respondió Rook.

A continuación, Derrick se dirigió al capitán Tyler.

—Espero que la recogida forme parte del paquete por si termino en el agua.

—Eso se paga aparte —contestó Tyler sonriendo—. Normalmente no les hablo a los clientes del cobro adicional hasta que ya están mojados.

—Envíele la factura a Jedediah Jones.

—Eso está hecho —contestó Tyler.

Volaron en silencio un rato más. La tensión en el interior de la cabina era palpable. Aún seguía siendo del todo posible que el *Lindsay Uno* estuviera simplemente dando una enorme vuelta en su camino hacia, por ejemplo, Delaware.

Entonces, llegó la prueba de que el helicóptero y sus pilotos tenían al final un plan más pernicioso.

—Están reduciendo la velocidad —gritó Tyler.

—Porque se están preparando para hacer el lanzamiento —aclaró Carl.

—Muy bien. Abra esa puerta para el salto, capitán —dijo Derrick.

—Atención todos —gritó Tyler—. Va a haber mucho viento aquí dentro.

Tyler pulsó un botón y la puerta de babor del avión se abrió. Tal y como había dicho, un golpe de aire entró con fuerza en el interior y el avión se tambaleó un poco hasta que Tyler compensó el cambio en la aerodinámica.

Derrick se agarró a las correas que había junto a la puerta y se inclinó hacia fuera.

—Muy bien, capitán. Quiero que pase por encima de ellos dejando el menor espacio que le sea posible entre medias. Que piensen que vamos a sobrevolarles hostigándoles. Pero hágalo justo por la derecha. Quiero ver bien lo que ocurre por mi lado del avión.

—Sí, señor —respondió Tyler.

Derrick volvió a su lugar junto a la puerta, se agarró a una correa y se colgó peligrosamente por fuera. Tuvo que entrecerrar los ojos para poder ver en medio de la corriente de aire, pero pudo ver que el avión se acercaba muy rápido al ahora inmóvil helicóptero. Vio con inquietud que la puerta de cargamento, que estaba plenamente visible en el lado de estribor del helicóptero, estaba abierta ahora.

Su padre tenía razón. Iban a lanzar a Heat de la nave.

Cuando el Seawind pasaba justo por encima, a no más de treinta metros, apenas nada en el contexto de la aviación, Derrick mantuvo su atención puesta en la puerta de carga del helicóptero. Pudo ver que ya colgaban los brazos y piernas de alguien.

Derrick se inclinó aún más hacia fuera cuando el Seawind pasó, lo que le permitió ver claramente que, de repente, esos brazos y piernas se inclinaban hacia abajo y caían por el lado del helicóptero. A continuación, vio el cuerpo, el de Nikki Heat.

Sin vacilar un momento, Storm saltó tras ella.

Hay muchos tipos de física involucrados en una caída libre a kilómetro y medio de distancia.

Empezando por la masa del objeto que cae. A pesar de lo que Galileo pensara sobre la materia, los objetos más pesados sí que caen más rápido, pues la gravedad actúa más sobre ellos.

Ventaja para Storm: un hombre de cien kilos de peso cae más rápido que una mujer de sesenta y cuatro.

Por otra parte, hay cosas que pueden desacelerar el objeto, como el área de superficie y el coeficiente de arrastre. Un paracaidista que extiende su cuerpo alcanza una velocidad límite de unos ciento noventa kilómetros por hora. Un paracaidista que adopta una forma más pequeña puede alcanzar los trescientos veinte o más.

Otra ventaja para Storm: cayó de cabeza, con los brazos pegados al cuerpo y con los dedos de los pies en punta para minimizar la resistencia del viento al zambullirse.

Solo que, para horror suyo, se dio cuenta de que quizá no era tanta ventaja. Localizó rápidamente a Heat a unos treinta y cinco metros por debajo de él. Si ella hubiese adoptado la clásica posición de paracaidista con los brazos y piernas extendidos, él la habría alcanzado en muy poco tiempo.

Pero Heat era más como una parábola. Estaba cayendo con el trasero por delante y los brazos y piernas hacia arriba, casi como un saltador en posición de carpado. El área de superficie, en su mayor parte la espalda, era apenas mayor que la de Storm.

Lo cual quería decir que iba a estar reñido.

Storm mantuvo la cabeza lo más fría posible dadas las circunstancias. Era veterano en muchos saltos tras haber entrenado en algunas de las condiciones más difíciles que se puedan imaginar. En el paracaidismo existía la vieja broma de que, si algo iba mal, tendrías el resto de tu vida para arreglarlo.

Pero eso seguía significando que, incluso durante un lanzamiento desde una altura relativamente baja de un kilómetro y medio, había algo de tiempo para hacerlo bien.

Storm puso en marcha un cronómetro en su cabeza. Tenía apenas catorce segundos antes de recorrer trescientos metros, lo más que se atrevía a bajar antes de tirar de la cuerda del paracaídas. Si no abría el paracaídas en ese momento, las posibilidades de supervivencia empezaban a disminuir enormemente. A quinientos metros serían muy pocas. A partir de ahí, nulas.

Tres segundos después, habían alcanzado el cincuenta por ciento de su velocidad límite. Pero aceleraban rápidamente. Los 9,8 metros por segundo al cuadrado de Isaac Newton no parecían tan rápidos cuando iban en contra de uno.

Storm podía sentir cómo el aire le rasgaba. Viró para colocarse directamente encima de Heat, para caer literalmente encima de ella si conseguía alcanzarla a tiempo. Podía ver ahora por qué estaba cayendo con una postura tan extraña: tenía las manos y las piernas atadas.

Storm no podía hacer nada al respecto por ahora. Consiguió aumentar la velocidad aplanando aún más su cuerpo. Estaba acercándose a ella. Un poco. Pero empezaba a dudar seriamente sobre si eso sería suficiente.

A los ocho segundos, habían alcanzado el noventa por ciento de la velocidad límite, acercándose a toda velocidad. Heat seguía estando a dieciocho o veinte metros de distancia.

A los nueve segundos, Storm se dio cuenta de que no iba a llegar a tiempo. Estaba demasiado lejos. Ella caía con demasiada velocidad.

A los diez segundos, empezó a debatirse: ¿tiraba de la cuerda o moría en su intento de salvarla?

No se molestó en mirar el altímetro. Había realizado suficientes saltos como para saber dónde estaba el techo de los trescientos metros. Y se estaba acercando a ellos demasiado rápido. Se acercaba el momento de tomar la decisión.

Once segundos. No era capaz de abandonar. Y, sin embargo..., continuar en caída libre era una locura. Seguía al menos a nueve metros de distancia. Lo suficientemente cerca como para ver el terror en el rostro de Heat, lo suficientemente lejos como para saber que sencillamente no iba a llegar a tiempo.

Doce segundos. Se acercaban al noventa y nueve por ciento de la velocidad límite. Trescientos veinte kilómetros por hora. Caer en el agua a esa velocidad llevaría de inmediato a otro límite.

Y entonces, durante el segundo decimotercero, la expresión de Heat cambió. Pasó del miedo a la resolución y, después..., ¿al dolor?

Había liberado un brazo de las cuerdas, dislocándose el dedo pulgar y

arrancándose un buen trozo de piel de la mano a la vez.

Pero aquello lo cambió todo. El área de superficie de su cuerpo pasó a ser el doble. El coeficiente de arrastre aumentó con ello. De repente, la física se ponía de su lado.

Redujo la velocidad a unos doscientos cuarenta kilómetros por hora. Seguía siendo rápida, pero no comparada con la velocidad de Storm. De repente, él caía setenta y seis kilómetros por hora más rápido.

Eso implicó que Storm tardara menos de medio segundo en recorrer el espacio que había entre los dos. Chocaron con un fuerte golpe, pero Storm consiguió abrazarla con los brazos y las piernas.

El cronómetro que Storm tenía en su cabeza acababa de marcar los catorce segundos.

—¡Tira de la cuerda! —le gritó a Heat.

Con la mano libre, ella tocó el hombro de Storm y tiró.

El paracaídas de frenado se desplegó suavemente y, después, el principal. Enseguida estuvieron flotando en dirección al agua a unos relajados dieciséis kilómetros por hora.

—Perdona por haber caído así sobre ti —dijo Storm.

—¿Sabes? Cuando hiciste eso mismo en mi apartamento el otro día, debo confesar que me molestó un poco —contestó Heat—. Esta vez no me ha importado tanto.

## HEAT / STORM

### UNA SEMANA DESPUÉS

Como oficiales de alto nivel, experimentados y condecorados de las dos organizaciones paramilitares de élite de Estados Unidos, Nikki Heat y Derrick Storm se habían visto sometidos a presiones extremas en muchas ocasiones.

Dolor físico. Guerra psicológica. Amenaza de muerte inminente. Habían sufrido eso y más. En el caso de Heat, le había ocurrido en todos los distritos. En el de Storm, en todos los continentes.

Pero nada —ni en su entrenamiento ni durante operaciones reales— les había preparado para esto.

La incertidumbre. El tormento. La espera.

Interminables.

Se estaba haciendo tarde. Peligrosamente tarde. Y todavía nada. Ningún contacto.

—¿Cuánto más creéis que será? —preguntó Heat.

—En este momento, es imposible saberlo —contestó Rook.

—Vuelve a llamarles —propuso Storm.

—Ya lo hemos intentado tres veces —respondió Rook—. Y en cada una tres tonos y, después, el buzón de voz.

—Tenemos que establecer contacto de alguna forma —dijo Storm—. Si no, estamos perdidos.

—Me temo que es imposible —concluyó Rook.

Se quedaron en un sombrío silencio. ¿Cómo habían llegado a esto? ¿En qué se habían equivocado? Eran preguntas que ya se habían hecho muchas veces, pero sin respuesta.

—¿Probamos con la policía? —sugirió Storm.

—Yo soy la policía —le recordó Heat.

—¿Probamos con policía que pueda hacer algo de verdad? —preguntó Storm.

—No a estas alturas —respondió Rook—. La policía no es una opción. Tenemos que confiar en nuestros propios recursos.

—Por muy limitados que sean —añadió Storm.

Más espera. Se hizo aún más tarde. Todo parecía perdido.

La semana anterior había sido muy agitada. El CD con la prueba de que Lindsay Gardner había aceptado un soborno de cincuenta millones de dólares de unos delincuentes chinos se lo habían entregado al despacho de la fiscalía de Estados Unidos. Heat les había dado un billete falso con las huellas digitales de Gardner, el que había conseguido guardarse en el bolsillo confiando en que Lindsay Gardner se

hubiese olvidado de que le había pagado a Cynthia Heat cien dólares cada dos semanas por las clases de piano y no ochenta.

El escrito de acusación salió rápido y era muy claro. Las pruebas eran abrumadoras. La defensa de Gardner había sido tan insuficiente que el juez se había negado a poner una fianza, dada la posibilidad de que la acusada pudiera huir.

El cuerpo chamuscado de un ciudadano chino encontrado en el cuartel general de la campaña de Gardner no había hecho sino añadir más confusión, aunque parecía que no se presentarían cargos al respecto. Las balas que le habían matado se habían disparado desde un arma que pertenecía a un agente del Servicio Secreto que no recordaba cómo había aparecido encadenado a un detector de metales y sin su arma reglamentaria.

La historia apareció en los medios como una bomba que había elevado los índices de audiencia. Hubo muchas especulaciones —la mayor parte erróneas, como era habitual—, aunque surgieron rumores de que Jameson Rook iba a publicar un artículo en el *First Press* que lo aclararía todo. Seguramente había otro Pulitzer a la vista.

Nada de eso ayudaba a la situación que tenían entre manos.

—Esto no es propio de ellos —dijo Heat. Y no era la primera vez.

—Qué irresponsables —confirmó Storm.

—Y egoístas —añadió Heat.

—Es como si no pensarán para nada en nosotros —dijo Rook.

Esperaron un poco más. Por fin, la puerta del *loft* de Rook en Tribeca se abrió y entraron los dos prófugos.

—Ah —dijo Cynthia Heat—. No deberíais haber esperado.

—Por el amor de Dios —exclamó Carl Storm.

Nikki se puso de pie con las manos en la cadera.

—¿Dónde habéis estado los dos? —preguntó.

—¿Tenéis idea de la hora que es? —exclamó Derrick.

—Estábamos muy preocupados por vosotros —dijo Rook—. Os podríais haber estado desangrando en cualquier cuneta. O lo que es peor, podríais haber estado viendo algún *reality* en la televisión.

—Vas a sufrir un severo castigo, jovencito. En serio —aseguró Derrick.

—Tenéis que darnos muchas explicaciones —añadió Nikki.

Entonces, Cynthia, con expresión radiante, levantó la mano izquierda. En su dedo anular llevaba un resplandeciente anillo de diamantes de 2,4 quilates.

Por un momento, la habitación se quedó sin aire.

Cuando regresó, Nikki ahogó un grito.

—Ay, mamá —fue lo único que consiguió decir.

Derrick miraba a su padre, incapaz de formular la pregunta que tenía en su mente. Carl la supo interpretar de todos modos.

—Tu madre y yo solíamos bromear con que, si alguno de los dos moría, el otro debería ir de luto al funeral —explicó Carl—. Después, una vez que el cadáver

estuviese enterrado, debíamos secarnos las lágrimas y levantar los ojos para ver quién había disponible.

Se rio.

—Solo he tardado treinta años en secarme las lágrimas, eso es todo.

—Hemos ido primero al club Players —intervino Cynthia—. George se ha equivocado tres veces con la copa que Carl ha pedido, ¿quién lo iba a decir?

—He decidido no beberme la cuarta versión —continuó Carl—. Me preocupaba que terminara poniéndome detergente.

—Después, me ha llevado al Empire Estate y me ha dicho que allí me esperaba una sorpresa —continuó Cynthia—. Y bueno...

—He decidido que si iba a ser hasta que la muerte nos separe, ya no nos pilla tan lejos como antes —dijo Carl—. Así que era mejor ir directo al grano.

Los dos se miraron sonriendo un momento.

—¿Somos demasiado viejos para recibir la bendición de todos? —preguntó Cynthia.

—Ay, mamá —repitió Nikki mientras abrazaba a su madre con tanta fuerza que a punto estuvo de dejarla sin respiración.

A continuación, Derrick abrazó a su padre con el doble de fuerza.

—Solo hay una cosa más hermosa que dos jóvenes enamorados —declaró Rook—. Y es ver a dos jóvenes ancianos enamorados.

—Sí, y hablando de jóvenes, ¿cuándo voy a tener un nieto? —preguntó Cynthia.

—Y hablando de madres, creo que he oído que la mía me está llamando ahora mismo —dijo Rook.

Pero no. Nada de eso.

Lo que pasó es que Rook abrió una botella de Krug Brut.

—He estado guardándola para mi tercer Pulitzer —explicó—. Pero esta ocasión lo merece más.

Brindaron por el compromiso de Heat y Storm. Brindaron por la nueva familia que estaban creando. Brindaron por todas las cosas por las que tenían que estar agradecidos.

Si alguien los hubiese visto, habría pensado que un grupo de personas con tantas cosas que celebrar estaría llegando al muy esperado final de una enorme cadena de acontecimientos, como una serie de televisión en su último episodio.

Pero, en realidad, este no era el final para Heat y Storm.

No era más que el principio.



RICHARD CASTLE es el nombre de un personaje ficticio, protagonista de una serie de televisión estadounidense llamada Castle.

En *Castle*, dicho personaje es un afamado autor de novelas policiacas que colabora con la policía resolviendo crímenes mientras escribe sus nuevas novelas, protagonizadas por Nikki Heat.

En 2009 se publicaron las dos novelas «ficticias» que el personaje Richard Castle había terminado en la serie de televisión, entrando en el Top 10 de los más vendidos del New York Times.